

A woman with brown hair in a ponytail, wearing a red long-sleeved top and a dark plaid skirt, stands in a library aisle. She is reaching up with her right arm towards a book on a high shelf. The aisle is lined with tall wooden bookshelves filled with books. In the background, a large window with a grid pattern allows bright light into the room.

Un final tan **letal**
que nunca olvidarás.

EL SECRETO DE LA LIBRERA

UN GRAN THRILLER

VALERIE KEOGH

13

Helen Appleby solo anhela una vida tranquila. Tras salir de prisión por el homicidio involuntario de su pareja, está decidida a dejar atrás sus errores y reconstruir su futuro.

Abrir una librería en un pequeño pueblo le parece el punto de partida ideal. Entre los estantes y las páginas de los libros, Helen encuentra refugio del mundo exterior y la ilusión de una nueva oportunidad. Porque, a veces, los libros son el único lugar donde la felicidad parece posible.

Sin embargo, mientras se adapta a su papel de librera aparentemente tímida, alguien parece empeñado en sabotear y destruir todo lo que ha conseguido, y su nueva vida comienza a resquebrajarse. Helen sabe cómo defenderse y de lo que es capaz de hacer. Está dispuesta a llegar hasta el final para proteger su nombre... aunque eso signifique enfrentarse, de nuevo, a la peor versión de sí misma.

Valerie Keogh

El secreto de la librera



Título original: *The Bookseller*
Valerie Keogh, 2025
Traducción: Fátima Cáneba, 2026

Revisión: 1.0



24/08/2026

*Para mi primo, Joe Keogh,
con cariño*

Prólogo

Adoraba a mi padre. Era un hombre alto, de espalda ancha, con manos callosas y el rostro bronceado por las jornadas que pasaba al aire libre ejerciendo como peón de la construcción. Cobraba el salario mínimo y, para obtener unos ingresos decentes, tenía que trabajar muchas horas, siete días a la semana. Las pocas veces que estaba en casa, nos miraba a mis dos hermanos mayores y a mí con desprecio, con un afecto distraído. Y nosotros (o yo, al menos) lo admirábamos como si fuera un dios.

En algunas ocasiones, sobre todo en los largos días de verano, casi no lo veíamos. Me imaginaba que venía a vernos mientras dormíamos, que se inclinaba para pasarnos la mano por el pelo, que nos daba un beso en la frente o que, quizá, susurraba que nos quería.

Cuando éramos niños, nunca cuestionamos sus largas horas de trabajo. Si nuestra madre lo hizo, nunca lo supimos. ¿De verdad tenía que trabajar tanto? ¿O es que había escogido estar al aire libre con la hosca y alegre compañía de hombres afines a él en lugar de pasar tiempo con su esposa, orgullosa de su hogar y un poco quisquillosa? Ella era una mujer callada, sumisa y meticulosa que se enorgullecía de tener su casa limpia y unas criaturas pulcras y educadas. No había ni un ápice de firmeza en ella: se tambaleaba ante la más leve brisa, ante el más mínimo indicio de descontento por parte de nuestro padre o ante la más insignificante señal de

mala conducta por parte de sus hijos.

No éramos malos niños. Al menos, mis hermanos no lo eran. Mi hermana y mi hermano, que eran mayores que yo y se llevaban pocos años, eran mejores amigos. Rara vez toleraban que su hermanita, la mocosa, los acompañara, y a menudo se adentraban en alguna aventura, dejándome triste, sola y desesperada por tener compañía. Cuando mi padre estaba en casa, yo buscaba a ese gran hombre, lo idolatraba e incluso suplicaba la más mínima muestra de atención.

Así empezó todo. Mi madre, incapaz de amonestarnos por romper sus normas de buen comportamiento, tomaba nota hasta de las más ligeras infracciones y se las contaba a su marido cuando él tenía tiempo de infligir castigo. A menudo ocurría días después del suceso, cuando ninguno de nosotros podía recordar qué había hecho mal. No importaba. Mi padre usaba sus amplias y gastadas manos contra nosotros. Él acercaba mi cuerpo suave y dócil hacia él y me daba un azote. El dolor era tan intenso como el placer de que me retuviera cerca, de que este hombre similar a un dios me ofreciera su atención plena y exclusiva.

En ocasiones, si mi infracción merecía un castigo más severo, dos o tres golpes en lugar de uno, me los daba y después me secaba las lágrimas. Me sostenía entre sus brazos, me consolaba y me susurraba al oído:

—No seas malcriada, corderito.

Aquellos eran momentos de felicidad para una niña desesperada por recibir atención. Me volví más desobediente y busqué más formas de portarme mal. Rompía cosas deliberadamente, robaba del bolso de mi madre y también en la tienda de la esquina. Causaba problemas en el colegio: empujaba a mis compañeros, me negaba a hacer lo que mandaba la maestra, contestaba. Hacía lo que fuera para irritar a mi madre, merecer un castigo que ejecutaría mi padre y recibir el placer que venía después.

Tenía quince años cuando mi padre nos dejó..., cuando me dejó a mí. No fue algo voluntario, eso sí. El lento declive hacia la vejez y

la fragilidad no estaban hechos para él. Mi gran y fuerte padre murió en un estúpido y negligente accidente laboral.

Su muerte me dejó desolada. Fui doblemente abandonada cuando mi madre se retrajo en sí misma. Mis hermanos, que rondaban la veintena, ya se habían ido de casa: Sarah se había casado y vivía en Bath; Doug, en Glasgow. Vinieron a casa durante unos días, para el funeral, y después se marcharon prometiendo regresar. Sin embargo, ellos y yo sabíamos que esas promesas eran pura formalidad más que un deseo de visita.

Echaba mucho de menos a mi padre. La sensación de sus manos en mis mejillas o el puñetazo que me enviaba contra la pared por haber infringido alguna de las reglas cada vez más erráticas de mi madre. Lo extrañaba porque sus castigos siempre..., siempre..., iban precedidos de palabras de consuelo y amor.

Cuando murió, el placer y el dolor ya estaban intrínsecamente conectados en mi cabeza.

Capítulo 1

Helen se revolvió bajo el edredón cuando empezó a soñar. A todo color, con sonido estéreo, como siempre le ocurría. El chasquido del cinturón de cuero antes de que Toby lo tensara entre sus manos, con el rostro serio, con la boca torcida, con los ojos grises y brillantes como un candil. Ella contenía el aliento y esperaba escuchar el sonido del cuero cortando el aire, el silbido que siempre precedía a una punzada de dolor. Se preparaba, pero no hacía ningún intento por esquivarlo. ¿Por qué debería hacerlo?

Dado que ni el sonido ni el dolor aparecían, ella abrió los ojos y miraba al hombre que insistía en que la quería, al que ella también amaba, y veía que algo había cambiado. Él nunca podría haberse dedicado al póquer; cada emoción se reflejaba en su rostro de forma evidente. Y en algún momento de los días o meses anteriores, su amor se había enfriado. Había algo diferente en su mirada. No estaba segura, pero creía que era repulsión.

Recordaba cómo sus dedos habían rodeado el mango del cuchillo. Ella lo tenía en la mano cuando llamó para pedir una ambulancia y seguía allí cuando la policía aporreó la puerta por primera vez. Después, irrumpieron por su puerta principal.

—¡Tire el arma! —gritó alguien, y lo repitió a voces, como si ella estuviera sorda.

Ella la miró, confusa. ¿El arma? Era un cuchillo de cocina. Uno que había comprado el día anterior. Uno que estaba increíblemente

afilado, tanto que ya se había cortado el dedo con él. Había sangrado, pero no lo suficiente para cubrir el cuchillo de sangre, tal como estaba ahora. Goteaba por el filo, su mano estaba manchada, un olor empalagoso llenaba el ambiente y le provocaba náuseas.

—Tire el arma. —Esta vez había varias voces, eran fuertes e insistentes.

Finalmente, hizo lo que le ordenaban y aflojó el agarre; abrió los dedos para permitir que el cuchillo cayera al suelo. La punta del cuchillo estuvo a milímetros de clavarse en su pie desnudo, pero, en vez de eso, se hundió en el suelo de madera.

No recordaba si había gritado o si bajó la mirada hacia el cuerpo frío de Toby, feliz de ver que su expresión había cambiado, que su boca gesticulaba por incredulidad más que por repulsión. Estaba feliz porque ese bastardo no podría pegarla nunca más. La policía se negó a permitirle limpiarse antes de que se la llevaran. Se sentó en la parte trasera de su coche, con las manos tan ensangrentadas que tiñeron la fina tela del vestido color crema que llevaba puesto.

Le hicieron fotos en la comisaría. Incluso le tomaron muestras con un bastoncillo, lo que, en su opinión, era una despilfarro del dinero de los contribuyentes. No negaba que fuera la sangre de Toby. ¿Cómo iba a hacerlo si la habían encontrado con el cuchillo en la mano? El mismo cuchillo que le había clavado en el abdomen con tanta fuerza como le fue posible. ¿Había sido más fácil de lo que creía? No lo sabía. En sus recuerdos de aquel día, había un vacío entre el momento en el que cogió el cuchillo y en el que vio a Toby desplomarse a sus pies con una ridícula expresión de sorpresa en la cara. Ella observó durante largo rato cómo la sangre salía a borbotones de la herida de su abdomen antes siquiera de ser consciente de que estaba relacionada con el cuchillo que tenía en la mano.

Durante los dos años que pasó en prisión, soñaba con aquello casi cada noche. Lo consideraba parte de su condena. Quizá había sido una incrédula por pensar que pararía algún día. El día que le dieron la condicional, aunque solo fuera libre a medias, pudo

empezar a pensar en el futuro. La terapeuta a la que había acudido como parte de su rehabilitación le dijo que los sueños estaban causados por el sentimiento inconsciente de culpa.

—Tienes que aprender a perdonarte —le dijo—. Los pensamientos negativos son perjudiciales para tu bienestar. La terapeuta siempre se expresaba por medio de frases así, como si esperara que alguien la citara. Helen pensaba que mentía, pero las sesiones, aunque no eran obligatorias, eran un entretenimiento agradable frente al aburrimiento agotador de la vida en prisión. En una sesión le ofreció a la terapeuta una versión reducida de su infancia: le habló de sus hermanos, pero no de sus progenitores. De las palabras que aún resonaban en su cabeza. «¡Criatura estúpida! ¡Niña mimada y ruidosa!».

—Mi hermana tenía diez años más que yo. Aún a veces parece que la escucho diciéndome que soy una pesada.

—Son ecos de tu pasado —dijo la terapeuta mientras asentía como si aquello fuera totalmente normal—. Lo que quiero que hagas cuando escuches su voz en tu cabeza es imaginarte escribiendo lo que te diga en un pedazo de papel. Después, lo atas a un globo de helio imaginario y lo sueltas. A medida que se aleja, observa cómo tus pensamientos negativos se van con él.

La siguiente vez que la voz resonó en la cabeza de Helen, hizo todo lo que le había recomendado la terapeuta. Sin embargo, mientras el globo se alejaba llevándose consigo todas esas horribles palabras, su hermana llegó corriendo con un cuchillo en la mano y lo explotó. El estallido resultante hizo llorar a Helen, tragó y se le llenó la boca con la sangre que disparó el bonito globo amarillo.

Era un sueño. Helen se despertó en prisión, en su celda, cubierta por una película de sudor sobre el cuerpo, con el eco de su grito aún presente en el ambiente, con su compañera de celda mirándola fijo y con la certeza de que su terapeuta no tenía ni idea de lo que decía.

Por supuesto, Helen no había sido capaz de contárselo todo. Si hubiera podido, si la terapeuta hubiera sabido la verdad, las sesiones

habrían dejado de ser opcionales: habrían pasado a ser obligatorias. Y la pobre y equivocada terapeuta podría incluso haber sugerido que Helen necesitaba ayuda psiquiátrica.

Si hubieran sabido la verdad... la habrían sentenciado a más de cuatro años.

Por eso, Helen guardó su secreto. Si el precio a pagar por ello era recordar constantemente lo que había hecho, pues aquella sería su penitencia.

Capítulo 2

Tras dos años en prisión, Helen fue puesta en libertad condicional para que cumpliera el resto de su condena. Era libre, pero estaba obligada a vivir bajo ciertas condiciones y habría una jueza de vigilancia penitenciaria encargada de supervisar que las cumplía. Sin embargo, eso significaba que tenía derecho a retomar lo que había quedado a medias. El servicio de empleo público en el que había trabajado durante diez años la estaba esperando. Habría regresado, habría tenido que hacerlo de no ser por la triste y fortuita muerte de su madre el año anterior.

El testamento de su madre había sido meticuloso y organizado, sin florituras, al igual que su casa. Todo tenía que dividirse a partes iguales entre sus tres hijos. Aquello no hacía rica a Helen, pero de repente posibilitó un sueño que había tenido desde siempre: regentar una librería de segunda mano. Los últimos años, los dos que pasó en prisión y el anterior, habían sido muy complicados. Los libros, su vía de escape cuando era niña, demostraron ser igual de efectivos cuando se encontró atrapada entre los muros de prisión. De forma extraña, se había beneficiado de la limitada oferta disponible: leyó todo a lo que pudo echarle mano, incluso géneros que creyó que nunca le llamarían la atención, *steampunk*, ciencia ficción, biografías, memorias. Había ampliado sus gustos, una forma de convertir una época compleja en un beneficio.

Durante el segundo año de su estancia en prisión, fue una de las

actividades que la mantuvo cuerda. La otra, tras el fallecimiento de su madre, fue pasar el poco tiempo que le permitían explorando inmobiliarias por internet para dar con una propiedad en Bath en la que instalaría su librería. Quería ser sensata y liquidar primero la hipoteca de su casa, pero aun así le sobraban unas cuatrocientas mil libras que podía utilizar.

Su hermana Sarah, quien la había visitado regularmente desde que entró en la cárcel, fue la primera a la que le contó sus planes.

—Voy a abrir una librería de segunda mano. —Helen observó el rostro de su hermana mientras asimilaba la noticia. Si Sarah creía que era una locura, no iba a hacerla cambiar de opinión, pero las dos hermanas habían estrechado lazos en el último año y quería que estuviera de su parte.

Durante muchos años, Helen guardó rencor por la forma en la que sus hermanos mayores la habían excluido cuando eran niños. El hecho de que las hermanas se llevaran diez años, que parecía una diferencia insalvable cuando una tenía cinco y la otra quince, no parecía menor cuando una estaba en sus treinta y la otra en sus cuarenta. Sin embargo, cuando el mundo de Helen se vino abajo, Sarah estuvo ahí y su apoyo incondicional durante el juicio y desde entonces las había acercado mucho.

—¡Una librería! Te sentirás como pez en el agua —dijo Sarah—. Creo que es una idea increíble.

—Será como vivir entre las tapas de un libro. —Así era como Helen lo veía. Era la forma en la que quería verlo.

Cuando la soltaron, ya les había echado un ojo a cientos de propiedades, pero o estaban mal ubicadas o el precio estaba por encima de sus posibilidades. O, sencillamente, no era el establecimiento de sus sueños.

—Ya encontrarás algo —dijo Sarah—. Solo es cuestión de tiempo.

Helen no quería esperar. Su futuro estaba ahí, fuera de su alcance. Quería atraparlo, aferrarse a él con fuerza y volar junto a él.

Se quedó mirando fijamente la carretera que estaba frente a ella mientras Sarah la llevaba a casa en su primer día de libertad.

—Estoy muy tentada de marcarme un Mel Gibson.

Sarah la miró.

—¿Qué?

—Ya sabes, como en la película de *Braveheart*, cuando grita: «¡Libertad!».

—Si no recuerdo mal, se murió justo después.

Helen se encogió de hombros y volvió a mirar la carretera que tenía delante.

—Será mejor no tentar al destino, entonces.

Estaban en el desvío que llevaba al lugar en el que vivía, esperando a poder abrirse paso entre el tráfico, cuando vio algo frente a ella.

—Mira —dijo—. Hay una señal de «SE VENDE».

Sarah no necesitó que se lo dijera dos veces y puso el intermitente para incorporarse a la circulación, después indicó que se apartaría a un lado de la carretera y aparcó. El cartel de «SE VENDE» estaba pegado en el escaparate de un edificio bastante destartado y en mal estado.

—Era una antigua tienda de reparaciones eléctricas —dijo Helen, mirando por la ventanilla del coche—. Aunque nunca he entrado. —Señaló al edificio de al lado—. Esa pizzería lleva ahí toda la vida. Solía pedir para llevar.

—¿Qué quieres hacer?

—Salir e inspeccionarlo más de cerca. Espera, no tardo ni medio segundo.

Empujó la puerta y salió sin apartar la mirada del edificio. No había mucho que ver. Era evidente que llevaba mucho tiempo en el mercado. Algunos hierbajos se habían incrustado en las grietas que había entre el edificio y la acera. La ventana en mirador y los cristales de la puerta principal estaban sellados con paneles, lo que impedía cualquier opción de ver el interior. Dio un paso atrás para examinar lo que pudo. Necesitaba una gran reforma. Parecía que había que sustituir los marcos de las ventanas. Había un canalón inclinado en un ángulo preocupante. Apostaba lo que fuera a que el

techo también necesitaba un arreglo.

Cuando regresó al coche, la evaluación de Sarah era evidente.

—Parece un auténtico basurero.

—Puede.

Sin embargo, la mente de Helen iba a mil por hora. Tontamente, no había tenido en cuenta esa zona, pero ¿acaso no era el sitio perfecto para una librería? Aunque la carretera estaba concurrida, había mucho aparcamiento. Los alrededores eran una mezcla de áreas residenciales y negocios, así que habría mucho tránsito frente a la tienda.

—No pasa nada si le echo otro vistazo por internet cuando lleguemos a casa, a ver cuánto piden por él.

Sarah estaba ocupada intentando dar media vuelta, así que pasaron unos minutos hasta que pudo responder.

—No te lo estarás pensando en serio, ¿verdad? Siendo sincera, parece un pozo sin fondo.

Un rato después, estaban aparcadas a la puerta de la casa de Helen, al final de la calle. Sintió que se le llenaron los ojos de lágrimas cuando la miró. Hogar. ¿Había una palabra más bonita que esa? Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió los ojos antes de volverse hacia Sarah.

—Gracias de nuevo por haber cuidado de ella estos últimos años. Y por hacer que el coche siga funcionando.

—No es nada. Ayer me pasé por aquí y te dejé la nevera llena para que no tengas que salir volando a comprar algo.

—Qué agradable es estar en casa.

Lo era, pero también era la primera vez que Helen estaba allí desde la muerte de Toby. Los especialistas habían limpiado el lugar. Sarah había sido clara al respecto. Aun así, Helen tuvo que enfrentarse al sitio donde había ocurrido. En el que su vida había cambiado. Sarah debió de entenderlo porque su hermana, que normalmente era muy habladora, se quedó en silencio cuando Helen abrió la puerta principal y entró. Dejó su bolsa de viaje en el primer peldaño de la escalera y, sin mediar palabra, dio un par de pasos

hacia la cocina y abrió la puerta.

No se movió, ni siquiera cuando Sarah le puso la mano en el hombro y le preguntó:

—¿Estás bien?

Si hubieran puesto cinta adhesiva blanca en el suelo para marcar el lugar que había ocupado el cuerpo de Toby, a Helen no le habría resultado más evidente. Casi podía sentir el frío mango del cuchillo en la mano, casi podía apreciar un olor metálico en el aire. Y lo que era peor: casi podía oír la voz de Toby.

—Sabes que quieres. Te encanta, ¿no es así?

El chasquido del cinturón a medida que él lo hacía estallar, el silbido del cuero al cortar el aire, el dolor.

—¿Helen? —dijo Sarah con más premura esta vez.

—Estoy bien. Es solo que...

Helen alcanzó la mano de su hermana y la apretó.

—No tienes que dar explicaciones. Cuando pienso en lo que te hizo ese bastardo, idesearía que estuviera vivo para poder matarlo yo, en serio!

Aquello hizo reír a Helen y alivió la tensión que se había acumulado desde el instante en el que abrió la puerta principal.

—Matar a alguien no es tan fácil, eh. Se necesita una mentalidad muy concreta. —Una que fuera deformada en su infancia y que se retorciera de forma irremediable en los años transcurridos desde entonces. Captó la mirada preocupada de su hermana y sonrió—. ¿Quizá sea muy pronto para hacer bromas al respecto? Tomemos un té para celebrar mi puesta en libertad.

—He comprado galletas.

—Té y galletas. La celebración perfecta.

Cuando estaban sentadas en la pequeña mesa de la cocina, Helen mojó una galleta en su taza de té y se la metió entera en la boca. Después señaló el móvil que Sarah había dejado sobre la mesa.

—Mira a ver cuánto piden por ese local.

—No te lo estarás pensando en serio, ¿no?

Helen se quedó mirando su té fijamente.

—Llevo casi un año buscando. No he encontrado nada adecuado que entre en mi presupuesto.

Sarah buscó en su bolso.

—Aquí tienes —dijo mientras sacaba un teléfono móvil—. Pensé que necesitarías uno cuando salieras. Las cosas han cambiado mucho en dos años. Ahora ya puedes echarle un ojo tú misma.

A Helen se le volvieron a inundar los ojos de lágrimas.

—Parece que hoy no voy a dejar de llorar —dijo mientras lo cogía—. Es muy amable por tu parte, gracias.

—Puedes permitirte estar sensible. Es un nuevo comienzo para ti.

—Sarah asintió mirando el teléfono y sonrió—. Iba a ponerte la fecha de hoy como contraseña, pero pensé que el año de tu nacimiento sería más sencillo.

A Helen siempre se le había dado bien la tecnología, así que no tardó mucho en averiguar cómo funcionaba. Pocos minutos después, se recostó y suspiró.

—Es muy ingenioso, muy inteligente. Bueno, averigüemos más sobre esa tienda.

Había anotado el nombre de la inmobiliaria y no tardó en ojear su página web.

—Aquí está —dijo, incapaz de que la emoción se mezclara con sus palabras—. Dos habitaciones y una cocina en la planta baja. Tres habitaciones y un baño en la de arriba.

—¿Hay fotos?

—Solo del exterior, ninguna de dentro.

—¡Ajá!

Helen levantó la vista del teléfono.

—¿Qué?

—No hay fotos del interior porque es un basurero, tal como predije. No quieren desanimar a la gente enseñándoles lo mal que está. Quieren que vayas y confíes en poder convencerte.

Helen deslizó la pantalla hasta llegar a los detalles.

—Está en la ubicación ideal. Tiene justo el tamaño que quería.

Sin embargo, necesita una remodelación completa. —Dejó el teléfono—. Lleva dos años vacío, pero tiene un precio muy superior a lo que podría permitirme si tenemos en cuenta que necesita una reforma.

—Sí, si necesita una remodelación completa, hablamos de mucha pasta. Lo que yo decía: un pozo sin fondo.

—Sí —dijo Helen alargando la palabra.

—¿Qué se te está pasando por la cabeza? Casi veo lo que estás maquinando.

—Solo pensaba en la coincidencia. Lleva dos años vacío. Igual que mi vida. Quizá sea una señal.

Prácticamente esperaba que la reacción fuera una risa o algún comentario mordaz. En vez de eso, Sarah le dio un último sorbo al té y se reclinó en el asiento.

—¿Por qué no vas y le echas una ojeada? Cuando veas el interior, te darás cuenta de que es completamente inviable y podrás sacártelo de la cabeza.

—Es solo que... —Helen se encogió de hombros—. Quiero seguir adelante con ello, ¿sabes? Tomar las riendas de mi futuro. Abrir la tienda. Llenarla de libros, empezar este nuevo capítulo de mi vida. —Bajó los hombros—. Es un cliché, pero ¿acaso no tiene sentido?

Sarah alcanzó la mano de Helen y la apretó.

—Lo tiene. Y al final saldrá bien. No creo que ese lugar sea el adecuado para ti, pero ¿por qué no vamos y le echamos un vistazo? Descártalo, olvídate de él y después te ayudaré a buscar otro.

No parecía tener ningún sentido recordarle a Sarah que Helen había estado buscando durante un año y que sabía lo que quería. Cuando cerró los ojos, lo vio tan claro como su reflejo en un espejo. Habría techos altos, estanterías de madera en cada pared que acabarían llenas de libros apretados. Una escalera hacia un piso superior (preferiblemente, una en espiral, hecha de hierro forjado, pero se conformaba con una básica). Tendría sillas de cuero desgastado para que los clientes se sentaran, mesas de madera y lámparas antiguas. Un escritorio de roble, marcado por la vida y por

el tiempo, tras el que ella se sentaría. Cada detalle estaba dibujado con precisión en su mente. Y durante aquellos días que había pasado encerrada, incluso había diseñado un logo a juego. Como su apellido era Appleby, no le resultó difícil. Una manzana con una abeja sentada sobre la fruta leyendo un libro. Quizá fuera cursi, pero le sacaría una sonrisa a la gente. Encargaría un sello y cada libro de su tienda tendría el logo de Appleby.

Su pasado (todo él) no sería más que eso, ¿verdad? Su consejera penitenciaria le había recomendado que se olvidara del pasado y que pensara en el futuro. ¿Qué sabía ella? Helen había cruzado una línea al matar a Toby. En ese aspecto, ya no estaba segura de quién era. ¿Una víctima? ¿Una asesina? ¿Una exconvicta? ¿Una idiota ridícula?

—¿Qué opinas?

Helen miró a su hermana, confusa.

—¿Sobre qué? —Después, negó con la cabeza—. Lo siento, sobre la tienda, sí, ¿por qué no? No nos hará ningún mal ir a verla. Es como cuando ves un vestido en un escaparate. Te apetece comprarlo, pero no tienes tiempo de entrar y probártelo. Se te mete en la cabeza y se convierte en el vestido más perfecto de todos los tiempos hasta que te rindes y vuelves para ver cómo te queda. Y lo odias. Pero así te olvidas. Así será.

—Eso es —dijo Sarah, dándole un suave codazo en el brazo.

Pero no fue así.

Capítulo 3

Sarah insistió en quedarse a dormir la primera noche que Helen pasaba fuera de prisión.

—Solo es por hacerte compañía.

Helen no lo consideraba necesario. No era una cría. Sin embargo, cuando ambas se fueron a dormir, cuando el silencio reinó en la casa y todo lo que podía oír era su respiración, agradeció que hubiera alguien al otro lado de la pared. No es que fuera a llamarla o, Dios no lo quisiera, a entrar en la habitación de su hermana para preguntarle si podía dormir con ella. Después de todo, lo había hecho de pequeña y no le había servido de nada.

No echaba de menos el runrún al que se había acostumbrado durante los últimos dos años: era sencillamente que, en aquel ruido constante, los sonidos de su vida anterior se ocultaban mejor. Y ahora, en el silencio del hogar que había compartido con Toby, estaban de vuelta... la voz de él, la de ella. Alta y estridente, dura y enfadada. Empezaban en bajo y el volumen iba *in crescendo* hasta desaparecer y dar paso a un susurro sibilante.

Muchos meses antes, Sarah había preguntado si Helen se había planteado venderlo todo y mudarse a otro lugar para empezar de cero. Como si le resultara incómodo volver a una casa en la que alguien había muerto. «En la que alguien había sido asesinado», le corrigió la vocecilla de su cabeza. Donde ella había asesinado a su pareja.

Antes, en la cocina, pasó sobre el espacio en el que él había yacido y elevó los pies lo suficiente como para evitar su cuerpo. Si Sarah se dio cuenta, no dijo nada.

Quizá hubiera sido más sensato venderla y mudarse a cualquier otro lado, pero Helen se había enamorado de la casa de finales de la época victoriana la primera vez que la vio. Se apretó el cinturón para comprarla y fue haciendo reformas a medida que pasaron los años, cuando el dinero se lo permitió. Aunque era perfecta para uno, demostró ser ligeramente pequeña para dos. ¿Eso había sido parte del problema? ¿Acaso el metro ochenta de Toby había ocupado demasiado espacio?

Él seguía allí, molestando. ¿Encantar la casa que ella amaba era su venganza por lo que le había hecho?

Helen entrelazó las manos tras la nuca y se quedó mirando fijamente el techo. Había dejado las cortinas abiertas, pero la farola más cercana estaba bastante lejos, en la carretera. Casi no causaba ningún efecto en la oscuridad de la habitación y no disipaba las sombras. Podía venderlo todo y mudarse a cualquier otro lugar, pero ¿qué sentido tendría? Las sombras siempre la acompañarían.

Su consejera penitenciaria le había recomendado que no se mortificara por el pasado e intentó no hacerlo, pero aquel bastardo seguía insistiendo en acompañarla durante el viaje. Intentó concentrarse en el futuro. Tan pronto como Sarah y ella decidieron visitar la casa en ruinas, Helen llamó a la inmobiliaria y concertó una cita para la mañana siguiente. Esa mañana miró el reloj de la mesilla: las 12:02. Se estaba burlando de ella.

Pensó en bajar las escaleras para tomar una taza de té, pero sola, en la oscuridad, no podía enfrentarse a abrir la puerta de la cocina. Era una tontería. Toby no estaba allí. No podía volver a hacerle daño.

Pero formaba parte del proceso, ¿no? Al haber regresado, al estar en la cama que habían compartido, por fin pudo admitir que no lo echaba de menos a él: echaba de menos el dolor.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, después de desayunar, Helen y Sarah decidieron caminar diez minutos hasta la propiedad en lugar de conducir. Estaban frente a la fachada cuando un coche se detuvo y un hombre con aspecto preocupado se bajó de él. Las vio, esbozó una sonrisa y extendió la mano al acercarse.

—¿La señorita Appleby?

—Sí. —Le estrechó la mano y señaló a su hermana con un movimiento brusco de cabeza—. Y esta es mi hermana, Sarah Drew.

—Encantado de conoceros —dijo, dándole a Sarah un rápido apretón de manos—. Me llamo Giles Lambert. Soy el agente inmobiliario de esta fascinante propiedad.

—¡Fascinante propiedad! —susurró Sarah al oído de Helen mientras el agente inmobiliario sacaba un enorme manojó de llaves y buscaba la adecuada.

Cuando la introdujo en la cerradura, la movió durante una eternidad hasta que finalmente giró y empujó la puerta para abrirla.

—Lleva poco más de dos años vacía —dijo haciéndose a un lado para que Sarah y Helen pasaran—. Era una pequeña tienda de reparaciones eléctricas. El dueño la regentó durante casi dos décadas. —Olisqueó y miró a su alrededor negando con la cabeza—. No creo que se gastara mucho en reformas cuando estuvo aquí y, como podéis ver, no se ha hecho nada desde entonces.

No se estaba esforzando mucho por vender el local, pero no

necesitaba hacerlo. Incluso con la poca iluminación que entraba por las esquinas de las ventanas tapiadas, había algo en aquella estancia espaciosa, con sus techos altos, que llamó la atención de Helen.

Cuando el agente inmobiliario accionó el interruptor, la amplitud de la habitación se vio ligeramente empañada por el marco de la ventana podrido, la mancha de humedad en una pared y el hedor subyacente de la descomposición. Ignorando todos los puntos negativos, Helen se centró en los techos altos y en el espacio. Su imaginación ya había empezado a trabajar en transformarlos en la idea que tenía en la cabeza desde hacía mucho tiempo, en los detalles grabados durante noches de insomnio y días largos y monótonos. Siguió un atisbo de luz que la condujo a una habitación aún mayor que estaba en la parte trasera de la tienda. Las ventanas daban a una maraña de vegetación que, probablemente, en algún momento fue un bonito jardín.

Helen miró a través del sucio cristal, intentando adivinar hasta dónde llegaba sin tener que aventurarse a salir y ser atacada por las zarzas. Pensó que era lo suficientemente grande. Cuando se inclinó hacia adelante, sus dedos se hundieron en la madera podrida del alféizar. Le echó un ojo al marco. Estaba en un estado deplorable.

—También hay una despensa —dijo el agente inmobiliario desde detrás, señalando hacia una puerta con el pulgar—. Necesita una reparación.

—Me sorprende que este lugar no se haya venido abajo. —Sarah abrió la puerta de la cocina y arrugó la nariz—. ¿Una reparación? Hay que reventarlo todo. Apesta a excrementos de ratón.

Helen se sacudió la madera desmenuzada de las manos y cruzó para mirar por encima del hombro de su hermana. La única ventana de la pequeña habitación estaba sellada y la poca luz que había era la que se colaba por la puerta en la que estaban. Aunque Helen estaba buscando algo positivo que decir, no había ningún argumento a favor de los armarios desaparejados sin puertas o con ellas torcidas. Tampoco se le ocurrió nada bueno que comentar sobre la cocina antigua que estaba al final de aquel estrecho espacio y que casi

bloqueaba la puerta trasera. La suciedad y la grasa acumuladas habían cambiado su color original a un beis pálido. Una fila de diales cerca de la parte superior reflejaba la poca luz que había. Hacían que la cocina pareciera demoníaca.

—¿Estás bien? —preguntó Sarah cuando Helen tiritó.

Sacudió la cabeza para disipar de su mente la macabra imagen de asquerosa cocina antigua que la miraba fijamente como dándole la bienvenida a su espacio.

—Es que me he imaginado los ratones —dijo dándole un codazo a su hermana en el brazo—. Cierra la puerta antes de que vengan a inspeccionar a los intrusos.

Apresuradamente, Sarah la cerró de un golpe y dio un paso atrás.

—Deberían declarar este lugar en ruinas. —Le lanzó una mirada fugaz e incrédula al agente inmobiliario—. ¿De verdad pedís cuatrocientas mil por esto?

Él se encogió de hombros.

—Estructuralmente está bien. Está en buena zona y, con mucha imaginación, podría convertirse en una bonita casa familiar.

Sarah levantó una ceja.

—¿Una casa familiar? ¿Has visto la cantidad de tráfico que hay en esa carretera de ahí? Estamos en Upper Bristol Road. Siempre hay jaleo. No podrías ni abrir la puerta sin respirar los gases de escape de los coches.

Ignorándolos, Helen volvió a la habitación principal, desde donde partía la escalera que llevaba al piso de arriba. La ventana del rellano, cubierta por años de suciedad, dejaba pasar una luz difusa que ocultaba más de lo que mostraba. Pisó con cuidado el primer escalón. Crujió estrepitosamente, pero parecía seguro. Aunque estaba roñosa, la ventana del rellano no había seguido el mismo camino que sus homologas de la planta baja y parecía estar en buen estado. De hecho, tras indagar un poco, descubrió que todas las ventanas del piso superior estaban en buenas condiciones. Dos de las tres habitaciones, cuyos techos eran de la misma altura que los

que había visto abajo, tenían buen tamaño. La tercera era mucho más pequeña. El baño también era una estancia decente.

—Joder, aquí huele que apesta. —Sarah se quedó de pie en la puerta abierta. Tenía la cara torcida por el asco. Se tapó la nariz con el índice y el pulgar y habló con el consiguiente gangueo—: ¿Podemos irnos ya?

—Un minuto. —Helen cerró la puerta y regresó a la habitación principal. Le dio unos golpecitos a la pared divisoria—. No será muy difícil echarla abajo y convertir esta estancia y la trasera en un espacio amplio. Dejaré la más pequeña como oficina o trastero.

Como nadie hizo ningún comentario, se giró y vio la cara de espanto de su hermana, que entrecerraba la boca como si simplemente no encontrara las palabras.

—Mira más allá de todo este desastre —dijo Helen—. Las habitaciones son grandes y los techos, altos. Tiene muchísima luz. —Volvió a golpear la pared y le brillaron los ojos—. Cuando la quitemos, será increíble. Imagínate todas las paredes repletas de estanterías. —Hizo otro movimiento con la mano, pero esta vez más bajo—. Quizá haya algunas estanterías independientes a media altura en el centro. —Frunció el ceño cuando pensó en la logística—. Quizá con ruedas para que podamos moverlas y apartarlas cuando haya coloquios, clubes de lectura y eso.

—¿Lo estás diciendo en serio?

Así era. Dejando a un lado la cocina espeluznante, aquello era exactamente lo que había estado buscando.

—Es perfecto. Hay aparcamiento gratuito fuera, así que la gente puede dejar el coche y venir. La residencia de la Universidad de Bath Spa no está lejos. Podría repartir panfletos, anunciarme en las revistas de la universidad. Además, habría clientela de paso formada por la gente que vive en los alrededores.

Pasando junto a su hermana, que permanecía en silencio, regresó a la planta baja, donde estaba el agente inmobiliario con las manos en los bolsillos del pantalón. Se le dibujaba el aburrimiento en el gesto de la boca.

Cuando Helen se le acercó, parecía estar más resignado que esperanzado.

—¿Ya has visto suficiente?

—Lleva dos años en el mercado, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Veinticinco meses.

—¿Y no habéis recibido ninguna oferta?

De repente se estiró como si intuyera potencial en su interés.

—No, recibimos una, pero quedó en nada. —Hizo un gesto con la mano—. Esto podría ser una auténtica mina de oro si las cosas se hicieran bien.

—Y, entonces, ¿por qué no se cerró la venta?

Pudo ver cómo funcionaban los engranajes de su mente mientras él trataba de discernir qué sería más beneficioso, si decir la verdad o una mentira.

—Diría que hubo un problema con el permiso de obra —dijo ella dando palos de ciego. Sin embargo, daba por hecho que solo un inversor estaría interesado en comprar una propiedad tan deteriorada.

El agente inmobiliario volvió a encogerse de hombros.

—Eso es. Quiso convertirlo en tres apartamentos, pero solo consiguió el permiso de obra para hacer dos. Dijo que era inviable económicamente, así que se echó atrás.

—Y no ha habido más ofertas desde entonces. —Sonrió—. Por lo que el propietario estará dispuesto a bajar el precio si cerramos una venta rápida.

A Sarah se le desencajó la mandíbula.

—¿Estás loca?

—Según las encuestas, sí. —Helen podía estar un poco loca, pero no era estúpida. Sus ahorros eran limitados. A nivel estético, ese lugar era un vertedero, pero eso tenía arreglo. Si tenía una estructura endeble, sería un pozo de dinero del que su hermana ya la avisó.

—Estoy seguro de que podrá considerar cualquier oferta

razonable —dijo el agente, y su conducta cambió por completo ante el pensamiento de cerrar una venta. Incluyó la cabeza a modo de pregunta y esperó.

—Necesita ventanas nuevas. Hay humedades. Hay que remodelar la cocina y el baño. Llevará tiempo dejarlo decente, así que creo que trescientas mil es mucho más que un precio razonable.

Helen miró su cara con cautela, aliviada al descubrir que no negaba con la cabeza de inmediato. Era una oferta baja. Tenía suerte si la aceptaban.

—Déjame ver si puedo localizar al dueño por teléfono —dijo el agente mientras alcanzaba su móvil e iba fuera, cerrando la puerta tras de sí.

Inmediatamente, Sarah se giró hacia ella:

—¿Acaso te has vuelto completamente loca?

—Si puedo conseguirla a buen precio...

—Sería cara hasta si te la dieran gratis.

—Ventanas nuevas, un baño y una pequeña cocina.

—Y las humedades.

Sarah señaló la siniestra mancha oscura que había en una pared.

—Quizá sea una tubería que gotea.

Lo dijo como si supiera de lo que estaba hablando, no como alguien desesperado. Pero estaba completamente desesperada. Ese lugar estaba muy bien ubicado, tenía el tamaño ideal. Podría sacarlo adelante. Podría dejar su pasado atrás y ser feliz.

Quería ser feliz. Llevaba muchísimo tiempo buscando serlo. Había transformado su dolor para lograrlo. Había hecho muchas concesiones... Pero ¿acaso no funcionaba siempre así?

La felicidad tenía un precio. En definitiva, todo se reducía a cuánto estaba dispuesta a pagar para conseguirla. Su antigua versión, durante mucho tiempo, había pagado con una parte de sí misma.

Sin embargo, la mujer de ahora, la que había cruzado la línea de matar a Toby, ya no estaba dispuesta a pagar de la misma manera.

Una casa destartada, una vida hecha trizas: ella estaba

dispuesta a arreglarlas a ambas.

Capítulo 5

Antes de llegar a un acuerdo, hubo muchas idas y venidas, mordidas de uñas, vueltas por la habitación, comprobaciones sobre si llegaban bien los mensajes al móvil y un millón de dudas sobre si Helen estaba haciendo lo correcto o no. El vendedor lo bajó a trescientas cincuenta mil; ella lo redujo a trescientas veinticinco. Finalmente, a última hora de aquella tarde acordaron dejarlo en trescientas cuarenta.

—¡Trescientas cuarenta mil! —Sarah abrió la botella de vino que había insistido en comprar para celebrar la nueva aventura de Helen—. Espero que sepas lo que estás haciendo.

Helen también lo esperaba.

—Después de pagar el préstamo para este sitio, aún me quedarán treinta mil más del dinero que me dejó mamá. No es mucho, pero si el local está estructuralmente bien, debería bastar. —Le dio un leve golpe a su hermana—. Devon y tú me ayudaréis, ¿no? Puedo alquilar un contenedor para sacarlo todo y ver qué es lo que hay.

—Claro que te ayudaremos. Ivan, el compañero de Devon, trabaja en una empresa de montaje de cocinas. Apuesto lo que sea a que puede conseguirte algo a precio rebajado. También puede dejártela montada.

La cocina era la menor de sus preocupaciones, pero Helen no iba a mirarle el diente al caballo regalado. Si tenía suerte, su cuñado

convencería a sus compañeros para que hicieran más que montar una cocina.

—Me imagino que no conoce a nadie que se dedique a las ventanas, ¿no?

Sarah alzó la mano.

—Conoce a muchísima gente. Sin duda, algunos no son de liar, pero otros merecen la pena. Le pediré que pregunte. —Le dio un sorbo a su copa antes de continuar hablando—: Pedirás que te hagan una evaluación, ¿no? No merece la pena que te saltes ese paso clave.

Ni que Helen fuera idiota. Ocultó la irritación en la copa de vino que mantenía entre los labios, aunque no estaba bebiendo. Su tolerancia al alcohol había disminuido tras dos años de abstinencia y no era prudente emborracharse. Podría decirle cosas que no debería a la hermana que tanto necesitaba. Decirle cosas estúpidas, no hacerlas. No podía ponerlo de excusa por lo que había hecho. Estaba increíblemente sobria cuando mató a Toby.

—Claro que pediré que me hagan una evaluación. Tuve suerte: a la quinta persona a la que llamé le habían cancelado la cita. De no ser así, habría esperado durante semanas. Vendrá mañana. Hasta que no diga que está bien a nivel estructural, no tiene sentido planificar nada.

Pero ella ya lo estaba haciendo. Llevaba meses haciéndolo en su cabeza. No, no eran meses: llevaba toda su vida planeando esta librería. Desde que tenía uso de razón, era la más feliz entre las páginas de un libro. Era una felicidad que llegaba sin pedir nada a cambio, sin prometer nada. Sin dolor. Y si un libro la decepcionaba, como podía ocurrir, siempre había otro que elegir, otra aventura esperando. Ahora le ofrecían un futuro y ella tenía que aceptarlo.

—¿Helen?

Esbozó una sonrisa.

—Perdona, ¿qué decías?

—Te preguntaba si tenías que contárselo a tu agente de libertad condicional.

A Helen se le heló la sonrisa. Al parecer, su hermana pensaba que era buena idea mencionar aquel nombre. Agente de libertad condicional. Como si sonara bonito y adorable. No era el caso. Tampoco si utilizaba el nombre de «oficial», que era el cargo más frecuente. O el de «supervisora», que, a ojos de Helen, era el menos ofensivo. Las condiciones de su libertad condicional eran bastante sencillas. Básicamente, no debía meterse en problemas ni desplazarse sin avisar a su supervisora, tenía que mantener el contacto con ella y avisarla si cambiaba de número de teléfono o de correo electrónico. Tenía que contárselo todo. Esto último no era una condición, pero parecía más seguro asumir que era así. Era más seguro aceptar que aquella mujer, Moira Manson, que ya conocía muchísimas cosas sobre ella, tenía derecho a saber el resto. Helen no tenía ninguna intención de romper las normas sin querer y de que la llevaran a prisión para cumplir el resto de su condena.

—Ahora mismo lo hago —dijo Helen mientras sacaba el teléfono. Le envió un correo electrónico a Moira con la información de la propiedad que tenía intención de comprar y sobre el negocio que esperaba poder abrir—. Es mejor contárselo todo —dijo, y volvió a guardar el teléfono—. No se sorprenderá, ya le había contado que este era mi plan.

Recordaba que le explicó que sus hermanos y ella heredaron una considerable cantidad de dinero cuando su madre murió y que esperaba poder hacer realidad su sueño de abrir una librería. Le sorprendió la reacción de Moira: una risa burlona seguida de un resoplido de incredulidad. Helen no estaba segura, pero juraría que también apreció un atisbo de envidia cruzándole el rostro.

Dejando de lado a la mujer, Helen volvió a pensar en sus planes para la tienda. Todo dependía de los resultados de la evaluación. Con solo treinta mil libras, cualquier reparación estructural dejaría aquel local fuera de su alcance. Entonces tendría que recomenzar su búsqueda, pondría su vida en pausa otra vez, aquel futuro que tanto anhelaba. Una oportunidad de dejar su pasado atrás. Aquel pensamiento le arrancó un suspiro de cansancio.

Sarah estiró el brazo y le cogió la mano.

—Es impactante que tengas que vivir bajo estas condiciones de libertad condicional durante dos años más. La culpa es de ese maldito abogado inútil que tenías. Debería haber insistido en que te retiraran los cargos.

¿Que le retiraran los cargos? Helen soltó una leve carcajada.

—Eso es un poco complicado. Después de todo, maté a Toby, ¿lo recuerdas? Su familia y su abogado querían que me juzgaran por asesinato. Gracias a mi abogado, me lo redujeron a homicidio imprudente. Y gracias a sus argumentos sobre las circunstancias atenuantes, mi sentencia fue de cuatro años y no de más.

—Te defendiste sola. —Aquella era una discusión que las hermanas tenían frecuentemente. Helen estaba agradecida de que solo la hubieran condenado a cuatro años; a Sarah le consumía la ira por el simple hecho de que tuviera que cumplir condena—. Creo que nunca olvidaré las fotos de tus lesiones. Las marcas de tu espalda, las quemaduras. —Le apretó la mano que aún sostenía—. Sigo sin creerme que lo soportaras durante tanto tiempo.

—Él era muy bueno conmigo, ya lo sabes. —A Helen se le llenaron los ojos de lágrimas—. Los primeros meses fue dulce, amable, considerado. Pensé que había tenido suerte. —Retiró la mano de la de Sarah, metió la mano en el bolsillo de sus pantalones vaqueros y sacó un pañuelo harapiento para secarse las lágrimas—. Ya sabes que mi historial con los hombres era una auténtica mierda. Toby parecía ser la respuesta a todas mis plegarias.

—Está claro que fingió muy bien. A Devon le gustaba. Eso no significa nada, al idiota de mi marido le gusta todo el mundo. Es la persona menos lúcida del planeta —dudó—. No he querido preguntártelo antes, pero ¿cuándo empezaron a torcerse las cosas?

Muchas personas le habían hecho esa pregunta a Helen: la policía, el personal médico que estudió sus lesiones, su abogado. Sin embargo, nunca había sido capaz de responder. Ni cuando todo era reciente ni ahora que podía mirar atrás y darse cuenta de lo estúpida que había sido. Porque era una farsa: Toby nunca había sido dulce o

considerado.

—No estoy segura —dijo.

—Supongo que empezó poco a poco, ¿no? —Sarah asintió como respuesta a su propia afirmación—. Así suele ser en la mayoría de situaciones de violencia doméstica. —Se ruborizó—. Investigué mucho antes de tu juicio, aprendí mucho sobre violencia doméstica que me habría gustado no saber nunca. Algunos de los casos... —Se le fue apagando la voz y negó con la cabeza—. Aún creo que no deberían haberte declarado culpable.

—Comprar aquel cuchillo fue mi perdición. La fiscalía dijo que aquello era prueba de premeditación.

—Fue mala suerte, todo el mundo sabe que las coincidencias existen.

Helen le dio un sorbito a su vino. Quizá debería beber más. Quizá, si lo hiciera, olvidaría la expresión del rostro de Toby aquel último día. Olvidaría su decepción cuando no escuchó el silbido del cinturón al cortar el aire, cuando no sintió el punzante y dulce dolor cuando la golpeó.

Su hermana pensaba que había empuñado ese cruel filo para protegerse de él.

Pero no había sido así en absoluto.

Capítulo 6

Para alivio de Helen, el informe del inspector llegó una semana más tarde y mostró que la propiedad estaba bien a nivel estructural. Lanzó un puño al aire de la emoción, colgó el teléfono e inmediatamente llamó a Sarah para contarle las buenas noticias.

—¿Entonces vas a continuar con la compra?

La emoción de Helen disminuyó. Quería que su hermana compartiera su alegría. No tenía a nadie más. Los pocos amigos que tuvo, que en su mayoría eran compañeros de trabajo, no habían superado la vergüenza que les produjo su detención.

—Sí, eso es. Es la propiedad perfecta y está en la ubicación ideal. Lo único que necesita es trabajo duro para renovarla.

—Bueno, pues si es lo que realmente quieres, enhorabuena entonces.

Helen apretó los dientes. Al parecer, lo celebraría sola.

Sarah, totalmente ajena a la decepción de su hermana, añadió:

—Devon y yo te ayudaremos cuando podamos. Todavía faltan meses, ¿no?

Su hermana no daba saltos de alegría, pero le ofrecía una ayuda práctica que valía mucho más. Helen quería atravesar el teléfono y achucharla.

—Gracias. Con tu ayuda y la de Devon será mucho más fácil. Espero que hagan el traspaso de titularidad en unas seis semanas.

Había sido ridículamente optimista. A pesar de las constantes llamadas para acelerar el proceso, pasaron ocho semanas antes de que todo estuviera firmado y la propiedad fuera suya.

Los días de espera fueron eternos. No podía hacer mucho más. Puso carteles en los escaparates de la zona y en todos los periódicos gratuitos que encontró para anunciar que compraba libros usados. Recibió un par de llamadas en esos días y condujo para ir a buscarlos. Después los añadió a las cajas que yacían en medio de su salón esperando ser llevadas a la tienda.

Cuando firmó todo y la inmobiliaria le entregó las llaves, fue a echarle un ojo a la que ya era su propiedad. En el interior, todo era mejor y peor de lo que recordaba: el espacio, más amplio; los techos, más altos; el olor, más intenso y no demasiado agradable; la mancha de humedad de la pared, más grande; el desorden y el caos, más ofensivos. Aun así, caminó por las estancias, se imaginó cómo serían y sintió una emoción que la recorrió por completo.

Al día siguiente comenzó el arduo trabajo para remodelar el edificio viejo y deteriorado. Recurrió a todos los favores que pudo, desesperada por mantener el coste de la reforma dentro de lo que podía permitirse.

Los amigos de Devon resultaron ser un regalo caído del cielo: no solo se encargaron de la cocina y del baño por poco dinero, sino que además ayudaron a quitar el papel pintado acumulado durante décadas en las paredes y a repintarlas. La mancha de humedad no era producto de una tubería con fugas, como Helen pensaba, sino de un canalón que derramaba agua por la pared cuando llovía. Gracias a Dios, era fácil y barato de reparar.

Helen gastó dinero donde fue necesario: en electricidad y en triple acristalamiento para las nuevas ventanas de la parte delantera del edificio. Quería que la librería fuera un refugio en el que la gente pudiera desaparecer entre libros sin que el constante tráfico exterior le molestara. El gasto de la renovación no fue desorbitado, pero

superó las treinta mil libras que tenía, lo que le obligó a echar mano de su tarjeta de crédito y usar un descubierto, algo que planificó apresuradamente.

Cuando miró a su alrededor, decidió que aquello merecía la pena. Tenía mejor aspecto de lo que nunca imaginó. Un carpintero amigo de un amigo de Devon había fabricado las estanterías que cubrían las paredes tanto de la planta superior como de la inferior. Utilizó madera reciclada de palés antiguos que había lijado y barnizado delicadamente. También construyó algunos muebles modulares con ruedas para el espacio de la planta de arriba.

Acertó cuando decidió quitar el muro divisorio entre las dos habitaciones más grandes. Dado que la luz entraba desde ambos lados, el espacio quedaba increíblemente iluminado. Consiguió en eBay algunos sillones cómodos y un par de mesas pequeñas por cuatro duros.

También tuvo la grandísima suerte de dar con un mostrador muy maltrecho, pero precioso, en una tienda de caridad local por el módico precio de veinte libras. Un par de lámparas de latón con pantallas de cristal verde, encontradas en otro establecimiento del mismo tipo, completaban la decoración.

El último día, cuando todo estaba listo, invitó a *pizza*, cerveza y *prosecco* a los que la habían ayudado, y lo preparó todo sobre los muebles modulares del primer piso.

—No puedo creer que hayas hecho todo esto —dijo Sarah mientras elevaba su copa para brindar con su hermana—. Tengo que admitir que tenía mis dudas, pero es increíble.

—No podría haberlo hecho sin vuestra ayuda. —Helen abrazó a su hermana y alzó su copa en dirección al resto—. Me habéis salvado la vida.

—Este suelo fue jodido de lijar y barnizar —dijo Devon mientras golpeaba la tarima con la punta del zapato—. No sé cuántas veces quise pirarme al bar más cercano y encasquetártelo a ti.

Helen repasó con la mirada el suelo teñido de color nogal en el que tanto había trabajado Devon. Contrastaba con la madera clara

de las estanterías. Cuando estuvieran llenas de libros, quedarían increíbles.

—Has hecho un trabajo magnífico, te lo agradezco mucho. — Señaló con la mano a todo el círculo de personas—. Todos lo habéis hecho, en general. No han sido unos años fáciles y ahora, gracias a vosotros, estoy deseando ver qué me depara el futuro.

—¿Aún sigues con la idea de abrir el lunes?

Helen alzó la barbilla ante el atisbo de duda que percibió en la voz de su hermana.

—Voy a abrir el lunes. —Nada iba a impedir que empezara este nuevo capítulo. Tenía que dejar los últimos años atrás y seguir adelante con su vida—. De momento, solo abriré la planta baja. Gracias a los anuncios, tengo libros suficientes para llenar la mayoría de las estanterías. Aún tengo que pasar a recoger algunos más, así que llegarán distintos ejemplares en las próximas semanas.

Sarah dejó su copa vacía y extendió las manos por encima de la cabeza.

—¿Necesitas ayuda para desempaquetarlos?

Aquel día, a primera hora, Helen tuvo que hacer tres viajes en coche para mover los libros desde su casa hasta la tienda. Había apilado las cajas en la planta baja. Eran cajas inestables, deseosas por revelar sus tesoros, libros que querían ser liberados y encontrar un hogar en las estanterías. Estaba encantada de aceptar ayuda con cualquier otra tarea, pero esto quería hacerlo sola.

—Gracias —le dijo con una sonrisa de agradecimiento a su hermana.

En realidad, Helen no podría habérselas apañado sin ella. Quizá los diez años que separaban a las hermanas de una forma tan dramática, los que habían causado una gran diferencia cuando eran niñas, ya no importaban. Quizá Helen pudiera perdonar y olvidar por fin.

—Ya has hecho mucho por mí, te estaré eternamente agradecida.

—¿Pero quieres desempaquetar los libros tú sola? —Sarah sonrió mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla a Helen—. Tú

y tus libros. Cuando te imagino de cría, así es como te recuerdo: como una pilluela con la nariz siempre metida en algún libro.

De niña, Helen no solo se perdía entre las páginas de un libro. Entraba en un mundo distinto. Uno en el que no estaba sola o triste. Un mundo en el que era princesa o reina, en el que sus amigos eran leones, en el que jugaba con tigres o en el que mantenía largas conversaciones con osos que comían miel. Se perdía en un mundo en el que no le importaba que sus hermanos mayores no quisieran su compañía. «Eres demasiado pequeña. Nos aguas la fiesta. ¡Vete, canija!». Se perdía en un mundo en el que no le importaba que su madre se preocupara más por mantener la casa limpia que por cuidar a una niña que nunca quiso tener.

Helen ahogó el torrente de rabia que siempre sentía cuando pensaba en su infancia y forzó una sonrisa. Los libros la salvaron entonces, y ahora, mirando el espacio que había creado, sabía que la salvarían de nuevo.

Sarah miró el reloj.

—Bueno, pues si estás segura de que no nos necesitas, será mejor que nos vayamos.

—Gracias por la *pizza* y las cervezas —dijeron los tres chicos casi al unísono mientras agitaban las manos en señal de rechazo cuando ella intentó darles las gracias de nuevo por todo su arduo trabajo.

—Han disfrutado haciéndolo —dijo Devon, y le dio un beso en la mejilla a Helen—. Los ha mantenido alejados de sus problemas.

—Y también del bar —dijo Sarah a la vez que enganchaba el brazo en el de él—. A ti también te ha venido bien. Piensa en el dinero que te has ahorrado.

Helen se despidió de los chicos, después cerró la puerta, se recostó contra ella y dejó que su mirada vagara por la estancia mientras un escalofrío de expectación la recorría. Algunas de las torres de cajas que esperaban a ser desempaquetadas contenían libros que tenía desde hace años. Viejos amigos de los que era reacia a deshacerse, pero tenía que hacerlo. Si quería que su negocio funcionara, no había tiempo para sentimentalismos. El resto

de las cajas estaban llenas de libros que había ido reuniendo durante las últimas semanas gracias a los anuncios.

Se había propuesto terminar con aquellas cajas antes de la gran apertura del lunes. Solo tenía una recogida más planificada antes de ese momento. Decidió que dejaría esos libros en la planta de arriba, aparte, hasta que tuviera tiempo de clasificarlos.

Cogió el sello que había creado para marcar cada libro con el logo de Appleby. Después, con un gesto dramático, rasgó la cinta de embalar de la primera caja y se adentró en ella para empezar con la tarea de elegir cuál sería el lugar de cada ejemplar.

Mientras trabajaba, se fue haciendo de noche. La persiana veneciana de madera que había colgado en la ventana en mirador impedía que entrara la mayor parte de la luz exterior, aunque algunos destellos se colaban por los bordes formando extraños dibujos en las paredes. Encendió una lámpara y trabajó con su luz hasta que las esquinas de la estancia sucumbieron a la oscuridad. Al levantar la vista del libro que estaba examinando, se sobresaltó al pensar que la habitación se había convertido en un lugar infinito, sin límites, y se agobió con la sensación de que ya no estaba sola.

El libro que tenía en la mano se cayó al suelo y dio un golpe que hizo eco en la habitación silenciosa.

—¿Hola?

Qué estúpida. ¿De verdad esperaba una respuesta? La puerta principal estaba cerrada con llave. No había nadie. Nadie. Apretó los labios para evitar decir su nombre, pero, cuando miró fijamente hacia una de las oscuras esquinas, salió en forma de susurro.

—Toby.

La perseguía. Aquello tenía que parar. Su muerte había marcado el fin de una parte de su vida y el inicio de la siguiente. A partir de ahora, todo iba a ser diferente. Ella iba a ser diferente. Lo único que tenía que hacer era encender todas las luces y disipar las sombras.

Cuando decidió que el día había terminado, se le cerraban los ojos por el cansancio. Se puso de pie y frunció el ceño al percatarse de lo poco que había avanzado. Le estaba llevando más tiempo de lo

previsto y solo había llenado unas pocas estanterías. Pasó los dedos por los lomos y esbozó una ligera sonrisa. Al menos ya había dado el primer paso.

Su cerebro era un hervidero. Incluso después de conducir hasta casa, de haber comido una *pizza* que le había sobrado y de haberse metido en la cama, su mente seguía luchando con pensamientos contradictorios.

Sin embargo, la mayoría eran felices. Todo se agolpaba. A partir de ahora, esa sería su vida. Disfrutaría de su negocio, encontraría placer entre las cubiertas de los libros, en las palabras impresas en las páginas, y nunca más dejaría que un hombre entrara en su vida.

La hermosa cara de Toby apareció en el interior de sus párpados. Semanas después de su muerte, parecía que estaba grabado allí para torturarla y hacer que pasara noches en vela, con miedo a cerrar los ojos. Los años en prisión habían atenuado la imagen, difuminado sus bordes, hasta que finalmente se convirtió en una sombra difusa de él mismo que regresaba de vez en cuando como un invitado no deseado. Uno que acechaba en las sombras como había hecho aquel día. Siempre sin ser visto, pero observándola.

Cuando se le aparecía en sueños, siempre estaba muerto, siempre lleno de sangre. Así era más fácil porque no tenía que matarlo una y otra vez.

Durante un tiempo estuvieron bien juntos, ¿no? ¿O acaso estaba cometiendo el error de mirar a su pasado a través de unas gafas traicioneras y teñidas de color de rosa? Había creído que eran felices y siguió pensándolo incluso después de saber que no era cierto, incluso cuando él la miró con asco antes de azotarla en la espalda con su pesado cinturón de cuero.

Capítulo 7

El cansancio provocó que Helen se durmiera pronto, aunque la maraña de pensamientos la despertó justo cuando la luz se colaba por los bordes de las cortinas a las cuatro de la madrugada del día siguiente. Durante unos minutos siguió tumbada, con los ojos cerrados, esperando volver a quedarse dormida.

Sin embargo, muchos de sus pensamientos tenían filos cortantes e impedían que regresara a ese estado. A las cuatro y media se preguntó si sencillamente tenía que darse por vencida y ponerse con todo lo que tenía que hacer. Decidió que aquella era la mejor opción, así que retiró el edredón incorporándose y se puso en pie.

Durante el desayuno hizo planes en su cabeza para el día que tenía por delante. En primer lugar, seguiría desempaquetando las cajas que quedaban. Hasta hacía no mucho, habían sido sus libros y en su mayoría eran de ficción: criminal, unas cuantas novelas románticas y algunos clásicos antiguos. Por desgracia, todos tenían más de dos años.

Esperaba haber encontrado libros más nuevos y una mezcla más ecléctica en las cajas que había adquirido durante las últimas semanas. Más allá de echarles un vistazo rápido para asegurarse de que no eran una completa basura, había aceptado sin rechistar lo que le ofrecieron. No se podía permitir ser exigente. Al menos, no por el precio que estaba dispuesta a pagar. La mayoría de las personas se habían sentido aliviadas de poder deshacerse de lo que

era un exceso de libros, y habían quedado conformes con las pocas libras que ella les ofrecía.

Le animó pensar en todo lo que tenía que hacer. Cogió el bolso y las llaves, y salió. Como tenía dispuesto llevar a cabo una recogida aquella tarde, tenía sentido ir en coche. Aparcó en la calle, a la puerta de la tienda, y se quedó sentada un momento mientras la miraba fijamente a través de la ventana del vehículo. Tenía buena pinta. El cartel pintado a mano que colgaba sobre la puerta principal con el texto **APPLEBY BOOKS** en negrita había quedado mejor de lo que esperaba. Le había dado vueltas a la idea de añadir también el logo al cartel, pero, finalmente, había terminado optando por hacer algo sencillo.

Abrió el cerrojo y empujó la puerta. La campana que había puesto en lo alto para alertarla cada vez que entrara un cliente tintineó a modo de saludo. Aquello le habría hecho sonreír si no fuera porque miró a su alrededor con pánico. Aún quedaba mucho por hacer.

Aunque había empezado temprano, a última hora de la mañana solo había conseguido vaciar dos cajas. El hambre le pidió una pausa. Le echó un vistazo al reloj y se puso de pie. Las once y media. La pizzería de al lado ya estaría abierta para preparar almuerzos. Y afortunadamente vendían porciones de *pizza*.

Ya había demostrado que era una buena clienta y se había hecho amiga de los dos dueños, que no eran italianos, sino de East End, en Londres. Cuando los conoció, hablaban con una marcada jerga *cockney* que apenas podía entender. Una vez que los conoció mejor, descubrió que, en general, hablaban así por el bien de sus clientes.

Empujó la puerta para entrar al restaurante. Era pequeño, solo tenía seis mesas, pero, por lo que le habían contado, sabía que la mayoría de sus ingresos procedían de la comida para llevar.

—¿Hay alguien ahí? —Llegó hasta el mostrador y cogió un menú.

Se oyó una respuesta desde la trastienda.

—¡Tranquilidad, que ya vamos!

Pasaron un par de minutos más hasta que Helen escuchó pasos

acercándose y de pronto vio el rostro angelical y robusto de Alex.

—Podría haberme llevado toda la cubertería —dijo ella con una sonrisa.

—No sería la primera vez que ocurre.

Era difícil saber cuándo bromeaban Alex o Zander, su hermano gemelo. Creyó que se estaban cachondeando cuando se presentaron, pero no. Su madre pensó que era divertido escoger un único nombre, Alexander, partirlo en dos y añadirle una «z» para que fuera más sencillo. Los dos hombres, que acababan de entrar en los sesenta, habían decidido comenzar una nueva vida lejos de East End, donde siempre habían residido, cuando la mujer de Alex murió tras soportar una larga enfermedad.

Vendieron la tienda de *fish and chips* que habían regentado durante décadas, se mudaron a Bath y buscaron algo que hacer. Cuando vieron que la pizzería estaba en venta, se les abrió el cielo. Fue hace poco más de dos años y jamás se habían arrepentido de dar el paso.

—La comida es la comida —dijo Zander cuando Helen le preguntó a qué se debía el cambio—. La pizzería lleva casi diez años aquí. No hace falta cambiar lo que funciona.

Le gustaba su actitud sensata, conformista, y estaba encantada de tenerlos como vecinos y más que feliz de poder pedirles información sobre cosas que desconocía. Les había prometido libros gratis a cambio. La propuesta les sacó una carcajada a ambos.

—¡Leer un libro! ¡Ni hablar, querida!

Para alguien que consideraba la lectura tan vital como respirar, aquello sonó a reto.

—Me apuesto lo que sea a que encontraré algo que os guste —dijo.

Sin embargo, no tuvo éxito.

Cogió el menú del mostrador y después lo volvió a dejar, sonriéndole al hombre que tenía enfrente.

—No sé por qué me molesto en mirarlo.

—Algún día de estos escogerás algo distinto.

—Hoy no es el día indicado para hacerlo. Me llevaré la *pizza* de champiñones de siempre y un café con leche grande, por favor.

No tenía sentido llevarse una o dos porciones. Ahora se la comería casi toda. Si sobraba, la cenaría. No solo le ahorraría tener que cocinar. Además, le ahorraría tener que ir a hacer la compra.

Era un día cálido. En vez de comer dentro, se llevó la comida al jardín y se sentó en una silla de plástico que había traído de casa.

La *pizza* estaba buena, al igual que el café. Mientras comía, observó a sus vecinos. Eran amables, serviciales, siempre le dedicaban una sonrisa y tenían tiempo para ella. Sin embargo, por muy simpáticos y agradables que fueran, había algo que la hacía desconfiar.

Quizá solo fuera la experiencia que había vivido con Toby lo que le hacía ser tan suspicaz, o quizá fuera por su reacción cuando ella les preguntó, la primera o la segunda vez que se cruzó con ellos, por qué no habían visto conveniente comprar aquella tienda. Se rieron y dijeron que no les interesaba, que ya tenían suficiente espacio para trabajar a gusto. Sonaban sinceros y de fiar, pero ella estaba casi segura de que mentían. Sin embargo... ¿realmente era capaz de distinguir si lo hacían o no?

Toby dijo que la quería y ella le creyó. Pero él había mentido. Quizá todo el mundo lo hiciera. Ella lo había hecho, eso seguro.

Alex y Zander eran amables con ella, preparaban buen café y una *pizza* absolutamente espectacular, así que quizá fuera mejor sonreír y no decir nada.

¿Cómo era ese dicho antiguo? «Mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos, aún más cerca».

Sí, eso es lo que haría. Sonreiría, se haría la indefensa y mantendría los ojos bien abiertos.

Toby le había enseñado una valiosa lección: a no confiar en nadie nunca. Especialmente si se trataba de un hombre servicial y encantador.

Nadie en este mundo arruinaría su segunda oportunidad de ser feliz para siempre.

Capítulo 8

Cuando llegó la hora de que Helen saliera para hacer una recogida que sonaba prometedora, aún no había logrado acabar con todo el trabajo que esperaba dar por terminado. La habían llamado dos días antes y respondió con un alegre «Appleby Books, dígame». Aquellas palabras aún eran nuevas para ella y sentía cierta emoción cada vez que las pronunciaba, así que le costó un par de segundos analizar el largo silencio que se hizo al otro lado de la línea.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —Estaba a punto de colgar, pero oyó cómo alguien se aclaraba la garganta—. ¿Hola?

—Lo siento. —La voz era tranquila, grave y temblaba de una forma muy particular—. Es culpa de este aire seco y polvoriento —dijo como si aquello lo explicara todo.

Helen esperó.

—He visto su anuncio. En el periódico. Busca libros. —Eran frases cortas intercaladas con grandes bocanadas de aire—. Estoy limpiando. Los libros deben marcharse.

El hecho de hacer limpieza era una de las excusas más frecuentes que le habían puesto a Helen aquellos que querían deshacerse de los libros. A ella le venía genial. Ellos querían tirarlos; ella, adquirirlos.

—Estupendo —dijo ella—. Aún tardaré algunos días en abrir mi tienda, pero estoy aquí casi todos los días si quiere pasar a dejarlos.

—Tengo muchísimos. ¿Sería posible que pasara a recogerlos?

Aquel «muchísimos» alertó a Helen.

—Claro, no hay problema. Estoy libre el viernes, ¿le va bien?

—Perfecto.

Helen levantó una ceja cuando anotó el nombre y la dirección que le dieron de forma entrecortada. Estaba en una zona muy sofisticada de Bath. Esperaba que los libros de los que la señora Clough quería deshacerse no fueran una enciclopedia completa. O peor aún: dos enciclopedias completas. Helen ahogó una carcajada y le prometió a la señora que iría en un par de días.

Ya era viernes por la tarde. Se puso de pie y suspiró. Tendría que haberle hecho más preguntas a la señora Clough. Por ejemplo, cuántos libros eran «muchísimos». En el mejor de los casos, abriría la puerta trasera de su coche, bajaría los asientos traseros y crearía una superficie plana. Si «muchísimos» era real, tendría espacio suficiente. Se subió al vehículo y condujo la corta distancia que la separaba de Lansdown Road. Solo tardó seis minutos, pero las diferencias eran más que evidentes. Aquí el tráfico era más fluido y las casas, que se disponían a cierta distancia de la carretera, eran enormes mansiones independientes o adosadas.

Se detuvo frente a la casa de la señora Clough y se quedó mirando a través de la puerta abierta. Después se bajó del coche y recorrió el pequeño camino de entrada, hecho de piedra, que la condujo hasta la puerta principal.

Había un timbre integrado en la piedra, a un lado. Sintiéndose ligera y estúpidamente aprensiva, Helen lo pulsó una vez y oyó que sonaba dentro. Recordó el tono dubitativo en el que hablaba la propietaria, así que no esperó una respuesta rápida. Sin embargo, se sobresaltó porque la puerta se abrió casi de inmediato.

Aquella reacción pareció divertir a la anciana de complexión delgada.

—Te estaba esperando —explicó—. Normalmente no recibo muchas visitas.

Helen se sintió juzgada por aquellos pequeños ojos azules en un rostro muy maquillado y arrugado. Intentó parecer profesional,

digna de su confianza. Intentó no mirar la cabellera de la mujer, que era blanca como la nieve. Tenía que ser una peluca, ¿no? Soltó una risa nerviosa y metió la mano en el bolsillo para sacar una tarjeta de visita.

—Soy Helen Appleby, de Appleby Books —dijo mientras extendía la mano con la tarjeta entre los dedos.

La mujer la cogió y la examinó, tanto por el recto como por el anverso, y después asintió.

—Me gusta su logo. Es inteligente. Y adorable.

La señora Clough dio un par de pasos torpes hacia atrás, abrió aún más la puerta y le hizo un gesto a Helen para que entrara en la casa.

De repente se percató de que nadie sabía dónde estaba. No le había dicho ni a su hermana ni a nadie adonde iba. Detrás de la mujer había un pasillo tenuemente iluminado, era casi lúgubre. Todo eran sombras y esquinas oscuras. Parecía enmarcarla a ella y a su extraño cabello blanco, casi luminoso, haciéndola parecer antinatural e irreal.

Helen volvió la vista hacia la carretera. No pasaban ni coches ni peatones. Si gritaba para pedir ayuda, nadie acudiría. Deslizó la mano en el bolsillo de su chaqueta y rodeó el móvil con los dedos. Podía sacarlo, fingir que tenía que atender a alguien y hacer una llamada rápida para pedir ayuda. Pero ¿a quién llamaría? A la policía. ¿Y qué les diría? Que una mujer mayor la había invitado a entrar en su casa. Una mujer con la que Helen había concertado una cita. ¿O llamaría a su hermana? Era más probable que la comprendiera, pero incluso ella levantaría una de sus cejas gruesas y le diría a Helen que se controlara.

Como si escuchara las mordaces palabras de su hermana, se dio mentalmente un golpe en la frente. ¿En serio? Primero, Alex y Zander; ahora, esta pobre mujer. Su experiencia con Toby le hacía dudar de todo el mundo. De los actos de cualquiera. Sospechaba que estaba rozando la paranoia. Estaba convencida de que cada persona que conocía iba a por ella. Por culpa de Toby había perdido

años de su vida. Se negaba a que siguiera destrozándola. También se negó a escuchar la vocecilla de su interior que se burló y le preguntó: «¿Y qué hay de todos los años de Toby que tú, Helen, le has arrebatado?». Era la culpa, su eterna compañera, que le hablaba en un tono chillón, insistente y que resonaba de manera dolorosa en su interior. Había aprendido a no ignorarla y a convivir con ella. No tenía otra opción.

El pasillo no solo era oscuro, sino también frío. En una esquina había un perchero de madera de caoba cargado de sombreros y abrigos. Helen se estremeció al ver las telarañas que se extendían desde el cuello de uno hasta la manga de otro. Contra la otra pared había una cómoda repleta de figuras de porcelana. El polvo se acumulaba y las telarañas, con un patrón de encaje, se balanceaban entre ellas con la corriente de aire que entraba por la puerta abierta.

Cuando se cerró de golpe detrás de ella, Helen chilló e inmediatamente se apresuró a ocultar su vergüenza tapándose la boca con la mano y tosiendo.

—Lo siento —dijo a la vez que agitaba la otra mano a modo de disculpa—. Tengo asma.

El asma te hacía toser, ¿no? No tenía ni idea, pero parecía que la excusa había funcionado. Ahora el rostro de la señora Clough mostraba preocupación.

—¿Le traigo un vaso de agua?

Helen tosió débilmente de nuevo antes de retirar la mano.

—No, gracias, ya estoy mejor.

—Hay algo de polvo, sí, no creo que te venga bien.

¿«Un poco de polvo»? Si Helen levantara cualquiera de esas figuritas, apostaba lo que fuera a que encontraría un hueco de medio centímetro de espesor en la cómoda.

—Venga, pase a la sala de estar. —La señora Clough cruzó el pasillo hasta llegar a una de las puertas que daban a la otra estancia. Durante unos instantes luchó con el pomo de la puerta y lo sacudió de un lado a otro—. Todo se cae a cachos —susurró. Luego, con un movimiento final, lo giró.

Llevaba a otra habitación gris. Unas cortinas pesadas cubrían la ventana salediza y colgaban de lado: una parte estaba abierta y la otra estaba completamente cerrada, así que le cerraba el paso a gran parte de la luz natural. La suciedad contribuía a oscurecer el resto.

Se había hecho algún esfuerzo. Uno muy a medias. Había limpiado el polvo de la parte delantera de una de las cómodas, aunque quedaba una gruesa capa en la parte trasera. Solo había un pequeño sofá en la estancia. Unas muescas en la alfombra mostraban que una vez hubo otros muebles. Posiblemente, aquello era parte del vaciado que la mujer había mencionado. Helen sintió cierta pena por ella. Quizá había vivido allí toda su vida y ahora se veía obligada a venderlo todo porque ya no podía más. Quizá llevara así mucho tiempo.

—Gracias por contactar conmigo, señora Clough —dijo intentando mantener el tono empresarial de la visita.

—Oh, por favor, llámame Jen —dijo la mujer a la vez que sonreía y le pedía a Helen que se acercara al sofá—. Siéntate. Iré a preparar un té para las dos y después hablaremos sobre mi colección de libros.

¿«Colección de libros»? Helen quería levantar la mano y decirle a la mujer que no era comerciante de libros en busca de ejemplares únicos y antiguos. Era una simple librera. Prefería los libros de segunda mano. Los que tenían historia. Los que otros ya habían leído. Libros que habían sido mancillados al doblarse las esquinas de sus páginas. Esos en cuyos márgenes los lectores habían anotado palabras (de discrepancia, de acuerdo), que estaban dedicados, con amor, por algún amigo o pariente.

Antes de que pudiera hablar, la mujer regresó al pasillo y se esfumó. Helen oyó el traqueteo de otro pomo de puerta y luego, silencio.

Poco a poco, sus ojos se iban acostumbrando a la iluminación tenue. Al mirar alrededor, en el rincón más oscuro de la habitación, pudo distinguir la forma de unas cajas. De varias pilas. Tres, de

hecho.

—Joder —susurró. En su auto cabían cinco cajas, como mucho. Necesitaría hacer varios viajes para llevarse todo.

Como no había señales de que la señora Clough fuera a volver, Helen se puso de pie y fue directa a las cajas. Esperaba poder echarle un vistazo a lo que hubiera dentro, pero estaban cerradas. Rodeó la primera caja con los brazos y la levantó. Era pesada, pero podía con ella. Sin embargo, no se imaginaba a la pequeña mujer anciana moviéndolas. Imaginó que había tenido ayuda.

Dejó las cajas de lado y caminó hacia la otra parte de la habitación, donde encontró fotografías enmarcadas que adornaban la chimenea. Quien hubiera medio limpiado la cómoda no había hecho ni el más mínimo esfuerzo allí. El polvo y los hilos de telaraña iban de un marco a otro como si fueran escalofriantes decoraciones de Navidad.

En la exposición de fotografías en blanco y negro o a color, pero desgastadas, había dos imágenes más recientes que destacaban de manera llamativa. Aparecía la señora Clough, que tendría unos ochenta y cinco años, y se aventuró a pensar que el chico y la chica jóvenes que tenía al lado eran sus nietos, quizá sus bisnietos. Esperaba que fueran amables con aquella anciana. Quizá fueran ellos quienes la ayudaran a hacer limpieza.

—Aquí tienes. —La señora Clough entró en la habitación con una bandeja.

A Helen, que esperaba ver tazas y platillos de porcelana pija, le resultó hasta gracioso ver tazones de melamina de un rojo brillante, un pequeño cartón de leche y galletas Garibaldi en un paquete sin abrir.

Cuando las dos se sentaron y tuvieron una taza entre las manos, la señora Clough se reclinó.

—Háblame de tu tienda.

Era la pregunta perfecta y, conforme hablaba, toda la paranoia y los miedos de Helen se redujeron. Los libros. Entre ellos era la más feliz.

—Se llama Appleby Books. Abro el lunes.

También le habló de su proceso de búsqueda del local ideal y de la reforma.

Cuando terminó, la señora Clough sonrió.

—Parece un lugar mágico. Te aseguro que amas los libros tanto como yo. Mi sobrino nieto los detesta y es quien me ha ayudado a empaquetarlo todo. Si dependiera de él, los habría tirado a la basura.

Alguien que odiaba los libros. Aquello tenía nombre.

—Es un filisteo.

La señora Clough sonrió.

—Así es. Cuando vi tu anuncio, sentí que respondía a todas mis plegarias.

—No puedo pagarte mucho —dijo Helen rápidamente—. No soy comerciante de libros, sino una simple librera. Si tienes primeras ediciones o algo similar, tendrás que buscar a un experto. Alguien que pueda permitirse pagarte bien.

La señora Clough negó con la cabeza.

—He sido una ávida lectora toda mi vida. Solo son libros que me han gustado. Estaré encantada de ver que encuentran un nuevo hogar. De saber que otros los aman. —Eché un vistazo a la habitación mientras sus ojos perdían el enfoque—. He vivido sesenta años aquí. Toda mi vida de casada. Mi marido falleció hace cuatro años. Supongo que, desde entonces, no he podido sobrellevarlo todo. Tuve una limpiadora, pero se marchó el año pasado y nunca me molesté en buscarle reemplazo. Como ves, las cosas han ido empeorando. Ahora me voy a mudar a un apartamento. Es una vivienda protegida. Allí estaré a salvo.

La tristeza en su voz era más que evidente. Era el final de su vida tal como la había conocido.

—Lo siento.

La señora Clough extendió una mano delgada y huesuda y la posó sobre el brazo de Helen.

—Yo también, querida, yo también. —Después, como si hubiera

decidido que era hora de volver a los negocios, apuntó hacia las cajas—. Algunos son antiguos, pero otros los compré en estos últimos años porque no salía mucho de casa y disfrutaba aún más de la lectura. —Apoyó la taza, de la que casi no había bebido, y volvió a recostarse, como si la conversación la hubiera agotado.

—Si me dices cuánto pides por ellos, veré si puedo pagarlo. Puede que solo pueda permitirme una parte. —Era un negocio, tenía que ser práctica.

—No, querida, no lo entiendes. No quiero que me pagues. Solo quiero deshacerme de ellos para que Jared no los tire a la basura.

¡Libros gratis! Helen le echó un vistazo a la montaña de cajas. Aunque la mitad estuvieran para tirar o fueran enciclopedias (Dios no lo quisiera), por fuerza tenía que encontrar algo que pudiera vender.

—¿Estás segura? ¿A tu familia no le importará que los regales sin más?

La expresión de *Mrs.* Clough cambió de amigable a amenazadora e hizo que Helen tragara saliva.

—Seré vieja. Seré frágil, incluso. Pero lo que no soy es débil de mente, así que si te preocupa estar aprovechándote de una anciana demente, piénsatelo mejor. —Se arrastró hacia el borde del sofá y después usó el reposabrazos para ponerse de pie—. Mi sobrino nieto estará encantado de ver que estas cajas se han esfumado. Le ahorrará el coste del contenedor que amenazaba con contratar.

Se quedó mirando a Helen con el ceño fruncido durante un momento antes de que la expresión de enfado se esfumara tan repentinamente como había aparecido.

—Llévate los libros, querida. Haz que tu nuevo negocio triunfe. Los amantes de los libros son buena gente. Estoy encantada de poder ayudarte, aunque sea con este pequeño gesto.

Helen esperaba que la señora Clough viviera el resto de su vida con la certeza de que todos los amantes de los libros eran buenas personas. Helen sabía que no era así. Le encantaban los libros, la magia de las palabras entre las cubiertas, la capacidad de

transportarse a otra época y lugar o de transformarse en alguien completamente diferente durante unas horas, pero eso no la convertía, en ningún sentido de la palabra, en una buena persona.

No había forma de explicarle a aquella mujer ilusa, frágil y anciana que los libros fueron los que impidieron que a Helen la engullera la oscuridad que la vida no dejaba de arrojar sobre ella. Lo cierto era que no amaba los libros: los necesitaba.

Capítulo 9

Tardó dos horas en mover las dieciséis cajas desde la casa de Lansdown Road hasta la tienda, y casi eran las seis cuando Helen llegó con la última. Dado que estaba muy cansada, lo último que necesitaba era ver a una mujer parada en la puerta de la tienda, con el teléfono en la mano, mandando mensajes a Dios sabe quién.

No eran para ella. Helen comprobó su teléfono por si acaso y le alivió ver solo mensajes de su hermana. No esperaba ninguna visita de aquella mujer. Tampoco la quería. Contrariamente a la actitud amistosa que la supervisora de la condicional siempre intentaba transmitir, Moira Manson no era su amiga.

Helen no podía quedarse toda la tarde sentada en el coche.

—Hola —dijo al salir para tratar de sonar amable—. Lo siento, ¿habíamos quedado?

Helen ya llevaba tres meses fuera de prisión. Durante las primeras cuatro semanas, Moira la había llamado. El segundo y el tercer mes aquello se redujo a un contacto quincenal. Ahora solo tenía que ver a la irritante mujer una vez al mes hasta que terminara su permiso de veintiún meses.

La había visto por última vez hacía dos semanas, así que no debería haber estado allí en la tienda. Helen había pedido que las visitas fueran en su casa. No quería que aquella mujer contaminara su nueva vida con los oscuros colores de su pasado.

Moira terminó de teclear en su teléfono y sonrió.

—No es una visita oficial. Quería pasarme para desearte muchísimo éxito con esta increíble librería.

—Gracias. —«Y ahora, vete»—. Si eso es todo, necesito desempaquetar estas cajas.

Sonó maleducada. Despectiva. No le importaba. No eran amigas. Esperaba que Moira captara el mensaje y se marchara. Sin embargo, para su desgracia, hizo un gesto hacia el coche cargado.

—Parece que necesitarás una ayudita con todo eso. Soy más fuerte de lo que parezco.

Antes de que Helen pudiera iniciar una discusión, antes de que pudiera decirle que no quería ayuda, que no quería que tocara sus preciosos libros con sus manazas, Moira abrió la puerta del copiloto y tiró de una caja.

—Venga, abre la puerta de la tienda.

Helen respiró hondo, sintió que le rechinaban los dientes y que le subía la tensión. Sería idiota si se enemistara con una mujer que tenía tanto poder sobre los meses venideros. Asintió, se dirigió a la puerta principal, insertó la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¿No tienes alarma? —dijo Moira detrás de ella—. Es un poco arriesgado, ¿no?

Lo era. Helen no necesitaba que se lo dijeran. Había planeado comprar una, pero se había echado atrás por el coste y había decidido posponerlo hasta que pudiera permitírselo. Había justificado la decisión pensando que quién querría entrar en una librería de segunda mano. Nadie estaba tan desesperado por conseguir un libro que leer.

—Está en mi lista de cosas pendientes —dijo molesta por tener que darle explicaciones.

—Vale, ¿dónde quieres que deje esto?

Por mucho que quisiera librarse de su visita inesperada, parecía lógico aprovecharse de ella, ya que se había ofrecido.

—En la planta de arriba, por favor. —Helen señaló la escalera y regresó al coche para coger otra caja.

—Yo me encargo de la siguiente —dijo Moira cuando se cruzaron

en la entrada.

Helen subió las escaleras a duras penas, dejó la caja encima de otra y se giró para bajar, pero se detuvo en cuanto escuchó unos pasos que se aproximaban.

—Solo queda una. Te espero aquí —dijo Moira a la vez que colocaba cuidadosamente en lo alto del montón la caja que llevaba.

Helen no quería que la esperara. No quería que estuviera allí, punto. Sin embargo, como no podía pedirle a la supervisora que se largara de su tienda (algo que ansiaba hacer, pero que, de momento, no era tan estúpida para decirle), apretó los labios en lo que pareció una sonrisa, se giró sin mediar palabra y bajó las escaleras de dos en dos.

Un par de minutos más tarde, cuando se giró, le enfureció ver que Moira había abierto la caja que había subido y que estaba cotilleando en su interior.

—¿Encuentras algo interesante?

Moira no la escuchó o, lo que era más probable, prefirió ignorar el gran sarcasmo de sus palabras.

—En esta no y en aquella tampoco. —Con un movimiento brusco de barbilla, señaló la caja que estaba en lo alto de la pila que tenía al lado.

¡La cabrona había abierto dos!

—Bueno, no sabes lo que me interesa. —Helen cerró las solapas de la caja y Moira tuvo que sacar las manos—. Quiero tener un poco de todo, así que estoy segura de que les encontraré un buen hogar a todos ellos.

—Algunos son bastante antiguos. ¿Te estás planteando dedicarte a ejemplares únicos?

Para Helen, los libros estaban hechos para ser leídos, no para exponerse en vitrinas y manipularlos con guantes de algodón que se conservaban por su antigüedad más que por su contenido.

—No, no tengo ni conocimientos ni interés en esa rama.

—Es muy inteligente ceñirte a lo que controlas. —Moira echó un vistazo a los montones de cajas—. Si quieres, puedo quedarme y

echarte una mano. Quiero pensar que soy tu amiga, no solo tu jueza de vigilancia penitenciaria.

¿Estaba escrito en alguna parte del libro *Cómo ser una buena jueza de vigilancia penitenciaria* que debía tratar a una exconvicta como si fuera su amiga? ¿Se había dejado embaucar por la cordialidad forzada de Helen pensando que habían desarrollado una relación más personal? ¿O Helen era una actriz muy buena? Siempre lo había sido, pero después de lo de Toby, era carne de Óscar.

—Es muy amable por tu parte, pero voy a dar el día por terminado y me iré a casa.

—Vale. —Moira ojeó la habitación—. Has hecho muy buen trabajo con este sitio. Leí los detalles en la página web de la inmobiliaria cuando estaba en venta.

La estaba vigilando. Helen siempre había sido recelosa de su vida privada. Para ella era una necesidad. Le irritaba pensar que esa mujer tenía derecho a entrometerse y husmear en su vida. Su sonrisa se convirtió en un rictus doloroso mientras esperaba a que Moira se marchara por fin.

Su ida se demoró en la planta de abajo, cuando le pidió que le enseñara el jardín.

—En la web parecía un lugar amplio.

Era incapaz de pensar en un motivo para no enseñárselo. Decirle «Vete, por favor, pírate y déjame un poquito de privacidad» no le parecía racional, así que Helen conservó su dolorosa sonrisa y la guio hasta la parte trasera del edificio. Cuando abrió la puerta de atrás, señaló el jardín con la mano.

—Era un caos, todo estaba cubierto de vegetación. Ya he podado mucho, pero aún no he tenido tiempo de hacer nada más con ello.

No iba a compartir sus planes. Al menos esos sí podía mantenerlos en secreto.

Por suerte, Moira no propuso explorar el jardín y se conformó con echarle un ojo antes de volver a la tienda.

—Bueno, será mejor que me vaya. Has hecho muy buen trabajo. Te deseo lo mejor. Intentaré llamarte el día de la apertura. El lunes,

¿no?

Sí, el lunes. Era un día que Helen llevaba mucho tiempo esperando. Se negaba a que aquella mujer lo arruinara. Decidió que era hora de dejar las cosas claras. De manera educada, pero tajante.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Si te soy sincera, y sé que me entenderás, me gustaría diferenciar mi nueva vida y la antigua. No dejar que los errores que cometí en el pasado empañen mi futuro. Lo comprendes, ¿verdad? —«Por favor, entiéndelo, vete y déjame en paz».

—¿Los errores que cometiste en el pasado? —Moirá levantó la mano para acariciarse la barbilla y se tocó los labios con el dedo índice—. Hmmm —dijo penetrando a Helen con la mirada—, me preocupa un poco que consideres un error asesinar a alguien. —Mantuvo el gesto durante unos momentos antes de bajar la mano y sacudir la cabeza—. Dejémoslo en que es cosa del estrés de abrir tu nuevo negocio, ¿vale?

Y entonces se fue y Helen se quedó de pie, en medio del negocio de sus sueños, con ideas de asesinato rondándole por la cabeza. Odiaba a Moira por ello. Por llevarla de vuelta al sitio que quería y necesitaba dejar atrás a toda costa. Helen no era una persona violenta. Matar a Toby había sido una aberración. Un caso aislado. O tal vez él fue la gota que colmó el vaso. Pero también significó un punto final. Esa vida había terminado.

Ella no tenía intención de matar de nuevo.

Capítulo 10

Cuando Helen vio que el coche se marchaba, soltó el pomo de la puerta y se giró para volver a adentrarse en el local. Ya había cerrado la puerta, pero se percató de la presencia repentina de un rostro en el cristal. Era una cara arrugada que inmediatamente le recordó a la anciana que había conocido ese mismo día. Quizá esa fuera la razón que la llevó a abrir la puerta de nuevo en lugar de apuntar a la señal de «Cerrado» que colgaba en mitad del vidrio.

—¿Llego muy tarde? —La voz era firme y ligeramente elevada, en contraste con el cuerpo frágil—. Me he quedado sin nada que leer.

¿Cómo se suponía que Helen podría resistirse a una súplica sincera? En vez de señalarle que más que llegar muy tarde, la mujer se había adelantado un par de días, se echó a un lado y le hizo un gesto para que entrara.

—Puede echar un vistazo si lo desea, pero no abro oficialmente hasta el lunes.

—Es muy amable por su parte —dijo la mujer mientras se apresuraba a entrar como si temiera que Helen cambiara de opinión—. ¿Es usted la dueña del negocio?

—Sí, soy yo.

—Me gustan el nombre y el logo.

Helen se sonrojó de gusto.

—Me pareció una buena idea sacarle el máximo partido a mi apellido. Con el tiempo, espero hacer bolsas de tela, tazas y otros

artículos que lleven el logo impreso.

La mujer sonrió con cierto entusiasmo, asintió y se paseó entre las estanterías a medio llenar. Helen intentó no ofenderse. No a todo el mundo le iba a interesar adquirir productos relacionados con los libros.

—Aún no he sacado muchos ejemplares, así que quizá no encuentre lo que busca. Quizá —dijo mientras se desplazaba para unirse a la mujer— si me dice qué tipo de libros le gustan, puedo ayudarle.

—Qué amable. Me llamo Joyce, por cierto. Joyce Evans.

—Encantada de conocerla, señora Evans.

—Llámemme Joyce. —Se inclinó para ojear los libros de la estantería más baja antes de volver a enderezarse y girarse de nuevo hacia Helen—. Me gustan sobre todo los libros más literarios.

Por desgracia, las primeras pocas cajas que Helen había abierto estaban repletas de literatura de género, principalmente, de novelas negras.

—Tengo algunas cajas en el piso de arriba que aún no he podido abrir. Espere, sacaré algunos libros y veré si algo le puede interesar.

Se alejó rápidamente antes de que Joyce pudiera responder. De pronto, hacer su primera venta era ridículamente importante.

Sin saberlo, la supervisora le había facilitado las cosas a Helen. Como ya había dos cajas abiertas, cogió algunos libros de la parte alta de cada una de ellas y volvió al piso de abajo con la esperanza de que su primera clienta inesperada aún siguiera allí.

Se encontraba hojeando un libro, con el gesto torcido. Lo dejó de lado cuando Helen apareció y se limpió como si se hubiera contaminado. Cuando miró el título, tuvo que contener las ganas de reír. Había dudado de si poner *Cincuenta sombras de Grey* en la estantería, no estaba segura de poder venderlo, pero ¿quién era ella para juzgar el gusto lector de otras personas? Definitivamente, no era del rollo de aquella mujer tan pulcra y delicada.

—Aquí tiene —dijo a la vez que depositaba la pila de libros sobre el mostrador—. Quizá encuentre algo que le guste. Los extendió.

Eran libros de Ernest Hemingway, Henry James, Kazuo Ishiguro y otros muchos. La señora Clough había leído mucho y los volúmenes demostraban que se decantaba más por la narrativa—. Espero que estos le gusten más.

—Son algunos de mis escritores favoritos —dijo Joyce mientras pasaba la mano por los libros, los cogía, leía las sinopsis de las contracubiertas y los volvía a dejar.

Helen no tenía prisa. Le relajaba ver a alguien a quien, evidentemente, le gustaba leer. Calmó sus pensamientos y le hizo olvidar la visita de Moira Manson.

—Me llevaré estos cuatro.

—Buena elección —dijo Helen, aunque no había leído ninguno de los libros que la mujer había escogido—. Hemingway nunca defrauda, ¿no?

—*Adiós a las armas* es uno de mis libros favoritos. Sin embargo, estas son historias cortas —dijo Joyce golpeando la cubierta—. No las he leído.

Helen se percató de algo horrible.

—Lo siento muchísimo. Aún no tengo bolsas.

Joyce sonrió, se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsa de plástico.

—Nunca salgo de casa sin una. Como soy pensionista, no puedo permitirme pagar por una cada vez que voy al supermercado.

«Como soy pensionista». Habían llegado a la parte que Helen sabía que más le costaría. Esa en la que tenía que recordarse a sí misma que aquello era un negocio, no una ONG. Le había dado vueltas a la idea, pero aún no había ido al meollo del asunto. Lo supo en cuanto aquellos ojos acuosos, de un azul claro, la miraron fijamente. Cogió una de sus tarjetas de visita y apuntó la fecha en el reverso junto a los títulos de los cuatro libros.

—Cada libro cuesta dos libras —dijo—. Pero tengo una promoción especial por si quiere beneficiarse de ella. —Le entregó la tarjeta de visita a la mujer—. Cuando alguien se lleva cuatro libros, como usted, si los vuelve a traer en dos semanas en las mismas buenas

condiciones, puede cambiarlos por otros cuatro gratuitamente. Si quiere quedarse uno de los libros o más de uno, puede cambiar los que no desee.

Contuvo el aliento para ver si la oferta era razonable. Era buena. Para sacarle provecho, dependía de que los lectores quisieran quedarse los libros que les hubieran gustado o que se los dieran para que otros los leyeran. Si volvían para devolver uno, estarían tentados a comprar más.

—Tendrá que traer la tarjeta con usted para activar la oferta.

—Pues me parece muy buen trato.

Helen tuvo un momento de pánico al ver cómo rebuscaba torpemente en su bolso. De repente, se dio cuenta de que no podía cobrar con tarjeta. Estaba a punto de disculparse, pero Joyce sacó de un monedero un montón de monedas de dos libras y puso cuatro sobre el mostrador.

—Aquí tiene. Ocho libras. —Guardó el monedero, colocó los libros cuidadosamente dentro de la bolsa y le estrechó la mano a Helen—. Supongo que soy su primera cliente. Le irá bien, estoy segura.

Helen cerró la puerta y echó la llave cuando se marchó. Se giró e hizo sonar las cuatro monedas en su mano. Ese... ese era el sentimiento al que quería aferrarse. Ese era su futuro.

Tenía que asegurarse de que su pasado, Moira incluida, se quedaran exactamente donde estaban.

Capítulo 11

Helen sacó un libro de contabilidad de debajo del mostrador y lo abrió. Su primera venta. Tenía que hacer algún tipo de ceremonia. Cogió un bolígrafo y anotó las ocho libras con buena letra. Tenía un programa de contabilidad instalado en su ordenador portátil. Había pensado en llevarlo, pero al final decidió utilizar un libro de contabilidad tradicional. Pegaba más con el rollo anticuado que esperaba haber creado. Planeaba cerrar la tienda los miércoles por la tarde y los domingos. En algún momento de aquellos días, se dedicaría a registrar las cantidades en el libro. Ese era el plan. Pero no estaba escrito en piedra. Le parecía más seguro, durante los primeros meses, ver cómo marchaban las cosas. Cambiar cuando fuera necesario.

Pasó la mano sobre la página lisa, cerró el cuaderno y lo guardó en uno de los cajones de debajo del mostrador. Los libros estaban llamándola. Al igual que las estanterías vacías. Estaba físicamente agotada por las semanas que había pasado preparando la tienda para la apertura y del trabajo de por la mañana, transportando cajas pesadas, pero fue la visita de su supervisora lo que la debilitó realmente.

Decidió que ya había hecho suficiente y recogió algunas cosas. En ese preciso momento, se dio cuenta de algo que no había hecho con los libros que le había vendido a la señora Evans: no les había estampado su logo en el interior. Tenía que acordarse de hacerlo si

se los devolvía.

Parecía que la mujer había quedado satisfecha con la oferta del intercambio de libros. Helen tenía que hacerlo oficial. Quizá hiciera algunos panfletos para promocionarla. Pero esa tarea tendría que esperar. Probablemente, lo haría en una semana o dos, cuando todo lo demás estuviera colocado. Recordó que tenía que llevarse las sobras de la *pizza*, cerró la puerta con llave y se fue a casa.

Una vez allí, cogió una cerveza de la nevera, se sentó con las piernas abiertas en el sofá y encendió la televisión. Nunca había bebido mucho. No le había supuesto ninguna dificultad vivir sin ello durante sus años en prisión, pero había algo muy satisfactorio en el sabor de la cerveza helada y directa del botellín. La *pizza* también estaba igual de rica fría que como había estado horas antes.

Quería desconectar, pero la película de catástrofes que eligió, por muy dramática que fuera, no le estaba llamando la atención. Aún tenía mucho que hacer. Se había hecho listas e iba tachando ítems a medida que los completaba. No se había dejado nada. Todo saldría bien y sería un éxito. Y ella estaría feliz.

«Sería feliz sin dolor físico o emocional. Su vida había dado un giro. La muerte de Toby le había puesto un espejo delante, no, un espejo no, una lupa, y se había visto a sí misma, el frío, la dura verdad sobre su vida, y odió quién era. Se vio, cambió y sería feliz».

Cuando se terminó la *pizza* y se terminó el botellín, ya había conseguido convencerse de ello.

Sin embargo, cuando se quedó dormida, empezó a soñar. No era aquel breve y reducido destello rojo y el brillo de los cuchillos afilados a los que ya casi se había acostumbrado. No, esta vez aparecía Toby tal como era en los inicios de su relación, cuando ella creía que la comprendía. Cuando ella creía que él la quería y ella lo quería a él. Y cuando alzó el cinturón y lo hizo estallar sobre su espalda, hubo amabilidad en aquel gesto, cierto entendimiento. Y Helen sintió el dolor, sintió el placer, gritó profundamente, un intenso orgasmo la recorrió y la despertó al reducir su intensidad. Esta vez gritó de disgusto consigo misma.

El odio hacia sí misma era un látigo cruel. El dolor físico y mental que le causaban eran mucho más dañinos que el cinturón que Toby usó contra ella o que las palabras que le susurró al oído los meses antes de morir. «Bicho raro. Puta depravada. Zorra patética».

Quizá Sarah tuviera razón y hubiera sido mejor mudarse a otra casa que no albergara todavía los ecos de sus palabras y sus actos. Cuando el negocio fuera bien, si aún seguía teniendo problemas, debía reconsiderar la idea.

Las palabras de Toby resonaban en el oído de Helen y le impidieron volver a quedarse dormida. Se quedó ahí tumbada, con los ojos cerrados, y esperó a que se hiciera de día. El antídoto contra el odio hacia sí misma era pensar en su preciada tienda y en los planes que tenía.

Pensó en su clientela de la tarde anterior y decidió que no le haría ningún mal tener algo de cambio por si acaso. Cada vez más gente utilizaba las tarjetas de crédito, pero muchas personas mayores seguían prefiriendo el efectivo. Si le entregaban un montón de billetes de veinte libras, tendría problemas. El optimismo le sacó una sonrisa. La librería no sería una mina de oro, eso lo tenía claro. Quería ganar lo suficiente para pagar las facturas, comer y comprar esa extraña cerveza. La ropa no le interesaba mucho y adquiriría casi todo lo que necesitaba en tiendas de caridad.

Tenía que resolver lo de las tarjetas de crédito. Había comprado un datáfono, pero aún no le había echado un vistazo. Además, quería probarlo para asegurarse de que sabía lo que estaba haciendo antes de usarlo el lunes en directo. Para cuando se hizo de día mientras ella estaba concentrada en la tienda y en sus planes, ya se odiaba un poco menos. Había sido una mala noche, no implicaba dar pasos hacia atrás. Esa época de su vida ya había terminado.

Después de un desayuno rápido, como no tenía agendada ninguna recogida de libros, se fue andando hasta la tienda. Quedaban dos días para la gran apertura del lunes. Tenía que llenar el resto de las estanterías de la planta principal. Si era necesario, bajaría algunos ejemplares de la planta de arriba. También le

llegarían las bolsas de papel. Al comprar al por mayor, le salía más barato, así que pidió cuatrocientas. Las pondría en la habitación más pequeña del piso superior, pues la había llenado de estanterías de almacenaje.

Estaba de pie, en la tienda, con una taza de café en la mano, tratando de decidir qué caja abrir, cuando escuchó que llamaban a la puerta y, al levantar la cabeza, se topó con la cara de Alex, que estaba asomado. La saludó cuando se percató de que le estaba mirando.

—Hola —dijo mientras abría la puerta—. ¿Quieres un café? No está tan bueno como el tuyo, eso sí.

—No, estoy bien, gracias. —No sonreía, lo que era bastante inusual, pero también estaba dudando, lo cual, por lo poco que ella sabía de él, tampoco era lo habitual.

—¿Va todo bien?

Levantó una mano corta y de dedos chatos, y la balanceó.

—No estoy seguro. Anoche, sobre las once, estaba mirando por la ventana cuando las luces de seguridad se encendieron. Si no hubiera estado mirando, no habría visto que había una persona en tu puerta. En cuanto las luces se encendieron, se piró.

Helen sintió la primera punzada de terror.

—¿En mi puerta?

—Justo enfrente, como si estuviera tratando de abrirla. Iba vestido de negro. Llevaba una sudadera, el uniforme de cualquier ratero, vaya.

Terror y, ahora, confusión.

—¿Ratero?

—Ladrón, querida, intenta seguirme el ritmo.

Ayudaría si no se dejara llevar por esa jerga *cockney*.

—¿Así que crees que había un ladrón intentando irrumpir aquí?
—Le echó un vistazo a la estancia—. Es una librería de segunda mano. ¿Qué se puede robar?

Él levantó las manos.

—No soy un sabueso. Solo te cuento lo que vi. —Alcanzó la

puerta y la golpeó—. Solo tienes una cerradura Yale. Tienes que reforzar la seguridad. Nunca sabes qué consideran valioso esos rateros.

Estaba causándole dolor de cabeza. O quizá fuera el pensamiento de que alguien había intentado colarse en su preciada tienda. Leía los periódicos, veía las noticias, sabía los daños irreparables que podían causar.

—No puedo creer que alguien quisiera entrar a robar libros.

Él la miraba como si la chica fuera idiota. Quizá lo fuera.

—Supongo que buscaban dinero, ordenadores o cualquier cosa que pudieran vender.

—Eso tendría sentido, cielo.

—Pero a vosotros nunca os han robado.

Les había preguntado la primera vez que se conocieron y le alivió escuchar que no. Fue una de las razones por las que pensó que podría ahorrarse el ridículamente caro sistema de alarma. También fue el motivo por el que conservó la antigua puerta con el panel de cristal. No estaba en tan mal estado y una capa de pintura la transformó (y le ahorró cientos de libras).

—No, pero vivimos justo encima, mientras que tu tienda está claramente vacía desde que te vas.

—Claro, eso marca la diferencia. —Se frotó las mejillas con las manos—. Puedo conseguir un cerrajero que me ponga una cerradura de embutir. Eso ayudará, ¿no? —Quería que le dijera que sí, que sería lo ideal. Quería que alguien le dijera que todo saldría bien. Él no le respondió y ella suspiró—. No puedo permitirme un sistema de alarma. Aún no. Supongo que la siguiente mejor idea es hacer lo que vosotros hacéis. Vivir en el piso de arriba.

No funcionaría a largo plazo: no lo había reformado para ser una vivienda. En cualquier caso, el plan era utilizarlo como espacio de ventas y, con el tiempo, como lugar para celebrar clubes de lectura y charlas con autores. Sería una solución a corto plazo hasta que pudiera contratar un sistema de alarma. Ningún bastardo asaltaría su tienda.

—¿Que vas a hacer qué? —chilló su hermana al otro lado del teléfono cuando la llamó más tarde para preguntarle cómo iba todo.

—Mudarme al piso de arriba hasta que pueda permitirme una alarma.

—¡Eso es ridículo!

No lo era. Era una solución sensata. En aquella planta había un inodoro y un lavabo, además de una cocina en la de abajo. Los almohadones de su sofá de casa serían una cama decente.

—Es una medida temporal.

Si le contaba a su hermana lo que Alex había visto, la preocuparía, así que optó por la solución fácil y no le dijo nada.

—Creí que te iba bien económicamente.

En sus palabras había un toque de crítica que le dolió, como si Helen la hubiera engañado de alguna manera.

—Sí, pero eso no significa que no tenga que ser prudente. —No tenía ningún sentido contarle a su hermana que tenía la tarjeta de crédito rozando el límite máximo—. Cuando tenga ingresos, todo irá bien.

—Si tú lo dices. —Sarah no parecía convencida.

—Muy optimista, gracias. Ahora lo más importante: ¿a qué hora vendrás el lunes?

Sarah se había ofrecido a llevar magdalenas el día de la inauguración. Helen esperaba que junto a una copa de vino persuadieran a los clientes a cruzar la puerta. El vino y las copas eran cortesía de Alex y Zander. No le saldrían gratis, pero le hicieron un buen descuento. Sarah sugirió utilizar plástico para evitar el fregado posterior, pero Helen quería respetar sus principios de sostenibilidad. Nada de copas de plástico, nada de bolsas de plástico.

Dar con un cerrajero le llevó más tiempo de lo esperado y más dinero del previsto. Por desgracia, no podía ir hasta la mañana siguiente y, lamentablemente, le iba a costar más de lo que tenía pensado.

—Es muy caro —dijo apretando el móvil contra la oreja.

—Mañana es domingo. —Como si aquello lo explicara todo.

—¿Podría venir antes de las nueve del lunes?

—¿Antes de las nueve? Eso queda fuera de mi horario laboral, así que le cobraría lo mismo que el domingo.

Helen apretó con aún más fuerza.

—¿Y por cuánto saldría hacerlo el martes?

Casi la mitad de precio. Era mucho más de lo que había planeado pagar, pero algo era algo.

—Vale. Entonces, ¿puede venir el martes, por favor?

—Necesito cobrarle una señal —dijo—. Hay mucha gente que nos hace perder el tiempo.

—Sin problema. —Leyó en alto el número de su tarjeta, ignorando el chirrido que estaba segura de haber oído cuando sobrepasó su límite de crédito.

Hasta que tuviera una nueva cerradura, podía colocar una silla bajo el pomo de la puerta por la noche. Serviría para disuadir a cualquier intruso. Una vez atajado ese problema, se concentró en colocar los libros en las estanterías. Trabajó sin descanso, disfrutando enormemente al ver cómo se formaban las filas. El montón de libros descartados, aquellos que no colocaría en los muebles, era pequeño, por suerte. Algunos estaban muy usados para ser vendidos; otros eran novelas eróticas y no le apetecía tenerlos. No quería incentivar ese tipo de clientela.

A las dos hizo un descanso. Cogió su taza de café, fue al jardín y se sentó para disfrutar del sol. Dos días más tarde empezaría su nueva vida. Se lo merecía. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared que tenía detrás. Su pasado era una úlcera molesta que nunca se curaría, el sueño se lo había demostrado, así que debía dejar de engañarse a sí misma. Lo único que podía esperar era que volviera a formarse una costra que ocultara las mentiras que había dicho.

Capítulo 12

En vez de regresar al trabajo en cuanto se terminó el café, Helen decidió volver a casa y coger todo lo necesario para lo que podría terminar siendo una estancia prolongada en la librería. Si la apertura era un éxito, si conseguía atraer estudiantes a su puerta y si la gente que vivía cerca se pasaba por allí con frecuencia, tendría el dinero necesario para pagar una alarma y todo volvería a la normalidad. Había mucha incertidumbre. Tenía que ser fuerte durante un mes. Quizá dos. No era lo ideal, pero era buena en ello. Por suerte, como su casa y su negocio estaban tan cerca, podía ir hasta allí para darse una ducha cuando lo necesitara. En su casa había alarma. No era de esas sofisticadas con monitoreo, pero emitía un ruido tan estridente que bastaba para asustar hasta al ladrón más valiente.

Ya había dado algunos pasos hacia casa, pero de pronto se acordó del cambio que quería conseguir para hacer frente al aluvión de clientes que el lunes le entregarían billetes de veinte libras. El recuerdo la hizo sonreír de nuevo. La oficina de correos estaba en la dirección contraria, a pocos metros. Si caminaba rápido, llegaría antes de que cerraran.

Había cola, como siempre, ella se balanceaba inquieta, de un pie al otro, preguntándose si debía tomarse la molestia de hacerlo. Pero ya estaba allí y pocos minutos después retomó su camino a casa con veinte libras en monedas que le tintineaban en el bolsillo. Aún le rondaban mil pensamientos sobre todo lo que le quedaba por hacer.

En casa, tardó más de lo que esperaba en cargar el coche con todo lo que podría necesitar. Dudó de si llevarse la televisión, pero era un modelo antiguo y robusto que ocuparía demasiado espacio en el coche, así que la dejó. Sacó los almohadones del sofá y llenó una maleta de ropa y otras cosillas que pensó que podría necesitar. Con eso, el coche ya estaba completo.

Como el tiempo pasaba más rápido de lo deseado, condujo de mal humor de vuelta hacia la tienda, que no estaba muy lejos, y aparcó directamente a la puerta. Ya había empezado a abrir la puerta del coche cuando se detuvo y su mirada se quedó clavada en la tienda. ¿Había sido tan estúpida (o tan distraída) de haberse marchado sin cerrar bien la puerta? Seguro que no, pero estaba entreabierta.

Solo llevaba fuera una hora y media. Sin embargo, ella, al igual que la mayoría de las personas, sabía la clase de desgracias que podían ocurrir incluso en menos tiempo. De esas que acaban con la vida, de las que la alteran. ¿Estaba ocurriendo otra vez? Aturdida, abrió la puerta del coche y se bajó. Se le ocurrió avisar a Alex o a Zander para que entraran con ella. Solo para asegurarse. O podía sacar el móvil y llamar a la policía. ¿Y qué les diría? ¿Que la puerta de su tienda estaba abierta?

Pulsó el mando para cerrar el coche y avanzó despacio, dubitativa. El sol se reflejaba en las ventanas y le impidió ver el interior hasta que no estuvo más cerca. No parecía que hubiera nadie. Quizá solo se hubiera dejado la puerta abierta. ¿De verdad podía ser tan estúpida?

Claro que sí. Había estado en prisión por estúpida.

Se detuvo al lado de la puerta y husmeó por el agujero. No podía ver a nadie, aunque eso no significaba nada. Si había algún intruso, podía estar en el piso de arriba, en la trastienda o en la cocina. Podía estar haciendo un pícnic en su puto jardín trasero.

—¿Hola?

Le temblaba la voz. Si había alguien, si alguien se había colado, ¿de verdad pensaba que iba a responderle? Comprobó la cerradura

Yale. No estaba rota y la madera de alrededor permanecía intacta. Recordó haber escuchado que ese tipo de cerraduras podían abrirse con una tarjeta de crédito, pero daba por hecho que era un mito.

Tenía mucho que hacer como para andar dando tumbos o preocupándose por si el hombre del saco andaba por allí esperándola o no. Empujó la puerta abierta y el tintineo de la campana la asustó. Si hubiera alguien merodeando dentro, también la habría escuchado. Siguió caminando y se detuvo de nuevo, con la cabeza ligeramente ladeada, escuchando. Esperaba que, si había un intruso, no estuviera escondido y haciendo exactamente lo mismo. Si estaba allí, era mucho más paciente que ella.

Dejó la puerta abierta, siguió avanzando y su mirada saltaba de la escalera a la entrada de la cocina. Estaba tan concentrada en buscar a un intruso que tardó un par de segundos en darse cuenta de lo que había ocurrido en su ausencia. Cuando lo hizo, cuando se percató de lo que alguien había hecho, cayó de rodillas con un grito desgarrador. Todos sus libros, los que había colocado cuidadosamente, yacían desordenados en el suelo.

Enterró la cara entre las manos y dejó que las lágrimas fluyeran para apartar aquel desastre de su vista. Cuando se le entumecieron las piernas, se puso de pie con un hormigueo que la hacía tambalearse. Buscó un pañuelo en sus bolsillos. Como no dio con ninguno, cogió la camiseta y se secó los ojos y la nariz. El panorama no cambiaba con los ojos secos. Eran horas de trabajo que tendría que repetir.

Y lo haría. La rabia había reemplazado al *shock*. La rabia era mejor. Haría que lo sobrelleva porque ya había pasado por cosas peores. Esta vez la controlaría, no dejaría que la llevara tan lejos. Esta vez no. No iba a volver a prisión.

Quien hubiera entrado era evidente que ya se había ido. Ahora tenía que descubrir qué más había dañado. Un vistazo rápido a la cocina le dio a entender que allí no había ocurrido nada. Pero quedaba la planta de arriba. El deseo de volver a preguntar en voz alta era tan inútil como imposible de evitar. Su «¿Hola?» hizo eco en

el espacio vacío a medida que subía las escaleras con cautela.

Prácticamente se esperaba ver las cajas volcadas y su contenido desparramado por el suelo, así que se sorprendió y alivió al ver que estaban intactas. La habitación más pequeña se había convertido en un trastero y una pared estaba repleta de estanterías. La llave estaba en la puerta, pero, hasta entonces, nunca había tenido la necesidad de echarla. Sin embargo, alguien la había abierto. Lo único que había guardado allí era una caja de libros demasiado antiguos, gastados y raídos para ser vendidos. Acabaría en el punto limpio en algún momento. Se había desplomado y los libros descartados formaban un triste montón.

Helen volvió a guardarlos en la caja y la empujó hacia una esquina. Cuando bajó las escaleras y escuchó las monedas tintineando en el bolsillo, recordó las cuatro monedas que la señora Evans le había dado. Las había guardado en una vieja lata de té que dejó en un cajón del escritorio.

Para su sorpresa, la lata de té seguía allí, intacta. Exactamente donde la dejó. ¿Qué clase de ladrón era ese al que ni siquiera le interesaba el dinero, ni siquiera una cantidad tan insignificante?

Aisló el pensamiento en el fondo de su mente y se puso la mano en la frente mientras se preguntaba por dónde empezar. Pensó en sus pertenencias, que estaban en el coche, y decidió que lo mejor era partir de ahí. Tenía sentido si había matones acechando.

Le llevó más tiempo de lo debido. Se quedó mucho tiempo de pie frente a la puerta de la tienda, mirando a través del panel de cristal para ver si había alguien sospechoso en la calle. El coche estaba a pocos pasos, pero no conseguía dejar la puerta abierta por medio a que alguien se colara. Por eso, descargar fue lento y laborioso.

Solo le quedaba un viaje y había cerrado el coche cuando Zander salió de la pizzería con una escoba. Cada día a las cinco en punto salía y barría la acera de enfrente del restaurante.

—Hola —le dijo mientras la saludaba con la mano.

—Hola.

Su sonrisa no debió de ser muy convincente, porque él se acercó

de inmediato con una expresión de preocupación creciente en el rostro.

—Has estado llorando.

Intentó parar, pero cada vez que veía los libros esparcidos por el suelo, le brotaban más lágrimas. Soltó las bolsas que sostenía y se pasó la mano por los ojos.

—He tenido que salir un segundo y, por desgracia, he tenido visita mientras estaba fuera. Han causado cierto desastre.

—¡No! —Apoyó la escoba contra la pared y luego le dio una torpe palmada en el brazo—. ¿Has llamado a la policía?

Negó con la cabeza.

—No había nada que mereciera la pena robar y, además de tirar todos los libros de las estanterías, no han causado más daño. La policía no puede hacer nada y no puedo perder el tiempo lidiando con ellos.

No quería a la policía cerca para que le dijeran lo obvio: que necesitaba una cerradura y una alarma nuevas. En cualquier caso, ya se había hartado de policías y funcionarios de prisiones.

Vio que en sus ojos apareció una mirada de comprensión y, por primera vez, se percató de que los hermanos conocían su pasado. Tendría que haberlo adivinado, claro. Los vecinos frecuentaban la pizzería y, aunque eran agradables y siempre la saludaban cuando la veían, su regreso había dado mucho de que hablar.

—Será mejor que entre —dijo recogiendo las bolsas que había soltado.

—Deja que te ayude —dijo Zander haciéndose cargo de una de las bolsas más pesadas que ella ya tenía en la mano. Esperó a que abriera la puerta de la tienda—. ¡Joder, qué desastre! —Dejó caer la bolsa al suelo junto al resto de las pertenencias de la chica y se fijó en el revoltijo de libros—. Me encantaría poder ayudarte, pero estamos a punto de abrir y Alex no puede encargarse solo.

—Gracias, Zander, estaré bien. Quizá Alex ya te haya contado que voy a mudarme al piso de arriba por un tiempo. Solo será hasta que pueda conseguir un sistema de seguridad mejor. —Consiguió

esbozar una sonrisa—. Probablemente sea mejor así, ya que no tendré excusa para no tenerlo todo listo de cara al lunes.

—Si necesitas algo, ven corriendo, ¿vale? —Volvió a darle una palmadita en el brazo—. ¿Sabes qué? Te traeré una *pizza* y un café en un par de horas, ¿qué te parece?

—Sería genial, pero te los pagaré. Gracias.

Él negó con la cabeza.

—Corre por nuestra cuenta.

Se despidió haciendo un gesto con la mano y se fue.

Le preocupaba verlo marchar. Le nació un sentimiento de rabia hacia la persona que había entrado en su negocio. No solo había arruinado horas de trabajo, sino que había contaminado el ambiente de su tienda y provocado que, de repente, se pusiera nerviosa al estar sola. Una cosa estaba clara: conseguir una buena cerradura para la puerta se había convertido en una prioridad.

Llamó a la empresa con la que había contactado anteriormente.

—Han entrado en mi local, así que no puedo permitirme el lujo de esperar hasta el martes. ¿Podrían instalarme la nueva cerradura esta noche?

—Parece una emergencia. Siempre tenemos hueco para ellas.

Costaba más dinero del que tenía en la cuenta. Sin embargo, el asalto la convenció de que era esencial. En cualquier caso, ¿de qué le servía tener descubierto bancario si no lo utilizaba?

Siendo fiel a su palabra, el cerrajero llegó treinta minutos después. Levantó la ceja cuando vio los libros tirados por el suelo, pero no hizo ningún comentario.

—Estará lista en un santiamén —dijo.

En poco más de una hora, la puerta tenía una cerradura robusta y, con suerte, efectiva. Helen solo se sintió segura para darle la espalda a la puerta y comenzar la tarea de reordenar las estanterías cuando metió la llave en ella. Cuando terminase, quizá su humor mejoraría.

Ya casi había acabado, le dolía la espalda de estar encorvada, pero escuchó un golpeteo en la puerta principal que la asustó y se

tropezó con los pocos libros que quedaban en el suelo. Se cayó con fuerza sobre las rodillas, con los ojos como platos y la mirada fija en el rostro que estaba en la puerta. Fue entonces cuando reconoció la cara como amiga en lugar de enemiga.

Era un semblante redondo, atemorizado.

Temiendo que rompiera la puerta para acudir en su ayuda, levantó una mano y le hizo un gesto para asegurarle que estaba bien, y luego se puso de pie con dificultad.

—Ha sido un día duro —dijo cuando desbloqueó la cerradura y abrió la puerta.

Zander entró con una caja de *pizza* en una mano y un café encima que se balanceaba precariamente.

—Creí que tendría que echar la puerta abajo para acudir a tu rescate. ¿Seguro que estás bien?

Helen se frotó las rodillas e hizo una mueca.

—Estaré un tiempo sin llevar minifaldas.

—Te he traído lo que sueles pedir y un café, tal como te prometí. —Los dejó sobre el mostrador y se giró para mirarla—. Me alegra ver que ya has puesto una cerradura decente. Te quedarás más tranquila. —Miró los libros que aún quedaban en el suelo—. Has trabajado duro, debes de estar hecha polvo.

—Estoy agotada, sí. —Señaló con la cabeza hacia donde estaba la *pizza*, que desprendía un aroma tentador—. Gracias por traerla.

—Si te apetece, puedo traerte vino o una cerveza. Cortesía de la casa.

Era una oferta muy tentadora.

—Qué amable. —Sí, eran buenos vecinos, buenos chicos. Deseaba no ser tan cautelosa con ellos—. Creo que me quedo con el café, aún me quedan cosas que hacer.

—Si cambias de opinión, ya sabes dónde estamos.

Se fue y se despidió haciendo un gesto con la mano por encima de su cabeza. Estaba sola de nuevo y, a pesar de tener una cerradura nueva, seguía sintiéndose inquieta y tensa. Quizá debería haber aceptado esa cerveza. Pensó en ir a la puerta de al lado para

conseguir una, pero desechó la idea de inmediato. Eso significaría salir y el crepúsculo y las farolas habían cambiado la calle que conocía al dedillo para convertirla en un lugar triste y desconocido.

Había sido víctima de algún mafioso que se había aprovechado de su ausencia. Eso era todo. No era nada personal. Tenía que intentar olvidarlo. No había ninguna panda de matones escondidos en las sombras esperando a asaltarla. Pero había una persona a la que Alex había visto la noche anterior: no debía olvidarlo.

Aunque las persianas estaban bajadas tras las ventanas, en la puerta no había ninguna y, a sabiendas de que alguien podría curiosear a través del cristal, se llevó la *pizza* y el café al piso de arriba. Había colocado dos sillones en la esquina de la habitación con una mesa entre medias. El objetivo era que los futuros lectores se sentaran y se relajaran. También era el lugar ideal para sentarse y comer.

Estaba comiéndose el tercer trozo de *pizza*, pero el volumen de sus preocupaciones aumentó. ¿No era nada personal? ¿De verdad lo creía? ¿Podía creerse que un matón oportunista simplemente pasó por allí en el par de horas que ella se había ausentado? ¿Cómo supo que no había nadie dentro, en la planta de arriba o en la cocina?

¿Sabía sobre seguro que no había nadie porque había estado vigilándola?

¿La persona que entró era la misma que había estado en su puerta la noche anterior?

El dinero de la lata de té era otra pieza que debía encajar.

Vale, solo eran ocho libras, pero ¿acaso un ladrón no se las habría llevado?

A menos que no fuera el dinero lo que buscaba.

Quizá alguien no quería que la expresidiaria tuviera éxito. No deseaba una asesina en su zona. Sus vecinos habían sido agradables con ella, pero ¿qué decían a sus espaldas? ¿Estaban conspirando para deshacerse de ella?

No podía permitir que eso ocurriera...

Capítulo 13

A Helen se le cerró el estómago porque varios pensamientos resonaban en su cabeza. Cada vez era más difícil clasificarlos como probables o muy improbables. La idea de que estaba volviéndose paranoica la asaltó de nuevo y se preocupó incluso más. Se terminó el café, llevó la *pizza* sobrante a la cocina y la metió en el frigorífico.

Su móvil pio como un pájaro: le había llegado un mensaje. Era su hermana, quería comprobar que todo estaba en orden. Era tentador llamarla, decirle que las cosas no iban bien. Hablarle de la figura oscura que había aparecido la noche anterior, del asalto de aquel día, de que Helen era un manojo de nervios y que temía que todo fuera un desastre. Que quizá su hermana tuviera razón y volver a aquella zona no había sido la mejor idea, que le asustaba que alguien quisiera asegurarse de que no le iba bien.

Sin embargo, le asustaba que su hermana le contestara con el típico «Te lo dije», porque Helen no sería capaz de soportarlo.

En aquel instante odió con una intensidad que la dejó hirviendo de rabia a quien fuera que hubiese entrado.

Durante unos segundos, tuvo el pulgar sobre la tecla de llamada para contactar con su hermana, pero no podía hacerlo, no podía volver a ser la hermana pequeña indefensa. En vez de eso, escribió un mensaje rápido para contarle lo bien que iba todo y decirle que la vería el lunes por la mañana a primera hora. Apagó el teléfono por si Sarah decidía llamar, ya que Helen no estaba segura de poder hablar

sin liberar la ansiedad reprimida.

Solo tardó un par de minutos en terminar de recolocar los últimos libros en las estanterías y luego se dispuso a guardar sus pertenencias. Utilizó los almohadones del sofá para construir una cama en una esquina de la habitación del piso de arriba y se frustró al tratar de recordar dónde había dejado la ropa de cama y el edredón. Su ropa acabó en la maleta o en las estanterías del trastero.

Debía sentirse bien. Emocionada por esta nueva aventura. Todo estaba en orden y aún le quedaba un día para solventar lo del datáfono y organizar un escaparate que atrajera a los transeúntes. Unas semanas antes, pegó carteles que anunciaban la próxima apertura. El amigo carpintero de Devon hizo un trabajo impecable al ampliar el alféizar de la ventana hacia el interior para proporcionarle una zona de exposición. Había colocado pilares de diferentes alturas en toda su longitud y apoyado una tarjeta blanca lisa en la parte superior de cada uno con un simple signo de interrogación en tinta negra. Esperaba que fuera tentador, aunque ahora se preguntaba si no había sido un error. Quizá lo mejor hubiera sido poner libros encima.

Estaba tratando de mantener la mente ocupada para que sus pensamientos no la llevaran de nuevo al asalto. En varias ocasiones se encontró a sí misma en la ventana, examinando la calle, observando arriba y abajo, en ambas direcciones, tan lejos como le alcanzaba la mirada. Había mucha gente a la que mirar (al fin y al cabo, era una zona transitada), pero la mayoría pasaba de largo, con la vista fija en el camino. Solo alguna persona concreta le echaba a su escaparate algo más que un vistazo superficial.

Cuando la pizzería cerró a las once, solo había algún que otro peatón. Incluso el tráfico bajó el ritmo. Helen intentó inducir el sueño. Se cepilló los dientes, se lavó la cara y se puso el pijama, pero cuando miró la cama improvisada, supo que no iba a ser capaz de dormir. Al menos, no todavía.

No ayudaría, pero se preparó una taza de café. Arrastró uno de

los sillones a la ventana del piso de arriba y se sentó, le dio sorbos al café y sus ojos recorrieron la calle de arriba abajo casi por voluntad propia. Estaba siendo idiota. La idea de que se trataba de algo personal era una paranoia. Simplemente había sido un sinvergüenza oportunista. No podía dejar que aquella situación de mierda le ganara dos veces por generarle tanta ansiedad.

A pesar de ello, no conseguía sacarse las malditas ocho libras de la cabeza. ¿Por qué no se las habían llevado? Llegó a la misma conclusión que antes: porque no iban buscando dinero. Dejó que sus pensamientos divagaran sobre el asunto mientras sorbía su café. Sobre si no se trató de un robo, sino de incomodarla, asustarla, preocuparla. Si se trataba de eso..., fuera quien fuera... lo había conseguido.

Sin embargo, si estaba en lo cierto, si había dado en el clavo, la pregunta del millón era: ¿por qué?

¿Solo para deshacerse de ella? No podía imaginarse a ninguno de sus vecinos ancianos tomándose tantas molestias. De todos modos, ella pensaba que les gustaba su mala fama. Les daba algo de que hablar.

Apretó los dedos en torno al asa de la taza y su expresión se volvió severa. ¿Podrían ser Alex y Zander, sus serviciales vecinos? No. Negó con la cabeza. No podían ser tan retorcidos, enfermizos y perversos. ¿O sí? Había sospechado de ellos cuando le dijeron que no se habían interesado por comprar su tienda para expandir la pizzería de al lado. Quizá esos bastardos estuvieran jugando una partida larga e inteligente. Se había gastado dinero en arreglar el local. Si el negocio fracasaba, si tenía que venderlo, se conformaría con lo que fuera que le dieran. Aceptaría una oferta baja de sus amables vecinos.

Pero ellos no tenían ni idea de la pasta de la que estaba hecha. De lo que había atravesado hasta llegar donde estaba. No sabían que ella jamás volvería a perder.

Capítulo 14

Ya fuera por el exceso de café o por la ira que la invadía en oleadas cada vez más intensas, casi había amanecido cuando Helen se tumbó en su cama, en la esquina. Y para entonces no conseguía quedarse dormida. El espacio era demasiado amplio y las ventanas sin cortinas que había a ambos lados incrementaban su nerviosismo. Intentó reírse de sus miedos. Los ladrones no suelen caminar sobre zancos y dudaba que Spiderman estuviera interesado en ella.

Sus intentos por racionalizar sus miedos fracasaron. Se levantó con dificultad y arrastró los almohadones, la ropa de cama y el edredón al trastero. Allí había suficiente espacio y, cuando metió la llave en la cerradura, se sintió segura por primera vez aquella noche y cayó en un sueño nada reparador. Era probable que los antiguos traumas de su vida quedaran reemplazados por otros nuevos, quizá por cuerpos siniestros que se acercaban sigilosamente a ella, pero no corrió esa suerte. Vio el cuerpo ensangrentado de Toby. Había muchísima sangre que coloreó su sueño de una manera tan vívida que casi pudo saborearla.

En su sueño, él estaba muerto. No se repetía el horror de la noche anterior. No se despertó sumida en un odio profundo hacia sí misma.

Pero gritó. Aquello la despertó y pasó varios minutos con el corazón acelerado y los pensamientos rondándole la cabeza hasta que pudo salir de la cama. Hizo lo de siempre: se lavó en el pequeño

cuarto de baño y se puso la ropa que había tirado en un montón en el suelo.

Bajó las escaleras con indecisión, en parte por el agobiante cansancio que lo dificultaba todo, en parte por la teoría de que Alex y Zander eran los culpables del asalto del día anterior, que le taladraba el cerebro. Si querían deshacerse de ella, ¿qué más planeaban hacer para asustarla? Con la nueva cerradura ya instalada, no podrían cruzar la puerta principal tan fácilmente. La trasera, cortesía del propietario anterior, ya tenía una robusta cerradura de embutir. Nadie entraría por allí sin que ella se diera cuenta.

Ya en el piso de abajo, respiró profundamente al ver que todo estaba exactamente como lo dejó el día anterior y que el espacio estaba tal como debía. Se acercó para levantar una de las lamas de las persianas de madera y mirar el mundo exterior. En las aceras reinaba la tranquilidad típica de los domingos y el tráfico se reducía a un coche esporádico. La hilera de columnas del alféizar con sus tristes tarjetas de signos de interrogación estaba esperándola. Pero primero, aunque no tuviera hambre, lo más sensato era desayunar. Un triángulo de *pizza* fría y un café. Un segundo café, que sorbió más despacio, la ayudó a despejarse.

Cuando terminó, regresó al piso de abajo y subió las persianas. Retiró el cartel de PRÓXIMA APERTURA del escaparate y lo enrolló. Tardó un rato en recoger las siete columnas. A fin de cuentas, la disposición más sencilla era la que mejor quedaba: el pilar más alto en el centro que decrecía por ambos lados. En este, colocó algo que había preparado semanas antes. Eran una manzana de cerámica y una pequeña abeja de peluche que sujetaba un libro. Había tardado semanas en encontrarlos. No eran idénticos a los de su logo, pero se parecían bastante.

Ya había elegido qué libros iba a destacar en los otros pilares. Una mezcla de los mejores ejemplares de ciencia ficción que tenía, una novela poco conocida, un par de clásicos y, por último, un libro de autoayuda.

Era hora de encargarse de la tarea aburrida, pero esencial, de configurar la caja registradora electrónica con su datáfono integrado. Había investigado qué comprar hasta que se sintió totalmente confundida, y al final se decantó por lo que parecía satisfacer sus necesidades. Resultó ser un trabajo más minucioso que difícil y la prueba que hizo salió a la perfección. Vació las veinte libras en monedas en la gaveta, la cerró y dejó la llave colgando de la cerradura. Si volvían a entrarle a robar (Dios no lo quisiera), si tenía tantísima mala suerte, preferiría que se llevaran el dinero sin reventar la caja registradora.

Eso era todo. Ya casi estaba lista.

Encendió su teléfono y vio una llamada perdida de Sarah, pero tenía un mensaje en el que le decía que la vería a la mañana siguiente. Los mensajes que les mandó a las mujeres con las que había trabajado durante años no obtuvieron ninguna respuesta. Eran mujeres a las que consideraba amigas. No sabía de qué se sorprendía. La mayoría de la gente no quería que se la vinculara con una expresidaria. Era inútil sentirse decepcionada. Sentirse sola de repente.

Era mejor mantenerse ocupada. Terminar los pequeños detalles. Bajó un montón de bolsas de papel y las almacenó con cuidado en el estante que había bajo el mostrador. El negocio iba a funcionar. Iba a tener éxito y ninguna pareja de *cockneys* la asustaría.

Como por arte de magia, cuando levantó la cabeza, los dos hombres estaban allí, mirando al interior.

Zander agitó la mano de arriba a abajo por la ventana y le hizo un gesto cargado de empatía con los pulgares hacia arriba. Alex habría hecho lo mismo, pero tenía en brazos una gran caja que ella asumió que o bien contenía las copas que le habían prometido o bien estaba llena de vino.

—¿Le dais el visto bueno? —preguntó mientras abría la puerta.

—Está muy bien —dijo Zander—. Simple, elegante y visualmente atractivo. Has hecho un buen trabajo.

A pesar de sus sospechas, se sintió halagada con sus palabras.

Alex cambió el peso de la caja que sostenía.

—¿Dónde quieres que te deje las copas?

—Aquí, detrás del mostrador, por favor. —Señaló una esquina—. Así podré desempaquetarlas a medida que las necesite.

—Iré a por el vino —dijo Zander, y se marchó despidiéndose con un gesto.

Alex dejó la caja en el suelo y se paseó por el espacio que ocupaba la tienda asintiendo en señal de aprobación.

—Tiene buena pinta. Has hecho un trabajo increíble con la reforma. El local estaba en muy mal estado.

¿Esa era la razón por la que no habían hecho ninguna oferta para comprarlo? ¿Que había que hacer mucho trabajo e invertir mucho dinero? ¿Habían estado esperando a que llegara alguien como ella? ¿Alguien que llegara e hiciera el trabajo sucio para que después ellos manipularan la situación, se aprovecharan y lo consiguieran a buen precio?

Lo observaba con sus ojos penetrantes que lo captaban todo. Ellos no habían tenido que preguntarle nada: ella les había ofrecido toda la información sobre la reforma, sobre lo que había hecho y lo que no. Sencillamente estaba contenta de poder hablar de ello con alguien que parecía interesado de verdad. ¡Pues claro, estaban jodidamente interesados!

Zander regresó con la caja de vino.

—Solo querías blanco, ¿verdad?

—Sí, gracias. —Señaló hacia la cocina—. Si lo puedes llevar allí, genial. Más tarde pondré algunas botellas en el frigorífico.

—¿Y qué hay de los refrescos?

—Sarah traerá un par de botellas cuando venga por la mañana. Gracias.

Caminó hacia las estanterías mientras escaneaba los lomos con la mirada.

—¿Sarah?

—Sarah Drews, mi hermana. Ella y su marido, Devon, me ayudaron a adecentar este lugar. Devon conoce a mucha gente, así

que algunos de sus colegas hicieron el grueso de las tareas esenciales. Es probable que te hayas cruzado con ellos estas últimas semanas.

—Sí, mencionaste que tus amigos y tu familia te ayudarían. Te habrás ahorrado un dinerillo, ¿no? —Caminó a lo largo de la estancia mirando a través de la arcada hacia el espacio de atrás—. Aun así, debes de haberte gastado una pasta, además del precio de compra.

¿Le estaba preguntando cuánto se había gastado en la renovación? ¿De verdad era tan descarado? Quería decirle que no era idiota, que ya sabía cuáles eran sus intenciones, pero debía ser cautelosa. Sabía que algunos chicos no eran de fiar. De hecho, gracias a sus años en prisión, sabía lo poco de liar que todo el mundo podía llegar a ser. En cualquier caso, no tenía pruebas contra Zander y Alex. Bastaba con ser prudente con ellos.

—Pues sí —dijo con una sonrisa que, posiblemente, se veía tan forzada como ella la sentía—. Por suerte, no tengo problemas económicos. Gracias a mi madre, mi situación financiera es estable. —Soltó la enorme mentira con los ojos abiertos de par en par y una sonrisa. Hizo un gesto amplio señalando la estancia—. Esto lo hago más bien como pasatiempo. No pasa nada si no es rentable. De hecho, sería mucho mejor. Puedo deducir mis pérdidas de los impuestos.

No tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Era una frase que había sacado de una serie que había visto recientemente. Si pensaban que estaba forrada y que no confiaba en que el negocio tuviera éxito, quizá pararan de asustarla, inquietarla o volverla paranoica para que fracasara.

¿O quizá ya lo estaba? No tenía nada que ver con los hermanos. Estaba completamente paranoica. ¿O tal vez solo estuviera cansada y estresada? Ya no estaba segura de nada.

Zander frunció el ceño.

—Pensé que no ibas a instalar una alarma porque ibas justa de dinero.

¿Ella había dicho eso? No lo recordaba, aunque era probable,

porque era el tipo de estupidez que soltaría por la boca. Tenía que aprender a mantener la boca cerrada.

—Ay, creo que no me has entendido bien. Tengo muchísimas ganas de poner una alarma muy concreta, una de gran calidad. No pueden venir a instalármela hasta dentro de dos semanas.

Era algo que había aprendido con los años: di las cosas con los ojos muy abiertos y un toque inocente, y todo el mundo te creerá.

—Siempre lo malentiende todo —dijo Alex negando con la cabeza.

Se quedaron un rato más hablando de todo y de nada. Helen no estaba escuchando. Asentía cuando era necesario, se reía de los chistes ligeramente verdes de Zander y, mientras tanto, los maldecía por acorralarla en un callejón sin salida. Ahora no le quedaba otra que contratar esa maldita alarma.

Solo esperaba que los próximos días aumentaran su capital.

Tenía que ser así. Ahora más que nunca quería que ese negocio triunfara.

Les demostraría a todos que podía. A aquellos amigos que la abandonaron, a esos hombres que estaban intentando engañarla, a la vocecilla de su cabeza que le susurraba que fracasaría.

Capítulo 15

Tras otra noche en blanco en el suelo del trastero, finalmente Helen se dio por vencida, dejó de mirar el techo de la habitación y se vistió. Ya había llegado. Era la primera página de un nuevo libro. Debería haberse sentido emocionada, y quizá lo estuviera, pero el sentimiento estaba acurrucado bajo la sensación de temor de que algo iba a salir mal. Mientras bajaba las escaleras, contuvo el aliento hasta que vio que todo estaba en su sitio.

En realidad, el lunes se presentaba con un sol radiante. Iluminaba el escaparate de la tienda y danzaba entre las estanterías. Era un buen presagio. Debía dejar sus preocupaciones y miedos a un lado y concentrarse en esto, en el primer día de su nueva vida.

Tras un desayuno rápido, se puso a holgazanear. Un ligero ajuste de libros por aquí y por allá, una reorganización de taburetes y lámparas. Nada necesario. Simplemente estaba desesperada por evitar que sus pensamientos se hundieran en la tristeza.

Cuando escuchó que llamaban a la puerta, comprobó la hora. Solo eran las nueve menos cuarto. Sarah insistió en que no podría llegar antes de las nueve y media. Era evidente que había cambiado de opinión.

Las persianas seguían bajadas. Si Helen hubiera tenido dos dedos de frente, habría subido una lama para cotillear y asegurarse de que era su hermana. Pero, si tuviera dos dedos de frente, no habría acabado en prisión. En cualquier caso, ¿en qué cabeza cabía

que vería a esa mujer que estaba allí, de pie, al otro lado de la puerta? Era Moira, vestida con su uniforme habitual de diario, formado por un pantalón oscuro y una camisa abotonada hasta el cuello, como si temiera que alguien se llevara una impresión equivocada por dejarse un botón desabrochado.

Moira había llegado para arruinar su mañana. Pilló a Helen mirando y levantó una mano para saludarla, así que no le dejó más opción que abrirle la puerta.

—Sé que oficialmente no abres hasta las nueve —dijo Moira—, pero pensé que no te importaría que me pasara para desearte buena suerte en esta increíble aventura.

Helen no tenía ideas fantasiosas. Le encantaba su tienda, pero era una librería de segunda mano, no una «increíble aventura». Se aguantó las ganas de decir que, en realidad, le molestaba mucho que su supervisora hubiera aparecido por allí, así que apretó los dientes hasta que le dolieron y dijo:

—Muy amable, gracias.

Era demasiado esperar que eso fuera todo. Que su supervisora se pirara de inmediato y la dejara sola.

—Has hecho un trabajo increíble —dijo Moira señalando con un gesto de cabeza el espacio que tenía detrás.

Parecía que no tenía otra opción más que hacerse a un lado y dejarla pasar.

—Todo ha salido como esperaba.

Tal como Helen había soñado. Durante todos esos meses que pasó encerrada, aquel sueño fue su única compañía. En él podía soñar despierta, como si estuviera entre las cubiertas de un libro.

Moira se dirigió a las estanterías.

—Tendré que comprar algo. —Se giró hacia Helen con una ceja levantada—. ¿Soy tu primera clienta?

Quedaban quince minutos para que Helen abriera oficialmente, ¿qué esperaba?

—Sí, lo eres —dijo antes de acordarse de la visita que le había hecho Joyce Evans el viernes y de los cuatro libros que le había

vendido.

Iba a decírselo a Moira, a borrarle ese careto que se le había puesto por ser la primera clienta, pero la explicación le llevaría más tiempo del que quería pasar con ella.

Como Helen ya medio intuía, la supervisora se acercó a las estanterías en las que estaban los clásicos y las novelas, y después fue a la sección etiquetada como «educativos». Aunque pasó los dedos sobre los títulos, no sacó ninguno. Se entretuvo largo rato en la sección de novela negra y después pasó a la estantería de terror. Escogió un par de ejemplares, leyó la sinopsis que había en la contracubierta y devolvió ambos, uno detrás de otros.

Helen se colocó detrás del mostrador y esperó. Creía que se podía saber mucho de alguien por los libros que escogía leer y tenía curiosidad por saber cuáles elegiría finalmente la supervisora. Quizá comprara algunos para que Helen empezara con buen pie.

Sin embargo, cuando Moira se acercó por fin al mostrador, solo llevaba un ejemplar muy fino.

—Me llevo este —dijo a la vez que lo dejaba—. Me gustan las buenas lecturas de miedo.

—A mí también —dijo Helen.

Aunque no era cierto, le pareció adecuado decirlo. El libro era de un autor que no conocía, la cubierta y el subtítulo indicaban que no solo iba a ser de miedo, sino que también contenía escenas de violencia explícita. No le correspondía a ella juzgar el gusto lector de nadie, pero se sorprendió al ver lo que le había llamado la atención a su discreta y condescendiente supervisora. Aquello le decía a Helen que la mujer tenía capas inesperadas. Parecía que había hecho bien en desconfiar de ella.

—Es una libra —dijo mientras metía el libro en una bolsa de papel.

—¡Una libra!

Moira se echó a reír como si Helen acabara de contarle un chiste.

—Ofrezco precios muy atractivos. Has escogido un libro poco conocido de un autor que no es famoso. Creo que una libra es justo.

—Un precio justo para un libro que Helen había pensado en tirar a la caja de reciclaje.

—Genial, gracias —dijo Moira recogiendo el paquete y metiéndolo en su amplio bolso de hombro—. Ha sido un placer ser tu primera cliente. Darle comienzo a tu pequeño negocio.

Dijo lo de «pequeño negocio» como si fuera un insulto y Helen sintió que le hervía la sangre. Por suerte, la puerta se abrió y su hermana apareció con una bolsa en cada mano. Su sonrisa se desdibujó cuando se dio cuenta de quién estaba frente al mostrador.

—Ay, hola. No he interrumpido ninguna visita oficial, ¿no?

—No estoy a título oficial —dijo Moira. Le dio un golpecito a su bolso—. Además, he tenido el honor de ser la primera cliente de Helen. —Echó el brazo hacia adelante para ver en el reloj qué hora era—. Madre mía, si no me doy prisa, llegaré tarde.

Lo dijo con tono crítico, como si su retraso fuera culpa de Helen. Como si la hubiera invitado a la inauguración en lugar de haberse presentado allí sin invitación.

—Gracias a Dios que por fin se ha ido —dijo Sarah a la vez que soltaba las dos bolsas en el suelo—. Supongo que no has tenido tiempo de comprar comida, así que te he traído varias cosas. —Tocó la bolsa más cercana con la punta del zapato—. Colócala y yo me encargaré del resto.

Sarah tenía razón, por supuesto: Helen no había comprado nada para comer. Debería estar agradecida. No debería resultarle tan irritante que la controlaran, dirigieran o dieran órdenes.

El tardío reconocimiento de que su hermana simplemente estaba siendo amable la hizo suspirar e hizo lo que le había pedido. En la cocina encontró un hueco para la mezcla ecléctica de productos que a su hermana le parecían esenciales. A Helen ni siquiera le gustaban las aceitunas, pero puso el tarro en un armario, junto a un paquete de galletas Weetabix, que eran de sus favoritas en su infancia, aunque llevaba años sin probarlas.

Se giró cuando su hermana entró con una gran caja en una mano y dos bolsas que se balanceaban en la otra.

—Has hecho un gran trabajo. ¿Cuánto te debo?

—Es un regalo de parte de Devon y de la mía para celebrar la apertura de tu negocio. —Sarah colocó el resto de cosas que había comprado en los armarios. Dejó la caja para el final—. Al igual que estas. —Retiró la tapadera.

Helen contuvo el aliento y luchó por mantener las lágrimas a raya hasta que Sarah la abrazó.

—No pasa nada si lloras. Has vivido unos años muy duros, pero has conseguido salir de eso y ahora el futuro te pertenece.

Helen se apartó y buscó un pañuelo en el bolsillo. De nuevo, su hermana acudió al rescate. Cogió un trozo de papel de cocina y se lo dio.

—¿Cómo lo has hecho? —Helen señaló las hileras de magdalenas, cada una de ellas coronada con el logo de la tienda sobre un disco redondo.

—Me enviaste el logo para que te dijera qué pensaba, ¿te acuerdas? Busqué por internet y encontré una empresa que hace glaseados comestibles para dulces. Llegaron por correo hace unas semanas y yo hice las magdalenas ayer.

Helen se secó los ojos y se sonó la nariz de nuevo.

—Son increíbles, muchísimas gracias.

—No hay de qué. Estoy contenta de verte feliz después de todo lo que has pasado. —Sarah abrió el frigorífico—. Vino enfriando, magdalenas listas. Estamos preparadas para enfrentarnos a la multitud, ¿no?

—Tan preparada como puedo.

—¿Caja registradora y datáfono a punto?

—Sí.

—¿Copas de vino?

—Tras el mostrador.

—Genial, deberíamos sacar algunas y quizá ponerlas en uno de los extremos del mostrador. Por suerte es largo. —Alcanzó una de las bolsas—. Sé que me pediste refrescos, pero he optado por agua con gas, ¿vale?

Por una vez, habría sido estupendo que su hermana hiciera lo que Helen le había pedido. Era su gran día, su nuevo comienzo. La decisión debería haber sido suya. Sin embargo, su hermana había sido tan extremadamente generosa que era imposible discutir.

—El agua con gas va bien, gracias.

—Y en lugar de platos de papel, pensé que podríamos usar papel de cocina, ¿qué opinas?

Helen interpretó que Sarah no había comprado los platos de papel que había prometido comprar. No importaba y, de todas formas, ¿acaso esa opción no era más respetuosa con el medio ambiente? No importaba que Helen sintiera que el control se le escapaba entre los dedos.

Por extraño que fuera, deseaba haberle dicho a Moira que no había sido su primera cliente para haber podido controlar incluso aquella situación. Sarah no esperaba una respuesta, pero Helen se la dio igualmente.

—Papel de cocina. Sí, vale, es buena idea.

Lo dijo en un tono más alto y severo de lo esperado y Sarah la miró sorprendida.

Por suerte, la campana que había sobre la puerta principal tintineó y puso fin a toda conversación sobre los preparativos. A Helen se le abrieron los ojos de par en par.

—¡Clientes!

—Bueno, no te quedes ahí, ve y sé una librera extraordinaria. — Sarah le dio unos golpecitos a la caja de magdalenas—. Las pondré en la bandeja que he traído y las sacaré en un santiamén.

Helen cruzó la puerta apresuradamente, la emoción se hizo notar por fin. Había una cliente, una joven con ropa bastante desaliñada que estaba en medio de la tienda.

—Hola —dijo Helen mientras se acercaba a ella—. Bienvenida a Appleby Books.

—Este sitio es genial y justo lo que necesitábamos en esta zona. —Se ajustó las correas de la mochila que llevaba y después hizo un gesto hacia las estanterías—. Me llamo Jess, por cierto. ¿Puedo

echar un vistazo?

—Echa un vistazo, claro. Pasando la arcada hay más. También verás un par de sillones, así que siéntate y lee si te apetece.

—¡Me quedaría siempre aquí!

Helen sonrió. Ese era el tipo de cliente joven y entusiasta que había soñado que cruzaría su puerta.

—Si tienes hambre, habrá magdalenas en unos minutos y, en cuanto me organice, también sacaré vino o agua con gas por si es muy pronto para beber alcohol.

Jess se rio. Era un sonido tintineante de pura diversión.

—En mi opinión, nunca es demasiado pronto para beber alcohol, pero tengo que ir a clase en un rato, así que me quedaré con el agua, gracias.

Justo en ese momento apareció Sarah con la bandeja de magdalenas.

—Aquí tenéis.

La dejó en el mostrador, en el extremo contrario a la caja registradora.

—Tienen muy buena pinta —dijo Helen mientras observaba cómo su hermana jugueteaba con la pila de papel de cocina doblado que había puesto en una esquina de la bandeja.

Había acertado en sustituir los platos de papel. Por supuesto que había acertado. ¿Acaso no lo hacía siempre?

«No puedes venir con nosotros. Eres muy pequeña. Eres un incordio».

Helen se puso tensa cuando las palabras de su infancia resonaron en su mente. No, hoy no, hoy no necesitaba escucharlas. Pudo oír a Sarah hablando, era un sonido hueco y retumbante, como si viniera de un túnel.

Su consejera penitenciaria le había recomendado que dejara su pasado atrás. Había estado tentada de decirle que, si hubiera sido tan fácil, pronto se habría quedado sin trabajo. No era sencillo, evidentemente, ya que, por mucho que lo intentara, su pasado (tanto el lejano como el reciente) siempre regresaba para

atormentarla.

Habían llegado más clientes. Sarah estaba hablando con uno. Otros cogían libros de las estanterías, parecían estar absortos. Helen respiró hondo y apartó esas voces remotas. Lo que importaba era el presente. Quizá la consejera tuviese razón.

Sin embargo, a medida que miraba a los clientes, a sus rostros desconocidos, regresó ese sentimiento de temor.

Capítulo 16

La librería no estaba plagada de clientes, pero hubo un flujo continuo durante todo el día. A primera hora de la tarde, casi todas las magdalenas se habían terminado y Helen había abierto dos botellas de vino. La mayor parte de la primera se la bebió un hombre con mala fama que, al parecer, pasó por allí solo para eso. Helen no se atrevió a pedirle que se fuera. Sarah y ella se habían tomado una copa de la segunda y aún quedaba media botella más. La mayoría de los clientes preferían agua. Helen intentó que aquello no la irritara.

Alex y Zander se pasaron por la mañana para desearle suerte. Echaron un vistazo, hablaron con algunos clientes que conocían y, a pesar de haber dicho que no leían, compraron varios libros.

—La cosa va bien —dijo Zander mientras le entregaba los libros a Helen y negaba con la cabeza rechazando la bolsa de papel.

El datáfono funcionaba sin problema, imprimía los tiques con un zumbido satisfactorio.

—Sí, gracias a Dios —dijo ella entregándoselos de vuelta.

La mayoría de los clientes eran lugareños que esperaba que se convirtieran en habituales. Algunos eran vecinos de Hungerford Street. No sabía si sentían curiosidad por la tienda o si querían ver a su vecina expresidenta en acción. La visita de muchos estudiantes universitarios que prometieron hablarle de la librería a sus amigos fue todavía mejor. Todos compraron, al menos, un libro. Les entregó

marcapáginas y les pidió que los repartieran.

A la una, le reiteró a Sarah que se tomara un descanso.

—Ve y siéntate en la cocina, tómate un café, prepárate un bocadillo con buen pan y jamón del que has traído.

—Vale. Prepararé uno para cada una y nos turnaremos para comerlos.

Helen asintió, pero en realidad no quería abandonar la tienda, ni siquiera para comer. No podía explicar la ansiedad constante que sentía, así que no intentó ponerle palabras. En vez de eso, se entretuvo hablando con cada cliente. Decidió que aquella era la clave del éxito: llevárselo a lo personal. Los clientes también hablaban entre sí, un canturreo agradable llenaba la tienda.

—Todo está yendo muy bien —dijo Sarah al volver de su almuerzo.

Eso es exactamente lo que Helen había estado pensando, pero no quería decirlo en voz alta por miedo a tentar al destino. Una punzada de irritación la atravesó al saber que era su hermana quien lo había comentado, echó un vistazo alrededor, casi con miedo, como si cada cliente fuera a desaparecer de repente en una nube de humo o todos los libros se cayeran de las estanterías y echaran a arder por combustión espontánea.

—Ve a comer algo —dijo Sarah a la vez que le daba un codazo a Helen—. Debes de estar muriéndote de hambre. Me apuesto lo que sea a que no has desayunado.

¿Lo había hecho? No se acordaba.

—Bueno, si te parece bien, solo me ausentaré unos minutos.

—Madre de Dios, descansa. Confía en mí. Si hay una emergencia, sé dónde encontrarte.

Helen miró a su alrededor. Solo había dos clientes y ya había hablado con ambos. Era buen momento para darse un respiro.

—Está bien. —Aun así, dudaba—. ¿Estás segura de que puedes hacerte cargo de la caja registradora y del datáfono?

Era más sencillo dirigir su miedo hacia algo tangible que hacia la inexplicable inquietud que no podía quitarse de encima. Sarah cruzó

los brazos sobre el pecho, miró hacia el techo como si solicitara asistencia divina y, después, suspiró.

—Esto no tiene ninguna ciencia, Helen. Creo que me las apañaré.

—Está bien —dijo de nuevo.

Quería quedarse más. Recordarle a su hermana que era su negocio, su futuro, que ya no era una niña a la que hubiera que apartar. Pero, como siempre, no dijo nada. A veces se preguntaba si Sarah se daba cuenta de su persistente antipatía. Una vez intentó decírselo, después de tomarse unas copas de vino, pero se reprimió cuando vio el gesto de Sarah, que mostraba la divertida incredulidad de que Helen estuviera recordando un periodo de sus vidas de hacía casi veinte años. Supuso que Sarah pensaba lo mismo que su jueza de vigilancia penitenciaria: que necesitaba dejar todo eso en el pasado, que era donde pertenecía.

Sarah había dejado su bocadillo en la encimera, envuelto en un paño de cocina limpio. Estaba cuidadosamente cortado en cuatro, tenía un aspecto apetecible y comerlo parecía lo apropiado. Helen agitó el hervidor de agua eléctrico, vio que había suficiente líquido en su interior y lo encendió. Cuando ya tenía la taza de café preparada, escuchó la puerta. Si eran clientes, eran silenciosos. Resistió la tentación de abrir la puerta para comprobar que no había ocurrido ninguna catástrofe en su corta ausencia.

En vez de eso, se llevó su taza de café y su bocadillo al jardín. Estaba orientado al oeste y era un día soleado, así que era el lugar perfecto para hacer un descanso. Durante los siguientes días, como estaría trabajando sola, no podría darse el lujo de salir, así que, a pesar de sus dudas, debía aprovecharlo al máximo.

El bocadillo estaba rico y devoró cada porción en un par de bocados. Estaba terminándose el café y pensando en volver a la tienda cuando escuchó su nombre. Era la voz de Sarah. Elevada por la agitación.

El plato que Helen tenía en el regazo se cayó al suelo y se rompió en tres pedazos cuando se levantó. La puerta de la tienda se abrió y Sarah apareció. Tras ella, había dos policías altos, fornidos y

uniformados.

El primer pensamiento de Helen fue que aquella visita era lo que llevaba todo el día esperando. No fue paranoia: había sido una premonición.

Su segundo pensamiento fue que, de alguna forma, sabían la verdad sobre la muerte de Toby.

El tercero fue que aquello no podía estar ocurriendo justo en ese momento. No cuando todo estaba saliendo como ella lo había planeado.

El policía más alto de los dos pasó por delante de Sarah.

—¿Helen Appleby?

«Queda usted detenida por mentir bajo juramento. Por engañar al jurado. Por no decir la verdad sobre lo que ocurrió aquel día. Vamos a encerrarla y a tirar la llave porque es una tía rara, patética, mentirosa y depravada». Podría jurar que escuchó la risa de Toby. Tal como se rio el día antes de que ella decidiera que ya era suficiente.

—Sí, soy Helen Appleby.

—Me temo que le traigo malas noticias.

Capítulo 17

Parecía que a Helen se le iban a derretir las piernas. Asustada porque creyó que iba a colapsar, dio un paso atrás, hacia la silla, y aplastó con el pie los fragmentos del plato roto. Se sentó con pesadez, sin apartar la mirada del agente mientras esperaba que su boca se moviera, que dijera las palabras que, probablemente, siempre había esperado escuchar: «Queda usted detenida».

Estaba tan segura de que aquello era lo que iba a decir que, cuando habló, ella agitó la cabeza por la confusión.

—¿Cómo?

Sarah fue quien respondió.

—Te han entrado a robar en casa.

—Su alarma saltó —explicó el agente de policía—. Una de sus vecinas estuvo aquí esta mañana, así que sabía que usted no estaba por la zona. Miró por encima de la valla, vio un cristal roto sobre el suelo y nos llamó.

El otro agente continuó con la historia.

—No estábamos muy lejos, así que llegamos quince minutos después. Para entonces, la alarma ya estaba cortada. Descubrimos que habían roto el cristal de la puerta trasera para poder entrar, pero el intruso ya se había marchado.

Cuando Helen no dijo nada, Sarah pasó por delante de los dos policías para ir a su lado. Le rodeó los hombros con el brazo y preguntó:

—¿Han causado mucho daño?

—Hay mucho desorden, pero no parece haber daños como tal. Evidentemente, no sabemos si falta algo. Necesitaremos que venga con nosotros para verificarlo.

No iban a detenerla. El alivio hizo que Helen se sintiera aún más débil y estaba agradecida por tener el brazo de Sarah como apoyo. Tardó un par de segundos en entender lo que le estaban pidiendo.

—¿Quieren que vaya ahora?

Parecían sorprendidos con la pregunta.

—En cuanto sepamos lo que falta, haremos un informe y le daremos un número de referencia para su seguro. —Frunció el ceño—. Porque tiene seguro, supongo.

—Sí, claro. —Se puso de pie con el brazo de Sarah sobre el brazo, que pesaba mucho—. Es solo que hoy es la inauguración. —Se dio cuenta de la expresión en sus caras—. De mi librería. Hoy es el primer día que abro.

Sarah la acercó hacia ella.

—Puedo encargarme de todo hasta que regreses. Tienes que ir y poner tu casa en orden. También tendrás que contactar con alguien para que vaya de emergencia a instalarte otro cristal en la puerta.

No parecía haber otra opción. Una vez más, eran otros quienes controlaban a Helen.

Los dos agentes de policía iban delante y Sarah, que liberó a Helen de su abrazo, fue detrás.

Los vio mientras se alejaban en fila india a través de la puerta. Ninguno se giró para comprobar si los seguía. Podría escaparse por la puerta de madera que había al final del jardín. Daba a un pequeño callejón. Desde allí podría volver a la calle y salir pitando. Sin afrontar el tipo de caos que la esperara en casa.

—¿Helen? —Sarah miró hacia atrás a través de la puerta, tenía la frente arrugada por el asombro—. ¿Estás bien?

«Ayer alguien irrumpió en mi tienda. Hoy alguien ha irrumpido en mi casa. Es evidente que me siento bien. No voy a emparanoiarme con que alguien está intentando asustarme y asegurándose de que

no triunfe».

—Ya voy —dijo mientras avanzaba lentamente. De repente le daba miedo salir, que su apariencia anterior fuera real, no tener clientes, que los libros se cayeran de las estanterías, que salieran hilillos de humo de sus cubiertas porque las palabras del interior hubieran echado a arder.

No había clientes y, al margen de eso, la tienda estaba exactamente igual que antes de que se fuera a almorzar.

—No tardaré mucho —le dijo a Sarah.

—Tómate tu tiempo. Yo me encargaré de todo. —Sarah sacó el teléfono y consultó la hora—. Son casi las tres. De todos modos, cerraré a las cinco y te acercaré las llaves.

Helen quería llorar de pura frustración. Ya habían tenido esa conversación. Le dejó claro que quería dejar abierto hasta las seis para atraer a la gente que saliera de trabajar y volviera a casa andando. Sarah había resoplado discordante, pero no dijo nada. Y ahora estaba intentando aprovecharse del aprieto de Helen para salirse con la suya.

—No, no te preocupes. Regresaré antes. Puse que abriría hasta las seis en los panfletos que repartí y no quiero decepcionar a los clientes.

No esperó una respuesta y siguió a los dos policías que salían de la tienda. Habían venido caminando desde la casa de la chica. Helen dudó de si conducir, pero había muchísimo tráfico y sería más rápido si iban andando. Marchó al lado de los agentes. No hablaban. Ella tampoco. Se preguntó si la conocían. Si sabían de su historial. Ahora mismo deseaba haber denunciado el asalto a la tienda. Sería reconfortante que le dijeran que había sido una coincidencia. Que solo había tenido mala suerte, que era víctima de ciertos eventos fortuitos.

Le gustaría haber debatido sobre su teoría de que Alex y Zander habían sido los responsables de la irrupción en la tienda y que, por extensión de su teoría, también podrían ser los responsables de la que había ocurrido en su casa. ¿Estaban tan desesperados por

hacerse con la tienda como para rebajarse a ese nivel?

¿Su plan era llevarla tan al límite que acabara rindiéndose?

¿O simplemente ella los había escogido como sospechosos porque necesitaba enfocar su paranoia en que alguien estaba decidido a hacer que fracasara?

Llegaron a su casa en silencio. A la casa adosada, que era la última de la hilera, se accedía desde un lateral. Había una verja. Con una cerradura. No funcionaba desde que se mudó allí hacía ocho años.

—Quizá quiera arreglarla —dijo uno de los agentes mientras la señalaba—. Muchos de estos ladrones son oportunistas. Fuerzan una verja y, si está abierta, lo intentan.

Helen los siguió hasta la parte trasera y suspiró al ver los cristales rotos esparcidos por el patio posterior.

El agente abrió la puerta y señaló la llave, que aún seguía en la cerradura.

—Supongo que se la dejó puesta, ¿no?

Claro que la había dejado. Porque era increíblemente estúpida.

—Eso le facilitó aún más las cosas. Se acercó, abrió y encontró la casa toda para él.

—¿Para él? —Lo miró ojiplática—. ¿Sabe quién ha sido?

Había sido injusta: no eran ni Alex ni Zander. Paranoica. Acusica. ¿Acaso no era así siempre? Culpó a su madre, a su padre, a sus hermanos y, por último, a Toby por hacer que su vida fuera un caos. Era un desastre. Un completo y absoluto desastre.

Sin embargo, el agente se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No, no lo sé. Era una forma de hablar. Para ser políticamente correcto, debería haber dicho «alguien».

No era ni el momento ni el lugar para debatir sobre lo políticamente correcto. Habría sido mucho más sencillo si supieran quién había irrumpido allí. Algún vándalo de la zona ya conocido por la policía. Así podría haberse reído de sus estúpidas ideas y achacarlo a la mala suerte más que a una venganza personal.

Venganza. Una palabra que se le metió en la cabeza en contra de su voluntad. Sí, estaba empezando a parecer que lo era.

Ignorando a los agentes, entró en la cocina con la mente liando vueltas mientras aceptaba este nuevo miedo. ¿Quizá fuera un amigo de Toby que estaba enfadado por verla en la calle tan pronto? No podía recordar a ningún amigo que fuera tan cercano como para guardar tanto rencor. Estaba su madre, eso sí. No habían sido cercanas, pero estuvo en el juicio. ¿Podría ser ella buscando venganza por la pérdida de su hijo?

—¿Y bien, señorita? —El agente se impacientó.

Helen controló sus pensamientos. Ya habría tiempo más tarde para preocuparse. Echó un vistazo por la cocina. Había un par de armarios abiertos, pero nada estaba fuera de lugar. No tuvo tanta suerte en el salón. Las estanterías empotradas junto a la chimenea estaban repletas de una variedad de objetos que había coleccionado o que le habían regalado durante años. Ninguno tenía valor más allá de lo sentimental. La mayoría estaba en el suelo. Algunos se habían roto al caer. Alguien había barrido los libros de la estantería.

—Se han llevado los almohadones de tu sofá, lo que es bastante inusual.

Helen se giró para mirar al agente.

—No, me los llevé yo para construir una cama en la habitación que hay en la planta de arriba de la tienda. —Extendió las manos—. No lo denuncié, pero alguien entró en mi tienda el sábado. No se llevó nada, pero causó bastantes desperfectos.

El agente frunció el ceño.

—¿No lo denunció?

—Porque no había ninguna señal de asalto. No estaba segura de haber cerrado bien la puerta cuando me fui. Solo tenía una cerradura Yale y eché el pestillo para poder llevar cosas desde el coche. No se llevaron nada, así que no tenía sentido molestarles.

Tampoco tenía sentido explicarles que no los llamó porque era su nuevo comienzo, su segundo intento de tener un final feliz, y no quería que una visita policial lo arruinara. Y, a pesar de todo, allí

estaban.

—No parece que falte nada —dijo echando un vistazo a la habitación—. Mi vieja televisión no iba a llamarles la atención de ninguna de las maneras.

—Probablemente estuvieran buscando dinero o artículos pequeños que pudieran vender. ¿Tiene ordenador portátil?

—Sí, pero lo tengo conmigo. Honestamente, no tengo nada que merezca la pena robar.

—Por desgracia, eso los ladrones no lo saben.

En la planta de arriba el nivel de desorden era similar. El armario y los cajones de la cómoda estaban abiertos. Su ropa interior estaba desperdigada por el suelo. Habían cogido la pila de libros que había al lado de su cama y los habían dejado caer sobre el edredón arrugado.

Uno de los agentes se quedó en el piso de abajo; el otro permaneció en la puerta mientras ella evaluaba los daños.

—¿Joyas? —preguntó.

—El anillo de compromiso de mi madre. —Elevó la mano y le mostró el anillo que llevaba puesto: contenía un diamante y un rubí—. No me lo quito casi nunca. —Sarah lo había tenido mientras ella estaba en prisión. Fue la primera cosa que pidió cuando la liberaron—. Más allá de eso, solo tengo algunos pendientes. No soy mucho de joyas.

Las guardaba en una caja pequeña. La encontró en el suelo. Se le había salido la tapa y el contenido estaba esparcido por la alfombra. No faltaba ningún pendiente.

—¿Debo sentirme ofendida porque pensaron que no eran de valor?

Su intento de chiste fracasó.

—¿No lo son? —preguntó el oficial mientras miraba los artículos que estaba recogiendo y devolviendo al recipiente.

—No, en absoluto.

—¿Entonces no falta nada?

—Aquí no.

Comprobó los otros dos dormitorios; uno de ellos lo había acondicionado como oficina. Allí fue donde el ladrón causó más destrozos, frustrado, quizá, por su falta de éxito en el resto de la casa. Había un escritorio bajo la ventana. Los cuatro cajones de cada lado estaban abiertos y vaciados en el suelo. También habían tirado la estantería independiente con tanta fuerza que se había deformado.

—¿Cómo pudieron causar tanto daño en tan poco tiempo? —Cogió una de las carpetas tiradas—. ¿Cuánto tiempo estuvieron..., quince minutos, veinte?

—Más o menos. —El agente se acercó a la estantería. La enderezó y la volvió a poner en su sitio—. ¿Podría decir si falta algo?

¿Estaba de broma? Dejó la carpeta y se pasó la mano por la cara.

—Aquí no había nada que mereciera la pena. Algunos documentos educativos de mi época como funcionaria pública que debería haber tirado hace mucho. Recortes de periódico. Libros. Material de papelería. Nada de dinero. Ni siquiera un maldito sello postal.

Lo sabía porque había usado el último la semana anterior. Pasó por delante del agente y se dirigió a la última habitación. Las puertas del armario estaban completamente abiertas y habían sacado y abierto las maletas que había guardado en las repisas de arriba.

—¿Falta algo?

Quería gritarle. Decirle que no faltaba nada porque no tenía nada de valor. Pero él solo estaba haciendo su trabajo, así que negó con la cabeza.

—Mi paz mental —dijo.

En el piso de abajo, los dos agentes parecían estar repentinamente incómodos.

—¿Estará usted bien? —preguntó uno.

—Tomaremos nota del asalto a su tienda también para que conste en nuestro registro —dijo el otro.

No estaba segura de qué sentido tenía aquello, pero estaban intentando ser amables, así que asintió.

—Gracias. —Sacó su teléfono móvil—. Será mejor que llame a alguien para que me arregle ese cristal.

—De acuerdo, sí. Si contacta con la comisaría más tarde, le darán el número del caso. Para el seguro —añadió cuando vio su mirada perdida.

—Ah, vale. Genial, gracias.

Estaba casi segura de que la franquicia de su seguro era de trescientas libras, así que, a menos que arreglarla puerta costara más que eso, no iba a presentar ninguna reclamación. Sus primas ya eran una locura.

En cuanto se marcharon, hizo una búsqueda por internet, encontró al cristalero más cercano y lo llamó. Respondió de inmediato, le dio un presupuesto que consideró aceptable y le prometió que estaría allí en dos horas.

—Dícales que vengan por la parte de atrás —dijo después de darle los datos de su tarjeta de crédito—. Yo no estaré, pero verán lo que hay que hacer. Si pueden sustituir el cristal y dejar la puerta cerrada, sería genial.

No le preocupaba dejar la puerta sin cerrar. Si tenía tan mala suerte de atraer a un tercer ladrón oportunista en unos días, bueno, pronto se daría cuenta de que alguien se le había adelantado. A pesar de la verja rota y de la llave que se había dejado en la cerradura, sabía que no se trataba de un malhechor oportunista. Quizá estuviera un poco paranoica, pero no era estúpida. Esto, al igual que el asalto a la tienda, se trataba de algo personal.

Colgó y le echó un vistazo al salón. Iba a tardar horas en arreglar aquel desorden. Eran las cuatro y media. No podía perder el tiempo allí cuando la tienda la reclamaba. La tarea de volver a colocarlo todo tendría que esperar. Probablemente algunos días.

Quince minutos más tarde estaba de regreso en la tienda, feliz de ver que había algunos clientes echando un vistazo por las estanterías.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Sarah.

—Un cristal roto en la puerta trasera, cierto desorden en el interior, pero no se han llevado nada, así que todo bien. —Se unió a Sarah tras el mostrador—. ¿Qué tal por aquí?

—Bien. Algunos clientes, todos han comprado libros. —Sarah rodeó a Helen con el brazo y la estrechó en un abrazo—. ¿Estás segura de que no ha sido muy grave? Se oyen historias así.

—No, de verdad, todo bien. Tardaré cinco minutos en dejarlo todo tal como estaba. El vecino de al lado se ha ofrecido voluntario a esperar amablemente a que el cristalero viniera para que yo pudiera volver a la tienda. —Era una mentirosa prolífica y brillante. Siempre lo había sido—. Estoy convencida de que quieres irte a casa. Muchísimas gracias por el día de hoy y por esas fabulosas magdalenas.

Sarah comprobó la hora.

—Si estás segura de que estarás bien, me iré. Quizá consiga evitar la peor parte del tráfico en hora punta.

Helen se sintió culpable de inmediato. Se preguntó si ese era el motivo por el que su hermana había hecho antes el comentario sobre cerrar a las cinco. Sarah vivía en la otra punta de la ciudad. De normal, era un infierno cruzar hasta allí, pero la hora punta añadía otro nivel de horror: el tráfico de Bath en su máximo esplendor.

—Vete, estaré bien.

Estaba bien, además de ocupada. Su idea de que los clientes la visitarían cuando regresaran a casa mereció la pena. Hubo un flujo constante de personas cruzando la puerta, y todas compraron al menos un libro, incluso algunas optaron por llevarse dos o más. Sirvió más vino durante la última hora que en las ocho anteriores. Solo quedaba una magdalena y hubo una jovial discusión entre dos clientes sobre quién debería comérsela. Finalmente, decidieron partirla a la mitad. Helen hizo los honores y los dos se marcharon con una sonrisa, medio dulce y varios libros.

Helen estaba atendiendo a otro cliente cuando escuchó el tintineo de la campana y echó un vistazo rápido. Era Zander quien

entraba por la puerta.

Parecía sorprendido de que hubiera tantos clientes. Sorprendido de que su pequeña librería tuviera tanto éxito. Si había tenido alguna pequeña duda de que los robos fueran algo personal, desapareció en cuanto vio su expresión. Y si tenía alguna duda sobre quién era el culpable, también la desechó.

Había visto un monstruo antes. Sabía cómo era.

Capítulo 18

Helen se concentró en el cliente al que estaba atendiendo, metió los libros que había comprado en una bolsa y añadió unos marcapáginas de Appleby.

—Has elegido bien —le dijo con una sonrisa—. Estos son tres de mis libros favoritos.

En realidad solo había leído uno y lo había odiado, pero él no tenía por qué saberlo. Era una lectora voraz, pero era imposible leerlo todo.

Cuando se fue, Zander se acercó al mostrador con una sonrisa radiante en el rostro. Helen, que se recordó que debía mantener a sus enemigos bien cerca, lo saludó con una amplia sonrisa que hizo que le doliera la cara.

—Parece que te va bien —dijo—. Enhorabuena.

—Estoy contenta con cómo marcha todo. La gente ha sido muy amable. —Dio unos toquecitos sobre la caja registradora—. Ha ido mejor de lo que esperaba.

—Son muy buenas noticias. —Asintió con empatía como si sintiera lo que decía—. Siempre es bueno ver resultados positivos. —Se inclinó para acercarse y bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspirador—. Vi que antes vinieron dos policías. Espero que no haya problemas.

Si Helen estaba en lo cierto, Zander sabía exactamente por qué había ido la policía. Si no, no era asunto suyo.

—Los policías también leen —dijo aliviada cuando otra clienta se acercó al mostrador con dos libros en la mano.

Centró toda su atención en la mujer, comentó los libros que había elegido, los metió en una bolsa y añadió algunos marcapáginas. Sin embargo, por el rabillo del ojo veía la mirada de Zander, llena de codicia. Quizá estuviera pensando cuántas mesas cabrían allí. O cuánto le costaría derrumbar el muro que separaba su tienda y el minúsculo restaurante de al lado. Cuando la clienta se marchó, se apresuró a reencontrarse con ella.

—Será mejor que vuelva al trabajo —dijo echándole un vistazo a su reloj—. Enhorabuena de nuevo, Helen.

—Muchísimas gracias por todo tu apoyo. —Casi se ahoga con aquellas palabras y, cuando Zander se marchó, se desplomó sobre el mostrador. Estaba muy cansada.

—¿Un día largo?

Helen se irguió bruscamente y puso una expresión aceptable. Se volvió menos forzada cuando su mirada coincidió con los ojos marrones del hombre que estaba de pie con un montón de libros entre los brazos. Era el último cliente. Se había percatado de su presencia minutos antes, su cuerpo largo y delgado se sentó torpemente en un taburete frente a las novelas clásicas, y sacó un libro tras otro. Una cara atractiva acompañaba a ese cuerpo. Tenía unos ojos extraordinariamente expresivos.

—Es mi primer negocio, así que ha sido... —dijo buscando la palabra correcta— dramático.

—Regenta un local muy agradable. —Le dio un golpecito a la pila de libros que había dejado sobre el mostrador—. Tengo cierta debilidad por las novelas clásicas, así que me ha resultado agradable encontrar uno de mis favoritos de siempre y varios que no he leído.

Le echó un ojo al título del libro que estaba en la parte superior.

—*El corazón es un cazador solitario*. Uno de mis favoritos. —Esta vez sí que era cierto, lo había leído hacía varios años y le había encantado—. También hicieron una buena película protagonizada por...

Cuando se detuvo en seco, incapaz de recordar el nombre del actor, él sonrió.

—Alan Arkin. La he visto. —Volvió a golpear el libro—. Yo también me leí el libro hace mucho tiempo. Cuando lo he visto en sus estanterías, me ha apetecido leerlo de nuevo. Mi ejemplar se perdió en alguna parte.

—Mejor para mí —dijo con una sonrisa mientras dejaba registrados los cuatro libros—. Son ocho libras, por favor.

Cogió una bolsa y metió los libros dentro, sabedora de que el hombre la estaba mirando. Añadió algunos marcapáginas y se la entregó.

Al cogerla, señaló las copas vacías haciendo un gesto con la cabeza.

—¿Me he perdido la celebración?

Ella se ruborizó.

—Lo siento, no, debería haberle ofrecido una copa. —Alcanzó la botella de vino que tenía detrás y la caja que había en el suelo para coger una copa limpia—. Aquí tiene. —Le sirvió una cantidad generosa y se la dio.

Sus dedos chocaron accidentalmente (¿o deliberadamente?) contra los suyos y le provocaron un suspiro profundo que logró disimular tosiendo. Se llevó la mano a la boca y se dio la vuelta, rezando para que su color se desvaneciera antes de tener que volver con el hombre. Después de Toby, había renunciado a los hombres, pero eso no impedía que se sintiera atraída por alguien apuesto.

Él sostenía la copa de vino y la miraba fijamente con una expresión entre divertida y curiosa.

—¿Está bien? —le preguntó.

—Solo son cosquillas. —Cogió la copa que ya había usado—. Quizá el vino me ayude. —Se echó un poquito.

—Por su éxito —dijo él chocando la copa ligeramente contra la de ella. No la retiró de inmediato—. Y por los libros y los mundos que habitan en ellos.

Así era exactamente como ella concebía los libros, así que sonrió.

—No todo el mundo ve los libros con esos ojos.

—Mi primer recuerdo es de mi madre leyéndome *Los viajes de Gulliver*.

—Una novela muy de adultos para un niño pequeño.

Él se encogió de hombros.

—Un adulto la lee como una sátira política o una alegoría de la relación entre Francia e Inglaterra en aquella época. Un niño, como yo antaño, escucha historias de naufragios y de un señor al que unos hombrecillos atan al suelo. —Apoyó la cadera contra el mostrador y balanceó la pierna de acá para allá—. De ahí mi madre pasó a *Alicia en el país de las maravillas*.

—Gente encogida, conejos parlantes y «¡Que le corten la cabeza!».

—Exacto. Ya ve que mi imaginación despertó a una edad muy temprana.

Helen se sentó en el taburete alto que tenía detrás. Una conversación interesante con alguien que, evidentemente, amaba los libros era un final agradable para un día tan complicado. Casi de forma inconsciente se percató de que los largos dedos de él rodeaban la copa. No tenía anillo de casado. No importaba. Se recordó que su futuro estaba escrito y que no incluía ningún vínculo romántico.

Para ella, el amor siempre había implicado un montón de dolor y se había prometido a sí misma que ya había tenido suficiente. Toby había cerrado aquel capítulo de su vida. Había sido un punto final, no lo cambiaría por una coma.

—¿Vive por la zona?

Se dijo a sí misma que no era curiosidad lasciva. Si él residía por allí, podría convertirse en cliente habitual, y, cuantos más tuviera de esos, mejor le iría al negocio.

—No muy lejos de aquí, en Newton St. Loe. Estoy de paso para visitar a mi tía abuela. —Estiró la mano—. Me llamo Jared.

Capítulo 19

Helen le estrechó la mano y sintió cómo los largos y fuertes dedos se cerraban en torno a los suyos. Justo después, escuchó una alarma en su cabeza. ¿Tía abuela? ¿Jared? Aquella era una gran coincidencia.

—¿Es usted el sobrino nieto de Jen Clough?

—El mismo —dijo él soltándole la mano—. Antes la llamé para visitarla y me habló de ti y de tu nuevo negocio.

Helen buscó alguna pista en su rostro. ¿Estaba molesto porque se había llevado sus libros o agradecido porque le había evitado el problema de tener que librarse de ellos? Había pensado que amaba los libros como ella, pero según lo que le contó su tía abuela, no le gustaban en absoluto.

—Me ofrecí a pagárselos, pero dijo que le estaba haciendo un favor llevándomelos. —No hubo ningún cambio en su expresión, así que siguió hablando—. Dijo que contratarías un contenedor para deshacerte de ellos.

Con aquello sí que reaccionó: elevó la mirada al techo y resopló de una forma que solo podía calificarse como sinónimo de frustración.

—Voy a contratar un contenedor. De hecho, probablemente sean varios, porque mi querida tía abuela no ha tirado nada en años. No sé si se lo ha contado, pero va a mudarse a una vivienda protegida. No está muy lejos: podrá seguir en contacto con los vecinos. Es un

hogar amplio, como acostumbran a ser este tipo de viviendas, pero pasar de una casa de cinco habitaciones y tres pisos a un apartamento, por muy grande que sea, sería una tarea titánica.

Se pasó los dedos por el pelo e hizo que se le quedara de punta. Ella pensó que era guapo. Ahora le parecía desenfadado..., sexi..., y de pronto le recordó a la primera vez que conoció a Toby, cuando era cariñoso, amable y comprensivo, antes de que se convirtiera en un monstruo. Quería llorar, huir y esconderse, y a la vez coger a ese tipo tan parecido a Toby y besarlo de arriba abajo.

En vez de eso, se sentó allí con una sonrisa tonta mientras escuchaba cómo Jared describía cuántas cosas había acumulado su tía abuela en las décadas que llevaba viviendo en su casa.

—Mi hermana se ha quedado con ella este último mes. Solo unos días. Vive en Suiza y no viene a casa muy a menudo. Ella se encargó de todas esas cajas de cartón, pero no avanzó mucho con el empaquetado. Por desgracia, la semana siguiente yo estuve fuera por trabajo y, cuando regresé, me horrorizó ver que Jen lo había acabado todo sola. —Negó con la cabeza—. Ya la has conocido, se queda sin aliento y se agota al hacer la más mínima cosa, pero aun así se las apañó para hacerlo.

—¿No quiere ninguno? —Como amante de los libros, le costaba entender que alguien no los quisiera.

—Vivo en una casita de campo pequeña, con poco espacio. Solo guardo mis favoritos, los que sé que volveré a leer algún día. —Se acabó la copa y, sin preguntar, alcanzó la botella y la volvió a llenar—. No le importa, ¿no?

Ya era tarde si respondía que sí.

—No, lo siento, debería haberle ofrecido más.

¿Por qué se disculpaba? Aquello no era una cita. Era una copa para celebrar la apertura de su nueva librería. Dejando a un lado al vergonzoso hombre de aquella mañana que bebió mucho más de lo que le correspondía, nadie había pedido una segunda copa. Debería haberse molestado, pero no con Jared, sino con ella misma por pensar que era fascinante. Él se acomodó aún más sobre el

mostrador y se movió para quedar frente a ella.

—No me disgusta que se haya llevado todos los libros, pero estoy ligeramente preocupado. —Se llevó la copa a los labios y le dio un sorbo al vino.

¿Preocupado de que su tía abuela se los hubiera dado a cambio de nada?

—Me ofrecí a pagárselos —dijo de nuevo.

¿Iba a acusarla de aprovecharse de aquella mujer frágil y anciana? Qué estúpida había sido, tendría que haber insistido en dejar el acuerdo por escrito.

Jared levantó una mano.

—No me preocupa lo más mínimo que se los llevara a cambio de nada. Si le soy sincero, me ha ahorrado dinero. Había demasiados, el contenedor se habría llenado. —Le dio otro sorbo al vino y casi vació la copa—. Lo que me preocupa es que Jen empaquetara tantas cajas sola. Solo Dios sabe lo que metió en ellas. Tiene la costumbre de utilizar cartas, extractos bancarios y todo tipo de cosas como marcapáginas. —Soltó una carcajada ronca—. Una vez usó un billete de cincuenta libras, ¡imagínese! Había planeado hojear cada libro antes de empaquetarlos, por si acaso, pero, claro, perdí la oportunidad de hacerlo.

Helen iba a decirle que, en su opinión, era aceptable emplear cualquier cosa y no doblar una esquina, pero no estaba segura de que él aprobara su frivolidad. En cualquier caso, parecía que él tenía algo más que decir.

—Estoy seguro de que puede comprender por qué me desconcertó un poco saber que los había regalado todos.

Desconcertado, no furioso.

—Supongo que sí.

—Bien. —Se terminó la copa.

Antes de que él pudiera alcanzar la botella de nuevo, Helen la cogió.

—¿Quiere más?

Él negó con la cabeza.

—Mejor no, tengo que conducir.

Apoyó la copa y se inclinó hacia ella. El movimiento repentino la sobresaltó. Se echó hacia atrás y el taburete, que le había costado cinco libras en una tienda de caridad local y que no era el más robusto del mundo, se volcó y ella se golpeó con la pared de detrás.

Jared se puso de pie de inmediato y la ayudó a levantarse.

—Lo siento, ¿está bien? No quería asustarla.

Ella le apartó las manos.

—Estoy bien. Simplemente ha sido un día largo y estoy cansada.

—Vale. —Se quedó de pie, mirándola con un gesto de preocupación—. Iré directo al grano, ¿de acuerdo? —No parecía querer una respuesta. Se metió las manos en los bolsillos del vaquero y dijo—: Supongo que aún no ha tenido oportunidad de abrir todas las cajas. Espero que me permita examinarlos para asegurarme de que Jen no se ha dejado nada importante en su interior.

¿Lo decía en serio? No tenía ningún sentido mentir y decir que ya había sacado todos los libros. Él había estado husmeando y ahora ella ya sabía lo que había estado buscando. Libros que reconociera de las estanterías de casa de su tía abuela. De pronto se sintió decepcionada, incluso engañada. Aquello hizo más fácil darle una respuesta sin rodeos.

—Lo siento, no será posible.

No parecía ofendido. De hecho, sonrió.

—Me he dado cuenta de que nada es imposible si realmente queremos conseguirlo.

Se preguntó si su carácter adulator funcionaba con la mayoría de las mujeres, porque entonces tendría que admitir que había dado resultados con ella.

—El problema es, señor Clough, que no quiero hacerle perder horas y horas buscando entre las cajas.

Su sonrisa no titubeó, pero un destello apareció en su mirada. Helen era consciente de que la luz del exterior estaba disminuyendo. Le emocionaba tanto cumplir su sueño que no había tenido en

cuenta lo que conlleva gestionar un negocio sola. El aislamiento. La vulnerabilidad.

Era un hombre alto. No era robusto, pero se le marcaban los músculos bajo la camiseta. Y sus manos parecían fuertes. Esos dedos largos podrían arrebatarse la vida con poco esfuerzo. Estaba acostumbrada al dolor e incluso a veces lo había recibido con agrado. Pero la muerte era algo completamente distinto. Buscó desesperadamente algún tipo de compromiso.

—Dado que su tía abuela fue muy amable al darme esos libros, le diré qué es lo que voy a hacer por usted. —Parecía que cada palabra se le escapaba de la boca, que estaba seca y áspera. Alcanzó su copa de vino y le dio un sorbo—. En los próximos días examinaré las cajas, hojearé cada libro y, si encuentro algo entre las páginas que no debería estar ahí, lo guardaré. ¿Le parece bien?

La sonrisa de él desapareció a medida que la escuchaba hablar y, cuando respondió, su voz era menos amable, menos cautivadora.

—Parece que no me queda otra opción.

No la tenía, pero podría haber sido más elegante en su derrota.

—Si quiere, puedo mantenerle al tanto de lo que encuentre...

Él levantó una mano y la cortó a mitad de frase.

—No haré que se tome tantas molestias. Como ya le he explicado, vengo aquí semanalmente para visitar a mi tía abuela, así que no me cuesta nada pasarme a ver qué es lo que ha descubierto. Además —dijo señalando hacia las estanterías—, así tendré la oportunidad de llevarme más libros. —Le dio un golpecito a la bolsa que contenía los que había comprado—. Asumo que los vuelve a comprar, ¿no? Como ya le he dicho, tengo poco espacio para almacenarlos.

Aliviada por su falta de insistencia en buscar en las cajas por su cuenta, ella asintió.

—Sí, claro. —Comprar, no intercambiar. Aquella oferta era solo para las personas mayores, las jubiladas o las necesitadas. La gente como ese hombre, con sus evidentes aires de superioridad, podía pagarlos—. Pago cincuenta peniques por cada libro.

Él levantó una ceja.

—¡Cincuenta peniques! —Volvió a sonreír y su mirada se suavizó—. Estás hecha toda una mujercita de negocios.

Suponía que no se estaba refiriendo a su metro sesenta.

—Pretendo ser una empresaria de éxito. Si cree que cincuenta peniques es poco, sobra decir que puede llevarse los libros a otra parte.

«Porque seguro que necesita el dinero, miserable bastardo».

Era un desconsiderado y un condescendiente, pero no era estúpido.

—Lo siento —dijo levantando la mano como defensa—. Es evidente que la he ofendido y no era mi intención. Tengo la mala costumbre de caer en una estúpida actitud machista cuando me siento derrotado por una mujer.

La disculpa redujo el enfado de Helen.

—Una mala costumbre que podría meterle en problemas en pleno siglo XXI. —Nunca había conocido a un hombre con una facilidad tan irritante para hacerle cambiar de opinión tan rápido sobre él—. Y ahora tengo que pedirle que se vaya. Ha sido un día largo y esta pequeña mujercita de negocios tiene mucho que hacer.

—Le ofrecería mi ayuda, pero no quiero meter la pata de nuevo.

¿Tenía pinta de ser una persona solitaria y sin amigos que estaba desesperada por que un hombre cualquiera le ofreciera su ayuda? Él había conseguido ofenderla y hacerle cambiar de opinión de nuevo. ¿Era deliberado? ¿Era una forma de parecer más interesante, como si fuera un reto?

—Es muy amable, pero mis amigos y mi familia vendrán más tarde a echarme una mano.

—Vale, estupendo. Entonces, la dejo sola y la llamaré la semana que viene para recoger lo que sea que haya encontrado.

—Bien —dijo ella cruzando los brazos firmemente sobre el pecho.

No quería volver a estrecharle la mano. La ponía nerviosa. No sabía si era porque le recordaba a Toby o porque no se fiaba de él. De lo que sí estaba segura era de que no le gustaba lo que le hacía

sentir.

Él abandonó la tienda con una sonrisa y otro golpecito a la bolsa de libros que llevaba.

Helen se quedó tras el mostrador y lo vio marchar. Esperó hasta qué ya no pudo verlo y después corrió hasta el escaparate para asegurarse de que de verdad se había ido y de que no se había quedado fuera. Sin embargo, a pesar de que echó un vistazo calle arriba y calle abajo, no había ni rastro de él. En lugar de tranquilizarla, la inquietó aún más. ¿Dónde se había metido?

¿Había ido al local de al lado para cenar o para encargarse de comida para llevar? ¿Quizá para hablar con Alex y Zander? ¿Los conocía? ¿Se estaba volviendo loca? El sonido de su teléfono la asustó tanto que se golpeó la nariz contra el escaparate. Los ojos empezaron a llorarle por el dolor y su voz sonó ronca cuando contestó la llamada.

—Hola, soy yo, ¿cómo ha ido el resto del día?

—Bien, Sarah, muy bien, en realidad. —Helen alejó el teléfono, buscó un pañuelo en su bolsillo, se secó los ojos y se sonó la nariz—. Ha estado bien, ha venido bastante gente. Acabo de cerrar.

—¿En serio? Son las seis y media, debes de estar agotada.

—Ha sido complicado despachar a los clientes que estaban comprando libros. —La mentira salió como si nada. Se negaba a hablarle de Jared y de lo vulnerable que se había sentido allí sola.

—Tienes que aprender a ponerte límites o vas a acabar agotada.

—Sí, lo sé —dijo Helen.

Iba a decir algo más, como que no era idiota, pero un golpe que venía de la cocina la dejó sin aliento.

Había sonado tan alto que el oído atento de Sarah lo captó al otro lado de la línea.

—Helen, ¿estás bien? ¿Qué ocurre?

—Creo que he oído algo.

—¿La puerta trasera está cerrada con llave?

—Sí, claro. —¿Lo estaba? Había entrado con los agentes de policía aquella tarde, ¿había cerrado después? No lo recordaba—. Ay, no, todo en orden —dijo fingiendo una risilla—. Solo ha sido un libro

que se ha caído de la estantería, alguien no lo ha dejado bien colocado. Bueno, será mejor que te deje, aún me queda mucho por hacer. Gracias de nuevo por tu ayuda, por toda la comida que me has comprado y por esas fabulosas magdalenas.

Colgó, se quedó allí de pie, con el teléfono de la mano, escuchando cualquier ruido que no cuadrara. Quizá se hubiera imaginado el golpe.

Se guardó el teléfono en el bolsillo, cerró con llave la puerta principal, sacó cuidadosamente la llave de la cerradura y la puso en la repisa que había bajo el mostrador. Pasó frente a la escalera, se detuvo en la puerta de la cocina y apoyó la oreja en ella. No escuchaba nada. Se había imaginado el ruido. Aun así, empujó la puerta para abrirla, despacio, con cautela, conteniendo el aliento hasta que vio que la estancia estaba vacía. La puerta trasera estaba cerrada y le alivió ver que la llave también estaba bien echada.

Negó con la cabeza al percatarse de lo sencillo que era ponerla nerviosa y regresó a la planta de abajo. Era hora de ver cuánto dinero había ganado aquel día. Tardó unos minutos en bajar las estrechas persianas de madera sin estropear su escaparate. Solo cuando terminó la tarea se sintió feliz de abrir la caja registradora para contar la recaudación y comprobar los tiques de las tarjetas de crédito.

Le había ido mejor de lo esperado. Absorta en lo que estaba haciendo, tardó unos segundos en darse cuenta de que había oído un ruido que se repitió. Tres veces, silencio, otras tres más. ¿Alguien estaba llamando a la puerta trasera? Nadie conocido usaría el acceso desde el callejón, a través de la destartada puerta de madera del jardín.

De nuevo, se acercó a la cocina y pegó la oreja a la puerta para escuchar la repetición del sonido. Aún no se había producido cuando abrió cautelosamente la puerta y echó un vistazo por la oscura habitación. Deslizó una mano por la pared y apretó el interruptor. Tenía la mirada fija en la puerta trasera. ¿Había alguien esperando al otro lado? La Muerte con la guadaña en una mano y la otra

levantada. Aquel pensamiento macabro le causó escalofríos.

La puerta era una estructura sólida. No había ningún cristal por el que mirar. La pequeña ventana de la cocina tampoco aportaba luz al asunto. El jardín trasero estaba sumido en la oscuridad, así que solo podía ver su propio reflejo, que le devolvía una mirada asustada.

Era una imagen que juró no volver a ver nunca. Alcanzó el cordón de la persiana y tiró de él con fuerza, haciendo que cayera con un estrepitoso ruido.

Su reflejo desapareció, pero el miedo no. Helen hizo lo que había hecho antes, lo que siempre hacía: lo aprovechó para transformarlo en una férrea determinación por triunfar.

Ninguna molesta agente de libertad condicional, ningún vecino sospechoso ni clientes extraños y, desde luego, ningún ruido extraño iban a arruinar su nueva vida.

Capítulo 20

Helen cenó uno de los platos preparados que su hermana le había llevado y, ya de paso, el poco vino que quedaba en la botella abierta. Arrastró el taburete desde la tienda y comió en la encimera de la cocina. Comió para recargar fuerzas, más por necesidad que por voluntad. Los dos años que pasó en prisión no ayudaron a su apetito, que de por sí nunca había sido bueno. Allí la cantidad era más importante que la calidad.

Tampoco ayudaba que en cada bocado sintiera la necesidad de pararse a escuchar o que estuviera comiendo del envase, pero con un ojo puesto en la puerta trasera. Con una cuchara. Engullendo la comida con sorbos de vino.

—Mierda. —Se golpeó la frente con la palma de la mano.

Sabía que tenía algo más que hacer ese día. Llamar a la empresa de alarmas y concertar una cita para que fueran a instalar el dispositivo. Hasta que lo hicieran, tendría que seguir acampando. Se hizo una nota mental para llamar a la mañana siguiente.

Por ahora, tenía que sacarle el máximo provecho a su estancia obligatoria.

El ajetreado día había reducido las existencias de libros en las estanterías. Tenía que llenar los huecos con libros de las cajas del piso de arriba. Volvió a pensar en Jared. Qué persona tan extraña y contradictoria. Había traído unas dieciséis cajas de la casa de su tía abuela. ¿De verdad creía que podría revisarlas todas en una

semana?

¿Qué esperaba que ella encontrara? ¿Billetes de cincuenta libras? ¿Cartas privadas? ¿Su testamento? ¿Era eso? Entrecerró los ojos conforme lo pensaba. Si Jen Clough iba a vender su enorme casa para mudarse a un apartamento, ganaría mucho dinero. Pensó en aquella frágil y pequeña mujer, rodeada de décadas de su vida, y suspiró. Qué triste era ver que, en muchas ocasiones, todo quedaba reducido al dinero. ¿Jared siempre había sido un sobrino nieto atento o se había empezado a comportar así porque tenía ciertas expectativas? Helen se lamentó de no haberle preguntado a la mujer cuando tuvo la oportunidad de hacerlo.

Tiró el recipiente casi vacío a la papelería y se puso de pie. Esas cajas no iban a vaciarse solas.

Dejó las luces del piso de abajo encendidas porque iba a subir y a bajar continuamente, no porque le asustara la oscuridad. Después fue al piso de arriba.

Era una tarea descomunal y se sentía agotada por todos los problemas del día, pero había que hacerlo. Esperaba que hubiera alguna lógica en el empaquetado de las cajas, así que deshizo las pilas, las extendió en filas individuales y retiró la cinta adhesiva de cada una de ellas.

A primera vista, parecía que los libros estaban empaquetados de forma desordenada, mezclando obras contemporáneas y clásicas. Tuvo que echarle un vistazo a un par de cajas más para encontrar la lógica. Estaban guardados alfabéticamente por autor. Era evidente que la encantadora Jen Clough tenía estanterías muy bien organizadas y quien fuera que hubiera empaquetado los libros, ya fuera Jen o su sobrino nieto, había recogido una estantería tras otra.

La lógica no le facilitó el trabajo a Helen, pues había novelas clásicas de P. G. Wodehouse junto a *thrillers* psicológicos de Anita Waller. Le alegró ver esos últimos. El género policíaco era lo que más se había vendido ese día. Los apartó y continuó alzando volumen tras volumen. Hojeó cada libro, pero no encontró nada más interesante que una receta de supermercado que revoloteó hasta

llegar al suelo. La cogió con una sonrisa. Con suerte encontraría un montón como esa para dárselas a Jared cuando regresara.

En su último viaje al piso de abajo, echó un vistazo alrededor y sintió orgullo por lo que había conseguido. A pesar de todo.

Apagó las luces y se quedó un instante en silencio, respirando despacio y permitiéndose sentir cierta satisfacción por sobrevivir a todo lo que le había ocurrido.

Cuando subió con pesadumbre las escaleras, ya no había ruidos extraños procedentes de la cocina que se entrometieran en su sensación de bienestar. Tras hacerse un lavado básico, se metió bajo la sábana de su pequeña e improvisada habitación, y apoyó la cabeza sobre la almohada con un ruidoso suspiro. «¡Vaya día!». Con todos aquellos pensamientos rondándole por la cabeza..., cada uno paseándose con pesados zuecos de madera..., no esperaba poder dormir. Sin embargo, los pensamientos empezaron a volverse más confusos a medida que los acontecimientos del día se entremezclaban. Jaden y conejos, una Moira gigantesca. Eran pensamientos lo bastante locos para sacarle una sonrisa, hacer que se relajara y se durmiera.

Envuelta en un sueño profundo, acurrucada en el pequeño trastero, no oyó el «toc, toc, toc» que sonó de nuevo horas más tarde.

Capítulo 21

Helen durmió profundamente durante seis horas y se despertó a las cinco en punto sintiéndose descansada. Le quedaban cuatro horas hasta que la tienda abriera. Se quedó tumbada y pensando si podría arriesgarse a ir a casa para ducharse. Todo se reducía a una disyuntiva entre seguridad e higiene. La idea la hizo reír y apartó la sábana. Lavarse con una toallita y jabón sería suficiente. De hecho, incluso se las arregló para lavarse el pelo, aunque inundó el suelo del baño. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no se había llevado el secador.

Un frotamiento enérgico con la toalla lo secó lo suficiente para hacerse una coleta con la goma que consiguió la noche anterior. Pantalones chinos limpios, una camiseta que casi no tenía arrugas y ya estaba lista para afrontar un nuevo día.

O casi lista.

Se detuvo en lo alto de la escalera, mirando hacia abajo, sintiendo cómo la aprensión crecía a pesar de su determinación de no dejar que nada le afectara ese día. Solo se permitió relajarse cuando llegó al piso de abajo y verificó de un vistazo que todo estaba tal como lo había dejado. Pero solo un poco. La puerta de la cocina estaba cerrada. No llegó a dar con el origen del ruido. Quizá fuera el agua traqueteando en las tuberías. Nada siniestro.

Aun así, dudó al rodear el pomo con los dedos y tuvo que respirar profunda y firmemente antes de poder abrir la puerta.

Cuando lo hizo, la abrió con más energía de la necesaria. Rebotó contra la pared y la golpeó, como si fuera un episodio de *El Gordo y el Flaco*.

En una situación normal se habría reído, pero aquella mañana, no. La normalidad de la pequeña cocina de galera debería haber aliviado sus preocupaciones. Todo estaba como lo había dejado, pero seguía sintiéndose incómoda. No por la cocina, sino por la puerta del jardín trasero. Su oscuro punto final. Como si más allá hubiera otro mundo.

Trató de reírse de la situación. Aquel no era el capítulo de un libro de John Connolly en el que ocurren eventos paranormales constantemente. La puerta tampoco era la entrada a un universo paralelo. Solo era el acceso a su desastroso jardín trasero.

Esta vez sin dudar, la abrió de golpe, se quedó de pie mirando al exterior y relajó los hombros al ver que el mundo era tal como debería ser. ¿Qué se esperaba ver? ¿Que su jardín hubiera colapsado en los nueve círculos del Infierno? ¿En cuál acabaría ella? ¿Se vería arrastrada por el viento en el segundo círculo, el de la lujuria, y después caería más profundo, al séptimo, el de la violencia, o encontraría su hogar en el noveno, el de la traición?

«Mi sentencia está servida», murmuró.

«Pero no por los crímenes que cometiste».

¿Qué había sido eso? ¿La parte de sí misma que creía que no podía obtener la absolución, que no podía encontrar redención alguna, que no podía avanzar hacia el bendito futuro que tanto anhelaba, solo porque nunca había confesado lo que había hecho?

En caso de que lo hubiera hecho, la habrían juzgado por asesinato, no por homicidio imprudente, y la habrían condenado a más de cuatro años.

Cerró de un portazo la puerta del jardín. No era tan fácil darles carpetazo a los pensamientos inquietantes de su cabeza. Trabajar era la solución. Y de eso había mucho para mantenerla ocupada. Se saltó el desayuno y solo preparó un café que se llevó consigo al piso de arriba. Minutos más tarde, sentada sobre una caja llena, estaba

hurgando en la que tenía delante, sumergiéndose rápidamente en el mundo de las palabras, en el tacto de las cubiertas, en el suave susurro de las páginas. Ese era su lugar feliz, su forma de eludir el mundo y sus desgracias.

A las ocho y media, la caja solo estaba medio vacía, pero Helen había recobrado tanto el buen humor como la calma. El día anterior estuvo estresada por la inauguración. El asalto a la tienda y a su casa incrementaron ese sentimiento todavía más. No era de extrañar que se hubiera imaginado cosas y sentido un poco atolondrada.

Esa última palabra, que era una de sus favoritas, le recordó algo que había planeado hacer. Bajó saltando las escaleras a paso ligero, era una mujer diferente a la que había subido con dificultad tan solo unas horas antes.

En la tienda, buscó en la estantería de debajo del mostrador el bloc de dibujo y el marco que había dejado allí días atrás. Sacó una hoja y, con un rotulador negro, escribió: «Palabra de la semana: atolondrado».

Había llegado la hora de abrir. Subió las persianas, verificó que los expositores de los libros estuvieran limpios y colocó la palabra enmarcada frente al pilar central para llamar la atención de los transeúntes.

Abrió la cerradura de la puerta para comprobar que la campanita funcionaba. Sonaba lo bastante alto para que pudiera escucharla desde la parte trasera o la cocina. Quedaban cinco minutos para abrir oficialmente, así que se apresuró a ir a la cocina a por un vaso de agua. Se lo bebió mientras esperaba a su primer cliente.

La puerta no se abrió hasta las nueve y media y Helen esbozó una sonrisa cuando la campana sonó segundos después. Dejó de sonreír cuando reconoció a la mujer que había entrado. Dos mañanas seguidas. ¿Que había hecho para merecer eso? Ah, sí, había matado a alguien. No le quedaba otra que reírse. Era eso o llorar.

—Moira, no esperaba verte de nuevo hoy.

«Ni quería ni lo necesitaba». Cuando la supervisora de la

condicional cruzó la habitación con sus *stiletto*s chocando contra el suelo pulido, Helen se percató de que no tenía su habitual sonrisa de «Soy tu mejor amiga». Por el contrario, parecía tan inusualmente feroz que Helen se devanó los sesos pensando en qué podría haber hecho mal.

—Por desgracia, hoy estoy de visita oficial.

Una afirmación innecesaria. Dejando de lado sus dos visitas anteriores, ¿acaso el resto no habían sido oficiales?

—No pensaba que me tocara visita en un tiempo.

Forzó el tono para sonar amable. Pidió que las visitas fueran en su casa, no en su negocio. Parecía que no se le había concedido el deseo. Su casa... ¡mierda! Cerró los ojos al entender por qué Moira tenía cara de besugo.

—Sabes qué condiciones rigen tu libertad condicional —dijo Moira—. Debes pedir permiso para estar fuera de tu dirección oficial durante dos días o más.

Helen levantó las dos manos.

—Lo siento. Con todo este jaleo, se me había olvidado.

—¡Se te había olvidado!

Como si ese fuera su mayor delito.

—Alguien entró en la tienda el viernes. —Se encogió de hombros—. O quizá me dejara la puerta abierta, no lo sé, pero alguien entró y causó ciertos daños. Y a última hora de la noche anterior, mis vecinos vieron a alguien sospechoso a la puerta. Por eso decidí que era mejor quedarme unas noches, hasta que me instalaran la alarma.

Mierda, la empresa de alarmas. Había planeado llamarlos. Se le había vuelto a olvidar.

—Se te puso en libertad condicional, tienes que vivir bajo las normas y reglamentos. Cada infracción es una mancha negra en tu reputación.

«Una mancha negra». Aquello era peor que volver al colegio.

—Lo siento mucho, de verdad. Con todo lo que tenía que hacer, se me olvidó por completo. En cuanto me instalen la alarma, volveré

a casa.

Quería preguntarle a Moira cómo se había enterado, pero de pronto cayó en la cuenta. La policía. Habían registrado los detalles del asalto en su casa y ella era una zorra hipereficiente que seguro que ya los había leído.

Moira dejó su maletín sobre el mostrador sin mermar la ferocidad de su gesto.

—Haré una excepción contigo. Solo esta vez. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la escalera—. Tengo que ver el alojamiento.

Helen pensó en el pequeño almacén. En los almohadones de sofá que hacían las veces de cama. En las instalaciones básicas para asearse.

—Es temporal —dijo encabezando la subida después de mirar hacia la puerta, esperando que un cliente le ahorrara ese bochorno final. Sin embargo, los dioses se estaban riendo a su costa, pues permaneció cerrada.

Ya en el piso de arriba, abrió la puerta del almacén.

—Como ya he dicho, es básico. —Señaló la maleta abierta en una esquina y su mochila, que yacía deformada en la otra—. Traje todo lo necesario para unos días. No es lo ideal, pero en cuanto me instalen la alarma, volveré a casa.

—¿Y cuándo será eso? —Los ojos de Moira recorrieron el pequeño espacio y luego se dirigieron al cuarto de baño, y sus labios se curvaron al ver la falta de instalaciones.

Helen quería mentir. Darle una fecha definitiva. Pero no merecía la pena arriesgarse.

—Voy a llamar esta mañana.

Moira se giró para observarla con una mirada encendida.

—¿Quieres decir que aún no has concertado una cita?

Helen se sentía diminuta.

—Lo haré hoy.

—Vale, bueno, cuando te den una fecha, quiero que me informes, ¿de acuerdo?

Helen se arrepentía de haber matado a Toby. Lo había lamentado

desde el primer momento, pero nunca tanto como en aquel preciso instante en el que debía enfrentarse a esa mujer que ejercía tal control sobre su vida. Bajó la barbilla para intentar ocultar sus ojos, que de repente se habían llenado de lágrimas. Moira estaba repitiendo las normas que Helen estaba obligada a cumplir como si esa maldita mujer no hubiera aprovechado cada oportunidad para recordárselas. No estaba escuchando, solo miraba a través de las lágrimas el ridículo calzado de la mujer. Sería muy sencillo caerse con esos zapatos. Muy sencillo caerse por la empinada escalera que había tras ella. Y lo único que Helen tenía que hacer era darle un empujón fuerte.

Podría hacerlo. La ira ya comenzaba a borbotear a medida que escuchaba a Moira, que seguía y seguía hablando sin parar. Helen podría liberar su rabia, hacer que jugara a su favor como ya hizo en ocasiones anteriores.

El primer asesinato fue complicado.

Este le resultaría sencillo.

Capítulo 22

—¿Me estás escuchando?

Helen apartó la vista de los tacones tan ridículamente altos de Moira y de su cercanía al borde de la escalera, y asintió.

—He oído cada palabra.

—Vale, asegúrate de que te instalan la alarma e infórmame de la fecha en la que regresarás a casa, ¿de acuerdo?

«Solo tienes que darle un empujón».

—Sí. —Aquella solitaria palabra fue la única que Helen consiguió pronunciar mientras trataba de disipar las imágenes de Moira, retorcida y destrozada al final de la escalera.

El tintineo de la campana desde el piso de abajo la devolvió a la realidad.

—Será mejor que vaya a ver a mis clientes.

Quería desesperadamente que se tratara de eso y no de Alex o Zander, sus vecinos. O la cartera, esa mujer que siempre sonreía y estaba irritantemente alegre. Un cliente para mostrarle a la supervisora de la condicional que gestionaba un negocio viable y que no necesitaba que le hablaran como si fuera una niña malcriada de cinco años.

Tuvo suerte. No era un cliente, sino dos los que examinaban lentamente las estanterías. A pesar de eso, Moira no iba a marcharse sin tener la última palabra.

—Espero noticias tuyas a última hora del día.

Helen no estaba segura de quién le molestaba más: la extraoficial Moira con su actitud brusca y su tono de voz autoritario, o la Moira mejor amiga, llena de sonrisas hipócritas y un falso compañerismo. Intentó sacarse a ambas de la cabeza y fue a hablar con sus clientes.

No creía que fuera a estar tan ocupada ni tampoco esperaba los largos periodos en los que no había ningún cliente y no sabía qué hacer. Todas esas cajas del piso de arriba. Si bajara una, podría vaciarla mientras esperaba a que alguien entrara por la puerta. Tendría un doble efecto: la haría parecer ocupada y trabajar con los libros la mantendría en calma, como siempre ocurría.

Era lo lógico y, pocos minutos después, estaba desempaquetando libros felizmente. La organización alfabética dejen Clough era un poco excéntrica: había biografías de Maureen O'Hara y Peter O'Toole en la misma caja que novelas negras de Jenny O'Brien.

Hojeó cada ejemplar, recuperó un tique de uno de ellos y un billete de cinco libras de otro. Era bastante tentador quedarse con el dinero. A ella le habían dado los libros, así que podía alegar que, legalmente, era suyo, pero quizá no moralmente. Arrugó el billete entre los dedos. ¿Era una prueba? ¿Quizá lo habían escondido a propósito para poner a prueba su honestidad?

—Joder —susurró, y metió el billete en el sobre A4 que había apartado para Jared. Tenía que dejar de sobrepensarlo todo.

A última hora de la tarde, levantó la vista y vio que Zander entraba por la puerta.

—Me paso para ver cómo te va —dijo.

—Bien, gracias.

Apoyó la cadera contra el mostrador y echó un vistazo alrededor.

—Tiene muy buena pinta. Es difícil creer que este sea el mismo lugar que regentaba ese viejo.

Asumió que «ese viejo» era Reginald Taylor, el antiguo propietario, y sonrió.

—Creo que, por naturaleza, los talleres suelen ser establecimientos desorganizados.

—Desorganizados. —Soltó una risa burlona—. Ese hombre era un cerdo y su local era una pocilga. No es de extrañar que al final acabara en la ruina. —Señaló el techo con el pulgar—. También vivía en la planta de arriba. De forma permanente. No era algo temporal como en tu caso.

—¿Lo conocías bien?

—No. Nos mudamos al lado un par de meses antes de que muriera. Pero fui yo quien lo encontró.

Sabía que la venta de la tienda había sido por albacea, lo que indicaba que el propietario anterior había fallecido, pero había estado demasiado ocupada con sus planes como para indagar más. Si hubiera habido algo raro, el agente de la inmobiliaria se lo habría contado, ¿no? ¿O estaba siendo demasiado inocente?

—¿Encontrarlo? ¿A qué te refieres?

Zander cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con los ojos repentinamente entrecerrados.

—¿No preguntaste por el propietario anterior antes de comprar?

Indignada por la crítica implícita, Helen imitó su postura.

—No, no lo hice. Tenía otras cosas en la cabeza.

—Reggie solía cerrar la tienda a las cinco los sábados y no volvía a abrir hasta el martes. Bebía mucho. —Zander hizo como que se llevaba una copa a la boca—. Pero mucho mucho, quiero decir. Incluso garrafón. Vodka barato, ginebra y güisqui. Veíamos cómo se acumulaban los envases vacíos en la parte de atrás.

Ella preguntó con cierta curiosidad:

—Murió de cirrosis hepática, ¿no?

—Si hubiera vivido un poco más, habría sido así. —Zander señaló la escalera haciendo un gesto con la cabeza—. Se cayó por la escalera después de llevar horas bebiendo.

El final que había deseado para Moira pocas horas antes. El pensamiento hizo que Helen tragara saliva.

—Qué manera más terrible de morir.

—Lo peor —dijo Zander— es que no murió de inmediato. —Se frotó los nudillos de la mano derecha—. Alex es amigo de uno que

trabaja en la comisaría, así que sabemos que no murió hasta un par de días después. Se rompió la espalda en la caída, por lo que no podía moverse, pero parece que intentó pedir ayuda golpeando la escalera de madera con los nudillos. Cuando lo encontré, los tenía en un estado lamentable. —Hizo una mueca y se sacudió de forma exagerada—. Es terrible pensar en él tumbado aquí, dando golpes como llamada, esperando que alguien lo escuchara.

Dando golpes como llamada. Helen luchó por mantener una expresión neutra mientras un tornado se arremolinaba dentro de su cabeza. Ella no creía en fantasmas. Sin embargo, lo que sí que había hecho era leer demasiadas novelas de Stephen King. Aún recordaba claramente cómo su corazón latió con fuerza cuando leyó *El resplandor*. Pero todo eso se limitaba a lo que había entre las cubiertas de un libro. A palabras sobre el papel. En la vida real no había fantasmas. El ruido que escuchó el día anterior no tenía nada que ver con el último propietario.

—Qué horrible. —Las palabras salieron entre dientes.

—Por suerte, tú no bebes mucho. No queremos que te ocurra lo mismo a ti, ¿no?

Helen parpadeó y tragó con dolor. Su tono de voz era neutral, pero sus palabras... ¿Estaba amenazándola?

Volvió a señalar la escalera con la cabeza.

—Cuando construían estas casas, las hacían mucho más empinadas y los escalones también eran más estrechos porque los pies eran más pequeños. Nosotros sustituimos la nuestra cuando hicimos la remodelación.

Iba a decir que no tenía dinero para ese tipo de cambio, pero recordó que se suponía que tenía mucho dinero. Las mentiras y sus redes. Podían pillarla con la guardia baja si no tenía cuidado. Levantó el pie.

—Yo tengo los pies pequeños, así que me van perfectos.

—Aun así son empinadas —dijo, como si estuviera decidido a tener la última palabra—. Bueno, será mejor que vuelva. Me llevo las copas y así te ahorro el viaje.

El cambio de tema la asustó. Se había olvidado por completo de las copas.

—Todavía no he tenido tiempo de lavarlas. Puedo hacerlo cuando cierre y acercáros las si te va bien.

—No seas boba. Las meteré en el lavaplatos y estarán listas en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Estás seguro?

—Pues claro. Están en la cocina, ¿no? —No esperó una respuesta y fue hasta la puerta de la cocina dando zancadas. La abrió y cogió la caja de cartón del suelo antes de que Helen pudiera pasar por encima de los libros que estaba desempaquetando para llegar hasta él.

—No pude limpiar después del día tan loco que tuve ayer —dijo al verle mirar el pequeño y sucio espacio.

Había copas sucias sobre la encimera, un par de tazas usadas en el fregadero. El envase de su comida preparada de la noche anterior, el que había tirado en dirección a la basura, no había entrado y yacía en el suelo.

—Debes tener cuidado —dijo apoyando la caja que llevaba en la encimera—. El año pasado tuvimos un problema con los ratones. Es muy difícil deshacerse de esos pequeños fastidiosos cuando se encaprichan contigo. Tus viejos libros también serían el lugar perfecto para que anidaran. —Cogió las copas sucias y las encajó en los huecos que quedaban libres—. Bueno, pues ya están todas. ¿Qué tal el vino? Si quieres, puedo llevarme las que estén sin abrir y cobrarte solo las que gastaras.

Esa habría sido la opción más sensata, dado que iba justa de dinero.

—No, está bien, gracias, tuvimos tanto éxito que la mayoría se bebió. Creo que solo queda una botella, así que será mejor que me la quede. —No tenía por qué saber que había ocho botellas enfriándose en la nevera.

Le abrió la puerta y se despidió de él.

Para su angustia, aquella tarde, entre las cinco y las seis, no

apareció ningún cliente y los minutos pasaban lentamente, con una parsimonia casi dolorosa. Quería llorar de frustración. Quizá Sarah tuviera razón y debería cerrar a las cinco. ¿Qué había llevado a Helen a embarcarse en un negocio? Había sido una idea descabellada. No tenía experiencia ni conocimientos sobre el mundo empresarial. Tendría que haber regresado a su trabajo en la administración pública, haberse escondido de todos y de todo. No exhibirse tras un mostrador en el que cualquiera podría señalarla y juzgarla por asesina. No mostrarse para que alguien la mirara y pensara que no había pagado lo suficiente por su crimen y decidiera llevárselo todo.

Cuando su hermana llamó unos segundos después de las seis, Helen respiró, puso su mejor cara y esperó que se tradujera en una voz que sonase positiva.

—Hola.

—Hola, hermanita, ¿has tenido un día ajetreado?

—No tanto como ayer, pero sí, ha habido un flujo constante de clientes todo el día. Bastantes durante la última hora. —Más mentiras. Parecía que nunca iba a ponerles punto final—. Ahora mismo voy a por otra de esas comidas preparadas que me comparaste. No sé si te di las gracias por ellas, fue muy amable por tu parte.

—Para eso están las hermanas. Me alegro de que vaya bien. Estoy muy orgullosa de ti.

Helen tragó saliva para pasar el nudo que tenía en la garganta. El eco en su mente de la voz de Sarah diciendo «Eres una molestia, un bebé» seguía ahí, pero estaba desapareciendo. Su hermana era una buena mujer. Quizá si Helen confiara más en ella misma y en sus decisiones, Sarah no sentiría la necesidad de organizar y gestionar su vida.

Hablaron largo y tendido. O, más bien, Sarah habló y Helen añadió algún «ajá, sí» o «¿en serio?» según se requería. No creía que su hermana se estuviera dando cuenta de que estaba un poco distraída. Seguramente no se habría dado cuenta de que Helen se

estaba golpeando la sien con el puño porque se percató de que no había hecho lo único que tenía que hacer ese día: llamar a la empresa de las alarmas. ¿Qué demonios le pasaba? ¡Tenía que darse una patada en el culo a sí misma! ¡No era de extrañar que todo el mundo sintiera la maldita necesidad de gestionar su vida!

En cuanto Sarah colgó, llamó al número que había guardado en su agenda y no se sorprendió cuando le contestó un mensaje pregrabado que le recordaba las horas de apertura. Colgó con un quejido. Moira estaría esperando la llamada que le prometió. No le quedaba otra. La situación requería una nueva mentira.

No tenía sentido posponerlo. Caminó hacia la ventana y se quedó mirando cómo atardecía antes de respirar profundo y pulsar el icono del teléfono que había al lado del nombre de Moira. Esperó, incapaz de creerse la suerte que había tenido al escuchar la falsa voz de mejor amiga invitándole a dejar un mensaje. Así era mucho más fácil mentir.

—Hola, Moira. He estado muy liada todo el día con los clientes y no he tenido oportunidad de llamarte. Por desgracia, la empresa de alarmas no tiene disponibilidad hasta la semana que viene. Me han dicho que, en caso de que alguien cancele, podrían instalármela antes. Te mantendré informada. Gracias, chao.

Colgó con una risita nerviosa que le duró demasiado. Podría haber continuado. Podrían haberla encontrado a la mañana siguiente, en el suelo, riendo todavía de no ser porque escuchó un sonido que la calló y puso fin a las preocupaciones sobre lo que Moira podría pensar o no.

Venía de detrás de ella. Un leve «toc, toc, toc».

Y de repente tuvo miedo de girarse.

Capítulo 23

Helen ya había conocido el miedo antes. Eran viejos amigos, y creía comprenderlo. Con el paso de los años, había aprendido a usar el miedo causado por los actos de los demás. A utilizarlo en beneficio de sus necesidades y deseos. Pero esto era distinto. No podía moverse, se le secó la boca, tenía la respiración entrecortada y no era capaz de reaccionar. A medida que la luz del exterior se desvanecía, la ventana empezó a reflejar el interior de la tienda. Al principio era borroso, pero se definió conforme pasaban los minutos.

¿Qué esperaba que apareciera tras ella? ¿El cuerpo de Reginald Taylor yaciendo al pie de la escalera? ¿De verdad creía que la casa estaba encantada?

Cuando no se formó ninguna aparición fantasmagórica, cuando el silencio se instauró, se giró muy muy lentamente y miró fijamente al otro lado de la tienda. No había encendido las luces y las farolas iluminaban el espacio creando matices y sombras por las estanterías, en los huecos que quedaban entre los libros, oscureciendo las esquinas para concebir espacios en los que esconderse.

Estaba siendo ridícula. Parecía lógico cerrar la puerta principal con llave y bajar las persianas. Dejar lo que asusta fuera o encerrarlo dentro. Ya no estaba segura de nada.

Cuando encendió las luces, estaba temblando. Se había saltado tanto el desayuno como el almuerzo estúpidamente. Era probable que su índice glucémico estuviera por los suelos. No era de extrañar

que estuviera tan nerviosa, propensa a la paranoia y aún más dada a imaginar lo peor.

Dejó las luces encendidas a su paso y se dirigió a la cocina, sacó otra de las comidas preparadas, agujereó el plástico con un cuchillo y la metió en el microondas. Llenó un vaso de agua y se lo bebió mientras esperaba a que la comida se calentara, después volvió a llenarlo. Hambre y deshidratación: no sabía que era tan desastrosa.

Cuando los golpes volvieron a sonar, se dio la vuelta. La noche anterior pensó que venían de la cocina. Había sido Zander con la historia de la muerte trágica del anterior propietario lo que le hizo pensar que procedía del hueco de la escalera.

Zander.

Helen ya sabía que la ira era un antídoto contra el miedo. Le recorrió todo el cuerpo. Agarró con fuerza el cuchillo que aún sostenía y lo clavó en la puerta del armario con tal fuerza que quedó allí colgando, como un dramático testimonio de la emoción que la embargaba.

Se preguntó hasta dónde estarían dispuestos a llegar los dos hombres para conseguir lo que querían. Ahora lo veía más claro. Harían cualquier cosa.

—Bastardos —susurró mientras abría el microondas para coger su comida.

Ya no tenía apetito, pero necesitaba comer. Estar débil y frágil no la ayudaría a ganar esta batalla.

El primer paso fue aceptar que era una pelea. Podía descartar cualquier idea irracional de que la casa estaba encantada y dejar de lado su preocupación por estar paranoica. Esos gemelos infames le habían trastornado la cabeza. Quizá debería haberles dicho que el último hombre que se metió con ella acabó muy pero que muy muerto.

Capítulo 24

La ira animó a Helen. Se metió la comida del recipiente en la boca y bebió dos vasos más de agua. Luego sacudiendo la cabeza ante el estado de la cocina, pasó quince minutos limpiándola y tirando la basura al cubo que había fuera, junto a la puerta trasera.

Tardó unos minutos en contar las ganancias y en poner la mayor parte de ellas a resguardo en su monedero, junto al dinero del día anterior. Planeaba ir a ingresarlo al banco la tarde siguiente. Actualizó el libro de contabilidad y, tras echar un último vistazo a su alrededor, apagó las luces y se fue al piso de arriba.

Trabajó ininterrumpidamente hasta pasada la medianoche. Se centró en colocar libros en las estanterías: vació dos cajas y añadió cinco tiques de caja al sobre de Jared. Aunque le costara la vida, terminaría de revisar el resto de la colección de su tía abuela antes del lunes. Y, si no, le mentiría y le diría que sí que lo había hecho.

La ira podría haberle dado fuerzas, pero no ganas de dormir. Cuando por fin se tumbó, dio vueltas en la cama, se levantó a cerrar la puerta, volvió a tumbarse y dio unas cuantas vueltas más. Normalmente, pensar en libros que le gustaban la ayudaba a quedarse dormida, pero aquella noche no importaba lo mucho que intentara concentrarse en las cubiertas, en las páginas o en las palabras. Todo goteaba sangre. Casi podía sentir la cálida viscosidad que la caracterizaba, oler su particular hedor a medida que chorreaba desde los nudillos en carne viva y ensangrentados de

Reginald Taylor, y de la herida por arma blanca que le hizo a Toby.

Parecía que la mejor idea era levantarse y explorar alguna caja más. Como las estanterías del piso de abajo estaban llenas, empezó a colmar las de arriba. Muchos de sus clientes eran personas mayores, así que tenía sentido emplearlas para colocar los libros que atraerían a una clientela más joven y a estudiantes.

Tuvo que reorganizar muchas cosas y mover a las estanterías de la planta alta los libros que había llevado a la inferior. Aquello significaba que podría abrir ese segundo espacio antes de lo que había imaginado.

Sobre las ocho en punto, las estanterías del nivel superior no estaban llenas, pero casi, y tenían buen aspecto, así que los clientes podían subir si lo deseaban. Empujó las tres cajas que quedaban contra una esquina, almacenando cuidadosamente una encima de otra. Más tarde, si tenía un par de horas más para seguir trabajando, podría vaciarlas todas. Aquella tarde pasaría a recoger más libros. A comprarlos, más bien, no iba a conseguirlos gratis, así que podía permitirse ser selectiva.

Se obligó a desayunar. Un bol de cereales con leche que ya casi había caducado. Planeó la jornada mientras comía. Esa mañana tenía que llamar a la empresa de alarmas. Por la tarde, su prioridad era llevar el efectivo al banco. Después iría a su casa y a comprar comida antes de conducir hasta el punto de recogida de los libros.

Cuando quedaban cinco minutos para la hora, abrió la puerta y levantó las persianas. Eso le permitió contactar con la empresa de alarmas en cuanto dieron las nueve.

—Necesito que me instalen una alarma —dijo cuando respondieron a su llamada.

Sencillo, ¿no? Pues no, claro que no. Insistieron en que necesitaban ir a evaluar el edificio antes de poder darle un presupuesto.

—Podemos pasarnos mañana y hablar sobre las distintas opciones que tiene. Si todo va bien, podríamos dejarla instalada el viernes.

¡El viernes! Antes de lo que había imaginado. Podría dormir en casa el fin de semana, en su cómoda cama.

Aunque estaba cansada, todos los avances de esa mañana y de la tarde anterior la llenaron de energía. Solucionar el tema de la alarma era la guinda del pastel.

Además, fue una buena mañana. Entraron muchos clientes y todos compraron libros. Y lo que era aún mejor: una estudiante que fue a primera hora del lunes regresó con algunas de sus amigas.

—Hola —dijo Helen—. Qué alegría volver a verte. Jess, ¿verdad?

—Sí, qué buena memoria. Ya les he contado a mis compañeras de piso —comentó mirando a las tres mujeres que ya estaban paseando entre las estanterías— que tienes una gran variedad de libros entre los que elegir.

—Gracias. —Helen señaló la escalera—. Podéis echar un vistazo arriba también. Estoy intentando crear una sección más adecuada para estudiantes. No está lista al cien por cien, pero podéis echar un ojo si queréis.

Unos minutos más tarde se acercaron al mostrador, cada una con una pila de libros.

—¿Podemos dejarlos aquí mientras echamos un vistazo en el piso de arriba?

—Sí, claro. —Helen hizo espacio para los libros que habían escogido.

Cuando subieron las escaleras, iban hablando y riendo. El sonido llenaba la tienda y aumentó el ánimo de Helen aún más. Eso era lo que quería. Si acudían estudiantes a menudo, si se corría la voz sobre su tienda, no había duda de que le iría bien.

Aunque escuchaba la risa procedente del piso de arriba, pensó en sus dos vecinos y una marea de furia arrasó con su buen humor. ¿Se pensaban que iba a ser una presa fácil, una rival indigna para londinenses astutos?

Años atrás podrían haber estado en lo cierto. Pero eso era antes de Toby. Antes de que descubriera que podía defenderse. Antes de que descubriera que la muerte era un buen fin y un mejor comienzo.

Forzó una sonrisa cuando las cuatro estudiantes volvieron a la planta baja casi quince minutos después. Se quedó completamente asombrada cuando vio que habían cogido aún más libros.

Helen tuvo que utilizar tres bolsas de papel para la primera chica.

—Lo siento, no tengo bolsas más grandes —dijo al entregárselas—. Son doce libras. ¿Con tarjeta o en efectivo?

La estudiante señaló con el pulgar a la que estaba detrás.

—En efectivo, pero paga Jess.

—Sí, también pagará los míos.

—Y los míos.

Helen sonrió con incertidumbre a la chica que había sido tan entusiasta el lunes y que había llevado amablemente a sus amigas a la tienda. Todas parecían llevarse bien cuando entraron. Todo eran risas y bromas agradables.

Sin embargo, tuvo la impresión de que las tornas habían cambiado: algo era distinto entre ellas. Tres de ellas seguían sonriendo, pero había algo extraño en la curvatura de sus labios, algo demasiado cómplice en sus miradas. De repente Helen tuvo la certeza de que no le gustaban aquellas mujeres.

Jess no sonreía. Tenía la mirada fija en los libros que sostenía.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Helen—. ¿Vas a pagar los libros de todas? —Hizo una suma rápida—. Son cincuenta y seis libras.

—Sí, sin problema. —Sin levantar la vista, Jess entregó sus libros para que se los metiera en bolsas. Introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta vaquera, sacó un fajo de billetes y separó tres de veinte libras—. Aquí tienes.

Helen pasó el pedido por la caja registradora y le entregó el cambio.

—Muchas gracias. Espero que volváis pronto.

En realidad no era así, pero se trataba de su negocio y no podía permitirse ser quisquillosa o que le gustaran o le disgustaran los clientes.

Vio cómo se marchaban. Tres de ellas seguían riéndose y empujándose divertidas. Mientras tanto, Jess iba detrás con aspecto

de que todos los males del mundo la habían acorralado y abofeteado.

¿Cuántos años tenían? Diecinueve, quizá veinte. Tan llenas de confianza. Tan seguras de sí mismas. Helen no recordaba haber tenido tantas certezas sobre la vida. Ni a los diecinueve ni mucho menos ahora, cuando parecía que se había vuelto más insegura que nunca.

Solo fueron tres clientes más antes de que cerrara la puerta con llave y bajara las persianas justo a mediodía. Había sido una buena mañana.

Aquella tarde tenía libros que recoger. Antes de eso, lo primero de su lista era llevar el dinero al banco. Más clientes de los que ella hubiera esperado habían pagado en efectivo. Completó el libro de cuentas con la recaudación del día, cogió setenta y dos libras de la caja y buscó su bolso debajo del mostrador. Se agachó, pensando que debía de haberlo empujado más hacia el fondo, pero no estaba. Vio con sorpresa que lo había dejado arriba.

Más tarde se dio cuenta de que, en ese instante, sabía perfectamente lo que ocurría, como si fuera una percepción extrasensorial, porque subió las escaleras lentamente, levantando cada pie como si pisara melaza, cogiendo impulso para avanzar como si escalara el Everest, con ese sexto sentido gritándole que no le iba a gustar lo que se iba a encontrar cuando llegara arriba.

Incluso cuando vio la puerta del almacén abierta, aunque sabía que la había dejado cerrada, se negó a aceptar lo que su corazón ya sabía. Cogió su bolso y metió la mano para buscar su monedero y entonces admitió la realidad. Aquellas adorables estudiantes le habían robado. Habían pagado con su dinero los libros que se habían llevado.

La traición era eso. No los asaltos a la tienda o el que había ocurrido en su casa, no los hombres horribles que trabajaban al lado o la molesta supervisora. Aquello hizo que se desplomara sobre la improvisada cama y se largara a llorar desconsolada.

Capítulo 25

Llorar no iba a llevarla a ninguna parte. No iba a devolverle el dinero, así que Helen hizo lo que siempre hacía: se recompuso y siguió adelante. Se le estaba haciendo cuesta arriba, eso sí, quizá porque parecía que ocurría una cosa tras otra o porque estaba cansada o porque sintió lo que habían hecho esas jovencitas como una terrible traición. Estaba enfadada con ellas por haberse aprovechado de su amabilidad e incluso más consigo misma por ser tan ridículamente inocente.

Descartó la vaga idea de ir a la universidad para intentar encontrarlas tan pronto como se le ocurrió. Lo único que sabía de ellas era que una se llamaba Jess. La que había ido el lunes y regresó con sus amigas. No era la cabecilla, eso seguro. Recordó su actitud de derrota al marcharse. Quizá la obligaran a robar el dinero. A Helen le gustaría creer eso, le encantaría pensar que no era tan jeta.

Se puso de pie, cogió su bolso y lo soltó de nuevo. Ya no necesitaba ir al banco. Necesitaría las ganancias de aquella mañana para pagar los libros que iba a recoger aquella tarde y para comprar comida. La recogida estaba agendada a las tres y en coche tardaría solo diez minutos en llegar. Podría irse a casa, ducharse y verificar que todo estuviera en orden. Podría desempaquetar otra caja de libros. O podría continuar ahí, sintiéndose indefensa y triste.

Decidió centrarse en la tienda y se dirigió a la esquina en la que

había apilado las tres cajas que le quedaban. No debería haberse sorprendido de que las estudiantes también hubieran hurgado en ellas. Habían bajado las cajas al suelo, las habían abierto y habían vaciado una de ellas en el suelo creando un batiburrillo de ejemplares.

—¡Vaya zorras!

Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo mientras observaba el embrollo. No habían tenido ningún cuidado y algunos ejemplares se habían dañado. Le había dado la impresión de que Jess era amante de los libros. Qué equivocada estaba. Muchos estaban dañados hasta tal punto que era imposible recuperarlos. Los llevó al almacén y los metió en la caja de reciclaje.

Le llevó una hora restablecer el orden. Le habría llevado menos tiempo si no le hubiera abrumado una intensa sensación de traición y decepción. Quizá no tenía sentido, pero le estaba costando no tomárselo como algo personal.

Era difícil no dejar que todo lo que había sucedido en los últimos días la desanimara, no dejar de imaginar que el destino le estaba diciendo que su futuro, al igual que su pasado, estaba condenado a la angustia y al dolor.

—Que les den —gritó de repente.

Aquellas zorras le habían robado dinero, no iba a permitir que le quitaran nada más que eso. Había aprendido una lección muy valiosa. Dolorosa, quizá. Nada nuevo bajo el sol. Redujo su enfado, recogió su bolso del almacén y se dirigió a la planta baja.

Cuando su móvil sonó, lo sacó e intentó darle a su voz cierto tono empresarial.

—Appleby Books, soy Helen, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, soy Jared Clough. Pensé que era buena idea llamarla y ver si había conseguido avanzar algo con los libros de mi tía abuela.

La ira que solo había logrado frenar volvió a estallar y buscó un blanco para ella, pero logró contenerse.

—No mucho —dijo—. Por el momento, lo más interesante que he encontrado es un tique de caja de hace veinte años.

—Vale, pero ¿va a seguir mirando?

—Sí. —Fue contundente, ya se había comprometido a hacerlo, aunque no estaba de humor para volver a repetirlo—. Ahora discúlpeme, pero tengo que dejarle.

Colgó sin esperar respuesta del hombre.

«¡Qué hombre tan irritante!».

Ya había comprobado que la puerta trasera estaba bien cerrada, pero volvió a verificarlo. Después salió por la puerta principal y la cerró con llave. Solo tardó diez minutos andando hasta el pequeño supermercado y en poco más de media hora ya estaba de vuelta con una pesada bolsa de plástico en cada mano. Estaba al otro lado de la carretera y se sintió aliviada al ver aparecer su tienda, como si hubiera temido que desapareciera en su ausencia. Estúpida ansiedad: aumentó a medida que se acercaba, andaba cada vez más lento. Intentó ahuyentar sus miedos, pero desistió cuando emitió un sonido sinónimo de histeria.

Cruzó la calle, dejó las bolsas en el suelo suavemente y respiró hondo. Podía ver la entrada de la tienda. Tenía el mismo aspecto que cuando se fue. Cerrada con llave y a salvo. Volvió a coger sus bolsas, continuó andando, el corazón le latía al compás de sus pasos mientras aceleraba para enfrentarse a lo que fuera que la estuviera esperando.

Se detuvo cuando llegó a la altura del escaparate. El decorado tenía buen aspecto. No era increíble, solo aceptable. ¿La idea de poner una palabra de la semana era un poco tonta? Era mala opción detenerse a mirar. Parecía que su reflejo estaba maldito, tenía las mejillas hundidas, ojeras. Un aspecto tan horrible que ahuyentaba a los clientes.

Se sintió estúpidamente aliviada al ver que la puerta seguía cerrada, dejó una de las bolsas en el suelo mientras buscaba las llaves en su bolso. Una vez dentro, cerró y volvió a echar la llave antes de dirigirse a la cocina. Como era habitual, había comprado más de lo planeado y le costó meterlo todo en el frigorífico. Metió de lado el último envase de comida preparada y lo cerró a tiempo para

escuchar un ruido sordo. Contuvo el aliento y ladeó la cabeza tratando de determinar de dónde demonios venía.

No quería que procediera de la escalera en la que Reginald Taylor se había desgarrado los nudillos tratando de pedir ayuda. Sin embargo, incluso cuando apretó los ojos con fuerza en un intento por borrar la imagen de su mente, el cuerpo ensangrentado de Toby apareció en todo su esplendor y revivió aquel terrible momento en el que sintió el frío mango del cuchillo afilado en la mano. En realidad no se recordaba usándolo. ¿Había opuesto mucha resistencia o se había introducido en su vientre como un cuchillo caliente en la mantequilla? Probablemente fuera eso último, porque recordaba la incredulidad en su rostro. A ella también le sorprendió lo cálida y viscosa que era su sangre.

Lo que más recordaba era cómo cayó al suelo con los ojos abiertos, intentando detener frenéticamente con las manos el chorro de sangre que emergía de su aorta segmentada, y su absoluto alivio cuando el movimiento de sus manos cesó, cuando dejó de pestañear, cuando sus ojos se quedaron abiertos y fijos en su cara.

Durante algunos segundos, el golpeteo cesó y comenzó. No importaba. Helen estaba perdida en el pasado que tan desesperadamente había tratado de dejar atrás. Había días que lo lograba, cuando los recuerdos rebotaban en los confines de su mente. Otros, subyacía a cada pensamiento. Encontraba socorro entre las páginas de un libro, pero, si esperaba que regentar una librería fuera la versión a lo grande de ese objeto de papel, estaba equivocada.

Al menos hasta ahora lo estaba, pero podría deberse simplemente a la serie de contratiempos de los últimos días. Esperaba que Zander y Alex se rindieran cuando descubrieran que la mujer no estaba dispuesta a mudarse. Que la dejaran sola. Que pararan de intentar asustarla.

Fue hasta el fregadero de la cocina, abrió el agua caliente y se echó un poco de friegaplatos en la palma de la mano. Después empezó a frotarse las manos bajo un agua tan abrasadora que

empezó a llorar por el dolor. Fueron unos minutos. Sus manos quedaron rojas y en carne viva.

No funcionó. Nunca salía bien. Aún podía sentir la viscosidad de la sangre de Toby. A veces, los peores días podía incluso olería.

Se secó las manos con una toalla. Había mucho que hacer como para estar malgastando su energía en un hombre que le había causado tanto dolor.

Tenía el tiempo suficiente para ir a casa, darse una ducha y hacer un pequeño intento de limpiar el desastre que causaron esos bastardos que irrumpieron en su hogar. Después iría en su coche a la dirección que le habían dado en Widcombe y, con suerte, conseguiría algunos libros.

Una vez en casa, comprobó el trabajo que habían hecho los cristaleros en la puerta de atrás y se alegró de ver que también habían recogido todos los cristales rotos. Hizo girar la llave en la cerradura, la sacó y la puso en un cajón. Ya había aprendido la lección.

Examinó el caos, los destrozos, el estúpido daño causado sin sentido. Sería genial poder dejarlo todo listo antes de volver a su casa el viernes, pero le faltarían horas en el día para lograrlo. Ya lo haría. En algún momento.

Su prioridad era ducharse, lavarse el pelo, secarlo con el secador. Sentirse normal.

Veinte minutos más tarde, se peinó el pelo hacia atrás, se lo recogió en una coleta, se puso un vestido vaquero de manga larga y unas botas, y se sintió mejor.

Comprobó la hora y vio que le sobraban quince minutos antes de marcharse para llegar a su cita de las tres en punto. No tenía sentido malgastarlos. En la cocina, cortó una bolsa de basura del rollo y se dirigió al salón. Se quedó de pie en la puerta sin saber bien por dónde empezar, maldiciendo con todas las palabras malsonantes de su vocabulario a los delincuentes que habían causado ese daño.

Habían reventado un cojín y sus entrañas yacían en un triste montón bajo la mesa de café volcada. La destrucción injustificada

era desmoralizadora. Introdujo el relleno del cojín en la bolsa, además de pedazos de un jarrón y los cristales rotos de dos marcos de fotos. Por suerte, las dos lámparas no estaban dañadas y, cuando las devolvió a su lugar, la estancia empezó a tener mejor aspecto. Tendría que pasar el aspirador para eliminar los restos residuales, pero, por lo demás, casi todo había vuelto a la normalidad.

Se sacudió el polvo de la parte delantera de su vestido y se maldijo por haberse cambiado de ropa antes de limpiar; lo sacudió con más fuerza aún y maldijo con la más absoluta frustración que lo gobernaba todo en su vida.

—Ni siquiera puedo hacer esto bien —susurró mientras se sacudía el vestido por última vez.

Ya había hecho bastante. Una vez encendida la alarma, cerró la casa con llave y se dirigió al coche. No estaba lejos, en línea recta, de la casa donde debía recoger los libros, pero con el tráfico tardó casi veinte minutos en llegar.

Se adentró en el camino de una casa fea y baja, con el tejado plano y una puerta de garaje que ocupaba una gran e innecesaria proporción de la fachada. Se recordó a sí misma que no debía juzgar el libro por su portada, así que salió del coche y se acercó a la horrible puerta principal de uPVC y buscó el timbre. No parecía que hubiera. Convencida de que aquello iba a ser una enorme pérdida de tiempo, golpeó el vidrio opaco con los nudillos y esperó.

Una mujer sonriente con una mata de pelo negro abrió la puerta casi de inmediato.

—Usted debe de ser Helen. Pase, pase. —Se hizo a un lado, alzó los brazos y saludó, lo que provocó que la sedosa tela del caftán multicolor que llevaba puesto revoloteara como una mariposa—. Entre, prepararé un té para ambas.

El interior de la casa contrastaba increíblemente con el exterior. Había color por todas partes. A medida que se adentraban en un amplio salón comedor diáfano con vistas a un exuberante jardín, la sorpresa de Helen debió de ser evidente, puesto que la mujer se rio.

—La gente siempre reacciona así cuando entra. Por fuera es

horrible, ¿verdad?

No tenía ningún sentido mentir.

—Señora Rogers, probablemente sea una de las casas más feas que he visto nunca. —Sonrió—. Por eso es tan impactante entrar y ver esto. —Hizo un gesto con la mano para señalar la estancia, que estaba amueblada y decorada con gusto—. Es impresionante.

—Gracias. Llámame Dilly, por favor. —Señaló la mesa con la cabeza—. Siéntate, voy a preparar un té, ¿o prefieres café?

—Un té me va bien, gracias.

Helen no se sorprendió al ver que le servía el té en copas delicadas con platitos desparejados y que iba acompañado de un plato de galletas de chocolate.

—Sírvete —dijo Dilly empujando el plato. Para animarla, cogió una, la mojó en el té y se la metió entera en la boca—. Ahora hágame de tu tienda.

La bonita decoración, las agradables vistas al jardín y la evidente amabilidad en la mirada de Dilly parecían actuar como un bálsamo para todo lo que había preocupado a Helen esa semana. Parecía que sus músculos respiraban y se relajaban al mismo tiempo. Si le hubiera dado un sorbo al té, habría pensado que la habían drogado, pero aún no lo había probado. Lo hizo: estaba fuerte y delicioso. Tenía mucho que hacer cuando regresara a la tienda. No podía permitirse el lujo de quedarse de brazos cruzados tomando té y charlando. Aun así, lo hizo. Le habló sobre la tienda a la acogedora y alentadora mujer, sobre los asaltos, sobre las estudiantes que le habían robado. Y, como era tan buena escuchando, también le contó que había estado en la cárcel.

—Cumplí condena durante un par de años —dijo intentando restarle importancia y esperando causar la impresión de que había estado allí por algo menor, como un delito de guante blanco, no por algo tan horrible como un asesinato—. Llevo algunos meses fuera y estoy intentando reconducir mi vida. —Sonrió—. Normalmente no me desahogo así con extraños, pero eres muy buena escuchando.

—Tenías pinta de necesitar hablar. —Dilly alcanzó la tetera y

rellenó las tazas—. Al entrar, parecías estresada. Creo que desahogarse, como dices, ayuda un poco a ver las cosas en perspectiva.

La hermana de Helen dijo algo parecido. Que debía hablar, sacar sus problemas a la luz. A pesar de ello, cuando hablaba con Sarah, a menudo no la escuchaba o ignoraba lo que Helen había dicho en favor de lo que ella pensaba que era lo correcto. Dilly, sin embargo, la escuchó de verdad.

—Sí que ayuda. Gracias.

Y lo decía en serio: la había ayudado un poco.

—Creo que estás haciendo algo increíble con la apertura de tu negocio después de lo que has tenido que vivir. —Dilly dejó su copa sobre la mesa, retiró la silla y se puso de pie—. Supongo que será mejor que te enseñe los libros. Hay bastantes, pero puedes echar un vistazo y ver cuáles te pueden interesar. —La llevó hacia una habitación que había en la parte delantera de la casa—. Anna dice que esto es la biblioteca —dijo mientras abría la puerta.

—¡Guau!

La reacción de Helen fue instintiva. Puede que la habitación fuera pequeña, pero en cada pared había estanterías de techo a suelo, repletas de libros.

—Anna es una lectora asidua. —Dilly señaló unas hileras de carpetas que estaban almacenadas en una de las estanterías—. También conserva apuntes de cada asignatura que ha cursado en la universidad, de cada curso de posgrado al que ha asistido. Y ha asistido a muchos. Quiere conservarlos, a diferencia de los libros.

Helen recorrió los lomos rápidamente con la mirada. Stephen King, por supuesto, pero también otros *thrillers* más recientes de John Connolly, Keri Beevis, J. A. Baker, Michelle Kidd y Diane Saxon. También los había de Jenny O'Brien y Anita Waller. Incluso algún ejemplar de ficción histórica de Pam Lecky. Había libros suficientes para llenar las estanterías faltantes de su tienda. Eso si podía conseguirlos a buen precio.

Se giró hacia Dilly.

—¿A tu hija no le importa venderlos?

—No es mi hija, es mi mujer. Mi exmujer en poco tiempo.

Helen se puso colorada.

—Lo siento, llegué a una conclusión ridícula.

—No te preocupes, es lo lógico. Anna y yo llevamos quince años juntas, pero nos hemos distanciado los últimos dos. Seguimos siendo amigas, pero nuestras vidas han tomado caminos diferentes. Ella se mudó a Gales. A una casita de campo en la que se dedicará a pintar, dice. —Dilly sonaba escéptica. Negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano señalando la habitación—. Dijo que podía quedarme todos los libros, que solo le interesaban las carpetas. Las empaquetaré y se las enviaré la próxima semana.

—Y quieres deshacerte de los libros. —Todos eran recuerdos de la mujer a la que había amado. Quizá no había sido una separación tan amistosa a fin de cuentas—. Tengo algunas cajas en el coche. Iré a por ellas y nos pondremos manos a la obra. —Miró las estanterías. Probablemente, había cientos de libros adecuados para su negocio—. La mayoría me encajan a la perfección, pero todo dependerá del precio. Como ya sabes, acabo de empezar, así que mis fondos son limitados.

Dilly parecía imperturbable.

—Trae las cajas, prepararé más té y hablaremos del dinero.

La habitación estaba vacía cuando Helen regresó. En el momento en el que estaba ojeando los libros que sí o sí quería, la puerta se abrió y Dilly entró con el té. Esta vez, en tazas de café. Helen cogió la que le ofreció e hizo un gesto con la cabeza hacia las estanterías.

—Aquí hay muchas cosas que me gustan. Ofrezco cincuenta peniques por libro, pero me temo que eso significa que solo puedo permitirme unos cien.

Dilly utilizó su taza para señalar las cajas vacías.

—En esas dos no te caben cien.

—Debí haberte preguntado cuántos tenías cuando me llamaste.

—Helen debía ser más profesional, más organizada. No tan estúpida. Sintió cómo un remolino de ira la azotaba haciéndola retorcerse

mentalmente—. Siempre tengo la opción de volver. —De nuevo, sonó ridícula.

—Claro que puedes, querida, no te preocupes por eso. —Dilly se acabó la taza—. Veamos cuántos podemos colocar en esas cajas. Realmente no me preocupa el dinero, ¿sabes? —Su sonrisa se desvaneció cuando miró la habitación—. En los últimos dos años, Anna ha pasado mucho tiempo aquí, acurrucada en una silla, leyendo. Creo que estoy resentida con los libros por el tiempo que pasó con ellos y, ahora que se ha marchado, su presencia me ofende aún más, así que quiero que desaparezcan. ¿Suenan ridículos?

—Yo también he estado enamorada. He hecho tonterías. —Se preguntó qué pensaría su supervisora de la condicional si oyera que Helen reducía su crimen a una «tontería»—. Mi nivel de insensatez me llevó a la cárcel, así que aún te queda mucho para llegar a mi nivel.

—Ah —dijo Dilly con sorpresa—, eso explica la tristeza que veo en tus ojos. ¿Quieres hablar sobre ello?

No era una curiosidad morbosa. Helen vio una amabilidad genuina en la mirada que estaba fija en su rostro.

—No es algo de lo que me guste hablar, pero gracias, eres muy amable. —Se acercó a la estantería—. Debería empezar. ¿Te parecen bien cincuenta libras por cien libros?

—Mi intención es donar lo que gane a la beneficencia. ¿Qué te parece si llegamos a un acuerdo? Te lo llevas todo, incluso los libros que creas que no te servirán de nada, me das las cincuenta libras y en el futuro, cuando tu economía mejore, donas algo de dinero a la organización benéfica que prefieras. —Ladeó la cabeza—. ¿Trato hecho?

Era una oferta tan generosa que Helen se quedó boquiabierta.

—Te ayudará a recuperar la fe en las mujeres.

—No sé qué decir.

Helen miró las estanterías de libros. Había tantos superventas... Era una mina de oro.

—Pues di que sí. De verdad, por lo que a mí respecta, es un

buen trato. A pesar de lo que me hacen sentir, no estaría feliz si simplemente los tirara a la basura.

—Bien, entonces, trato hecho. Llevaré la cuenta de cuánto debería pagarte y, en cuanto mi economía mejore, donaré esa cantidad a una buena organización benéfica.

—Vale, vamos a empaquetarlos.

Las dos trabajaron juntas y no tardaron mucho. Helen se centró en empaquetar los *thrillers* policíacos y psicológicos más recientes, libros para los que sabía que había un hueco inmediato en sus estanterías.

No tardaron mucho en completar las dos cajas.

—Tengo muchas más vacías en la tienda —dijo Helen fustigándose de nuevo por no haber llevado más—. Mañana no cierro hasta las seis, pero si te va bien puedo pasarme después. —Le echó un vistazo a la habitación—. Habrá que hacer un par de viajes para llevarlos todos. Mi coche no es tan grande.

Dilly se encogió de hombros.

—Tómate el tiempo que necesites. No tengo más planes para el resto de la semana ni para el finde. Asumo que no abres el domingo, así que siempre te queda esa opción para rematar la faena.

—Si estás segura de que no molesto... —Los dedos de Helen jugueteaban con las cubiertas de los libros que tenía enfrente a la vez que un hilo de culpa empañaba su placer—. ¿Estás segura de que no quieres intentar venderlos en otro sitio? Siento que me estoy aprovechando.

Dilly extendió una mano para darle una palmadita a Helen en el hombro.

—Creo firmemente que es un buen trato para las dos. Tú te llevas los libros que quieres y yo me deshago de un recuerdo desagradable. Y no lo olvides: una organización benéfica recibirá dinero.

Habría sido maleducado y estúpido discutir.

—Volveré mañana por la tarde, probablemente sobre las seis y media —dijo Helen cuando las cajas ya estaban guardadas en su

coche.

—Aquí estaré. —Dilly se despidió con la mano mientras ella daba marcha atrás en el camino de acceso a la casa.

«Qué mujer tan amable», pensó Helen.

Estaba tan concentrada en retroceder por la estrecha vía que no vio cómo se desvanecía la sonrisa de Dilly ni la expresión de puro odio que la sustituyó.

Capítulo 26

De regreso a la tienda, Helen estaba llena de energía y con un renovado sentido de la determinación. Dilly era una mujer increíble. Qué fácil había sido hablar con ella, qué bien le había escuchado. Helen no se había sentido juzgada ni controlada, sino valorada, apreciada.

Qué salvavidas le había tirado. Podría ponerles un precio más elevado a los libros que se había llevado. Estaban impolutos. Podrían valer dos libras y media o tres. Por fin algo le salía bien.

Su optimismo continuó hasta que se detuvo delante de la tienda. Reconoció el coche que estaba enfrente incluso antes de que la conductora abriera la puerta y Moira Manson saliera de él con los movimientos elegantes y felinos que la caracterizaban.

El miedo atravesó a Helen con tal ferocidad que se quedó sin aliento. ¿Se había olvidado de contactar con ella para el tema de la alarma? Creía haberlo hecho, pero quizá se había imaginado llamando y dejando un mensaje. Le habría gustado tener tiempo de comprobar su teléfono para asegurarse, pero ya era demasiado tarde.

La agente de la condicional caminaba a zancadas hacia ella con su expresión profesional y seria en el rostro. Aunque le resultaba irritante, Helen habría preferido ver la de «somos mejores amigas». Esa no la llevaría a prisión de vuelta. La profesional, quizá sí.

¿Moira iba a decirle que había roto las condiciones de su permiso

y que tendría que volver a la cárcel para cumplir la condena restante? Helen no podía regresar, no podía enfrentarse a dos años más encerrada. Si viviera entre las cubiertas de un libro, se alejaría conduciendo, iría a casa, haría la maleta y desaparecería. Pero esto era la vida real. Y en el edificio que estaba tras la supervisor a de la condicional residía su futuro. El letrero de Appleby Books con los colores primarios que le había encantado elegir. El escaparate con la palabra de la semana enmarcada. Ya había pensado la de la semana siguiente. Gracias a Dilly, sería «serendípico».

Sin embargo, mientras miraba a través de la ventanilla de su coche y veía a esa odiosa mujer que esperaba a que saliera, pensó que pondría «flagelante» y, si alguien le preguntaba qué significaba, le hablaría de una mujer malvada y vergonzosa que la perseguía.

En caso de que la volvieran a meter en la cárcel, dejaría un enorme «que os jodan» escrito en el marco.

Como no iba a alejarse conduciendo, parecía que no le quedaba otra opción que salir y enfrentarse a su némesis. Esbozó una expresión tan positiva como pudo (una sonrisa, ojos bien abiertos, líneas de expresión suavizadas), abrió la puerta del coche y salió.

—Hola, Moira. Por Dios, últimamente me estás mimando mucho con tanta visita. —Como si fuera la persona a la que Helen tenía más ganas de ver. Como si de verdad fueran mejores amigas.

Dejó las cajas en el coche y abrió la puerta de la tienda.

—Pasa. Voy a tomarme un café, ¿te apetece uno? —Si seguía hablando, si seguía fingiendo que todo iba bien, quizá fuera así. Mientras caminaba hacia la cocina para encender el hervidor eléctrico, continuó balbuceando palabras que probablemente tuvieran poco sentido—. También hay té si lo prefieres.

—No quiero nada, gracias.

Aquellas palabras se pronunciaron con el mejor formalismo de la agente de la condicional. A Helen le tembló la mano y algunos granos de café se escabulleron por la encimera. Los ignoró, sirvió el agua cuando ya estaba hirviendo y se tomó su tiempo para aparentar tranquilidad. La agente se colocó tras ella sin decir nada.

Helen se giró con la taza pegada a la boca. No sorbía el café, sino que la utilizó para ocultar el temblor de su labio inferior que no podía frenar.

—Tengo que admitir que estoy un poco inquieta —dijo Moira por fin.

Helen apretó aún más la taza contra el labio y sintió el tejido blando aplastado contra los dientes. El dolor la tranquilizó. Sabía desde siempre que era así. En cualquier caso, la ostentación de la mujer había pinchado la burbuja de miedo que la envolvía. «¿Un poco inquieta?».

—¿Y eso? —Le dio un sorbo al café y lo mantuvo entre las manos, contra el pecho.

—Se suponía que tenías que llamarme ayer para ponerme al corriente del tema de la alarma y de cuándo volverás a tu dirección certificada. En vez de eso, no te dignaste a llamar hasta las seis y media y me dejaste un mensaje que resultó bastante apático.

Helen no podía recordar exactamente qué es lo que había dicho. ¿Había sido muy informal, demasiado frívola? ¿No había mostrado la suficiente humildad y gratitud? La taza de café le quemaba las manos. La tentación de lanzársela a la mujer era casi insoportable. Esperó a ver qué tenía que decir. Si iba a mandarla de vuelta a prisión, valdría la pena añadir «agresión con arma mortal» a su expediente. El pensamiento casi le provoca una risa y tuvo que concentrarse en mantener la voz firme.

—Siento oír eso. La empresa no me confirmó nada hasta las seis. Quizá habría sido mejor que te llamara directamente, pero quería cerrar primero. Ya sabes, por seguridad.

—No es solo cosa de la hora, sino de tu tono de voz. No parece que seas consciente de la gravedad de romper las condiciones de tu permiso. De acuerdo con la legislación, tendría que haberte enviado de nuevo a prisión.

El tirador del cajón de los cubiertos se le estaba clavando en la espalda. Si se girara y lo abriera, podría sacar el gran cuchillo para trincar que sabía que estaba en un lateral. No era tan afilado como

el que un día sostuvo. Ese que se llevó la policía y que nunca le devolvieron. Sin embargo, estaba bastante afilado. Le serviría. Se introduciría en Moira con tanta facilidad como el afiladísimo cuchillo que se clavó en la barriga cervecera de Toby. Helen echó la mano atrás y sus dedos se curvaron en torno al tirador.

—Pero no lo haré. Esta vez no.

El alivio debilitó las piernas de Helen. Se desplomó hacia atrás y soltó la mano del tirador. De la tentación casi irresistible.

—Gracias.

—No hagas que me arrepienta. —La expresión de Moira se relajó un poco.

—No lo haré. —Sin embargo, Helen tenía que inventarse una mentira más—. En realidad, iba a llamarte mañana porque la empresa de alarmas ha contactado conmigo para decirme que les han cancelado una cita. Vendrán por la mañana a hacer una evaluación. A menos que haya un problema, y espero que no lo haya, podrán instalarme la alarma el viernes y así podré volver a casa.

—Son buenas noticias. Ahora, si no te importa, voy a usar tu aseo. —Sonrió—. Y me tomaré un café antes de irme si la oferta sigue en pie.

La transición de la pomposa autoridad al escalofriante «somos amigas» era perturbadora.

—Claro, por supuesto, ya mismo voy.

Helen se giró tan rápido que el café salpicó desde la taza casi llena que tenía en la mano y aterrizó en su vestido vaquero. Quería soltar alguna palabrota, apretar los dientes, gritar, pero esperó hasta que escuchó las pisadas subiendo por la escalera hacia el piso de arriba. Después murmuró entre dientes un silencioso «mierda». Alcanzó un trapo para limpiar suavemente la mancha y fregó el charco del suelo. Volvió a encender el hervidor de agua, hizo café de nuevo y este empezó a enfriarse antes de que Moira regresara.

—Lo siento —dijo mientras agitaba su teléfono móvil—. En serio, nunca puedo desconectar de este trabajo. —Se sorprendió cuando

Helen le entregó la taza—. ¿Café? —Negó con la cabeza, confusa—. Ah, sí, claro. Te pedí uno, ¿no? Qué tonta. —Le dio un par de sorbos rápidos—. Antes de que se me olvide: me gustó mucho el libro que compré, ¿no tendrás por casualidad otro parecido?

Helen recordaba lo que había elegido: un ejemplar con mucha violencia gráfica.

—Seguro que sí, ¿quieres que vayamos a echar un vistazo?

Moira negó con la cabeza.

—Voy a beberme el café, escógeme uno. Me fío de tu criterio.

Helen aparentó complacencia por aquel cumplido.

—Veré lo que puedo encontrar, vuelvo en un segundo. —No se molestó mucho en elegir y cogió la primera novela de terror que vio en la estantería. Volvió a la cocina y se lo dio a Moira—. Creo que este te puede servir.

—Excelente, gracias. —Moria ni siquiera miró la cubierta y lo metió en el bolso a la vez que sacaba el monedero—. Una libra, ¿no?

Helen no lo sabía, no lo había mirado.

—Sí, eso es.

—Vale, tengo prisa y debo marcharme. —A continuación, como si de pronto recordara a qué había ido, Mora añadió con su tono más oficial—: Y, por favor, no quiero más meteduras de pata. Espero noticias tuyas el viernes para que me digas que vas a volver a tu dirección registrada esa misma noche, ¿de acuerdo?

Lo dijo como si Helen fuera idiota.

—Sí, entendido. En cuanto me instalen la alarma y ya funcione, estaré encantada de regresar a mi hogar.

Quería añadir que no había sido fácil dormir en ese pequeño almacén, apañarse con servicios mínimos, pero pudo ver en la expresión de la agente de la condicional que su cabeza estaba en otro lado. Quizá su novio la había llamado por teléfono y habían tenido una pelea de enamorados. Quería pensar que era eso. Que no todo era perfecto y alegre en la vida de la mujer.

En el fondo esperaba que alguien estuviera haciendo que la vida de Moira fuera tan miserable como la agente provocaba que lo fuera

la de Helen.

Capítulo 27

A la mañana siguiente, a las nueve, Helen abrió la tienda y echó un vistazo a las estanterías con satisfacción. Los libros que había traído de casa de Dilly fueron más que suficientes para llenar los huecos, así que preparó un expositor independiente con una mesa que había bajado desde el piso de arriba. Se había planteado pedir tres libras por cada uno de ellos, pero decidió que dos cincuenta era un precio más realista para seducir a los clientes.

Cinco minutos después, el agente de la empresa de alarmas cruzó la puerta. Era un hombre delgado y enjuto de sonrisa alegre y mirada aguda. No tardó mucho en evaluar las instalaciones y elaboró un plan eficaz para la seguridad de la tienda.

La convenció de pagar un poquito más por un sistema inteligente que se vincularía a una aplicación en su teléfono, pero se negó categóricamente cuando le ofreció un sistema monitorizado. Le recordaba mucho a la cárcel. Y, en cualquier caso, imaginaba que costaba más de lo que podía permitirse. En efecto, era más caro de lo esperado. Aun así, tenía que instalarla. Entregó su tarjeta de crédito y esperó que no la dejara en ridículo cuando el agente procesara el pago. Se sintió ligeramente aliviada cuando él se la devolvió con un gesto de aprobación.

—Hecho —dijo.

Dicho y hecho. Pagar la alarma causaría un descubierto considerable con el consiguiente coste que aquello implicaba.

Tendría que vender muchos libros en los siguientes días si quería tener alguna oportunidad de mantener contento a su banco. Una vez más, pensó en las estudiantes y en el dinero que le habían robado, y sintió cómo el ácido la corroía por dentro.

Le instalarían la alarma al día siguiente. Estuvo tentada de llamar a Moira para informarla y zanjar la conversación, pero ya había cumplido su cupo de esa mujer, así que decidió recompensarse con un día sin Moira.

Al mediodía ya habían pasado varios clientes por allí. Todos ellos husmearon su nuevo exhibidor, así que los libros que colocó en él volaron en un abrir y cerrar de ojos. Como parecía que funcionaba, colocó más ejemplares sobre la mesa para ver si la magia continuaba. No estaba segura de si era cuestión de brujería o de que los libros estaban casi nuevos, pero cuando cerró, dio por concluido su mejor día desde la apertura.

Cruzó la tienda sonriendo para ir a cerrar la puerta. Una vez más, soñaba despierta al imaginar que la librería sería un éxito absoluto, así que no estaba en absoluto preparada para ver la cara que apareció en la ventana; soltó un aullido de alarma. Sus dedos buscaron a tientas el pestillo de la cerradura Yale mientras su otra mano se apresuraba a sacar las llaves del bolsillo de sus vaqueros.

—Por favor, déjame pasar. Te debo una explicación.

—¡No puedes hablar en serio! —Las llaves se habían enganchado en el forro del bolsillo de Helen, que se rasgó al sacarlas de un tirón—. Vete antes de que llame a la policía. No, pensándolo mejor, quédate ahí. —Sacó el móvil del bolsillo—. La llamaré para que te detengan por robar.

—¡Por favor! —Una mano con los dedos extendidos apareció en el cristal—. Deja que me explique.

Helen alcanzó el cordel de la persiana y tiró de él; la persiana calló con un estruendo y ocultó el rostro.

—¡Por favor!

Había tanto dolor en aquella única palabra que Helen se ablandó. ¿Acaso no era ella la prueba de que las segundas oportunidades

podían funcionar? ¿O no era así? La duda le irritó tanto como aquel repetido «por favor» que seguía escuchando a través de la ventana. ¿Cuánto tiempo iba a estar la ladrona allí fuera?

—He cometido un error.

Como hizo Helen años atrás. Creyendo a Toby o matándolo. Reduciendo lo que había ocurrido a una metáfora ridícula, similar al dilema del huevo y la gallina. Se preguntó si a Moira también le impresionaría aquello.

Abrir la puerta parecía preferible a tener el mismo debate interno que el que se había repetido en su mente durante más de dos años.

—Tienes un minuto —dijo mientras mantenía la puerta abierta con una mano y bloqueaba el paso sosteniendo el marco con la otra.

—¿Puedo pasar?

—La última vez que lo hiciste, me robaste dinero. ¿Por qué debería dejarte entrar de nuevo?

Esperó una respuesta a la vez que observaba cómo la joven mujer arrastraba los pies y ajustaba las correas de la mochila que llevaba. Cuando habló, lo hizo con un hilo de voz, dubitativa, apenas audible, como si el arrepentimiento colmara sus palabras.

—No fue planeado. De verdad. Compartía piso con esas chicas y les hablé de este sitio. Cuando estuve aquí el viernes te vi con tantas ganas de que el negocio triunfara, que pensé que estaba actuando bien al traerlas. Y todo iba sobre ruedas hasta que subimos al piso de arriba.

El lugar al que Helen las había enviado emocionada al ver que esas estudiantes universitarias reemplazaban a las que había imaginado anteriormente.

—Oh, por el amor de Dios, será mejor que pases. Esto tiene pinta de ser una historia enrevesada. —Helen se hizo a un lado, la invitó a entrar y señaló un lugar concreto de la estancia—. Quédate ahí, no te muevas hasta que no eche la llave y después podrás terminar.

Se le pasó por la mente que no era sensato encerrarse en la tienda con una mujer que sabía que no era de fiar, pero había algo

en la actitud patética y agotada de la chica que le indicó que no tenía intención de hacerle daño. O no más daño, en cualquier caso. Helen tuvo que recordarse que ella y su panda de amiguitas le habían robado. Y le habían hecho llorar. Tampoco estaba segura de poder perdonarlas por eso último.

Sin embargo, había algo en aquella jovencita que despertaba su compasión. Helen recordó el aspecto que tenía cuando siguió a sus amigas al exterior de la tienda el día anterior. Parecía derrotada.

—¿Te llamabas Jess, no? ¿O también es una mentira?

—No, no lo es —dijo negando con la cabeza—. Jess Milgate.

—Enséñame tu tarjeta de estudiante.

Jess alzó la mirada, sobrecogida.

—No te sorprendas tanto. Ya has demostrado que no se puede confiar en ti. Hasta donde sé, podrías haberte sacado ese nombre de Dios sabe dónde.

Jess asintió de nuevo, dando a entender que le parecía justo. Alcanzó su bolsillo trasero, sacó el teléfono y un segundo después se lo mostró a Helen.

—Aquí tienes, no estoy mintiendo.

Helen cogió el teléfono, miró la pantalla y a Jess antes de devolvérselo.

—Bueno, así que eres quien dices ser. Está bien saberlo por si decido llamar a la policía.

Jess no sabía que aquello era lo último que Helen querría hacer. Le preguntarían por qué no lo había denunciado. ¿Y qué diría? ¿Que quería evitar cualquier interacción con la policía porque le daba miedo que se percataran de sus mentiras? Ni siquiera había denunciado el asalto a su casa, lo que reflejaba el grado de desesperación por mantenerlos lejos. Se pasó una mano por la frente.

—Iba a prepararme un café. ¿Quieres uno mientras me cuentas el resto de tu lamentable historia?

—Sí. Gracias. —Jess volvió a revolver en su mochila.

Parecía pesada. Era improbable que tuviera que llevar tantísimas

cosas a la universidad a diario.

—¿Por qué no la pones en el suelo antes de que colapses por culpa de lo que pesa? —Helen levantó una ceja—. No te preocupes, aquí estará a salvo. —Señaló hacia la cocina—. Déjala por ahí.

Quizá hubiera sido una locura dejar pasar a Jess, pero Helen no era tan estúpida para darle la espalda. Ayer preparó café para su agente de la condicional; hoy, para una ladrona. La vida podía cambiar mucho en veinticuatro horas. Pero eso ella ya lo sabía, ¿verdad?

Cuando las dos estaban allí, de pie, con una taza en la mano, le hizo un gesto a Jess para que continuara.

—Estoy deseando escuchar tu justificación al robo.

—No pretendo justificarme, solo explicártelo.

—Me parece justo. Adelante.

¿La creería? Helen sabía mejor que nadie lo fácil que era tejer una red de mentiras alrededor de la verdad, aunque en ocasiones, cada vez con más frecuencia, le costaba separar los hilos de unas y otras.

—Hasta hace poco viví con mi novio en su apartamento. Lo dejamos hace un mes. Tenía que encontrar otro alojamiento cuanto antes...

—¿Se propasó contigo?

—¡No! —Jess parecía horrorizada por la idea—. Es un chico genial, simplemente no nos iba bien juntos. Me dijo que no le importaba que me quedara, pero era extraño y me estaba costando concentrarme en mis estudios. Vi un anuncio para compartir casa y fui a verla. Tenía buena pinta. Un buen precio. Habitación privada. Tres compañeras que iban a la misma universidad, así que ya teníamos algo en común. —Sopló ligeramente su café, pero, en lugar de beber, volvió a dejarlo—. No sé por qué lo he aceptado, ni siquiera me gusta el café.

—Ni siquiera me importa. —Helen empezaba a irritarse. ¿Por qué había dejado pasar a esa estúpida cría?

Como si entendiera que estaba en el tiempo de descuento, Jess

se metió de lleno en su historia.

—Al principio eran majas. O quizá yo quería que lo fueran. Estoy en último curso, ya sabes, tengo que hacerlo bien.

—¿Puedes ir al grano de la historia? —dijo Helen empleando el sarcasmo para rechazar la oleada de simpatía—. He tenido un día muy largo, quiero cenar y relajarme sin más melodramas.

Jess sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz.

—Vale, vamos allá con la versión corta. Esas tres son unas rateras. Despreciables, manipuladoras, no les importan sus estudios lo más mínimo. No me di cuenta de lo falsas que eran hasta que no vinimos aquí. —Señaló el techo—. A mí me interesaban los libros; a ellas, fisgonear. Cuando Lizzie se acercó con un montón de dinero en efectivo, sabía que lo había robado y le pedí que lo devolviera. Ella se rio y dividió el dinero entre todas. Me negué a cogerlo y ella me lo metió en el bolsillo. —Jess levantó las manos—. No supe qué hacer. Sabía que si te lo decía se irían sin comprar nada. Al menos pude devolverte una parte del dinero.

Helen gruñó incrédula.

—Comprasteis libros usando el dinero que me robasteis, ¿cómo va a ser eso una devolución?

—Si nos hubiéramos ido sin comprar nada, ¿no habría sido peor?

—Sí, supongo. —Helen no pudo evitar reírse de aquella lógica tan retorcida—. Entonces tengo que daros las gracias por vuestra amabilidad, ¿no?

—¡No! —Jess suspiró—. Esto no se me da nada bien. Estaría mucho mejor con la cabeza metida en un libro. Las relaciones sociales no son lo mío.

De repente, Helen se acordó de algo que había dicho la joven antes.

—Has dicho que compartías piso con ellas. En pasado.

—Tuve que irme de inmediato...

Helen se puso tensa.

—¿Las mataste?

—¡No! —Jess la miró horrorizada—. ¿Cómo puedes insinuar tal

cosa? ¿Qué te pasa con la violencia? Sea como sea, mírame. — Señaló su cuerpo con la mano—. ¿De verdad piensas que podría haberme enfrentado a ellas tres y ganar? Ni aunque quisiera, porque no es el caso. Soy pacifista. Y tengo que admitir que estás mostrando una tendencia violenta que es tan inesperada como inquietante.

Si supiera... Helen pensó que Jess esperaba una explicación al respecto, como si se la debiera. No era así, pero hablar facilitaría las cosas:

—Leo muchos *thrillers* psicológicos. La gente hace cosas muy extrañas en ellos.

—Me parece que deberías plantearte cambiar de género. —Jess señaló a la tienda que tenía detrás—. Tengo algo para ti. —Se alejó a toda velocidad y regresó con la mochila entre los brazos. La apoyó contra el muro y abrió la hebilla de uno de los bolsillos—. Tuve que marcharme de prisa por esto —dijo mientras sacaba un montón de billetes arrugados de él—. No tenía mucho tiempo, así que cogí lo que pude antes de que descubrieran mis intenciones. —Le entregó el dinero a Helen—. No está todo, pero sí gran parte.

Helen cogió el batiburrillo de billetes de cinco, diez y veinte libras, y empezó a alisarlos. Como Jess decía, no estaba todo lo que se habían llevado, pero sí gran parte.

—Gracias.

—Solo he hecho lo correcto. Siento no haberles plantado cara ayer. —Esbozó una sonrisa triste—. Seré más cuidadosa cuando elija con quién compartir casa en el futuro. —Abrochó las hebillas y se colocó la mochila en la espalda—. Será mejor que me vaya.

—¿A dónde?

¿Por qué Helen le hacía una pregunta tan ridícula? Esa mujer casi desconocida no era su responsabilidad. Vale, le había devuelto parte del dinero, pero fue ella quien lo robó.

—Encontraré algún sitio en el que quedarme.

—La última vez no te salió muy bien. ¿Dónde vas a ir si son casi las siete?

—Regresaré a la universidad. Alguien tendrá un trocito de suelo en el que pueda dormir.

La ira sacudió a Helen. Habría preferido que Jess dejara a sus estúpidas amigas o lo que fueran, que se quedara con el maldito dinero antes que ponerla en una situación en la que sentía cierta responsabilidad.

—¿No tienes familia con la que quedarte?

—Viven en Sheffield. —Jess se ajustó las correas a los hombros y sonrió—. En serio, no pasa nada, no te preocupes. Encontraré algo.

«No te preocupes». Como si eso absolviera a Helen. ¿Qué le importaba si alguien malvado se aprovechaba de Jess? Qué situación tan ridícula. A pesar de sus explicaciones, le había robado a Helen y no era responsabilidad suya. Apenas la conocía. Era evidente que le encantaban los libros, pero no era una razón de peso para sentir pena. Helen debía echarla de la tienda y olvidarse de ella.

—No. —Pronunció esa palabra con tanta ferocidad que Jess retrocedió un paso y miró nerviosa hacia la puerta, como preguntándose si debía correr en dirección a ella.

Aquello divirtió a Helen, pero quizá Jess tuviera razón en sentir nerviosismo. Era una ladrona, pero Helen, a fin de cuentas, era una asesina.

Capítulo 28

Helen levantó una mano.

—Lo siento, eso ha sonado un poco violento.

La mirada de Jess saltaba de la puerta a la cara de Helen, como si no estuviera segura de si quedarse o marcharse. Finalmente, se posó sobre la librera.

—Un poco —dijo.

—Por muy ridículo que sea —dijo Helen más calmada—, me siento ligeramente responsable de que hayas tenido que abandonar la casa que compartías, así que no puedo imaginarte merodeando por las calles e intentando buscar un lugar en el que dormir.

—No iba a merodear por las calles —dijo Jess suavemente.

—No importa. Tengo un lugar en el que puedes quedarte. Espera un segundo. —Se fue a la tienda. Se inclinó para coger su bolso de debajo del mostrador, sacó las llaves de su casa y regresó a la cocina—. Cógela —dijo mientras sacaba una llave de la anilla—. Es de repuesto, así que no te preocupes. ¿Sabes dónde queda Hungerford Road? —Cuando vio que negaba con la cabeza, señaló en frente de la tienda—. Cuando salgas, gira a la derecha, cruza la carretera y después, la primera a la izquierda. Número 44A. Llegarás tras dejar unas seis casas a la izquierda. Hay cierto desorden. Me entraron a robar el lunes y no he podido ordenarlo todo aún. Sin embargo, hay una habitación libre en la planta de arriba, al fondo. Encontrarás sábanas en el armario de la colada.

Jess la miró fijamente con un desconcierto evidente.

—¿Estás dejando que me quede en tu casa? ¿Después de lo que hice?

—Lo sé, soy digna de estudio. —Helen no le dijo que la firmeza de ese «Estoy en último curso, tengo que hacerlo bien» le había hecho querer ayudar. Podría identificarse con esa lucha por fraguarse un futuro. Sostuvo la llave—. Cógela. Quédate hasta que encuentres algo adecuado. Esta noche estarás sola, yo me quedaré a dormir aquí hasta que me instalen la alarma mañana. Después, volveré a casa.

Jess cogió la llave y la miró sin poder creerse su suerte.

—No sé qué decir. —La guardó en el bolsillo—. Quizá pueda pagarte de algún modo por tu amabilidad. Ayudar en la tienda los fines de semana cuando tenga tiempo.

Quizá no fuera tan mala idea. Todos esos libros que iba a traer de casa de Dilly...

—¡Mierda! —Miró la hora. Las siete y cuarto—. Se suponía que esta tarde iba a recoger unos libros. Joder.

—¿Puedo ayudar?

Helen negó con la cabeza. Tenía que pensar bien en dónde se estaba metiendo antes de hacer más promesas o aceptar ayuda.

—Vete. Tengo que recoger e irme. —Le dio un empujón a Jess para que se moviera. Mantuvo abierta la puerta principal—. Es un acuerdo a corto plazo. En cuanto puedas, encuentra otro lugar en el que vivir, ¿de acuerdo?

No esperó una respuesta y cerró la puerta en cuanto Jess la cruzó. Se giró y subió corriendo las escaleras para coger suficientes cajas desmontadas. Ya las armaría cuando llegara a casa de Dilly.

Una vez dentro del coche, sacó el teléfono. Le respondieron a la llamada casi de inmediato.

—Hola, Dilly, lo siento muchísimo por retrasarme. Ya estoy en el coche de camino a tu casa. Llegaré en unos diez minutos. ¿Te va bien?

—No hay problema. Nos vemos cuando llegues.

Helen colgó con un suspiro de alivio. Perder una colección tan increíble de libros por culpa de la visita de Jess habría sido la gota que colmara el vaso.

En cuanto entró en el camino de acceso a la vivienda, Dilly abrió la puerta principal y la saludó.

—Lo siento muchísimo por llegar tan tarde —dijo Helen mientras salía y sacaba las cajas del asiento trasero.

—De verdad, no hay problema. Deja que te ayude.

—Tengo un rollo de cinta americana en algún lado. —Helen lo encontró bajo el asiento del copiloto, puesto que había rodado hasta allí. Dilly ya se había marchado al interior de la casa. Cerró el coche con llave y se apresuró a seguirla hasta la biblioteca—. Las prepararé en un santiamén —dijo a la vez que señalaba las cajas con la cinta—. He traído cinco, pero no tengo por qué llenarlas todas esta noche si prefieres que así sea.

Dilly le dio unos golpecitos en el hombro.

—Deja de preocuparte, en serio, no pasa nada. No tengo planes para esta tarde. Y ahora, mientras montas esas cajas, ¿quieres que prepare un té para las dos?

Helen prefería ponerse manos a la obra, pero parecía de mala educación rechazarlo.

—Eso sería estupendo, gracias.

Empezó a trabajar en las cajas, las desplegó y pegó la parte de abajo.

Para ganar tiempo, no se molestó en ojear los libros. Sencillamente empezó por un lateral de la estantería y los fue metiendo todos en la caja. Ya casi tenía una llena cuando escuchó pasos tras ella.

—Estoy en ello —dijo mientras soltaba un montón de libros, justo antes de girarse y sonreírle a su anfitriona.

—Siéntate, tómate el té y ahora continuaremos juntas. Quizá Dilly estaba sola. Pasar tiempo charlando con ella no significaba nada en comparación con todos los libros que Helen se iba a llevar. Se sentó y le dio un sorbo al té.

—Puse todos los libros que me llevé ayer en las estanterías cuando regresé y muchos se han vendido hoy.

—Es agradable saber que los libros de Anna están sirviendo para algo útil.

Helen estaba echándoles un vistazo a las estanterías que quedaban por vaciar, pero el tono punzante de las palabras de Dilly hizo que se girara. Sin embargo, tenía el mismo aspecto afable de siempre. Quizá se arrepintiera de deshacerse de los libros por tan poco dinero.

—Ahora puedo permitirme pagarte más por ellos. ¿Te hablé ayer de esas chicas que me habían robado?

—¿Las estudiantes universitarias?

—Sí. Bueno, una de ellas ha vuelto hoy y me ha devuelto la mayor parte del dinero. No me lo esperaba.

No le contó a Dilly el resto de la historia: que le había dado a esa joven la llave de su casa. Habría pensado que estaba loca. Y Helen tendría que darle la razón. ¿Qué mosca le había picado?

—Es maravilloso. Supongo que te ha hecho recuperar cierta fe en la humanidad. —Dilly negó con la cabeza—. Seguiré ciñéndome a nuestro trato. Cuando estés lista, puedes donar el dinero a la organización benéfica que elijas. —Se acercó más y sonrió—. Sé que has pasado por momentos duros, así que es un placer ayudarte a dejarlos atrás.

La amabilidad hizo que a Helen se le humedecieran los ojos.

—No los he dejado atrás. Ya te conté que había estado en la cárcel. Tengo la condicional, así que debo seguir ciertas normas o podrían volver a encerrarme. Cuento con una jueza de vigilancia penitenciaria. —Helen soltó una risa burlona—. Normalmente se le llama «agente de la condicional», pero a la adorable Moira Manson le gusta el título completo. Se supone que, en esta fase, debería visitarme una vez al mes. —Helen suspiró en alto—. Esta semana la he visto casi todos los putos días. Me mudé a la tienda cuando ocurrió el asalto. Debería haber pedido permiso y no lo hice, así que ella no estaba conforme.

—Podrían volver a enviarte a prisión para que cumplas el resto de tu condena, ¿no?

—Sí. —Helen negó con la cabeza—. Lo siento, no te apetece escuchar todo este pesimismo.

—Es una charla agradable. Yo a veces me pregunto si Anna y yo seguiríamos juntas si hubiéramos hablado y si no se hubiera encerrado en estos malditos libros.

—Las rupturas son tristes casi siempre.

—Háblame de la última que tuviste —dijo Dilly—. Quizá me ayude con la mía. Ya sabes lo que dice el dicho: «Mal de muchos, consuelo de tontos».

—He tenido varias a lo largo de los años —dijo Helen con soltura.

—Pero ¿cómo fue la última?

Su insistencia era ciertamente irritante. Por suerte, Helen era buena mintiendo. El truco estaba en utilizar la verdad y darle el enfoque necesario.

—Es probable que el final de mi última relación fuera el más sencillo. Él se marchó y no volvimos a hablar.

Era una versión extraña de la realidad. No tenía sentido añadir que Toby seguía hablándole en sueños, que aún lo escuchaba a veces, en el silencio del día a día. Que la forma en la que la llamaba aún traqueteaba en su cabeza. «Bicho raro. Puta depravada. Zorra patética».

—Dios mío. ¿Cuánto tiempo llevabais juntos?

—Seis meses.

No era mucho, pero sí lo suficiente para que Helen pensara que era bastante. Que él la quería lo suficiente para aceptarla tal y como era.

—¿Te hizo *ghosting*?

Helen parpadeó, se le abrió la boca y se cerró como si fuera la puerta defectuosa de un ascensor. ¿Toby aparecía y desaparecía como un fantasma? Cada día. ¿Acaso podía ser de otra forma?

—He leído sobre el tema —dijo Dilly aparentemente ajena al silencio sepulcral de Helen y al gesto de su boca—. Sobre hombres

que dejan de llamar o de escribir, y que se esfuman. Es algo muy pasivo-agresivo e inmaduro. Parece que tú tuviste mucha suerte.

«*iGhosting!*». Apretó los labios para evitar que temblaran.

—No, no fue eso —dijo finalmente—. Vivíamos juntos. En mi casa. Un día simplemente se marchó.

—Oh, querida. Sin dar explicaciones. ¿Viste algún indicio de lo que iba a suceder?

—No, ninguno.

—¿Y todo eso ocurrió antes de que entraras en prisión, verdad?

—Sí. —Helen esperaba que la brusquedad de la única palabra que ofreció como respuesta le diera una pista a Dilly de que no quería hablar más. Por si le quedaba alguna duda, se bebió el té de un trago y dejó la taza sobre la mesa—. Será mejor que vuelva a los libros.

—Te ayudaré —dijo Dilly terminándose su té—. Podemos charlar mientras trabajamos.

—Bien. —Helen cogió un pequeño montón de libros y los introdujo en la parte alta de la caja que estaba llenando—. Esta ya está completa. —Puso un poco de cinta americana sobre la tapa de la caja para cerrarla y alcanzó la siguiente—. Tengo pensado terminar de acondicionar el piso de arriba durante el fin de semana. Tendrás que venir a verlo en algún momento.

Continuó con su charla ininterrumpida y sin importancia sobre los planes que tenía para la tienda: los artículos con el logo que pensaba crear, las ofertas en las que estaba pensando. Cualquier cosa con tal de evitar que Dilly iniciara otra conversación sobre su pasado.

Helen empaquetó rápido. Estaba decidida a llevarse el mayor número de libros posible porque no sabía con certeza si iba a regresar. Quizá Dilly estuviera sola, pero también era extremadamente curiosa y había ciertas cosas sobre las que a Helen no le gustaba hablar.

—Pues esto es todo —dijo golpeteando la parte alta de la última caja—. Hemos avanzado mucho.

Echó un vistazo a la habitación y estimó que otro viaje más sería suficiente para completar la tarea. Sería una tontería no regresar. Si Dilly insistía en preguntarle por qué había entrado en prisión, podría inventarse algún delito de guante blanco para calmar su curiosidad.

Dejó la última caja en el asiento del copiloto, la rodeó con el cinturón por seguridad y se alejó.

—Con un viaje más será suficiente —le dijo a Dilly, que estaba de pie bajo el marco de la puerta abierta—. ¿Te parece bien si vuelvo mañana? Prometo que no me retrasaré.

—Por supuesto. —Dilly acortó la distancia entre ellas y envolvió a Helen en un abrazo—. Disfruto con tus visitas. Es fácil hablar contigo. Me apenará que acabes.

Helen le devolvió el abrazo. Tenía razón. Dilly estaba sola. La tendencia de Helen a tomárselo todo como un ataque personal fue lo que le hizo pensar que las preguntas de Dilly eran muy intrusivas. Solo era una mujer triste y solitaria que intentaba superar una ruptura. Una mujer generosa y amable que reclamaba compañía y apoyo. A diferencia de Helen, que era una miserable zorra.

—Cuando termine, volveré a visitarte, te lo prometo. Y tú tendrás que venir a ver la tienda.

Sintió que los brazos que la rodeaban se estrecharon un segundo antes de liberarla.

—Pero ¿regresarás mañana?

—Pues claro que sí. —Helen se sentó en el asiento del conductor—. Estaré aquí sobre las seis y media como tarde. —Se despidió y cerró la puerta.

Se alejó conduciendo y pensando en la suerte que había tenido al conocer a Dilly. No tenía ni idea de que la anciana mujer estaba tramando su ruina.

Capítulo 29

Cuando Helen terminó de descargar el coche, estaba tan cansada que no pudo hacer nada más. Al tumbarse en la cama con el sueño ya acechándole, se dio cuenta de que se sentía bien. Casi feliz. El pensamiento le sobrevino por sorpresa. Había pasado mucho tiempo hasta que pudo decir eso. Le debía mucho a Dilly.

Se despertó unas horas más tarde con una brusquedad que la sorprendió. Durante un instante, estuvo en ese lugar crepuscular entre el mundo onírico y el real. En el sueño, escapaba de personas cuya cara solo tenía un rasgo: una enorme boca con dientes irregulares que emitía un grito continuo y estridente. Cuando abrió los ojos, el sonido desapareció y el silencio sepulcral de la noche lo sustituyó. Ahora había silencio, pero ¿no había escuchado algo? ¿Acaso ese grito estridente de su sueño no había sido interrumpido por un golpe seco? Uno lo suficientemente elevado para disipar la imagen de los monstruos boquiabiertos.

Se sentó, apretó los labios, escuchó. Alcanzó el móvil para comprobar qué hora era. Las tres en punto. No dormía lo suficiente como para hacer algo más que aliviar su cansancio. Se dio la vuelta hacia la almohada preguntándose si conseguiría volver a conciliar el sueño y sabiendo que no lo lograría hasta que no bajara las escaleras para comprobar que ese golpe seco no era nada amenazante.

Finalmente, la ansiedad la obligó a salir de la cama. El miedo

latente le hizo encender todas las luces de la planta superior y pisotear el suelo de madera para ahuyentar al hombre del saco.

Negó con la cabeza, forzó una sonrisa vacilona por su infantilidad y se dirigió por fin al piso de abajo. Muy despacio. Parándose cada par de escalones para volver a escuchar. Solo cuando todas las luces de la tienda estuvieron encendidas y comprobó que todo tenía el mismo aspecto de siempre, con la puerta principal aún cerrada con llave, pudo relajarse. Ese golpe seco, si realmente existía y no era producto de su sueño, procedía del exterior.

Por desgracia, ya estaba muy espabilada. Si se tumbaba, daría vueltas en la cama y pensaría en todo lo que tenía que hacer. En vez de eso, sería mejor preparar algo para comer, trabajar y acostarse temprano.

Dejó las luces encendidas y se dirigió a la cocina. Tenía muchas ganas de comerse unas tostadas calentitas con mantequilla; se le hizo la boca agua al pensarlo. Se las comió con prisa, desesperada por comenzar con sus tareas. Esperaba no cansarse nunca de la satisfacción que le causaba coger un libro, estamparle su logo de Appleby y encontrarle un hogar en la estantería. A las seis, ya había completado todas las estanterías vacías de la planta baja.

Aún le quedaban tres cajas de la señora Clough por ordenar. Sería una labor lenta porque los libros eran más antiguos y difíciles de clasificar. Pero estaba en racha: prepararía un café y se pondría manos a la obra.

Estaba canturreando mientras llenaba el hervidor de agua, bailando al ritmo de la música a la vez que alcanzaba la jarra de café y la taza. Iba a ser un gran día. Le instalarían la alarma. Podría volver a su hogar, a dormir en su cama. Con determinación, se sacó a Jess de la cabeza. Aquel día no habría preocupaciones.

Sacudió la cabeza al ver las tazas y las cucharillas sucias en el fregadero, abrió el cajón y sacó una limpia. El cajón estaba cerrado y sus dedos seguían en el tirador cuando algo se le pasó por la cabeza y volvió a abrirlo de nuevo. A diferencia de los cajones de la cocina de su casa, que parecían acumular trastos a un ritmo ridículo, este

estaba pulcro y limpio. Una bandeja de plástico para los cubiertos con un par de cuchillos, tenedores y cucharas de postre perfectamente organizados. Aún quedaban algunas cucharillas que le evitaban tener que fregar.

No había nada más en el cajón.

Pero debería haberlo.

Elevó la bandeja para mirar bajo ella; a continuación, la soltó causando un estrépito. Desde el asalto a su casa, había cambiado sus hábitos. Las llaves de la puerta trasera ya no se quedaban puestas para que cualquier bastardo oportunista se aprovechara de ello. La llave de su puerta trasera debería estar allí, en el cajón.

Se giró para mirar a la puerta, como si de alguna manera fuera culpa suya. Sin embargo, si esperaba ver la llave sobresaliendo de su escondite a media altura de la puerta, estaba muy equivocada.

—¡Joder! —Abrió el cajón tirando fuerte de él y, esta vez, hurgó entre la cubertería a medida que su frustración aumentaba. Finalmente, sacó la bandeja y vació su contenido sobre la encimera. Ni rastro de la llave. Ignoró el desastre y abrió los armarios. Quizá la había dejado en otro sitio. La cocina era pequeña, funcional, con poco espacio de almacenamiento porque, en teoría, solo iba a usarse para pausas de café y almuerzos, así que no tardó mucho en descubrir que la llave no estaba por ninguna parte. ¿Dónde demonios la había dejado?

Se dirigió a la puerta trasera y miró detenidamente la cerradura, como si fuera a aparecer mágicamente, y golpeó la puerta con la palma de la mano. No se iba a acabar el mundo si no conseguía abrirla. La llave aparecería. Era muy probable que se la hubiera llevado consigo y la hubiera dejado en algún lugar de la planta de arriba. Con un gruñido de frustración, tiró de la manilla para moverla y tropezó hacia atrás cuando la puerta se abrió hacia el interior.

Para detener la caída y estabilizarse, puso una mano en la encimera. Y entonces la vio. La llave que buscaba. En la cerradura, pero por fuera. Donde no debería de estar. No había ningún motivo para cerrar la puerta desde el exterior. ¿Cómo había acabado la llave

ahí?

La sacó y empujó la puerta para cerrarla. Lo hizo con un ruido que reconoció. En la quietud de la noche pareció más fuerte, pero sabía que era el mismo sonido que había escuchado horas antes. Alguien había estado en su tienda. Pero ¿por qué? Además de las cinco libras en monedas que había dejado en la caja registradora, el poco dinero que tenía estaba en su monedero, dentro del bolso, en el piso de arriba. La puerta del almacén estaba cerrada, nadie habría podido entrar sin despertarla.

Regresó a la tienda y echó un vistazo. Al igual que anteriormente, no notó nada fuera de lugar. El dinero seguía en la gaveta. Todo estaba tal como lo dejó la noche anterior. Sin embargo, alguien había estado allí. Entró con la llave. Quizá se dio un paseo para ver lo que ella había hecho. Después, se marchó. No sin hacer ruido, eso sí. Y había dejado la llave en la cerradura en lugar de llevársela consigo. Quien quiera que fuera, quería que supiera que había estado allí.

Para asustarla. Para ponerla nerviosa.

Lo había conseguido.

De vuelta en la cocina, cerró la puerta con llave y se la metió en el bolsillo moviéndose como una autómatas conforme intentaba evitar que todos los pensamientos que se arremolinaban en su mente la abrumaran. Devolvió la bandeja de plástico al cajón y, lentamente, con más cuidado del que merecía la cubertería barata, puso cada pieza en su lugar. Después lavó las cucharas sucias y las tazas que había en el fregadero y las secó con el mismo esmero. Esa lenta rutina la calmó un poco y, cuando terminó, subió las escaleras para hacer aquello que sabía que la tranquilizaría aún más: trabajar. No tenía ningún sentido no hacer nada y permitir que los pensamientos preocupantes y multiplicaran en su cabeza.

Quedaban tres cajas con los ejemplares que la señora Clough le había dado. Abrió la primera sin entusiasmo, pero en unos minutos sintió y olió los libros, lo que tranquilizó su juicio. La mayoría eran antiguos, de ficción más que de otros géneros, algunos de

Hemingway y Faulkner. Miró las estanterías de esa planta. Encajarían bien en ellas. Ambos eran autores muy queridos entre los estudiantes universitarios de Filología Inglesa.

Hojeó cada ejemplar y añadió otro tique de supermercado a la colección de Jared.

Cuando ya llevaba unos minutos sosteniendo un libro sin moverse, suspiró. Era hora de enfrentarse a lo que le preocupaba. ¿Cuánta gente había estado en su cocina desde la última vez que abrió la puerta trasera?

¿Quién de ellos había cogido la llave?

Y lo que era más importante, ¿por qué lo había hecho?

Capítulo 30

La primera pregunta era la más fácil de responder. Solo tres personas habían estado en la cocina en los últimos días. Zander, su agente de la condicional y Jess. Aunque fuera una tía molesta, Helen supuso que podía descartar a Moira. Cualquiera de los otros dos podría haber encontrado la llave. Solo había un cajón en la estancia. Era fácil.

¿Se trataba del siguiente paso en el plan de Zander y Alex para obligarla a marcharse?

¿O se la había llevado Jess el día anterior? Cuando Helen se fue a por sus llaves, la dejó sola en la cocina. No le habría resultado difícil.

Pero ¿por qué?

Helen se puso de cuclillas y golpeó suavemente el libro que tenía contra la barbilla. Se había tragado la historia de Jess. El gran y complicado embrollo. Si lo hubiera leído en un libro..., en uno de esos *thrillers* psicológicos que le gustaban..., habría pensado que era demasiado rebuscado. Qué ingenua. Qué estúpida había sido al ofrecerle a Jess una habitación en su casa. Le había dado la llave a una mujer que apenas conocía para que entrara y saliera a su antojo. Helen se tendría bien merecido llegar a casa y descubrir que se la había vaciado por completo.

Y, aun así, no creyó que pudiera ocurrir. Helen no era materialista, en su casa había pocas cosas de valor. Los muebles eran baratijas y estaban gastados.

Se levantó y se sacudió las piernas para que el hormigueo desapareciera. ¿Qué sabía con certeza? Que alguien había cogido la llave del cajón y había entrado en la tienda aquella mañana. Y quería que se supiera porque la había dejado en la parte exterior de la cerradura. Quien quiera que hubiera sido no parecía interesado en hacerle daño. Supuso que debía estar agradecida por ello.

Si lo había hecho para asustarla... Bueno, ella ya suponía que alguien no estaba de acuerdo con su presencia. Sin embargo, ¿no hubiera sido más evidente? Quizá hubieran escrito ASESINA en el escaparate de la tienda, con letras mayúsculas estridentes, o hecho algo más provocativo. Pensó en la madre de Toby. El equipo legal de Helen la había señalado en la sala del tribunal. Era una mujer bajita, de pelo cano, con la mirada gacha. Helen no podía imaginársela merodeando por la tienda.

No. Decidió que aquello era algo más astuto, más perverso. Y, de nuevo, todo apuntaba a los dos sagaces londinenses, Zander y Alex.

Helen miró la pila de libros que había cogido de la caja que trajo de casa de Jen Clough. ¿Estaba completamente equivocada? Jared le había insistido mucho en que prestara especial atención a todos los libros que le había comprado a su tía abuela. Incluso había llamado para preguntarle si aún seguía analizándolos. Quizá hubiera algo de valor escondido entre las páginas de uno de ellos. No un mapa del tesoro (no se imaginaba algo tan ridículo), sino algo que ansiara tener entre sus manos. Había insistido sobremanera en examinarlos él mismo, ¿no? Hasta ahora, lo único que había encontrado eran un par de billetes de cinco libras y bastantes tiques de supermercado. ¿Debía examinar con más detenimiento? Helen resopló. Parecía que estaba muy cerca del reino de la locura. Eso era lo que el cansancio y el estrés estaban causando en ella.

Su móvil vibró. Lo cogió y suspiró al ver el nombre de su hermana antes de presionar la pantalla para aceptar la llamada.

—Hola.

—Hola. Qué, ¿cómo va todo? Ya casi ha terminado tu primera semana.

—Va todo muy bien, gracias a Dios. —Era la verdad, ¿no? El negocio iba bien. Era su vida la que estaba colapsando como los castillos de naipes que solía construir cuando era una niña. Aquellos castillos acababan por tierra y volvía a crearlos para llenar sus horas de soledad—. He tenido suerte y he conseguido un gran cargamento de libros a buen precio. Así que sí, ha sido un gran comienzo.

—Qué buenas noticias. ¿Lo estás gestionando tú todo? Espero que no te estés saltando las comidas o nunca recuperarás el peso que perdiste ya sabes dónde.

En ocasiones, le divertía la negativa de Sarah a pronunciar la palabra «prisión». Aquel día, se sumó a su enfado.

—La comida de la cárcel, como ya te he dicho algunas veces, dejaba mucho que desear. Pero no te preocupes, me las estoy apañando bien.

—He pensado en pasarme por allí mañana para echarte una mano con lo que quede por hacer.

—Sería genial, Sarah, gracias. Aún quedan cosas que ordenar. — Genial. Vale. Llegaré a media mañana y llevaré comida para las dos.

—Suenas genial. Estoy deseando que vengas.

Helen colgó. Su hermana era buena con ella. Era importante que lo recordara, sobre todo cuando Sarah quería gestionarlo y controlarlo todo. Compensaba el haber descuidado a Helen cuando eran niñas.

Estaba cansada y, cuando lo estaba, los viejos recuerdos se agolpaban en su mente con mayor rapidez.

—Estúpida —susurró. Comprobó la hora y vio que eran casi las nueve. Se hizo el café que no preparó antes y a continuación abrió la tienda.

Dejó la bebida sobre el mostrador y cruzó el local para subir las persianas y abrir la puerta. El escaparate seguía teniendo buena pinta. Estaría bien cambiarlo ese día. Mostrar algunos de los libros más nuevos para atraer ventas el fin de semana. Cuando la puerta se abrió, esbozó una sonrisa. Flaqueó y desapareció cuando vio de quién se trataba.

—Jess, no esperaba verte esta mañana.

—Quería pasarme para darte las gracias de nuevo por dejar que me quede en tu casa. —Jugaba nerviosa con las correas de su mochila.

Helen se percató de que parecía más liviana que el día anterior. Era evidente que planeaba quedarse allí otra noche más. Era hora de poner los puntos sobre las íes.

—Esta noche iré a casa. Eres consciente de que tenemos un acuerdo a corto plazo, ¿verdad?

Jess asintió con la cabeza.

—Hoy voy a hablar con algunas personas y espero conseguir algo adecuado. —Movi6 el pulgar por encima del hombro—. Espero que no te importe, pero he dejado algunas cosas en tu casa. —Volvió a jugar con las correas—. No podía llevarlo todo conmigo. Cuando consiga otro alojamiento, regresaré a por el resto y te entregaré la llave.

—Bien. —Helen se colocó tras el mostrador, cogió su taza, le dio un sorbo y volvió a dejarla donde estaba—. No viniste por aquí anoche, ¿no? —Se sintió estúpida al formular esa pregunta.

Si Jess había regresado, si se había llevado la llave y había estado merodeando durante la noche por alguna perversa razón, no iba a admitirlo. Helen estaba emparanoiándose de nuevo. Sospechando de todo el mundo. ¿Qué razones podría tener esa joven chica para hacerlo? Debían de ser Zander o Alex.

—¿Anoche? —Jess frunció el ceño—. No.

Pues claro que no había sido ella. Helen negó con la cabeza.

—Olvidalo.

Jess arrugó aún más la frente.

—¿Por qué? ¿Ocurrió algo ayer por la noche? —Echó un vistazo alrededor con los ojos abiertos como platos—. No te entrarían a robar de nuevo, ¿no?

—Ja, ja. —Aquella risa falsa se instauró entre ambas durante unos instantes—. No, no seas tonta. No podría tener tan mala suerte.

—¿Que no podrías? —Jess dejó su mochila en el suelo, como si se preparara para una estancia larga—. Entonces, ¿te consideras una persona desafortunada?

Ahora fue Helen la que frunció el ceño; de pronto empezaba a sospechar.

—¿Qué estudias en la universidad?

Estimó que Jess tenía veinte, quizá veintiún años, pero, cuando levantó la cabeza y su mirada coincidió con la de Helen, se percató de que era mayor. Quizá estuviera a las puertas de la treintena.

—Hago un doctorado en Psicología.

Helen, que había asumido que se dedicaba a algo relacionado con las artes o la moda, se quedó desconcertada.

—¿Te estás preparando para ser psicóloga?

Jess sonrió.

—Aún me queda mucho camino por recorrer, pero ese es el plan. Me fascina cómo funciona la gente.

El día estaba empeorando. Helen intentó parecer sorprendida, intentó aparentar que no le importaba que aquella mujer estuviera analizándola. La mujer a la que estúpidamente había invitado a su propia casa, aquella en la que Helen había asesinado a alguien, un hecho sobre el que había mentido.

—Entonces, ¿qué ocurrió anoche?

—¿Qué? Ja, ja. —Esa risa ridícula apareció de nuevo—. No, no es nada, olvídalo. —Helen volvió a coger su café, pero no bebió—. ¿Quieres algo?

Jess cogió su mochila y se la colocó a la espalda.

—No, solo quería pasarme para darte las gracias de nuevo por ser tan amable conmigo. —Se ajustó las correas en el hombro—. Es obvio que ocurrió algo anoche. Tienes pinta de estar agotada y triste. Si no quieres compartirlo conmigo, háblalo con alguien de confianza.

Helen sonrió como si quisiera decirle a Jess que estaba diciendo tonterías. La mantuvo en su rostro hasta que la chica se fue de la tienda y desapareció de su vista.

Para entonces, seguía allí. Un rictus sin sentido. Probablemente no debería haber mencionado lo ocurrido. No debería haberle dado a nadie (y menos a una psicóloga, joder) una razón para mirarla mal. Como si estuviera volviéndose loca.

Capítulo 31

Helen seguía allí, de pie, con esa sonrisa rara y forzada en la cara cuando apareció una furgoneta con el logo de la empresa de seguridad. Ya casi se había olvidado de la maldita alarma. La taza de café ya se había enfriado, pero se lo bebió de todos modos esperando que la cafeína le diera el impulso que necesitaba.

A mediodía, la alarma estaba instalada y la aplicación del teléfono móvil era fácil de utilizar.

Un flujo constante de clientes cruzó la puerta y, si no hubiera estado tan cansada, se habría alegrado de lo bien que iba el negocio.

El almuerzo consistió en dos rebanadas de pan untadas a toda prisa con mantequilla y devoradas en el mostrador. Y un café, por supuesto. Era la única forma que tenía de soportar aquel largo día.

El reloj dio las seis cuando la última persona a la que le apetecía ver pasó por delante del escaparate. Habría sido genial pensar que era una coincidencia, que Moira no había venido a verla, pero Helen sabía la verdad. Y conocía la razón. Se suponía que tendría que haber contactado con su agente de la condicional para decirle que le habían instalado la alarma y que iba a regresar a su casa esa tarde. Se le había olvidado por completo.

—Estaba a punto de llamarte —dijo cuando la puerta se abrió y Moira entró. Como ataque preventivo, fue un intento poco entusiasta, pero lo mejor que pudo hacer. Añadió una sonrisa y

esperó que pareciera lo bastante natural.

—¿En serio? —Moira no sonaba convencida.

—Ha sido un día muy ajetreado en la librería. —Señaló los huecos que había en la hilera de libros de la estantería más cercana—. Como puedes comprobar. Estaban llenas esta mañana. —Los libros casi nuevos que había traído de casa de Dilly habían demostrado ser todo un éxito. Tenía que deshacerse de Moira para ir a por el último lote—. La buena noticia es que la alarma está instalada y en funcionamiento. —Sacó su teléfono móvil y abrió la aplicación—. Puedo activarla o desactivarla con esto, así que, si se me olvida por un descuido, puedo encenderla desde casa.

—¿Y está monitorizada?

—Bueno... No, no lo está. —Helen guardó el teléfono—. Resulta que las alarmas monitorizadas son bastante más caras de lo que me puedo permitir. Pero me enteraré de si se desactiva y me presentaré aquí en unos minutos...

—Y ahuyentarás al ladrón. —Moira resopló—. Habría sido mejor si hubieras pagado ese pequeño extra y hubieras obtenido una monitorización profesional.

—El negocio va bien, pero no es una mina de oro. Tengo que gastar con cabeza.

La expresión de Moira era claramente crítica.

—Es tu negocio, claro está, y tu decisión. —Apoyó el bolso sobre el mostrador—. Ha sido un día largo, ¿puedo pedirte un café?

Helen quería decirle que no, que tenía que hacer una recogida importante, pero, como siempre ocurría, Moira la hizo sentir pequeña, intimidada. No era por lo que le había dicho o por mirar a Helen como si estuviera por debajo de ella social e intelectualmente en todos los putos sentidos. Había algo en la forma en que la miraba, como si fuera insignificante. ¿O acaso se trataba de otro capítulo más en las paranoias de Helen?

—Claro, por supuesto.

—Les echaré un vistazo a los libros en lo que lo preparas.

Como si Helen fuera su chacha.

—Genial, te preparo una taza.

Comprobó la hora conforme se movía. Las seis y diez. Encendió el hervidor de agua y sacó el móvil.

—Dilly, hola —dijo cuando respondió a su llamada—. Oye, lo siento, ha vuelto a surgirme un imprevisto y voy a llegar un poquito más tarde. ¿Te sigue viniendo bien que pase a por los últimos libros?

—No hay ningún problema, no tengo planes.

—Gracias, eres un cielo. Te veo en un rato.

Preparó una taza de café y añadió un extra de leche para acelerar que se lo bebiera.

De vuelta en la tienda, se sorprendió al ver que Moira estaba tras el mostrador.

—Solo estoy buscando una bolsa para llevarme estos —dijo sin vergüenza alguna. Cogió una y metió los libros que había dejado sobre el mostrador—. Son tres, así que seis libras, ¿verdad? —Dejó tres monedas de dos libras sobre la superficie.

Algunos eran libros nuevos, de esos que Helen decidió vender a dos libras y media. El precio estaba escrito a lápiz en la esquina superior derecha de la primera página. Quería ser firme y seria, y decirle que eran siete con cincuenta. En vez de eso, asintió y sonrió como si aquella zorra estuviera haciéndole un gran favor al comprarlos.

—Aquí tienes tu café. —«Bébetelo y pírate».

—Gracias. —Moira lo cogió y asintió—. Justo como me gusta. Lo necesitaba, ha sido un día horrible.

Helen ahogó un gruñido. Moría había vuelto a su estado de «somos amigas». Aquello significaba que no iba a darse ninguna prisa. Dilly había sido tan amable y paciente que no podía permitirse llegar tarde dos noches seguidas.

—Oye —dijo cortando una frase del monólogo de Moira sobre un caso con el que estaba teniendo problemas. Sin darle detalles, claro. Tampoco habría importado: Helen apenas la estaba escuchando.

Parecía que Moira no se había dado cuenta. Helen ni siquiera estaba segura de que le importara que fuera así. Era como si

sencillamente necesitara hablar y le resultara irrelevante que su audiencia hiciera oídos sordos.

—Oye —repitió Helen, esta vez en un tono más dulce—. Lo siento, pero tengo que marcharme. Tengo que hacer una recogida y no quiero llegar tarde.

«De nuevo», aunque no añadió este último pensamiento a su frase.

Moira se llevó la taza a la boca y le dio un sorbo.

—Si quieres, espero y ayudo a traer las cajas cuando regreses. No tengo nada más que hacer esta tarde.

—Gracias por tu amabilidad —dijo Helen mientras buscaba una excusa desesperadamente—, pero no estoy segura de que vaya a regresar. Es probable que me vaya directa a casa. —Se pasó una mano por el pelo—. Necesito una ducha con urgencia para lavarme el pelo. Y estar en mi casa de nuevo. —Después temió que Moira le discutiera que no podía dejar las cajas en su vehículo toda la noche sin tentar al destino, así que añadió—: En cualquier caso, no tengo que recoger muchos libros, así que se quedarán en el maletero hasta que vuelva mañana.

Estaba balbuciendo. Inventándose excusas que no tendría que poner y que no necesitaba. Podría haber dicho un simple «Gracias, pero no hace falta». El pensamiento de que aún tendría que aguantar a esa mujer durante casi dos años más le provocó ganas de llorar.

Moira levantó una ceja y la mantuvo en esa posición hasta que Helen se calló.

—Parece que no me queda otra que terminármelo y marcharme, ¿no?

Helen tenía un «Lo siento» en la punta de la lengua, pero se aguantó las insoportables ganas de decirlo. De nuevo. Disculparse otra vez por atreverse a vivir su vida, gestionar su negocio, hacer lo que le venía en gana. «Un castigo insuficiente por matar a alguien». También hizo caso omiso a aquella irritante voz interior.

Pasaron otros tantos minutos hasta que Moira se terminó su café.

Dejó la taza en el mostrador y le dirigió una sonrisa a Helen.

—Gracias. Ahora será mejor que te deje marchar. —Recogió su maletín y la bolsa de papel con los libros que había comprado y se fue.

Helen aflojó la tensión de los puños y estiró los dedos.

En ocasiones, creía que arrepentirse era una pérdida de tiempo, pero si había algo que lamentaba profundamente era no haber aprovechado la oportunidad que tuvo de tirar a esa tipa escaleras abajo.

Capítulo 32

Eran casi las siete cuando Helen se detuvo frente a la casa de Dilly, casi esperando que la puerta se abriera como había ocurrido la noche anterior. No fue así y sin un rostro alegre que la recibiera en el camino, la casa tenía un aspecto más lúgubre que nunca.

Helen salió del coche, cogió las cajas de cartón sin armar y el rollo de cinta americana, y se dirigió a la puerta principal. Llamó al timbre, oyó el sonido que emitió y esperó. Transcurrieron un par de minutos sin respuesta, así que volvió a tocarlo. Era un poco más tarde de lo que había dicho que llegaría; quizá Dilly hubiera tenido que marcharse. O quizá estuviera harta de esperar. Si Helen perdiera ese último cargamento de libros por culpa de Moira, sería el final perfecto para un día de mierda.

Tras otro minuto, Helen estaba convencida de que había perdido su oportunidad. Recogió las cajas, lista para marcharse, cuando de repente la puerta se abrió.

—Helen. Pasa.

No era el saludo amable al que Helen estaba acostumbrada. Dilly no tenía su expresión habitual. Quizá este segundo día de retraso fuera la gota que colmaba el vaso.

—Lo siento. Quería llegar a tiempo, pero mi agente de la condicional apareció de la nada. No sé si te acuerdas, pero te comenté que me visitaba inesperadamente. —Si esperaba que lo recordara o ver un atisbo de simpatía, se equivocaba. De hecho, la

expresión de Dilly se tomó más despectiva, incluso enfadada. Helen, que esperaba un recibimiento más amable por su parte, quería llorar de la frustración, quería decirle que no era su culpa, pero era evidente que sí que lo era. Su culpa por haber matado a Toby—. Vale, quizá debería marcharme. Podríamos pasar la cita a otro día. O quizá prefieras que no regrese.

—Ya que estás aquí, será mejor que pases.

No era la invitación más gentil del mundo. A Helen le habría encantado subirse a un pedestal, negar con la cabeza y decir: «No, gracias, no te molestaré más», pero en ese momento se dio cuenta de que dirigía un negocio y ya no podía permitirse el lujo de ofenderse por los desprecios.

—Lo siento mucho por llegar tarde —dijo de nuevo mientras se abría paso con las cajas que llevaba bajo el brazo.

—Asegúrate de que esta sea tu última visita. —Dilly hizo un gesto hacia las últimas estanterías—. No queda mucho. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer. Cuando termines, vete.

Helen la miró fijamente. ¿Qué le ocurría a la gente últimamente? Moira y su irritante costumbre de alternar entre doña Superoficial y la señorita Mejor Amiga; ahora Dilly jugando al señor Jekyll y mister Hyde. Con un suspiro, Helen cortó un pedazo de cinta americana y preparó la primera caja. Había llevado tres: más que suficientes para guardar lo que quedaba.

Intentó sacarse a Moira y a Dilly de la cabeza, empezó a coger los libros de las estanterías y a colocarlos cuidadosamente en la caja. No tardó mucho. Ninguna taza de café ni charlas intrusivas interrumpieron su labor.

Estaba encintando la última caja para cerrarla cuando Dilly regresó.

—Supongo que ahora vas a volver para colocarlo todo en tus estanterías, ¿no?

Helen sintió la primera punzada de irritación. Había sido idea de Dilly proporcionarle los libros a un precio tan reducido y ahora criticaba que Helen les estuviera sacando provecho. Estaba

arrodillada, como casi todo el tiempo durante las últimas semanas. Una posición de penitencia perfecta. Le dio unos golpecitos a la parte superior de la caja y se puso de pie.

—Si lo prefieres, puedo dejarlos. Por si has cambiado de idea.

Dilly hizo un gesto bastante inesperado con la cabeza y después le cogió la mano.

—Si me das la cinta americana, terminaré de cerrar las cajas mientras tú las llevas al coche.

Helen le pasó el rollo.

—De acuerdo, gracias. —Dudó, pero decidió disculparse de nuevo—: Sé que estás molesta conmigo por llegar tarde por segundo día consecutivo, pero, de verdad, no he tenido otra opción. Lo siento muchísimo.

Dilly giró el rollo sin mirar a Helen a la cara.

—Creo que es mejor si terminamos esto y lo dejamos estar.

No ofenderse era una cosa, pero dejarse pisotear era otra muy distinta.

—Vale.

Se agachó para coger la primera caja. Unos minutos más tarde, cuando se enderezó, las otras dos cajas ya estaban cerradas con cinta y Dilly había desaparecido de su vista. Helen llevó las dos últimas cajas al coche, se quedó de pie en el salón y gritó:

—Gracias, Dilly. Has sido muy amable, siento haberte decepcionado.

No obtuvo ninguna respuesta. Con un suspiro, se marchó y cerró la puerta cuidadosamente al salir. Mientras conducía de vuelta a la tienda, reflexionó sobre el comportamiento de Dilly. Había pasado de ser afable y comprensiva a enfadada y despectiva. Le dijo a Helen que no se preocupara por llegar tarde, así que ¿qué era lo que había causado ese cambio de actitud?

Una vez en la librería, se sintió decepcionada y frustrada a partes iguales. Apagó la alarma, descargó las cajas del coche y las llevó a la planta de arriba. Había planeado desempaquetarlas, pero el comentario casi burlón que Dilly había hecho sobre que irían

directamente a las estanterías hizo que Helen cambiara de opinión. En vez de eso, terminaría con las de la señora Clough, así tendría la oportunidad de ser sincera con Jared cuando regresara.

Sin embargo, dio por concluido el día. No haría nada más que llevar sus pertenencias a casa. Tardó casi una hora. Varios viajes escaleras arriba y abajo. Abriendo y cerrando la puerta principal con llave. Su última visita al piso superior fue para arrastrar las cajas restantes al almacén.

Encendió la alarma, cerró la puerta y ya en el coche recordó la comida que había en el frigorífico, y que en el de su casa no había nada.

«¡Mierda!». Se había olvidado de Jess. La joven no le había devuelto la llave mientras Helen había estado allí ni se la había metido en el buzón mientras estaba en casa de Dilly. ¿Eso significaba que Jess no había encontrado otro lugar en el que vivir, por lo que Helen tendría que hacerle frente cuando llegara a casa? Estaba tan cansada que no quería tener que lidiar con ella.

Le tentaba quedarse en la tienda esa noche. Lo habría hecho de no ser por el miedo a que su némesis descubriera que no había vuelto a su hogar. Moira era una serpiente astuta y Helen no descartaba que se pasara por Hungerford Road para comprobar que estaba allí.

Salió del coche, abrió la puerta, apagó la alarma y se dirigió a la cocina. Sacó las comidas preparadas que quedaban y otros productos que Sarah le había comprado y, mientras estaba allí de pie, con la puerta del frigorífico abierta, por encima del zumbido que emitía, oyó un golpe seguido rápidamente de otros tantos.

Entre Moira y Dilly, Helen había tenido una tarde de mierda. Quería dirigirse a la puerta de al lado y discutir con Alex y Zander. Decirles que iban por mal camino si pensaban que podían asustarla. Podría haberlo hecho de no haber sido porque las lágrimas que llevaba conteniendo todo el día empezaron a fluir por su rostro.

Cogió un rollo de papel de cocina, cortó un par de hojas, se secó los ojos y se sonó la nariz. El golpeteo se detuvo. Esperó pero como

no recomenzaba, recogió la bolsa con la comida y se fue de la cocina. Cuando llegó a la puerta principal, se dio cuenta de que había cerrado los ojos al pasar frente a la escalera. La hizo reír. ¿De verdad pensaba que el fantasma del pobre Reginald Taylor estaba allí tirado, con los nudillos ensangrentados?

Allí dentro no había fantasmas y, con suerte, Moira tampoco estaría merodeando fuera.

Una parte de sí deseó que Jess no estuviera allí cuando llegara a casa, y cuando unos minutos más tarde vio la luz encendida en la sala de estar, gruñó y golpeó el respaldo con la cabeza varias veces.

¿Qué mosca le había picado para darle a la joven chica una llave de su casa? ¿Estaba jugando a ser una buena samaritana? ¿O había pensado que al acercarse a Jess podría ayudarla a evitar los errores que ella misma había cometido? Reposó la cabeza y cerró los ojos. Seguía tan nerviosa, tan ansiosa por agradar y, a pesar de sus esfuerzos por mirar al futuro, seguía obsesionándose demasiado rápido con su pasado. Podía pasar la noche intentando decidir por qué había hecho según qué cosas en su vida o podía salir del coche y enfrentarse a las consecuencias de otro de sus actos. Al menos esperaba que ese no la mandara a prisión.

Giró la llave en la cerradura y empujó la puerta principal hasta que se abrió. En una situación normal, un agradable silencio le habría dado la bienvenida. Aquella tarde fue la música quien la recibió. Algo suave y melódico. También se apreciaba el olor característico de algo cocinándose. Dudó entre la necesidad de descargar sus pertenencias del coche y descubrir qué estaba pasando.

Ganó la curiosidad.

La habitación posterior de la casa había sufrido una ampliación y una reforma por parte de un dueño anterior. Era una de las razones por las que Helen se había enamorado de la vivienda la primera vez que la vio. Solo tuvo que pintar las paredes blancas de un amarillo pastel para que fuera perfecta. No era una estancia muy grande, pero tenía un buen diseño, por lo que cabía todo lo que necesitaba

en la pequeña cocina, dejando espacio para una mesa y sillas. Al lado del gran ventanal había puesto una silla pequeña, bastante maltrecha pero cómoda, que había conseguido en una venta de objetos de segunda mano en un garaje. Era su lugar favorito para acurrucarse y perderse en un libro.

Cuando abrió la puerta lento como si le preocupara lo que iba a descubrir, no le sorprendió encontrar a Jess hecha un ovillo con un libro en la mano. Era evidente que era bueno y estaba inmersa en él, ajena a todo lo demás. Le dio a Helen la oportunidad de analizar la situación: escuchó el leve zumbido del ventilador del horno, vio una mesa puesta para dos y velas esperando a ser encendidas.

¿Una disculpa por haber robado, un agradecimiento por ofrecerle una cama a Jess para que pasara la noche o un soborno para permitir que se quedara?

Helen se aclaró la garganta y le hizo gracia que Jess continuara sin levantar la vista del libro. Se acercó por detrás y cerró la puerta. El golpe hizo eco en la habitación y finalmente atrajo la mirada sorprendida de Jess.

Lanzó el libro hacia la silla mientras se ponía de pie.

—Lo siento, estaba concentrada.

—Aún sigues aquí.

Estaba ciñéndose a lo obvio, pero a Helen no se le ocurrió nada más que decir en ese momento en el que recordó lo agradable que era llegar a casa y que alguien estuviera esperando. Fue la primera vez que pudo pensar en los buenos momentos con Toby. Esos primeros días en los que bailaron juntos, buscando su camino, descubriendo qué les hacía felices, qué necesitaba cada uno.

¿Cuándo empezaron a torcerse las cosas? La policía, la agente, su hermana. Todos hicieron preguntas. Helen insistió en que no tenía respuestas, pero sí que las tenía: todo empezó cuando ella y Toby descubrieron qué era exactamente lo que cada uno de ellos necesitaba..., exactamente lo que ella necesitaba.

—Helen, ¿estás bien?

Por la expresión preocupada de Jess, Helen supuso que se había

quedado absorta en sus pensamientos.

—Sí, gracias, solo estoy sorprendida por... —Hizo un gesto con la mano para señalar la habitación—. Por todo esto.

—Me perdonaste, me ofreciste un sitio en el que quedarme. Quería agradecértelo.

—Parece que se te ha olvidado que mi oferta era temporal —dijo Helen negándose a dejarse persuadir por lo que Jess había hecho—. Creí que ibas a buscar otro lugar en el que quedarte. ¿No es eso lo que me dijiste cuando fuiste a la tienda esta mañana?

—Sí —suspiró Jess—. He encontrado otro sitio, pero no puedo mudarme hasta el lunes. Esperaba que me dejaras quedarme hasta entonces.

Helen hizo otro gesto en torno a la habitación.

—Entonces, ¿todo esto es un soborno?

—No, porque todavía puedes negarte y, entonces, me iré. —Jess pasó junto a ella, se dirigió hacia los fogones y apagó el horno—. He preparado lasaña. —Cogió un paño, abrió la puerta y sacó la fuente—. Quería darte las gracias por darme una segunda oportunidad.

La lasaña desprendía un olor delicioso. Helen le culpó por debilitar su decisión.

—Supongo que puedes quedarte hasta el lunes. —Señaló con el pulgar la puerta que tenía detrás—. Voy a descargar el coche antes que nada.

—Te echo una mano, así acabaremos más rápido. —Jess apoyó la fuente y metió dos platos al horno.

Helen metió dos de los almohadones del sofá en casa y Jess iba detrás con el tercero bajo el brazo a la vez que llevaba una bolsa de viaje en la otra mano.

—He limpiado un poco mientras esperaba.

Había pasado la aspiradora y guardado algunas cosas. Ya casi tenía el mismo aspecto que antes del asalto. Helen colocó los almohadones en su sitio.

—Es muy amable por tu parte.

De repente dejó de importar si Jess actuaba por gratitud o por

egoísmo.

—Gracias. Me daba pánico tener que enfrentarme a todo esto.

Al trabajar juntas, solo tardaron unos minutos en descargar el resto de pertenencias de Helen.

—Si no te importa tomarte un vino blanco con la lasaña, puedo abrir esta.

Agitó en su mano la botella de alcohol que había sacado de una de las bolsas.

—Me parece bien. —Jess señaló la mesa—. ¿Por qué no te sientas y la abres mientras sirvo la comida?

Parecía no tener sentido decirle que aquella era su casa, así que Helen se sentó e hizo lo que le había pedido. El vino seguía frío y el primer sorbo le entró suavemente. Dicen que el alcohol no es la mejor forma de lidiar con el estrés, pero no cabía la menor duda de que ayudaba a ahogar el recuerdo del extraño comportamiento de Moira y Dilly. Había una caja de cerillas al lado de la vela, en el centro de la mesa. Daba pena no encenderla.

—Aquí tienes. —Jess puso un plato en frente de Helen y después se sentó con el suyo—. Quizá necesite más sal.

—Huele genial. —Helen le clavó el tenedor—. Y también está buena.

Comieron sin hablar; la vela tintineaba entre ellas, la música seguía sonando. Sonidos *country* y *western*. La melodía que se estaba reproduciendo era una balada triste sobre perder a un marido.

—¿Te gusta este tipo de música?

—Sí. —Jess ladeó la cabeza. Tenía el tenedor lleno de comida y a medio camino entre el plato y la boca—. ¿A ti no? Puedo poner otra cosa.

Helen negó con la cabeza.

—No te preocupes.

—Las canciones cuentan historias muy a menudo. Eso es lo que me gusta del *country*. —Jess acercó el tenedor aún más, pero, antes de llevárselo a la boca, dijo—: Háblame de tu historia. De ese

hombre al que asesinaste.

Capítulo 33

La primera reacción de Helen fue sentirse engañada. Se había dejado estafar por esa mujer. Sintió ira. Hacia sí misma por ser tan jodidamente ingenua: solo habían hecho falta una lasaña mediocre y algo de limpieza para que cediera. Hacia Jess por engañarla, por leer sus documentos personales. Porque era evidente que ahí era donde había leído sobre Toby. No era una puta mentalista.

Que estuviera maldiciendo hasta ese punto, aunque fuera internamente, le dio una pista a Helen de lo mal que se lo estaba tomando. De lo traicionada que se sentía. Primero por Dilly; ahora, por Jess. Qué mal se le daba juzgar el carácter de los demás. ¿Acaso su experiencia con Toby no le había enseñado nada? Dejó caer el tenedor sobre el plato y lo apartó.

—¿De verdad piensas que prepararme la cena y limpiar un poco te da derecho a hacerme preguntas sobre mi vida privada? Es información que solo podrías llegar a saber si hubieras leído mi correspondencia personal. Un hecho más que despreciable.

Jess tragó el bocado de lasaña y alcanzó su copa de vino. Le dio un trago y volvió a apoyarla.

—No he leído tus cartas. No he tenido necesidad de hacerlo. Solo he tenido que buscar tu nombre en internet. Me dijo todo lo que necesitaba saber sobre ti.

Por supuesto que la vida de Helen estaba en internet: todos los detalles sobre quién era, sobre qué había hecho. Jess no había

tenido que leer las cartas de Helen. Aquello no reducía su ira hacia la mujer o su sentimiento de traición.

—¿Por qué necesitarías saber cosas sobre mí? Solo vas a quedarte aquí unos días, no vamos a casarnos.

Jess cortó otro pedazo de lasaña.

—Te dije que iba a ser más cuidadosa en lo relativo a con quién compartía vivienda en un futuro. Mostraste una inclinación inusual hacia la violencia. Habré sido una estúpida por compartir piso con esas chicas tan inútiles, pero no sería tan imbécil de vivir con alguien que pudiera resultar violento. Hice una búsqueda y leí sobre tu juicio. Y sobre el hombre al que mataste.

—Y creíste que era perfectamente aceptable preguntarme sobre él, ¿verdad? —Porque no lo era, ¿no? Helen había estado dos años en prisión. Sin duda, las cosas no habían cambiado tanto. ¿Ahora era aceptable ser tan intrusivo?

Jess se encogió de hombros.

—Pensé que te gustaría hablar de ello. A veces, pareces muy reservada. No te viene bien serlo.

¡«Reservada»! Helen no sabía si reír o llorar.

—He tenido mucho con lo que lidiar últimamente. El asalto aquí y en la tienda, el... —Se detuvo antes de mencionar los ruidos. No quería sonar muy extravagante. No le debía ninguna explicación a Jess.

—Me sorprendió que te sentenciaran. Me da la sensación de que eras víctima de control coercitivo y de violencia doméstica, y que solo te estabas defendiendo. Fue mala suerte que él muriera.

Helen se preguntó qué diría Moira de ese resumen. De que la muerte de Toby solo había sido «mala suerte». Debería haber zanjado la conversación. Sin embargo, se descubrió a sí misma haciendo aclaraciones.

—Compré el cuchillo el día anterior. Era de buena calidad, caro, además de muy afilado. No quería dejarlo suelto en el cajón de los cubiertos y no había decidido dónde guardarlo, por eso estaba sobre la encimera. La acusación determinó que aquello mostraba

premeditación.

—Yo diría que fue una grata coincidencia.

No había astucia ni en la expresión de Jess ni en su tono de voz. Se creía la historia de Helen, ¿por qué no hacerlo? Llegados a ese punto, hasta ella se la creía. Sencillamente, el cuchillo estaba a su alcance cuando Toby, con esa mirada de asco, se acercó a ella con el cinturón tensado entre las manos. Echó la mano atrás, a ciegas, y esta se deslizó por la encimera fría de granito en busca de algo con lo que protegerse. Recordaba cómo sus dedos se habían curvado en torno al mango del cuchillo y el sonido metálico de la punta de la hoja al rozar el granito. Después había una laguna en su memoria, un vacío entre ese chirriante y metálico sonido y el fuerte golpe sordo cuando Toby cayó al suelo. Ni siquiera recordaba haber clavado ese cuchillo. Porque seguramente no era capaz de alcanzar ese nivel de violencia.

Sabía lo que había hecho, por supuesto. La evidencia estaba desangrándose en el suelo, a sus pies, el cuchillo seguía en su mano, la sangre goteaba de la punta de la hoja de acero inoxidable, llegaba hasta el mango y le manchaba la mano. Se aferró allí, cálida y viscosa, mientras la sangre bombeaba, luego rezumaba y goteaba por el agujero que ella había hecho en el estómago de Toby.

—No quiero hablar más de esto, de verdad.

—Vale. —Jess parecía completamente impasible por el tono cortante de Helen—. Pues hálame de los planes que tienes para la tienda.

Helen parpadeó para disipar las imágenes de Toby y se quedó mirando fijamente a Jess durante unos segundos. No sabía nada sobre esa extraña mujer que ahora parecía tener tantísima información sobre ella. Alcanzó su copa de vino, le dio un sorbo cuidadoso y volvió a dejarla. No había ningún inconveniente en hablarle sobre los planes de la tienda.

—Es un sueño hecho realidad —dijo por fin—. Tengo que hacer que funcione.

Quizá debería haber omitido esa última frase. La hizo sonar débil

y patética, y ella ya no era ninguna de las dos cosas. Se negaba a serlo.

—Voy a hacer que funcione —dijo.

—Sé que lo harás. —Jess elevó su copa—. Un brindis por Appleby Books y su éxito.

¿Por qué no? Helen alzó la suya.

—Por Appleby Books y su éxito.

Mientras sus copas se tocaban, Jess habló:

—Iba en serio con lo de querer ayudar.

—No necesito ayuda, gracias. —Era una respuesta contundente, maleducada incluso, pero Helen ya había lidiado con suficiente gente aquel día.

Jess estiró su mano hasta alcanzar la de Helen, levantó el índice y le tocó el dorso. Hicieron contacto.

—Venga, di que sí. Mañana estoy libre. Será como un pago por el alojamiento. ¿Qué opinas?

Helen quería repetir su negativa, insistir en que no necesitaba ayuda. Que era más que capaz de gestionarlo. Además, Sarah iba a echarle una mano al día siguiente. Sin embargo, era el primer sábado de apertura del negocio y podía haber jaleo. Si Jess iba, podía desempaquetar los libros que Helen había recogido de casa de Dilly y colocarlos en las estanterías para que Sarah solo tuviera que hacer lo mismo con los que quedaban de la señora Clough. Podía confiar en que su hermana hojeara los libros y recogiera lo que encontrara.

—Vale, bien, trato hecho.

Jess sonrió.

—No te arrepentirás. Soy buena trabajadora. Y conozco los libros, no tienes que preocuparte de que los coloque en la estantería incorrecta.

Eso estaba tan al final de la lista de preocupaciones de Helen que la hizo reír.

—Estoy segura de que no lo harás. —Se terminó el vino de su copa y negó con la cabeza cuando Jess elevó la botella a modo de

invitación—. No, no aguanto bien el alcohol. Además, estoy destrozada. Voy a limpiar y a irme a la cama.

—No, yo me encargo de todo. Ve a dormir, tienes pinta de estar hecha polvo.

No parecía haber razón para discutir, sobre todo porque la copa de vino había hecho que Helen pasara de estar destrozada a tremendamente agotada.

No se molestó en darse la ducha que tanto había ansiado. En vez de eso, se quitó la ropa, se puso una camiseta de algodón y se deslizó entre las sábanas. Era agradable haber vuelto a su casa, dormir en su cómoda cama. Y, curiosamente, a pesar de sus dudas sobre Jess, había algo reconfortante en que hubiera alguien más en la casa.

Capítulo 34

Cuando Helen se despertó, su primer pensamiento fue que debía de estar de vuelta en prisión, porque oía voces. Muchas. Todo había sido un sueño. La tienda, los asaltos, los ruidos extraños y la gente rara. Era un alivio. De nuevo, estaba encerrada y a salvo. Le dirían qué hacer y estaría protegida de los cambios impredecibles de la vida.

Mantuvo los ojos cerrados, incluso cuando la realidad se abrió paso en su mente. No estaba en prisión: las voces, el murmullo de fondo, procedían de la radio de la cocina. Jess apoderándose de la casa.

Hacía una semana, Helen se moría de ganas de abrir la tienda. Su nuevo negocio, un flamante comienzo y un sueño hecho realidad. Llevaba muchísimo tiempo planeándolo, creyó saber lo duro que era gestionar una empresa, pero lo que no se había imaginado eran las otras variables que tendrían un impacto en su vida. Los asaltos habían sido muy malos, pero los ruidos y la gente con la que había tenido que lidiar estaban mermando su entusiasmo.

Pasaron varios minutos hasta que se obligó a retirar el edredón, y tardó otro par de segundos en salir de la cama y meterse en la ducha. Una vez leyó que darse una ducha podía aumentar o devolver la energía positiva. Era una razón igual de buena que cualquier otra para quedarse un largo rato bajo el agua. No estaba segura de si se sentía más positiva, pero sí percibió más calma

mientras se vestía.

En el piso de abajo, cuando abrió la puerta de la cocina, Jess estaba acurrucada en la silla, junto a la ventana, y sostenía un libro abierto con una mano. Levantó la vista cuando la puerta se abrió; parecía ligeramente sobresaltada, como si le sorprendiera el aspecto de Helen. Aquello la hizo sentirse como una intrusa en su propio hogar.

La sensación se intensificó cuando vio que le había dejado un sitio para que se sentara a la mesa. La taza, el bol, el plato y los cubiertos. Todo estaba alineado. Parecía que se estaba quedando en un *bed and breakfast*.

—Voy a prepararte un café —dijo Jess a la vez que cerraba el libro y se ponía de pie.

—No. —Casi gritó esa única palabra y Jess se detuvo con los ojos abiertos de par en par. Helen elevó una mano, en parte como señal de disculpa, en parte para evitar que Jess se moviera—. Anoche estaba muy cansada y fue muy amable por tu parte que cuidaras de mí, pero prefiero hacerlo yo misma, de verdad.

—Yo tampoco soy muy de madrugar y no soy persona hasta que no me tomo un café.

¡Ahora se ponía a sí misma de excusa! Helen apretó los dientes y se giró para rellenar el hervidor de agua. Sintió cierto placer perverso en preparar té en lugar de café, consciente de que Jess la estaba mirando mientras abría la caja del té, sacaba una bolsita y la hundía en la taza que había cogido del armario. No en la que Jess había dejado sobre la mesa. Helen casi sonrió al darse cuenta de lo infantil que estaba siendo. Jess tenía una capacidad increíble para sacarla de quicio.

Ignorándola, metió pan en la tostadora y sorbió el té mientras esperaba a que estuviera listo.

—¿Vamos a ir andando a la tienda?

«Vamos». La última vez que Helen escuchó un verbo en plural la cosa no acabó bien. Quizá debería advertir a Jess. El pensamiento la hizo reír. Se convirtió en una gran carcajada cuando vio la expresión

de Jess: aprensiva y curiosa a partes iguales, pero, sobre todo, cautelosa. Parecía que la advertencia era innecesaria.

—Tranquila, no estoy loca. Solo me he acordado de algo gracioso.
—Se llevó la tostada y el té a la mesa, y se sentó—. Iremos andando.

Se marcharon veinte minutos después. Estaban a mediados de octubre, hacía un airecillo frío que hizo que Helen se abrochara la fina chaqueta que se había puesto sobre la camiseta. Se percató de que Jess iba vestida más adecuadamente: llevaba una parka que tenía pinta de ser calentita. También había un claro enfriamiento entre ellas desde el rechazo de Helen al plan del desayuno.

Se dijo a sí misma que no le importaba. Que había hecho bien en plantarle cara. Sin embargo, la culpa se le clavó cuando se percató de que Jess parecía un cachorro fustigado. Solo estaba intentando ser amable. ¿Por qué Helen había armado tal escándalo al respecto?

—Aprecio mucho que te hayas ofrecido voluntaria para ayudar hoy —dijo mientras caminaban hacia la tienda.

A Jess se le iluminó la cara.

—Estoy encantada de tener la oportunidad de agradecerte tu amabilidad. Además —añadió con una sonrisa—, disfrutaré trabajando en la tienda.

Hablar sobre libros mientras caminaban restituyó el vínculo amistoso entre ellas y Helen se sintió lo suficientemente cómoda para decir mientras abría la puerta:

—Es un alivio llegar y encontrar todo tal como lo dejé.

—¿No ha sido siempre así? —Jess sonaba desconcertada.

«El asalto, los libros caídos desde las estanterías».

—Me refiero a que regentar una librería aún me parece un sueño.

—Ah, claro, tiene sentido.

—Entra y te enseñaré por dónde quiero que empieces. —En el piso de arriba, Helen señaló los libros que había traído de casa de Dilly—. Casi todo es ficción contemporánea, así que no deberías tener problema en encontrarles un hueco en las estanterías de la

planta baja. —Le entregó el sello—. Por favor pon el logo en la esquina superior derecha de la primera página.

Helen estaba tras el mostrador, mirando las páginas del libro de contabilidad, cuando de pronto escuchó pasos de nuevo en la escalera. Esta vez, descendían más lentamente. Helen echó un vistazo rápido: esperaba ver a Jess con los brazos cargados de libros. Pero no fue así. Tenía el ceño fruncido y llevaba algo en la mano.

Capítulo 35

—He encontrado esto —dijo Jess abriendo la mano para mostrar un medallón ornamentado que pendía de una fina cadena dorada.

—¿Lo has encontrado? —Helen lo cogió y lo llevó a la luz. No estaba muy puesta en joyería y pensó que la pieza era fea, pero estaba casi segura de que las piedras incrustadas en el oro eran diamantes—. ¿Dónde?

—Cogí algunos libros de la caja y se cayó de uno de ellos.

Helen se quedó mirando el medallón fijamente. Por muy feo que fuera, pesaba y era evidente que tenía cierto valor. ¿Cómo había acabado en la caja? Quizá estuviera en la estantería y se hubiera quedado enredado en los libros. Era poco probable que no se hubiera dado cuenta, pero se había distraído con el extraño comportamiento de Dilly, así que...

—Contactaré con la mujer que me vendió los libros y le diré que lo tengo a buen recaudo. —Sonrió a Jess—. Gracias. —No tenía por qué dárselas. Jess podría haberse quedado el medallón. Solo por el peso del oro podría haber conseguido cientos de libras.

—Volveré a ponerme con los libros. Con suerte no habrá más sorpresas.

Helen tenía el número de teléfono de Dilly. Podría llamarla e informarle de que había encontrado el medallón. O quizá fuera mejor pasarse por allí con él, aprovechar la ocasión para preguntarle a Dilly por qué había estado un poco distante con ella la tarde

anterior. Porque ahora que lo veía desde una perspectiva más tranquila, estaba segura de que había algo extraño en su comportamiento. Y ya había bastantes enigmas en su vida como para añadir otro más.

Guardó el medallón en el bolsillo de sus pantalones vaqueros, después lo apartó de su mente y sonrió a los clientes que entraban por la puerta. Había un flujo constante y la mayoría compraron al menos un libro. También se prestaron a hablar y prometieron volver.

—Es agradable tener una librería que visitar —comentó una mujer mayor mientras dejaba dos libros sobre el mostrador—, aunque sea de segunda mano. —Resopló—. Hoy en día todo se basa en la sostenibilidad, ¿verdad?

Dijo «sostenibilidad» como si fuera algo malo. Helen ocultó su sonrisa y metió los dos libros en la bolsa de papel.

—Cuando soñaba con abrir una librería —explicó—, siempre me imaginaba una de segunda mano. Me gusta la idea de que los libros se lean una y otra vez, de que se les dé amor y se le entreguen a alguien más para que los disfrute.

—Entonces, queridos con anterioridad y no de segunda mano. —Sonrió la mujer—. Sí, lo entiendo. —Se despidió levemente y se marchó.

Sarah llegó a las diez.

—Tiene buena pinta. —Le susurró a Helen al oído antes de darle un abrazo—. ¡Y hay jaleo! Estoy extremadamente contenta por ti.

—Gracias, y gracias también por venir a echarme una mano. Mi primer sábado de apertura. Era imposible predecir cómo irían las cosas. —Señaló la escalera con la cabeza—. Hay una estudiante universitaria ayudándonos. Se llama Jess. —Nunca le habló a Sarah del robo del dinero y se alegraba de no haberlo hecho—. Vino el primer día y ha vuelto un par de veces desde entonces, así que hemos estrechado lazos. De hecho, se está quedando en mi casa unos días.

Sarah se alejó y elevó una ceja.

—¿Quedándose en tu casa? La cosa avanza muy rápido, ¿no?

A Helen le divirtió la reacción de su hermana y la evidente sospecha en su mirada.

—No llegues a conclusiones equivocadas. Me refería a estrechar lazos en un contexto no sexual.

—Bueno, después de dos años en una cárcel de mujeres —dijo Sarah, eligiendo, evidentemente, las palabras con cautela—, quizá hubieras decidido que era preferible cambiar de acera que volver a conocer a alguien como Toby.

—Podría, pero no lo he hecho y, en cualquier caso, no creo que mi elección se reduzca a ser lesbiana o conocer a Toby Mark 2.

—No era mi intención ofenderte —dijo Sarah con vergüenza.

—No me he ofendido. —Helen le dio a su hermana un ligero golpe en el brazo—. Ve arriba, preséntate a Jess. Te gustará. Te he dejado tres cajas en la esquina para que trabajes con ellas, si te parece. —Le explicó la petición de Jared y cogió el sobre tamaño A4 del estante que había bajo el mostrador para dárselo.

—Cualquier cosa que encuentres, métela aquí. La mayoría son tiques de supermercado, pero también he dado con un par de billetes de cinco libras.

—Qué raro.

—Mejor que doblar la esquina de una página. Algunos de los libros son bastante antiguos, así que ya veremos dónde crees que pueden encajar. Pregúntale a Jess si te estancas, es tan bibliófila como yo.

Varios minutos después, en el silencio de la tienda, una carcajada resonó por la escalera. Hizo sonreír a Helen. Parecía que sus dos ayudantes se entendían bien. Debería haberle pedido a Jess que no mencionara cómo había empezado su relación porque no se lo había contado a Sarah. Sin embargo, parecía que tenía el sentido común suficiente como para guardar silencio sobre sus dudosos comienzos.

Cuando las cajas se vaciaran, Helen pondría una señal diciendo que había más libros en el piso de arriba. Después empezaría a contactar con clubs de lectura y vería si conseguía convencerlos de que quedaran allí. No estaba segura de si los autores querrían dar

charlas, porque ella no podía comprarles sus libros. Tendría que pensar en ello. Sabía que los autores T. G. Reid y Lizzie Lane vivían en Bath; podía contactarlos, ver si estaban interesados. Podrían traer sus libros y venderlos. Podría funcionar.

Los recientes acontecimientos habían mermado tanto su entusiasmo como su emoción, pero ella era una mujer resiliente, debía serlo, y ambos estaban reapareciendo lentamente. Sarah y Jess se presentaban de vez en cuando con los brazos llenos de libros que colocaban cuidadosamente en las estanterías antes de desaparecer de nuevo.

A última hora de la mañana, Jess bajó solo con un par de libros en la mano.

—Eso es todo —dijo introduciendo los libros en un hueco disponible—. Le echaré una mano a Sarah con el resto, pero creo que primero voy a parar a comer algo. —Hizo un gesto hacia la puerta—. En el local de al lado hay porciones de *pizza*, así que creo que iré a por una para comer. Sarah dice que no quiere, que ha traído bocadillos, pero ¿a ti te apetece?

Como intuyó que su hermana también había llevado bocadillos para ella, Helen negó con la cabeza.

—No, gracias, estoy bien. Si ya has terminado, puedes marcharte, no tienes por qué quedarte.

—Me gusta estar aquí —dijo Jess con sencillez antes de cruzar la puerta en busca de *pizza*.

A los veinte minutos volvió con las manos vacías.

—¿Y la *pizza*?

—Me la he comido allí. He conocido a los propietarios. Qué gritones son, ¿eh?

Helen habría preferido que Jess regresara y dijera que había conocido a Alex y Zander y que le habían parecido un poco extraños. Un poco sospechosos. Si lo hubiera hecho, Helen podría haber compartido sus sospechas sobre ellos. Haber hablado de los extraños sonidos que había escuchado: aquellos que estaba segura de que ellos estaban haciendo para volverla loca. Le habría

encantado hablarle a Jess del propietario anterior y de su triste y espantosa muerte en la escalera. En vez de eso, esbozó una sonrisa forzada y dijo:

—Son así.

Sarah bajó cuando Jess estaba narrando una anécdota divertida que Alex o Zander le había contado. Reía mientras la contaba y arrastró a Sarah a la conversación. Las dos seguían riendo cuando la puerta se abrió y dos oficiales de policía entraron.

Eran los mismos dos que habían informado a Helen del asalto en su casa. Pensando que venían a ponerle al día, los saludó con una sonrisa.

—Hola, ¿hay novedades? ¿Han atrapado a alguien? —Miró al oficial más alto, PC Reid, que parecía ser el más hablador de los dos.

—Me temo que no estamos aquí por el asalto de su casa —dijo calmadamente. Le echó un vistazo a la tienda y vio que un par de clientes se giraban para mirar, así que le hizo un gesto hacia la parte trasera del local—. ¿Podemos hablar en privado?

Sarah se acercó, rodeó a Helen con el brazo y se quedó mirando al oficial.

—¿Todo en orden?

Hizo contacto visual con el agente y le asintió de manera casi imperceptible.

—Si fuéramos a un sitio más privado, sería mejor, sí.

—Le echaré un ojo a la tienda si queréis ir a la cocina —dijo Jess.

—De acuerdo, eso sería genial —dijo Sarah pasándole la responsabilidad—. Péganos un grito si tienes cualquier problema. No tardaremos mucho.

Aquella última frase iba dirigida a los agentes. La pronunció mientras guiaba a la indefensa Helen frente a la escalera hasta llegar a la cocina.

El segundo agente cerró la puerta cuando todos entraron a la estancia. Era un espacio pequeño, lo que los obligaba a estar muy juntos y a disgusto, especialmente a Helen, cuya mirada saltaba de un agente a otro mientras intentaba adivinar la gravedad del asunto

por sus caras.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me temo que tenemos una denuncia —dijo PC Reid—. Ayer por la tarde, mientras recogías los libros que le compraste a una clienta, te llevaste una valiosa joya.

—¿Qué? —Sarah casi gritó la palabra—. Helen no es una ladrona.

Helen estiró la mano para apoyarla contra la pared. ¿Qué ocurría? Era la gota que colmaba el vaso. Dilly la había denunciado ante la policía. Dilly, quien gracias a Helen sabía lo que significaría que la culparan de un robo. ¿De verdad pensaba que Helen le había agradecido su amabilidad robándole? Sin embargo, aquello no explicaba el extraño comportamiento de la mujer durante la tarde anterior. A menos que creyera que Helen se lo había llevado en una de sus visitas anteriores.

—Se trata de Dilly Henderson, ¿verdad? ¿Cuándo ha dicho que se lo he robado?

—Dijo que lo tenía ayer y que esta mañana, cuando se lo fue a poner, no estaba donde lo dejó. Y que no había habido nadie más en su casa...

Dejó la frase sin terminar. La única persona a la que Dilly había dejado entrar en su casa era la exconvicta Helen Appleby. Estaba confusa. Si Dilly pensaba que Helen se lo había llevado el día anterior por la tarde, entonces no lograba explicarse el raro comportamiento. No sabía lo que estaba ocurriendo, pero sabía que tenía que limpiar su nombre de la acusación de robo.

—Creo que puedo explicarlo. Esperen. —Señaló la puerta que había tras los agentes—. Necesito pedirle a Jess que venga y entonces lo entenderán todo. —Se giró hacia su hermana—: ¿Podrías ir fuera, darle el relevo y pedirle que venga? Te lo explicaré todo luego, te lo prometo. Y no te preocupes, todo saldrá bien.

Con una reticencia evidente, y lanzándoles una mirada desafiante a cada uno de los agentes, Sarah se marchó cerrando la puerta de un portazo.

Helen no dijo nada hasta que la puerta volvió a abrirse y la cara

descompuesta de Jess apareció por un hueco.

—Pasa. No te preocupes, no te has metido en ningún lío.

—Es bueno saberlo. —Pasó entre los dos agentes para ir al lado de Helen—. ¿Y bien?

—¿Podrías decirnos lo que encontraste esta mañana mientras desempaquetabas los libros que traje anoche?

—¿Te refieres al medallón?

—Sí.

Jess se encogió de hombros.

—Cogí unos cuantos libros de la caja y, cuando volví a por más, encontré una joya entre los dos volúmenes siguientes. Un medallón con una cadena. Inmediatamente lo traje al piso de abajo para dárselo a Helen, que dijo que contactaría con la mujer... Creo que dijo que se llamaba Dilly..., y que se lo devolvería.

—Es lo que planeaba hacer esta tarde cuando cerrara. —Helen se llevó la mano al bolsillo y sacó el medallón—. Lo llevo conmigo, es lo más seguro. Parece de valor. —Adelantándose a la siguiente pregunta, continuó hablando—: No tengo ni idea de cómo llegó a la caja. Empaqueté los libros sola, pero estaba cansada, quizá incluso distraída. Estaría en la estantería, caería a una caja y no me di cuenta. No lo robé. Si lo hubiera hecho, no creo que lo hubiera dejado en la caja para que Jess lo encontrara, ¿no creen?

Parecía que PC Reid no tenía ningún comentario que hacer. En vez de eso, cogió el medallón de la mano de Helen y le echó un vistazo.

—Parece una antigualla.

—Una joya increíblemente fea, en mi opinión. —Estiró el brazo y tocó los diamantes—. Pero supongo que son reales, así que es probable que valga una buena fortuna.

—Sí, es probable. —Observó a Jess con una mirada evaluadora—. ¿Y tú eres...?

—Jess Milgate.

Helen percibió los nervios de la joven y tomó el mando.

—Jess fue una de mis primeras clientas y nos unió nuestro amor

por los libros. Estudia en la Universidad Bath Spa y se ofreció voluntaria para ayudarme hoy.

—¿Y encontraste esto en las cajas que estabas desempaquetando?

Jess asintió.

—Había tres. Cada una de ellas estaba precintada y cerrada. Creo que lo hiciste para transportarlas mejor, ¿verdad? —Miró a Helen buscando confirmación.

—Sí. Además, si llueve, no quiero que los libros se mojen mientras los llevo de acá para allá.

PC Reid entornó la mirada.

—Así que cerraste las cajas con cinta americana antes de irte de casa de la señora Henderson y fue esta mañana cuando la señorita Milgate las abrió.

—Correcto.

—Y en ese momento, encontró esto escondido entre los libros. —Manoseó el medallón. Hizo un ruido metálico que atrajo todas las miradas.

—No exactamente. —Ahora la voz de Jess sonaba más firme porque se había dado cuenta de que no estaba en apuros—. Saqué varios libros antes de encontrarlo, así que estaba dos o tres libros por debajo del primero.

—Cuesta creer que se cayera accidentalmente, ¿no?

Pues sí. De hecho, cuanto más pensaba Helen en ello, más descartaba la posibilidad de que así fuera. La presencia del horrible medallón habría sido evidente. Se habría caído, lo habría escuchado, visto. Sin embargo, si no ocurrió así, solo había otra explicación posible. Dilly lo había dejado allí. Ella insistió en que precintaría las cajas restantes mientras Helen comenzaba a llevarlas al coche. Había tenido oportunidad de hacerlo.

Oportunidad, sí, pero ¿por qué razón?

Capítulo 36

En cuanto los dos agentes de policía se marcharon, Sarah volvió corriendo a la cocina.

—¿Qué demonios ha ocurrido?

Jess no esperó órdenes.

—Voy a encargarme de la tienda. —Cerró la puerta al salir.

Habría estado bien ir al jardín o quizá sentarse en la hierba bajo el manzano con un buen libro. Huir a un mundo diferente. Uno en el que no todo fuera un jodido gran enigma. Sin embargo, Helen no podía permitirse ese lujo. En vez de eso, se pasó una mano por la frente y le contó a su hermana lo que la policía le había dicho.

—Bueno, pues eso es todo, ¿no? —dijo Sarah cuando terminó—. Le devolverán el medallón y fin del asunto.

La vida debería ser así de sencilla, pero, por experiencia, Helen sabía que rara vez lo era.

—Aunque se lo hayan devuelto, Dilly aún podría causarme problemas. —Alzó una mano para detener las palabras que sabía que Sarah tenía en la punta de la lengua—. Sí, lo sé, es ridículo y los agentes dijeron que no iría a más, pero podría afectar a mi permiso.

Sarah extendió la mano y agarró a Helen del brazo.

—¡No! —dijo horrorizada—. No lo robaste y, en cualquier caso, ya lo ha recuperado. Quizá deberías explicarle la repercusión negativa que puede tener en tu situación.

—Lo sabe. —Helen suspiró profundo—. Yo le conté. —

Deshaciéndose del agarre que Sarah ejercía en su brazo, Helen sacó la llave del bolsillo y se fue hacia la puerta trasera—. Necesito un poco de aire fresco.

Una vez fuera, cogió la silla que había a la sombra para llevarla hacia la luz del sol que se filtraba entre las ramas del manzano.

—Debería comprobar que Jess está bien —dijo a la vez que se dejó caer con pesadez. Las patas de la silla se hundieron en la tierra humedecida por la lluvia.

—Jess está bien, es una mujer sensata. Vendrá a buscarte si tiene algún problema. —Sarah elevó la otra silla y la colocó al lado de la de Helen—. Hay algo raro en todo este tema del medallón, ¿no crees?

—Las primeras veces que la llamé para ir a recoger libros a su casa, Dilly fue muy amable. Siempre me preparaba té, insistía en que nos sentáramos a hablar. Me hacía muchas preguntas y me agradaba responder la mayoría de ellas, pero fue un tanto insistente con cosas que yo prefería mantener en privado. Pensé que estaba un poco sola, así que no me importó compartir mi tiempo con ella. Además, me vendió los libros a precio de ganga, así que sentí que era lo menos que podía hacer.

Helen apoyó la cabeza hacia atrás y miró el cielo a través de las hojas del árbol. Algunas ya estaban poniéndose marrones. Las ramas se quedarían desnudas pronto y podría ver el cielo con más claridad. No como esa situación, que cada vez se volvía más confusa. Qué inocente había sido, qué comportamiento tan estúpido había tenido al pensar que la muerte de Toby había supuesto un punto y aparte. Que podría empezar de cero y hacerlo mejor esta segunda vez. No estaba saliendo como esperaba.

—Anoche —continuó—, fue como si Dilly fuera una persona distinta. Fue maleducada, despectiva, casi hostil.

—Quizá fuera alguien diferente. Su gemela.

Helen dejó de mirar el cielo en busca de alguna aclaración y se volvió hacia su hermana.

—Las dos tenemos que dejar de leer tantos *thrillers* psicológicos.

Corremos el riesgo de volvernos paranoicas y ver misterios donde no los hay.

—Vale, quizá la idea de que tenga una gemela sea un poco rebuscada, pero admite que es inverosímil pensar que el medallón se levantó y saltó a la caja él solito.

—Estaba un poco distraída, pero me habría dado cuenta si lo hubiera cogido por error o si se hubiera caído. —Le habló a Sarah de la insistencia de Dilly para que se llevara las cajas al coche mientras ella precintaba las restantes—. Lo guardó ella, seguro.

—¡Eso es! —Sarah casi chilla de la emoción por haber encontrado una solución lógica—. Ella se agachó, el medallón se cayó a la caja y ella la cerró sin darse cuenta de que había acabado allí dentro.

Aquella habría sido la explicación perfecta si Helen no hubiera visto la cadena. No estaba rota, así que no podía haberse caído sin más. No. Dilly la había dejado allí deliberadamente. Helen se devanó los sesos intentando dar con una explicación a por qué habría hecho tal cosa. Repasó todas las conversaciones que pudo recordar. No había dicho nada terrible, ¿verdad que no? Nada fuera de lugar. Solo se abrió y compartió sus miedos y preocupaciones. ¿Fue eso el desencadenante? ¿Se había comportado como diciendo «pobre de mí» y Dilly decidió mostrarle lo que era la miseria en realidad? ¿Planeaba hacer que volviera a prisión, que perdiera un negocio que adoraba? Quizá fuera rebuscado, pero ¿qué otro motivo podría haber?

Era más sencillo dejar que Sarah pensara que había resuelto el enigma que escucharla mientras buscaba alternativas.

—Sí, tienes razón, quizá eso fue lo que pasó —dijo Helen—. Cuando la policía le cuente dónde lo encontraron, es probable que recuerde que lo llevaba puesto cuando estuvo precintando las cajas.

—Me apuesto lo que sea a que la muy desagradable te llamará más tarde y se disculpará. —Sarah se puso de pie—. Ahora que ya está todo resuelto, me vuelvo con los libros. Hasta ahora he añadido otros tres tiques a tu colección. Solo queda una caja, así que no tardaré mucho.

—Genial. —Helen intentó sonar feliz, pero su mente aún sufría pensando en lo que había hecho Dilly. No estaría contenta hasta que no hablara con ella y descubriera por qué había actuado de una forma tan horrible—. Vale, supongo que lo mejor será trabajar de nuevo.

Jess estaba hablando con tres mujeres de mediana edad cuando Helen regresó a la tienda y otra pareja de clientes estaba ojeando detenidamente las estanterías. Según el libro de contabilidad, que Jess había cumplimentado con una caligrafía pulcra y diminuta, se habían vendido diez libros en la última media hora. El sábado demostraba tener más éxito de lo esperado. Debería estar entusiasmada, pero cada vez que la puerta se abría, su corazón se encogía ante la expectativa de ver a Moira y sus duras facciones preparándose para abalanzarse sobre ella y arrastrarla de vuelta a la celda. Helen sabía que estaba siendo excesivamente melodramática. Moira ni siquiera trabajaría un sábado, pero ese pensamiento no redujo su preocupación.

Reconoció a la siguiente mujer que entró por la puerta, pero fue una identificación agradable. Su primerísima clienta.

—Hola, qué alegría verla de nuevo.

La anciana alcanzó una gran bolsa de tela y sacó cuatro libros con torpeza.

—Me ofreciste un buen trato —dijo mientras los dejaba sobre el mostrador—. He disfrutado meticulosamente de estos, sobre todo del de Hemingway. —Le dio unos golpecitos a la cubierta del libro, casi con cariño—. Por lo general, no suelen gustarme mucho los relatos cortos, pero estos han sido la excepción. —Buscó en el bolsillo la tarjeta que Helen le dio el sábado anterior—. Y aquí está la tarjeta para demostrar que traigo los mismos libros que me llevé.

No había necesidad de comprobarlo, pero Helen lo hizo de todos modos.

—Perfecto —dijo—. Coja cuatro más, los que quiera. —Señaló la escalera—. Si no encuentra lo que busca en estas estanterías, hay más en el piso de arriba.

—Gracias. —La mujer echó un vistazo alrededor y sonrió en señal de anticipación—. Cogeré uno de esos pequeños taburetes y me las apañaré como pueda. El peligro está en dar con muchos que quiera leer —dijo finalmente y casi para sí misma a medida que se tambaleaba en dirección a un taburete y lo acercaba a la primera estantería.

Otra clienta se acercó al mostrador para requerir la atención de Helen.

—Me llevo estos —dijo a la vez que entregaba una pila de libros—. No pude elegir, así que he decidido darme un capricho y llevarme los cinco.

—Me encanta vender antojos que no sean calóricos ni malos para ti —dijo Helen sonriendo mientras metía los libros en una bolsa—. Once con cincuenta, por favor.

Cuando se marchó, Helen cogió los cuatro libros que la anciana había devuelto porque tenía en mente devolverlos a la estantería. Al recordar que aún no les había puesto el sello de Appleby, miró hacia la escalera. Podía subir y entregárselos a Jess para que lo hiciera. Sin embargo, otro cliente se acercó al mostrador, así que los deslizó al estante que tenía debajo. Podían esperar.

Con ayuda de Jess, Sarah terminó de desempaquetar los últimos libros de la señora Clough poco tiempo después y fue a la planta baja.

—Aquí los tienes —dijo entregándole el sobre A4—. Casi todo eran tiques, un trozo de papel en blanco y un billete de cinco libras. Es de los antiguos y está fuera de curso, pero seguro que consigue cambiarlo en un banco.

—Gracias. —Helen le echó un vistazo al interior del sobre, lo cerró y lo guardó bajo el mostrador—. Es genial que hayáis podido terminar con esos libros. He estado muy ocupada y no habría podido hacerlo.

—Encantada de ayudar. Jess está arriba buscando un hueco para los últimos libros. Es buena chavala, ¿no?

¿Buena? Helen no estaba del todo segura. Pero últimamente no

estaba segura de nada. Le gustaría haberle contado a Sarah la historia del robo, saber qué opinaba al respecto. Sin embargo, tenía miedo de que su hermana la mirara horrorizada por haberle ofrecido una habitación a Jess, por muy temporal que fuera el acuerdo. Por eso se obligó a sonreír y pronunció un mecánico «Sí, muy buena».

—Bueno, si no necesitas que te ayude en nada más, me voy.

—Tranquila, vete, gracias de nuevo. Ha sido bueno tenerte aquí hoy, especialmente cuando vino la policía.

—Con suerte, espero que le hayan echado una buena bronca a esa tiparraca por hacerle perder el tiempo a la policía. —Sarah metió la mano bajo el mostrador y cogió su bolso—. Avísame si contacta contigo para disculparse. —Abrazó a Helen—. Espero que el resto del día vaya muy bien.

Después se marchó despidiéndose como una loca al otro lado del escaparate cuando pasó frente a él.

Helen le devolvió el gesto, sonrió maníaca y la mueca se desvaneció en cuanto Sarah desapareció de su vista. Dejar de fingir era un alivio, la preocupación por Dilly tomó el protagonismo en su mente y frunció el ceño.

—Pareces bastante enfadada —dijo Jess cuando apareció de pronto frente a ella—. ¿Estás bien?

Era más fácil contárselo a un desconocido. No había intenciones ocultas, antecedentes con los que lidiar ni nadie a quien decepcionar. Miró a su alrededor para asegurarse de que sus clientes estaban ocupados, después se giró y habló en voz baja:

—Me preocupa la acusación de Dilly. Podría causarme problemas. Hacer que vuelva a prisión.

—No puede ser. —Jess negó con la cabeza—. Tú no lo robaste. Debe de haberse enredado en los libros.

—Sarah cree que quizá se cayó cuando Dilly estaba precintando las cajas.

—Eso es, podría haber ocurrido así, sin duda.

Helen quería creerlo a toda costa. La cadena no estaba rota, pero quizá el cierre se hubiera abierto.

—Cuando lo encontraste, ¿el cierre estaba abierto?

El atisbo de esperanza que le hacía aferrarse a esa idea se desvaneció cuando vio la verdad en los ojos de Jess.

—Me encantaría decirte que sí —contestó.

Helen sonrió con tristeza.

—Créeme, a mí también me encantaría oírlo.

—¿Qué vas a hacer?

No creía que tuviera otra alternativa.

—Iré a hablar con ella. Espero que, cuando le devuelvan el medallón, se disculpe y diga que ha cometido un error. Si no me pide perdón, le suplicaré que lo haga. En cualquier caso, quiero saber por qué tiró el medallón a la caja, porque está claro que eso es lo que ha ocurrido.

—¡Fue ella quien lo guardó! —Jess parecía realmente horrorizada—. Pero ¿por qué haría eso? ¿Y denunciarte después por robarlo? No tiene sentido.

—Eso es de lo que quiero hablar con ella. —Helen consultó su reloj. Quedaba una hora para cerrar. Tendría que esperar sesenta minutos para irse y enfrentarse a Dilly.

—Iré contigo.

—¿Qué? —Helen miró el gesto serio de Jess—. No hace falta. Deberías marcharte ya y hacer algo más interesante durante tu tarde del sábado.

—No creo que debas ir sola. Si esa tal Dilly puso deliberadamente la joya en la caja, es porque la tiene tomada contigo por alguna razón. Me necesitas como respaldo. Como testigo, si lo prefieres, para dar fe de lo que ella pueda decir. O de lo que pueda acusarte.

Jess tenía razón. Si Dilly le había tendido una trampa a propósito a Helen, a saber de qué más sería capaz.

—Sí, supongo que tienes razón, pero ¿estás segura de que quieres implicarte en mis problemas?

—Seguro que son más interesantes que los míos. Además —añadió Jess con una sonrisa—, si quisiera hacerte daño sin razón, significaría que tiene algún tipo de trastorno antisocial de la

personalidad y es un tema que me interesa.

—¿Crees que es psicópata o algo así? —Helen recordó haber pensado que la personalidad de Dilly era similar a la del señor Jekyll y mister Hyde. Quizá no estuviera equivocada.

Jess movió la cabeza de lado a lado.

—En las películas y los libros aparecen muy a menudo los términos «psicópata» y «sociópata», pero no se consideran diagnósticos oficiales. En vez de eso, la psicopatía y la sociopatía describen rasgos que se engloban bajo el paraguas de los trastornos antisociales de la personalidad. —Sonrió—. Resulta que la psicología es mi tema favorito. También puede ser que, sencillamente, Dilly sea una zorra problemática.

Capítulo 37

A las seis, Helen giró el cartel de la puerta para indicar que estaba cerrado y bajó las persianas del escaparate. Los últimos veinte minutos habían sido tranquilos, así que ya había hecho caja.

—Ha sido un buen día —le dijo a Jess mientras apagaba las luces—. Cuando hayamos hablado con Dilly, compraré algo para que comamos.

—¿Una *pizza* del local de al lado?

Helen encendió la alarma y cerró la puerta con llave antes de responder.

—Quizá podríamos pedir comida india para cambiar un poco.

Caminó enérgicamente. Jess iba a su lado casi dando saltos, lanzándole miradas curiosas. Mientras aceleraba con la esperanza de evitar preguntas indeseadas, Helen pensó que la joven era demasiado observadora para lo que le interesaba.

—Alex y Zander no son de tu agrado, ¿verdad?

Lo único que consiguió al caminar tan rápido fue quedarse sin aliento. Redujo el paso y se giró para mirar a Jess con cierta molestia.

—¿Por qué piensas eso? Nunca he dicho nada contra ellos. Son buenos vecinos.

—No es lo que dices, sino cómo lo dices, parece que aprietas los dientes mientras hablas.

Quizá Helen lo estuviera haciendo, pero no era momento de

entrar en detalles sobre sus sospechas sobre los gemelos pizzeros. Esperaba que su silencio zanjara la conversación, pero, evidentemente, no fue así.

—Están teniendo problemas con su sistema de calefacción y quieren saber si a ti te está pasando lo mismo. Dije que te preguntaría y se lo contaría.

—¿Problemas? —dijo Helen girándose para mirarla—. ¿Qué tipo de problemas?

—Zander dice que, algunos días, cuando la encienden, suena como un baterista enloquecido. No dura mucho, pero, cada cierto tiempo y sin razón aparente, se apaga la calefacción. Dice que suena como «bam, bidi-bam». No estoy segura de si es así como imitan los sonidos por aquí, pero...

—¿Que ha dicho qué? —Helen la interrumpió, se detuvo y se giró para mirarla fijamente.

—Bam, bidi-bam —repitió Jess, que parecía sorprendida—. O algo así, vaya.

—No, ¿qué has dicho antes de eso? —Helen respiró hondo—. Lo siento, parece que estoy loca. Vuelve a repetirme qué es lo que dijo Zander.

—Solo que estaban teniendo problemas con su sistema de calefacción, que cada tanto sonaba como un baterista enloquecido. Dijo que el ruido no duraba mucho, pero que le preocupaba que te molestara.

—¡Señor, ese bendito repiqueteo! —Helen empezó a reír mientras negaba con la cabeza y carcajeó aún más fuerte cuando vio la mirada de preocupación de Jess—. Tranquila, todo en orden, es muy divertido. —Se secó una lágrima, volvió a negar con la cabeza y siguió andando. Jess se merecía una explicación—: He escuchado ruidos desde que abrí la tienda, de vez en cuando. Como unos golpes. Sonaba y paraba. No te he contado la historia, pero, al parecer, el dueño anterior se desplomó por la escalera y murió allí. Durante días golpeó en los peldaños de madera para intentar que lo ayudaran. Los atizó con tanta fuerza y durante tanto tiempo que

acabó con los nudillos ensangrentados.

—Así que cuando escuchaste el ruido, creíste que la tienda estaba encantada. —Jess tenía los ojos abiertos de par en par.

—No... Sí... No lo sé, pero la cosa no se queda ahí. Fue Zander quien me habló de ese hombre, detalles escabrosos incluidos, así que cuando escuché los golpes, empecé a sospechar un poco.

Esperó ver un atisbo de comprensión en el rostro de Jess, pero aún seguía perpleja. Ya habían llegado al coche. Helen miró hacia su casa. Le habría gustado entrar, abrir una cerveza y ver algo sin sentido en la tele. Sin embargo, no podría descansar hasta que no hablara con Dilly.

Pulsó el mando a distancia para abrir el coche y se subió. Cuando estaban de camino, terminó de explicarle a Jess lo que tanto ansiaba saber.

—Pensé que estaban intentando deshacerse de mí. —Eché un vistazo rápido para ver si el semáforo se había puesto en verde—. Ya sabes, echarme, comprar mi bonita, nueva y recién renovada tienda a precio reducido y, a continuación, ampliar su pizzería aprovechando el local.

—Pero dijeron que llevaba años en venta. Han tenido todas las oportunidades del mundo para comprarlo y no se han molestado en hacerlo.

—Lo sé. —¿Acaso ella no había pensado lo mismo antes de tener mil y una sospechas?—. Los golpes y los asaltos hicieron que me volviera un poco paranoica.

—Supongo que es entendible —dijo Jess.

Sin embargo, lo dijo con un tono de voz que le dio a entender a Helen que la estaba tratando con condescendencia, que Jess no entendía nada en absoluto. De pronto, quería que la comprendiera.

—Sencillamente he aprendido a sospechar de las intenciones de todo el mundo.

—Fuiste víctima de violencia doméstica, seguro que aquello te marcó. El hecho de que hicieras que ese tal Toby pagara por lo que te hizo no significa que todo se olvide.

Jess seguía sin entenderlo. ¿Cómo se supone que iba a hacerlo si ni siquiera conocía toda la historia? Helen sospechaba de las intenciones de todo el mundo porque había visto lo fácil que era engañar a todos. Todo el mundo era experto en ello. Los abogados, Sarah, su agente de la condicional y ahora esa joven mujer que no tenía idea de nada más allá de las teorías que había aprendido en los libros. No sabían cuál era el motivo por el que Toby había pagado.Cuál fue el móvil de Helen.

No tenían ni puta idea.

Capítulo 38

Helen se detuvo frente a la casa de Dilly y se giró hacia Jess.

—Deberías quedarte aquí.

—No te serviré como testigo si no veo ni oigo nada. —Jess hizo un gesto en dirección a la casa—. Entraré, pero me quedaré calladita.

Helen no estaba segura de que la joven fuera capaz de mantener el pico cerrado, pero estaba cansada y no se le ocurría ninguna razón para insistir en que se quedara en el coche. Llevarla consigo había sido una idea estúpida, pero ahora tenía que seguir adelante. Era la historia de su vida.

—Vale, vamos entonces.

Llamó a la puerta con timidez al inicio y con más fuerza después mientras se recordaba a sí misma que no había hecho nada malo.

—Quizá haya salido —dijo Jess. Rodeó a Helen para mirar a través del vidrio opaco. A continuación lo golpeó con el anillo ancho y de plata que llevaba en el dedo corazón. Aquel gesto provocó un chasquido.

—No rompas el maldito cristal —dijo Helen a la vez que tiraba a Jess del brazo—. Venga, vámonos.

—No, espera, veo algo.

Las dos se quedaron en silencio mientras la figura borrosa se iba acercando. Las dos retrocedieron con un grito ahogado cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Dilly, con el rostro marcado por

la ira.

—Debería llamar a la policía.

—Por favor, no lo hagas —dijo Helen dando un paso al frente—. Solo quiero hablar contigo.

—¡Ja! ¿No será que quieres robarme de nuevo?

—Yo no lo cogí, te lo juro. No sé cómo llegó a la caja...

Dilly levantó una mano.

—Eres una mentirosa. No reconocerías la verdad ni aunque la tuvieras delante de los ojos. Pero pagarás por ello. Le dije a la policía que quería que siguieran adelante con...

Era hora de que Helen interviniera y así lo hizo, prácticamente envuelta en lágrimas.

—Pero te lo han devuelto, ¿por qué harías tal cosa? Ya sabes lo que eso significaría para mí.

—Lo sé. Para asegurarme, contacté con tu agente de la condicional. Me agradeció muchísimo que la avisara.

Helen se lo había puesto en bandeja. Le había mencionado a Moira.

—No lo entiendo. Nos llevábamos bien. Me preparaste té. —Sin saber por qué, eso último hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Sí, ¿y cómo me lo pagaste? Me robaste y usaste cada libro que decías adorar para esconderlo.

—Estás mintiendo. —La voz de Jess era calmada, pero había algo en su tono que cortó el aire e hizo que tanto Helen como Dilly se giraran para mirarla—. Puedo verlo en tus ojos, en cómo se te tuerce la boca cuando intentas no sonreír. Supongo que sabes que Helen no lo robó porque fuiste tú quien lo colocó allí. —Se acercó para situarse bajo la luz del techo—. Si Helen lo hubiera robado, ¿crees que me habría pedido que desempaquetara las cajas? ¿De verdad crees que habría robado esa joya tan horrible? No, tú la dejaste ahí. La pregunta es: ¿por qué? ¿Por qué quieres destruirla?

—¿Quién cojones eres?

—Una amiga. —Jess miró a un lado y otro de la calle—. Y ahora,

si no quieres que tus vecinos salgan a ver de dónde viene tanto alboroto, si no quieres que sepan la vieja bruja conspiradora que eres, te sugiero que nos dejes pasar.

Para sorpresa de Helen, en vez de cerrarles la puerta en la cara, Dilly se hizo a un lado para permitir que entraran. Jess no esperó a que le dieran indicaciones: siguió la luz que se colaba por la puerta abierta al final del pasillo.

—Bien —dijo mirando alrededor antes de coger una silla y sentarse como quien espera a que empiece un gran espectáculo.

Dilly se deshizo en sarcasmo.

—Estás en tu casa, cómo no.

No sirvió de nada con Jess. La joven se recostó y se cruzó de piernas.

—Muchísimas gracias.

Helen se quedó de pie, balanceándose ligeramente, como si se preparara para salir corriendo. Debería hacerlo. Correr y correr para alejarse del odio que se percibía claramente en la mirada de Dilly. ¿Siempre había estado ahí? ¿Bien escondido tras su comportamiento amable y amistoso? Por eso le había tendido una trampa a Helen, por eso había llamado a la policía y contactado con Moira. Dilly la odiaba. Darse cuenta de que alguien sentía eso por ella y no entender los motivos era una sensación extraña.

—No importa lo que digas —dijo Dilly dirigiéndose a Jess—. Me robó el medallón y lo encontraron en manos de Helen. Puede que decidan que no merece la pena iniciar un proceso judicial, pero es suficiente para que cualquier buen agente de la condicional se plantee hacer que vuelva a la cárcel.

Helen sabía que tenía razón. Moira disfrutaría mucho diciéndole que ya le había dado una oportunidad y que no podía ofrecerle otra.

—Sabes que no te lo robé, así que será mejor que me digas qué es lo que está pasando.

Dilly rio.

—Supongo que no importa que te lo explique. He puesto el tren en marcha y ya no hay quien lo pare. —Sacó una silla de debajo de

la mesa y se sentó.

Helen continuó de pie, Jess se levantó, se acercó a ella, la cogió de la mano y la acercó a una silla.

—Siéntate antes de que te desmayes. —Esperó hasta que Helen se sentara para ocupar el asiento que estaba a su lado y fulminar a Dilly con la mirada—. Ahora continuemos con ese veneno que tienes por soltar, por favor. Hay una *pizza* esperándonos.

—Es muy sencillo. Puedo explicarlo con una palabra de cuatro letras. —Dilly miró a Helen mientras la pronunciaba—. Toby.

La idea de volver a prisión ya le había hecho palidecer, pero en ese momento el poco color restante se desvaneció de su rostro.

Dejó que fuera Jess quien hiciera la pregunta.

—¿Conocías al hombre al que mató?

—El hombre al que asesinó, querrás decir. Solo lo vi una vez, pero sé mucho de él gracias a su madre, Anna, la mujer a la que yo amaba. Su muerte la destrozó, terminó con nuestra relación y me llevó por delante en el proceso.

—No. —Helen negó con la cabeza—. Nunca conocí a la madre de Toby, pero sé que no se llamaba Anna.

Dilly la miró con desdén.

—Nunca te molestaste en conocerla. Si lo hubieras hecho, sabrías que se llamaba Diana, pero que prefería que la llamaran Anna.

Helen recordó que vio el espectro de una mujer en el juzgado. Descartó la posibilidad de que tuviera algo que ver con lo que estaba ocurriendo. Parecía que tenía razón en la misma medida en que se equivocaba. Toby casi nunca hablaba de su madre. Y, desde luego, jamás mencionó a la mujer de su madre.

—No tuve oportunidad de conocerla. Toby y ella se pelearon años antes de que yo lo conociera. Habían vuelto a hablar, pero, hasta donde sé, eso era todo.

—Estaban en ello —insistió Dilly—, y lo habrían conseguido de no ser porque lo asesinaste.

Jess golpeó la mesa con la palma de la mano y tanto Dilly como Helen se sobresaltaron.

—Se le dio lo que merecía —dijo en el silencio que siguió al golpe—. He leído sobre el juicio. Toby era un matón, un sádico. Vi las fotos de las lesiones de Helen. Ella era la víctima y simplemente actuó en defensa propia. Es una locura que fuera a prisión solo porque comprara el cuchillo el día anterior. Las coincidencias existen.

Dilly la miró y su boca se torció en una mueca de desprecio.

—Eres tan joven como estúpida.

—Déjala en paz, solo está intentando ayudar. —A Helen se le quebró la voz por culpa de las lágrimas, tan cansada como se encontraba—. Anna no estaba allí aquel día, y tú tampoco, así que tendréis que creer lo que conté la verdad sobre lo ocurrido.

—¿La verdad? ¿Que tú eras la víctima? —Dilly rio. Fue un sonido estridente, fuerte y feo que pareció perdurar en el ambiente—. De lo que más me arrepiento es de no haberme enterado de tu existencia a tiempo para ir a ese juzgado y contarle al mundo el pedazo de personaje que eres. Anna me lo dijo después de que te condenaran a cuatro años. Me acuerdo de que gritó cuando lo escuchó. Cuatro años por la vida de Toby. Qué locura. Entonces me contó lo que Toby le había dicho sobre su relación contigo.

Helen tenía la boca tan seca como un papel de lija; su lengua se había quedado atrapada entre los granos abrasivos de ese material. Intentó liberarla, hablar para que Dilly dejara de hacerlo. La silla chirrió contra las baldosas del suelo cuando la alejó, se puso de pie y se dirigió a la cocina. No había ni tazas ni vasos a la vista, así que abrió el grifo, se inclinó y bebió directamente del hilillo de agua. Después lo cerró y se pasó una mano por la boca. Tiró de la parte inferior de su camiseta para secarse tanto la cara como las manos, regresó a la silla y se sentó.

—Además de ser un maltratador, Toby era un mentiroso y un cuentista, así que coge con pinzas lo que te dijera su madre.

Dilly se levantó y se acercó a una cómoda. Cuando regresó, tenía un teléfono móvil en la mano.

—Es de Anna. No quería que la localizaran, así que lo dejó aquí. Como soy estúpida, cuando me siento sola escucho su voz diciendo

que deje un mensaje. Grabó ese mensaje en tiempos mejores. Siempre fue una mujer alegre, feliz, y su esencia se mantiene en esas pocas palabras. —Cogió el teléfono y pulsó unas cuantas teclas—. También conservo cada mensaje que recibió. Nunca borraba nada. —Dilly levantó la vista y miró a Helen a los ojos—. Cada mensaje de WhatsApp entre ella y Toby está aquí. Es una lectura muy esclarecedora.

—Si es tan reveladora —dijo Jess—, ¿por qué no se la llevaste a la policía?

—Lo hice —gruñó Dilly—, pero no es mi teléfono, así que le dieron muchas vueltas a la dificultad de probar la autenticidad de los mensajes, al tema de la privacidad y blablablá. No pude convencer a Anna de que siguiera adelante. En ese punto, se había distanciado tanto que ya apenas nos comunicábamos. Sin embargo, después de leer los mensajes, supe que mentiste. ¡Y saliste de prisión a los dos años! ¿Dónde queda la justicia?

Helen tenía los ojos pegados al teléfono. ¿De verdad Toby había compartido con su madre ciertos detalles íntimos de su relación? Le costó mantener la calma.

—Disfrutar de la condicional no es lo mismo que estar libre al cien por cien.

—Eres lo suficientemente libre para empezar tu propio negocio, ¿no? —Dilly se rio de forma desagradable—. No tienes ni idea de lo mucho que disfruté ayudándote a que fuera un éxito mientras sabía que al final, cuando te mandara de vuelta a prisión, te lo quitaría todo de nuevo.

Era una jugada maestra. Y lo que era peor aún, Helen la había ayudado. Pudo ver a Jess, desconcertada, intentando encajar todo aquello. ¿Cómo podía estar si no sabía todo lo ocurrido? Helen pensó en su librería. Se suponía que sería su segunda oportunidad. Un nuevo comienzo para un futuro esperanzador. ¿Pero realmente podría empezar de nuevo si su pasado se manifestaba de una forma tan dolorosa? Si no había contado toda la verdad. «Quizá es momento de...».

—Tu amiga parece un poquito confusa —dijo Dilly. Se giró para mirar a Jess—. Deja que te lea algunos de esos mensajes de WhatsApp, quizá te ayuden a entenderlo.

«... hablar de lo que realmente ocurrió aquella noche...».

—Leeré algunos de los más explicativos, son de un par de días antes del asesinato. —Dilly negó con la cabeza—. No le dio vergüenza compartirlos con su madre. —Le dio unos golpecitos al teléfono, entornó un poco los ojos, con lentitud y claridad, pronunciando cada insoportable palabra—. «Helen es encantadora, mami, pero no me imagino un futuro con ella. No conectamos en la cama. No lo disfruta si no hay dolor de por medio. Un dolor extremo. Le gusta que la fustiguen. No me refiero a golpes livianos, le gusta que le dejen marca. Y no es algo nuevo: tiene cicatrices en la espalda de relaciones pasadas. A veces se dobla del dolor cuando se sienta en una silla porque su piel está extremadamente magullada y dolorida. Está empezando a ser un poco extraño para mi gusto».

Dilly dejó el teléfono y levantó la mirada para toparse con la de Helen.

—«Le gusta que le dejen marca». ¿Serán las mismas marcas de las fotos que se enseñaron en el juzgado? ¿Las que se usaron para alegar que eras víctima de violencia doméstica?

«... Era hora de confesar».

Capítulo 39

Creí que Toby me quería. Creí que entendía mis necesidades. No cabía duda de que se entregó a ello con entusiasmo, golpeándome con demasiada fuerza y disfrutando en exceso de mi dolor.

A lo largo de los años, ha habido amantes que me han mirado con recelo cuando les he sugerido que probáramos un poco de sadomasoquismo. Cuando reaccionaban así, me reía para quitarle hierro al asunto y me refería a *Cincuenta sombras de Grey* y decía bromeando que quizá esas cosas solo ocurrían en las páginas de un libro. Sin embargo, solo disfrutaba del sexo con aquellos hombres y conseguía llegar al orgasmo ocasionalmente cuando había dolor como entrante, acompañamiento y postre. Solo entonces disfrutaba de orgasmos extraordinarios que me sacudían hasta lo más profundo.

Si hubiera conocido a un hombre decente, quizá las cosas hubieran sido diferentes. Me habría conformado con recibir amor.

Pero conocí a Toby. Un hombre alto, apuesto, elocuente; era divertido estar con él, aunque a veces se divertiera a costa de la dignidad de otra persona. ¿Ese toque de crueldad fue lo que me atrajo? Quizá lo interpreté como una predisposición a satisfacer mis necesidades, como si la oscuridad que vi en él fuera igual a la que habitaba en mi interior. Más tarde me di cuenta de que Toby era, ante todo, un miserable.

En nuestra segunda cita me insinuó de manera poco sutil que le

preparara una cena en mi casa. Ni siquiera mencionó el sexo, pero los dos sabíamos a qué se refería. Había pasado casi un año desde mi última relación satisfactoria y él me atraía, así que pensé: «¿por qué no?».

A la mañana siguiente entendí algo muy bien: la oscuridad de Toby era aún más profunda, estaba más concentrada y más dirigida al exterior que la mía. Trataba el sexo como un campo de batalla y yo era su arma. No creo que quisiera causarme daño aposta, solo era un efecto colateral para conseguir lo que él quería.

—¿Te he hecho daño? —preguntó mientras me aplastaba con todo el peso de su cuerpo, por lo que, aunque hubiera querido hacerlo, me habría costado darle una respuesta.

—Me ha gustado —dije cuando por fin se apartó.

Aquel fue el comienzo de nuestra relación tóxica. La tarde siguiente, cuando fui a abrir la puerta porque alguien había llamado, Toby estaba allí con todas sus pertenencias metidas en dos maletas que tenía a los pies y varias bolsas de basura que esperaban en el asiento trasero de su coche. Sonreía de forma autocomplaciente. Como si hubiera conseguido cerrar un buen trato.

—He tardado más de lo previsto en hacer las maletas —dijo sonriendo antes de inclinarse para besarme—. Espero que no hayas comido. He pensado que podríamos salir a cenar para celebrarlo.

La confusión debía de ser patente en mi rostro porque él dio un paso atrás y negó con la cabeza lentamente.

—Has cambiado de opinión, ¿verdad? —Parecía avergonzado. Se pasó una mano por la cara y por el pelo. Respiró hondo y soltó una risilla burlona—. Debería haberme percatado de que era demasiado bueno para ser verdad. —Cogió una de las maletas—. No te preocupes, puedo volver a la casa que compartía. Aún no habrán alquilado la habitación.

Juro que estaba llorando. Era tan buen manipulador...

Sin embargo, aunque supiera que estaba siendo idiota y estuviera completamente segura de que nunca habíamos hablado de que Toby se mudara conmigo, alcancé la maleta que sostenía y se la

quité diciendo:

—No, por favor, quédate.

Ignoré el centelleo de satisfacción en su mirada, ignoré las señales de alerta que activó en mi mente.

¿Por qué había sido tan estúpida? Quizá porque estaba sola y porque en aquella época pensaba que su crueldad daría respuesta a mis particulares necesidades en el sexo.

Y así fue durante un tiempo.

Pasaron unos meses hasta que descubrí la verdad. Toby gozaba infligiéndome el dolor que a mí me daba tanto placer, pero no le gustaba que yo lo disfrutara.

—Estás enferma, lo sabes, ¿no? —dijo una noche mientras soltaba el cinturón que había usado contra mi espalda con más fuerza que de costumbre y que me había dejado respirando con dificultad por el dolor de las marcas que me había provocado. Aquella fue la primera vez que la repulsión apareció en su rostro, pero no la última.

—Yo estoy enferma, pero tú no. ¿Es eso lo que quieres decir?

Me pegó. La palma de su mano chocó contra mi mejilla con la suficiente fuerza para tirarme de la cama y hacer que cayera al suelo.

—Así es como te gusta, ¿verdad? —dijo colocándose sobre mí con una erección intensa, caliente e insistente.

No me gustaba tanto como a él. Para mí el dolor era más bien un complemento, pero para Toby era el plato principal. No era estúpida. Sabía que mis deseos estaban relacionados con mi infancia y con esa triste conflagración de dolor y placer aprendida de rodillas ante mi adorado padre. Sabía que tenía que buscar ayuda profesional. Que mi predilección por el sadomasoquismo podría curarse. Sin embargo, mis deseos no le hacían daño a nadie más allá de a mí misma y no podía hablar de algo que había formado parte de mí durante tantos años.

Debería haber echado a Toby después de esa primera bofetada. Debería haber buscado ayuda cuando empecé a pensar que quizá

tuviera lo que me merecía. No cuestionaba nada, simplemente aceptaba las cosas como venían: su creciente violencia, su costumbre de robarme dinero de la cartera, de tomar prestada mi tarjeta bancaria y retirar dinero de mi cuenta con el PIN que me obligó a darle.

Es extraño porque, al final, no fue eso lo que hizo que me rompiera. Ni siquiera fue la mirada de asco y burla que tenía cuando entró en la cocina aquel día.

—Ya no soporto tus deseos pervertidos —dijo haciendo una mueca mientras me barría de arriba abajo con la mirada, despreciándome—. Eres una zorra patética que necesita ayuda, así que me marchó.

Recuerdo que sentí que mis piernas se debilitaban, me apoyé en la encimera de detrás y noté el granito frío con las manos. Fue pura coincidencia que el cuchillo que compré el día anterior, uno tan afilado que aún debía decidir dónde guardarlo, estuviera allí. Mis dedos se curvaron en torno al mango, casi con vida propia, y después lo tenía en la mano, con su acero brillante. Pura coincidencia. Nunca planeé matarlo. No había comprado el cuchillo con esa intención. Le conté la verdad a la policía y al tribunal.

La única mentira que conté, la más grande, fue por qué lo maté.

El móvil que todos aceptaron.

No lo maté porque me pegara. O porque me robara dinero. Ni siquiera porque me insultara de una manera tan vil y asquerosa.

No, maté a Toby porque quería dejarme.

Capítulo 40

Era hora de confesar. Helen empezó por el principio. Se remontó a cuando era una niña pequeña desesperada por recibir el cariño que aceptó que iba acompañado de dolor. Palabra tras palabra, sin dejarse nada, ni siquiera omitió el nombre de todos los chicos que habían aceptado felizmente sus peticiones ni el de quienes la miraron con recelo. Tampoco los meses en los que Toby la había denigrado, pegado y manipulado y en los que la había hecho sentir inútil y pequeña. Por primera vez en su vida, le habló a alguien de su perversión sexual. Curiosamente, era la primera vez que le ponía ese nombre. Quizá fuera una noche de confesiones. Su boca se iba secando a medida que hablaba, pero no se detuvo porque se sentía aliviada. Como si hubiera reventado un grano horrible. La podredumbre salió a la luz y ella se sintió más libre.

Miró las caras de Jess y Dilly mientras relataba su historia. A Jess se le abrían cada vez más los ojos por la incredulidad, abrió la boca ligeramente, como si estuviera aspirando cada palabra. Dilly aún la taladraba con la mirada, su boca continuaba siendo una herida abierta en su rostro. Sin embargo, Helen pensó que la ira se estaba disipando, aunque fuera un poco. Se detuvo para recopilar sus pensamientos antes de hacer su confesión final.

Jess saltó en mitad del silencio para alcanzar la mano de Helen y agarrarla con fuerza.

—Parece que era un auténtico monstruo.

Helen recordó su cara del último día, las palabras que utilizó, cómo la miró.

—Sí, probablemente lo fuera. —Retiró la mano y la utilizó para enjugarse los ojos antes de mirar a Dilly. Puede que la ira se estuviera desvaneciendo, pero el odio que apreciaba no se había reducido, y eso que aún no había escuchado la confesión final de Helen.

Por fin iba a admitir lo que había hecho. Respiró profundo, le sostuvo la mirada a Dilly y dijo:

—Tenías razón. No lo maté porque fuera un monstruo, lo asesiné porque iba a dejarme.

—¡Lo sabía! —Dilly gruñó esas palabras y se inclinó hacia delante con el puño cerrado levantado, casi en señal de triunfo—. Lo asesinaste y le destrozaste la vida a Anna. Me arruinaste la mía. Deberías haber estado más tiempo en prisión, no te deberían haber liberado para que abrieras un puto negocio y siguieras adelante con tu vida. —Se desplomó hacia atrás negando con la cabeza. Su voz se quebró y se llenó de lágrimas cuando por fin dijo—: No es justo.

Jess la fulminó con la mirada.

—¿Que no es justo? ¿Has escuchado lo que ha dicho? La abandonaron e hicieron daño cuando era niña y abusaron de ella de adulta. El maltrato de Toby es un claro ejemplo de control coercitivo. Utilizó sus inusuales necesidades sexuales como un arma contra ella. La torturó con ellas tanto física como mentalmente. —Se giró hacia Helen—. Tu padre te perjudicó al mezclar la realidad del placer y el dolor, pero tú lo adorabas y su muerte te dejó desolada. Por cómo lo cuentas, Toby encajaba en el perfil. Cuando dijo que te iba a dejar, no pudiste permitir que pasara de nuevo, ¿verdad?

Helen cerró los ojos. Jess decía estupideces pseudopsicológicas, ¿no? No había conexión entre el padre al que adoraba y el monstruo que había invadido su vida.

—No creo que... —Su voz se apagó. ¿Jess tenía razón? ¿Su padre también era un monstruo?

Helen sintió que Jess le cogía la mano de nuevo y, al abrir los

ojos, se reconfortó al ver que así era. Su mirada se cruzó con la de Dilly.

—Ahora ya sé por qué me odias.

Jess resopló.

—Te odia porque esto le obligó a enfrentarse a la realidad. A que la mujer a la que quería tan desesperadamente no la amaba. Es así, ¿no, Dilly?

Las tres mujeres se quedaron en silencio durante un instante. Cuando Dilly habló, sus palabras estaban llenas de arrepentimiento.

—Nunca había querido tan intensamente. Anna lo era todo para mí. Creo que cuando el amor te llega tarde en la vida lo hace con fuerza y lo abarca todo. Creí que juntas podríamos superar la muerte de Toby. No había previsto que ella me guardara rencor, que incluso llegara a odiarme, por todos esos años que estuvo separada de él. Decía que no tenía espacio suficiente en su corazón para estar de luto por Toby y quererme al mismo tiempo. Se aisló, pasaba los días en la biblioteca, con sus libros. Me dejó mucho antes de marcharse a Gales. Lo único que me queda son recuerdos y esos mensajes de WhatsApp. Los leí y aprendí a odiarte con la misma fuerza con la que un día amé a Anna.

—Lo siento. —Eran palabras inútiles y vacías, pero era lo único que Helen tenía. Toby había sido una adicción. Una dañina. Aún no podía recordar que lo apuñalara, quizá nunca lo hiciera. La mente tiene sus propios métodos para salir adelante—. Si le hubiera contado todo al tribunal —dijo—, no sé si la sentencia habría sido distinta.

—Podría haber acertado tu condena —dijo Jess negando con la cabeza—. Eres una mujer con un desorden serio.

La ira que había iluminado el rostro de Dilly desde el momento en que habían llegado parecía desvanecerse.

—Por una vez estoy de acuerdo con tu molesta amiga. Creo que habrían sugerido que necesitabas ayuda.

Helen rio con vehemencia.

—La tuve en prisión, pero creo que solo funciona si dices la

verdad y yo no lo hice. Esta es la primera vez que hablo sobre mis problemas.

—No creo que solo tú tengas ese problema, como tú lo llamas —dijo Dilly—. El *bondage*, el sadomasoquismo, el masoquismo siempre han estado ahí. —Se desplomó en la silla—. Has hecho un retrato horrible de Toby. Anna lo adoraba, pero supongo que no era objetiva. Solo lo vi una vez hace muchos años y no me cayó bien. O quizá sería más sincero decir que yo no le caí bien. No lo dijo, pero pude ver la palabra «bollera» en sus ojos y el gesto que hacía con la boca cuando me hablaba. Se negó a verme de nuevo. Se negó a quedar con su madre mientras ella siguiera conmigo. Le rompió el corazón, pero estaba segura de que cambiaría de opinión con el paso de los años.

—¿Y lo hizo? —preguntó Jess.

Dilly soltó una risa entrecortada.

—No mientras Anna estuvo conmigo. Quien es homófobo seguirá siéndolo hasta el día que muera. Ella era muy reservada con este tema, pero creo que al final él contactó con ella porque necesitaba dinero. Era su único hijo, lo quería a pesar de todo. Aun así, se negó a quedar con ella: solo hablaban por WhatsApp. Creo que ella se aferró a la posibilidad de que algún día fuera más que eso.

Helen había causado mucho dolor.

—Hasta que lo maté.

Dilly asintió.

—Sí, eso la destruyó. Cuando te sentenciaron a cuatro años, me enseñó los mensajes que él le había mandado sobre ti, después se encerró en sí misma, prácticamente desapareció ante mis ojos. No habló sobre ello, apenas se comunicó conmigo en las últimas semanas. Lo único que hizo fue acurrucarse en esa maldita biblioteca y leer. —Ladeó la cabeza hacia Jess—. Tu molesta amiga tiene razón. No me quería lo suficiente, pero, si no hubieras matado a su hijo, nunca lo habría descubierto. Siempre te odié por eso. Por abrirme los ojos. —Se puso de pie—. Contactaré con la policía, les diré que cometí un error con el medallón. Lo siento. Creí que

causarte dolor aliviaría el mío. No ha sido así.

—Normalmente no rechazo el dolor —dijo Helen en un intento por sonar graciosa—, pero el físico. El psicológico hace que la cabeza me vaya a mil por hora.

Era hora de irse. Se puso de pie y se sintió más pesada que antes. Confesar la había liberado, pero no borraba ni aliviaba su carga. ¿Cómo podría ser así si las vidas de Anna y Dilly se habían destruido por su culpa?

—Quizá sea una mala idea, pero creo que deberíamos seguir en contacto, si te parece bien. Después de todo, sabes más de mí que la mayoría de la gente. —De hecho, esas dos mujeres sabían más de ella que cualquier otra persona. Era extraño, vaya que si lo era.

Dilly dudó por un instante.

—No sé si es una buena idea.

Por supuesto que no lo era. Helen asintió, apretó los labios y rezó por que las lágrimas no brotaran. Aún no. Más tarde abriría las compuertas.

—De hecho, estoy segura de que no lo es, pero algún día me pasaré por la tienda para ver cómo te va.

Nunca serían amigas. Helen pensaba que nunca la perdonaría, pero podía haber cierto nivel de aceptación entre ellas. Quizá aquello fuera suficiente.

—Me parece bien.

—Llamaré a la policía por la mañana —dijo Dilly poniéndose de pie—. Espero que ponga un punto final a todo esto.

Helen también lo deseaba. Pero no estaba segura de que Moira fuera a rendirse tan fácilmente.

Capítulo 41

De vuelta a casa, Helen estaba absorta en sus pensamientos, así que, hasta que no aparcó a la puerta de la tienda, no se dio cuenta de que Jess estaba inusualmente callada. ¿Estaba en *shock* por la confesión de Helen y decepcionada porque estaba metida hasta el cuello en el lado oscuro de la vida? Quizá Jess opinara que los amantes de los libros tenían corazones espirituales que flotaban más allá del lodo y que, por ende, los libreros debían estar por encima de esa parte cruda y sórdida de la vida.

Helen negó la idea. Los libros eran el antídoto contra el lado lúgubre de la existencia y la mantuvieron a flote cuando estalló el caos. Esa era la realidad.

—Vamos a por esas *pizzas* para llevar y nos las comemos en casa con una cerveza. —Salió del coche sorprendida de que Jess no se moviera—. Bueno, te quedas y yo voy a por ellas. ¿Qué te apetece?

—*Peperoni*.

Ni rastro de un «por favor» ni de un «gracias». Helen debería estar agradecida. Al menos no le había ofrecido una evaluación psicológica.

Se tomó unos minutos para admirar el escaparate de la tienda. Al día siguiente lo reorganizaría. Cambiaría la palabra de la semana por otra nueva. «A fin de cuentas, quizá no era tan serendípico», pensó al recordar a Dilly.

Cuando el rostro desalentador de Moira apareció en su cabeza,

Helen apoyó la frente contra el cristal, que estaba frío, y se sintió aliviada. Pasó un minuto hasta que se movió. Cuando se giró hacia su coche, vio que Jess seguía con la mirada fija en el horizonte. Fuera lo que fuera lo que le ocurría, Helen no iba a lidiar con ello esa noche. Ya no tenía espacio en la cabeza para más preocupaciones. Caminó hasta la pizzería, empujó la puerta y el ambiente cálido y aromático del interior le dio hambre. Las pocas mesas que había estaban ocupadas, pero no parecía que hubiera nadie esperando para coger comida para llevar.

—Hola, Zander —dijo. Sintió una punzada de culpa por haber sospechado que él y su hermano estaban intentando expulsarla—. He oído que estáis teniendo problemas con el sistema de calefacción.

Gruñó.

—Suenas como Patrick Swayze o Lionel Blair en su máximo esplendor.

Helen esperaba estar entendiendo bien la jerga que empleaba su vecino.

—Un ruido demente y como una pesadilla, ¿verdad que sí?

—Vas aprendiendo. —Señaló la habitación de atrás con un pulgar—. Hacía un ruido horrible, ha asustado a los clientes. Quería avisarte, pero la muchachita esa que tienes dijo que a ti no te molestaba.

Algún día le hablaría del golpeteo y de cómo, por un instante, pensó que había sido Reginald en la escalera con sus nudillos sangrientos. Sería mejor para su futura amistad que omitiera sus sospechas sobre él y su hermano.

—No, no me molesta. No te preocupes. Tómate nota para que puedas volver a centrarte en tus clientes.

Diez minutos más tarde estaba regresando a su coche con las cajas de *pizza* quemándole en las manos.

—Aquí están —dijo dejándolas en la parte de atrás, antes de montarse en el asiento del conductor. Jess le echó un vistazo rápido y después volvió a mirar fijamente la carretera que tenían enfrente

mientras conducían hasta casa.

Hasta que no se sentaron en el sofá con las cajas de *pizza* apoyadas en las rodillas y un botellín de cerveza en la mano, nadie dijo nada. Fue Helen quien comenzó a hablar.

—La *pizza* está increíble. —Dejó la cerveza y alcanzó el mando—. Deja que busque si hay algo que merezca la pena ver.

—No —dijo Jess. Le dio unos tragos a la cerveza antes de dejarla—. Me gustaría hablar contigo.

Helen quería beberse su cerveza, comer *pizza*, ver algo en la tele que la distrajera. No quería hablar más. Desde luego, no tenía intención de hablar de lo que estuviera perturbando a Jess, lo que fuera que le estuviera dibujando esas arrugas en la frente. No quería más pena, más angustia, más nada.

—¿No hemos tenido suficiente charleta para una sola tarde?

No se sorprendió cuando Jess negó y dijo:

—¿Crees que tu agente de la condicional va a causar problemas?

Sí, Helen lo pensaba. A pesar de la explicación que Dilly le diera a la policía, dijo y admitió que había puesto el tren en marcha. El medallón perdido estaba en manos de Helen cuando la policía llamó. Ella no llamó a la policía ni a Dilly para avisar de que lo había encontrado. Decir que «tenía intención de hacerlo» no bastaba. Moira bien podría pensar que toda la escenita sospechosa era suficiente para volver a meterla en la cárcel. Y eso supondría el fin de su sueño.

—Ya he roto una de las condiciones de mi permiso al quedarme a dormir en la tienda sin notificárselo. No estaba muy contenta al respecto. Y después, de una forma muy estúpida, me olvidé de llamarla cuando tenía que hacerlo y le dejé un mensaje en el contestador que no le hizo mucha gracia. Es posible que esto haya sido la gota que colma el vaso. —Parecía que era el día de afrontar la realidad—. Sin querer sonar paranoica, siento que me tiene manía, así que sí, creo que me va a causar problemas.

—Pero, si volvieras a prisión, ¿podrías mantener la tienda abierta, no? Tu hermana te ayudaría.

Helen no estaba segura de si sentía envidia de Jess porque creía en un posible final feliz u horrorizada por su falta de habilidad para ver las cosas tal como eran.

—Mi hermana tiene su trabajo. No puede dejarlo para gestionar la tienda. Y yo no podría permitirme mantenerla cerrada, no con esas malditas tasas del ayuntamiento que hay que pagar, por no mencionar los servicios básicos. No, tengo que enfrentarme a la realidad.

Quizá, a fin de cuentas, pudiera convencer a Zander y a Alex para que la compraran. La idea era hasta divertida.

—Entonces solo tienes que asegurarte de que Moira no haga que te vuelvan a encerrar, ¿no?

Helen le dio un sorbo a su cerveza y mantuvo el botellín apoyado en su labio inferior mientras miraba a la mujer que estaba sentada a su lado, en el sofá. Aunque había dicho anteriormente que tenía hambre, solo se había comido un triángulo de su *pizza*. Estaba apurando la cerveza y limpiándose la boca tras cada trago. Parecía que lo que la perturbaba también le generaba ansiedad.

—No creo que Moira vaya a escuchar las excusas que voy a darle.

Jess inclinó su botellín y se bebió la cerveza que quedaba antes de girarse para mirar a Helen.

—¿Te resultó difícil confesar la verdad antes?

En ese momento fue Helen quien frunció el ceño.

—Sí, claro. Nunca antes le había hablado a nadie sobre mi infancia o sobre cómo me trató Toby. Sin embargo, no estaba intentando disculparme por lo que hice, simplemente pensé que Dilly se merecía saber la verdad. A fin de cuentas, ella perdió a la mujer que quería por mi culpa.

—La verdad. —Jess negó con la cabeza—. Para mucha gente, eso es un extra. —Cogió un triángulo de *pizza*, mordisqueó la punta y volvió a dejarlo en la caja—. Eres una mujer extraña, ¿lo sabías? Y no me refiero ahora a tu parafilia.

Helen sabía que no debía preguntar, pero no pudo evitarlo.

—¿Mi qué?

Jess dejó la caja de *pizza* en el suelo y se recostó.

—Tener deseos y pensamientos sexuales no convencionales es normal, pero cuando interfieren en tu vida, cuando te ponen en riesgo o incluso en peligro causan un problema de salud mental.

«Una parafilia». Ponerle nombre no hacía que fuera más fácil de soportar, pero quizá fuera más fácil pedir ayuda. De repente, hizo que Helen se sintiera menos sola. Cerró la caja y la colocó encima de la otra.

—Entonces, ¿por qué soy extraña? —Prefería saberlo todo.

—A pesar de todo lo que has vivido, eres estúpidamente crédula.

Helen se llevó una mano a la frente. ¿Crédula? ¿Lo había sido? No, había sido desconfiada, paranoica incluso, con respecto a Zander y Alex, tuvo sus dudas con Dilly y era completamente desconfiada con Moira, así que ¿por qué la llamaba crédula? Abrió la boca para rebatir, pero la cerró en cuanto su mirada se topó con la de Jess.

—¿Me has mentido tú?

—Tantas veces que he perdido la cuenta. —Cogió el botellín de cerveza, recordó que estaba vacío y señaló hacia la cocina—. Necesito más. ¿Quieres otro?

Aturdida, Helen apenas asintió. ¿Se sentía tan desesperadamente decepcionada porque había conocido a una mentirosa mejor que ella?

—Aquí tienes. —Jess le entregó a Helen el botellín abierto y volvió a sentarse a su lado, no sin antes acercarse para darle unos golpecitos en el hombro—. No seas tan dura contigo, soy muy buena en ello. —Le dio un buen trago—. A mí me cuesta muchísimo decir la verdad, pero después de que compartieras tu historia, siento que te lo debo.

—Adelante —dijo Helen tras unos segundos en silencio—. Supongo que mentiste cuando dijiste que no tuviste nada que ver en el robo de mi dinero.

Jess negó con la cabeza.

—No, eso es cierto, pero te mentí sobre de dónde saqué el

dinero para devolvértelo. —Rio—. No estaba segura de que fueras a creerme, pero te lo tragaste. En serio, ¿tú viste a las otras tres chicas? Miden unos diez centímetros más que yo, ¿de verdad pensaste que iba a enfrentarme a ellas para conseguir recuperar unas cuantas libras?

—Dijiste que lo cogiste cuando tuviste la oportunidad. Que por eso te marchaste de tu casa.

—Vamos a la misma universidad. Saben cómo me llamo. —Jess la miró como si aún no pudiera creerse su inocencia—. ¿No crees que me la habrían devuelto si hubiera hecho algo estúpido?

Helen no había pensado en ello lo más mínimo. Estaba tan agradecida por tener su dinero de vuelta que no cuestionó su procedencia. Pero ahora sí.

—¿Y entonces de dónde sacaste el dinero? ¿Y por qué mentiste sobre ello? Yo no sabía vuestros nombres, no podría haber dado con vosotras.

Jess alzó su botellín y sonrió.

—De tu agente de la condicional, la encantadora Moira Manson.

Capítulo 42

Helen no podía asimilarlo. Seguro que lo había oído mal. Sí, sin duda. Era eso o que estaba soñando. Sí, era eso. Su vida se componía de una pesadilla tras otra.

—Es la verdad —dijo Jess—. Cuando salimos de la librería ese miércoles, las otras tres se marcharon riéndose aún por haberte robado el dinero y yo fui a coger el autobús. Los libros que me vendiste y guardaste en una de esas bolsas de papel con el logo tan vergonzoso estampado en ella estaban en el asiento de al lado, en la parada del autobús. Moira se me acercó, miró la bolsa, me miró evaluando y me preguntó si quería ganarme un dinerillo.

Helen estaba tan conmocionada por escuchar a Jess describir su logo como «vergonzoso» que tardó un par de segundos en captar el resto de la frase.

—¿Te ofreció un trabajo?

Jess rio con disimulo.

—Crees que es tan caritativa que le ofreció un trabajo a alguien que evidentemente estaba pasando por un apuro, ¿verdad? —Le dio un trago a la cerveza—. No, no asumo que lo hagas, pero tienes razón, más o menos. Me ofreció un trabajo, pero no uno de esos que puedan añadirse a un currículum.

—Si esperas que adivine de qué se trata, vas a cansarte de esperar. A menos que... —Helen abrió los ojos aún más—. No se te insinuó, ¿verdad? —No podía imaginarse a su agente de la

condicional, que era tan excesivamente estricta con las normas, haciendo algo así, pero tampoco podía imaginársela parando a una extraña para ofrecerle un trabajo.

—¡Uf, no! —Jess se estremeció de forma exagerada—. Lo que ella quería de mí era mucho más interesante.

Helen supuso que la pausa no se debía a ningún efecto dramático o a una posposición de la gran revelación. Lo notaba en sus ojos: de pronto, le daba miedo que contarle la verdad a Helen fuera peor que no hacerlo.

—Ya has empezado, así que no te queda otra que contarme el resto.

Jess miró el botellín que sostenía, sopló en el interior y dio otro trago.

—Te lo contaré porque mereces saber lo que está ocurriendo, aunque desconozco todos los detalles. Eres una buena mujer, a pesar de que ni tú misma te lo creas. Bueno —dijo—, allá vamos. Moira quería que me acercara a ti, que me ganara tu confianza. Dijo que haría que mereciera la pena.

Habría sido más fácil creer que Moira se le había insinuado sexualmente porque esto... no tenía ningún sentido. ¿Por qué querría que Jess se acercara a Helen?

—No lo entiendo. —Sintió escalofríos por lo patética que sonaba—. ¿Te dijo por qué?

Jess negó con la cabeza.

—Quería que le dijera dónde ibas, con quién te veías, si hablabas con alguien en la tienda. Cosas así.

No tenía ningún tipo de sentido.

—¿Y no te dijo por qué quería saberlo?

Esa pregunta fue recibida con una risa ronca.

—Ya la conoces, ya sabes cómo es. Intimidante y un poco siniestra, y eso que yo no me asusto fácilmente. Así que no, no tengo ni idea de por qué, pero me dio un buen dinero. Concretamente, trescientas libras por adelantado, y me prometió otras setecientas. Serían mil en total, así que perdóname por no

rechazarlas. —Ella balanceó una mano—. Eso sí, tuve que darte esas trescientas, así que no me sobró mucho.

—¿Me pagaste con el dinero que te dio mi agente de la condicional por espiarme? —A Helen le daba vueltas la cabeza, así que no estaba segura de por qué le parecía que la situación era tan desagradable.

Era obvio que a Jess le divertía su situación.

—El dinero sucio también sirve para pagar las facturas.

Ignorándola, Helen rebuscó entre sus pensamientos conflictivos para dar con algo que tuviera sentido.

—No entiendo por qué quiere saber esas cosas sobre mí. —Frunció el ceño, dio con una reflexión y la dio por buena. ¿No se había convencido de que Zander y Alex estaban intentando echarla? Quizá la situación fuera así, pero estuviera en manos de otra persona—. A no ser que también quiera regentar una librería y quiera la mía.

—No lo creo.

Hubo algo en el tono de voz de Jess que hizo que Helen se incorporara y se girara para mirarla.

—Tú sabes algo más, ¿verdad?

Jess se golpeó los dientes con el botellín y el sonido cortante ahogó el silencio. Cuando lo separó, su expresión había cambiado: era más firme, más fuerte.

—No tengo pruebas, pero creo que fue Moira la que asaltó tu tienda y también tu casa.

Helen rio.

—¡Eso es ridículo! ¿Por qué haría tal cosa?

—Creo que está buscando algo.

—Buscando algo —repitió Helen—. ¿Algo como qué?

—Ni idea.

—Vale, ¿entonces por qué dices eso? —Helen gritó exasperada por una conversación que parecía no llegar a ninguna parte.

Jess suspiró.

—Hay algo más que debo contarte. Quiso saber cuándo sería

seguro entrar en la tienda sin que la descubrieras. Está allí ahora.

—¿Qué? —Helen se puso de pie de un salto—. ¿Cómo? —A continuación se golpeó la frente con fuerza, como intentando entrar en razón. ¿Crédula? No, simplemente era estúpida—. ¿Le has dado la llave?

Jess no se molestó en mentir o en parecer avergonzada.

—De nuevo, dinero sucio tentador. Sí, lo hice. No fue difícil dar con ella, le pusiste una etiqueta muy evidente.

—Pero la alarma no se ha apagado.

—¿Te refieres a esa cuyo código de seguridad es nueve, ocho, siete, seis? —Jess la miró con pena—. En serio, no tiene sentido tener alarma si dejas que todo el mundo vea cómo introduces el código, ¿no te parece?

No tenía sentido aclarar que Helen no había dejado que «todo el mundo» viera su código, solo Jess, la mujer en la que confió estúpidamente a pesar de todo.

—Vale, así que está en la tienda ahora mismo. Buscando algo.

Jess comprobó la hora.

—Supongo que sí. —Por primera vez, parecía un poco cohibida—. Dijo que no causaría ningún daño, así que de verdad creo que no habrá desperfectos. Y prometió que me daría el resto del dinero esta semana.

—¡Que no crees que haya desperfectos! —Helen la fulminó con la mirada.

—Quizá no te sirva de consuelo, pero, si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, no habría aceptado el trato.

—¡Métete la lástima por dónde te quepa!

Jess se encogió de hombros.

—No es lástima, es empatía. Hay una gran diferencia.

La había y Helen pudo ver que en la mirada de Jess había verdad.

—Serás una buena psicóloga —dijo cuando la rabia se disipó—. Vale, centrémonos en Moira. ¿Qué hago con ella? Podría llamar a la policía, que la arresten por violación de la propiedad. —Helen

alcanzó el teléfono, se quedó mirándolo por un instante y lo lanzó al sofá que tenía al lado—. Si la arrestan, me asignarán a otra persona, ¿no?

—Sería lo lógico.

—Podría dar con alguien peor. —Helen resopló—. Aunque no sé si eso sería posible. No. —Se puso de pie—. Será mejor que vaya y la pille in fraganti y así lo usaré en mi beneficio.

—Bien —dijo Jess—. Será mejor que vaya también para hacer de fiel compañera otra vez. El Robín de tu Batman. Necesitarás una testigo.

Helen la miró.

—Si vienes, sabrá que me lo has contado y no te dará el resto del dinero.

Jess dejó su cerveza y se puso de pie.

—Puede que te sorprenda porque a mí también me asombra, pero resulta que, en el fondo, también tengo valores. —Se estiró y bostezó—. Me parece que al final hasta tendrás un poquito de buena suerte y un final feliz, así que vamos a descubrir qué está haciendo esa cerda.

Capítulo 43

Helen aparcó el coche a cierta distancia de la tienda y apagó el motor. Las luces de la pizzería de al lado aún resplandecían, pero, desde su posición, no parecía que hubiera ninguna luz en el interior de la librería. Hasta que no se acercaron, ambas en silencio, no vio un resplandor débil y brillante por el hueco de las persianas. No era una linterna, la luz era firme. Probablemente fuera de una de las lámparas de mesa. ¿Qué cojones estaba buscando Moira?

—¿Estás bien? —susurró Jess y después soltó una risa nerviosa—. No sé por qué murmuro, no estamos en una puta película de James Bond.

—Acabemos con esto de una vez.

Helen fue la primera en alcanzar la puerta. Sacó las llaves y esperó que Moira no hubiera cerrado por dentro y hubiera dejado la suya metida en la cerradura. Tuvieron suerte: aunque sí que estaba allí, se había olvidado de girarla. Helen bajó el manillar y empujó la puerta para abrirla, no sin antes deslizar la mano para mover la campanita de encima y apartarla del medio.

—¿Dónde...? —empezó a decir Jess, pero se cubrió la boca con la mano en cuanto Helen le dio un fuerte codazo y se llevó un dedo a los labios para advertirle que se callara.

La luz procedía de una lámpara que había en el mostrador. No había ni rastro de Moira, pero, si Helen afinaba el oído, podía escuchar un sonido vago procedente del piso de arriba. Cerró la

puerta con cuidado tras de ellas, cerró con llave y las guardó en el bolsillo, asintiendo cuando vio la sonrisa de Jess. Después caminaron de puntillas, llegaron hasta la escalera y empezaron a subir lentamente.

Cuando Helen miró por encima de la barandilla hacia la planta superior, vio a Moira en el almacén. Asumió que encender la luz del techo podría levantar sospechas, así que estaba usando una linterna para buscar en las cajas. De rodillas, estaba completamente ensimismada en lo que estaba haciendo, ajena a los ojos que la observaban. Helen no había pensado en qué haría cuando se encontrara cara a cara con ella, pero era sencillo.

Levantó una mano para mantener a Jess donde estaba en la escalera, avanzó sigilosamente, manteniéndose en la sombra que proyectaba la pared hasta llegar a la puerta. A continuación, con un movimiento rápido, la alcanzó, la cerró e hizo girar la llave en la cerradura.

—Vamos —dijo Jess mientras se unía a ella.

Las dos retrocedieron cuando alguien golpeó la puerta desde el interior.

—¿Quién hay ahí? Abre la puerta inmediatamente o llamaré a la policía.

Helen levantó una ceja.

—Adelante, hazlo —dijo proyectando una voz alta y firme—. Cuando lleguen, podrás explicarles por qué estás allanando mi propiedad. Podré estar disfrutando de una libertad condicional, pero tengo derechos.

—¿Qué vas a hacer? —susurró Jess—. No puedes mantenerla aquí encerrada para siempre.

—¿Por qué no? Me apuesto a que nadie sabe que está aquí.

Por un momento, Jess parecía horrorizada, pero después rio con incertidumbre.

—Debes de estar de broma, ¿no?

—Por el amor de Dios, ipues claro que estoy bromeando! —La frustración y la sensación de que su vida estaba fuera de control

estaban enfadando a Helen de nuevo. Se quedó cerca de la puerta y dijo—: Quiero saber por qué estás aquí. Y por qué has pagado a alguien para que me espíara.

—Déjame salir. —Moira volvió a golpear la puerta—. Puedo explicarlo.

Helen rio. Muy alto. Dejó que el sonido llenara el espacio. Si había sonado un poco maníaca, pues mejor.

—No estás en condiciones de exigir nada. Explícate y después me pensaré si dejarte marchar o si llamar a la policía. Como no obtuvo respuesta, cruzó para coger un taburete y lo llevó donde ella estaba.

—Me estoy poniendo cómoda, así que tómate tu tiempo. Tenemos toda la noche.

—No es lo que parece. Estoy actuando por tu bien. —¿Pagar a alguien para que me espíe es actuar por mi bien? Perdóname, pero creo que eso es una sandez.

—Te han informado mal. —La voz de Moira era tranquila—. Sí, pagué a alguien, pero era para que te vigilara y que no te metieras en problemas. Sé lo mucho que significa esta tienda para ti y quería asegurarme de que tuvieras todas las oportunidades del mundo.

—¿En serio? Así que por eso te colaste aquí la semana pasada, al igual que en mi casa. Y antes de que sueltes que estoy diciendo tonterías, tengo pruebas. Fotos en las que se te ve entrando y allanando mi propiedad. —Oyó que Jess tragaba saliva y levantó una mano—. Y también tengo una confesión firmada por Jess Milgate en la que dice que tú le pediste que te mantuviera informada sobre con quién quedaba y a dónde iba. Lo que quiero saber es por qué y qué cojones esperabas encontrar viniendo aquí esta noche.

Estaba recostada contra la puerta y dio un respingo cuando Moira empezó a golpearla tan fuerte que las bisagras traqueteaban.

—¡Déjame salir! —Ya sonaba menos relajada—. Haré que te arresten por retenerme como a una prisionera.

—En cuanto me digas qué es lo que estabas buscando, te dejaré salir. Así de fácil.

—Estaba comprobando que no vendías nada chungo.

Helen rio y volvió a relajarse contra la puerta. Reconocía la desesperación cuando la escuchaba, y Moira estaba angustiada. Intercambió una sonrisa con Jess, que estaba sentada en el primer escalón y parecía disfrutar del espectáculo.

—¿Nada chungo? Es una librería de segunda mano, no una imprenta de propaganda radical o terrorista. Te lo preguntaré de nuevo: ¿qué estabas buscando? —Como no obtuvo respuesta, se puso de pie—. Bueno, voy a prepararme una taza de té. Volveré en un rato.

—¡No, espera!

Helen percibió cierto miedo en su voz y aquello le causó placer.

—¿Vas a decirme lo que está pasando?

—Vale, sí, te lo contaré.

Helen escuchó que se desplazaba por la estancia.

—Pues que sea rapidito.

—Estaba buscando un libro, ¿vale? Un libro.

Helen frunció el ceño.

—En una librería hay muchísimos, así que será mejor que acotes un poco el terreno.

—¿Te acuerdas del viernes por la noche, cuando te ayudé a traer todas esas cajas de libros?

Helen analizó la pregunta. No parecía que hubiera gato encerrado en ella.

—Sí, me acuerdo.

—Abrí la segunda caja, pero regresaste antes de que me diera tiempo a coger el libro que vi en su interior.

Era como pedirle peras al olmo.

—¿De qué libro estamos hablando?

—Un libro de relatos de Hemingway, *En nuestro tiempo*.

—Vale, pero sigo sin entenderlo. ¿Por qué querías conseguirlo con tanta desesperación como para estar dispuesta a violar la ley?

—¿Lo tienes?

—No, se ha vendido.

—¿Cuándo? Regresé el día de la inauguración. Fui tu maldita

primera clienta. No estaba en las estanterías, lo busqué. Después me colé en la tienda para encontrarlo, pero no pude. Esperaba que te lo hubieras llevado a casa para protegerlo, así que fui allí...

Helen golpeó la puerta con la mano.

—¡Así que tú asaltaste mi hogar!

—Qué más da —dijo Moira despectivamente—. Pensé que lo tendrías a buen recaudo y que estabas esperando a que alguien viniera a tasarlo. Por eso contraté a esa estúpida de Jess. Era muy buena. ¿Cuándo lo vendiste?

—No estoy segura. Había libros en las estanterías de arriba. No estaba abierto al público, pero dejé que algunos clientes subieran. Seguro que uno de ellos lo compró. No me fijo en los títulos cuando los traen al mostrador.

—Lo vendiste por dos libras. —Se percibía la angustia en la voz de Moira.

—Sí.

—Eres una inútil de manual. ¿Tú sabes cuánto vale? ¿Sabes algo sobre libros raros? No, claro que no. Solo eres una estúpida librera que trabaja con libros de segunda mano. Ya te lo digo yo, ¿vale? Era una edición de 1924. ¿Sabes lo única que es? Solo se publicaron trescientos ejemplares. La última vez que se vendió uno, lo compraron por trescientas mil libras. ¿Sabes lo que podría hacer con ese dinero? Pues mira, dejaría este trabajo de mierda, me mudaría a España, me jubilaría. —Golpeó la puerta con la mano e hizo que Helen se sobresaltara de nuevo—. Y tú, imbécil, ¡lo vendes por dos libras! Y ahora déjame salir.

—Lo haré con una condición.

No obtuvo respuesta.

—Dilly ha retirado su denuncia. Lo que dijo no era cierto; metió la joya en la caja para tenderme una trampa. Quiero que me asegures que la queja no llegará a nada. Además, tienes que garantizarme que no me darás más problemas durante el resto de mi permiso. Finalmente, te daré una copia de las fotos y de la declaración firmada. ¿Trato hecho? —Cuando no hubo más que

silencio, golpeó la puerta con la mano—. ¿Trato hecho? —Esperaba que Moira no pidiera ver las fotografías o la declaración inexistentes. Si lo hacía, tendría que aguantar el tipo.

—Vale, sí, trato hecho. Ahora déjame salir.

Helen le hizo un gesto a Jess, señaló el baño y esperó a que estuviera fuera de la vista antes de abrir la puerta.

—Bien —dijo Helen empujándola hasta encontrarse con una desaliñada Moira—. Ahora vete de mi tienda. Tendré que seguir viéndote, pero será bajo mis condiciones. En mi casa, no aquí. Un minuto y a la puerta, no más.

Moira no se molestó en contestar. Con el mentón en alto, como si no acabara de admitir haber entrado con intención de robar, se alejó con paso firme, haciendo sonar sus tacones de aguja en cada escalón mientras descendía. Un minuto más tarde Helen la oyó gritar:

—¡Abre la puta puerta, maldita zorra!

—Soy una zorra —susurró Helen mientras bajaba para dejar que Moira, que estaba evidentemente enfadada, saliera de la tienda—. Adiós, no vuelvas —dijo a la vez que la mujer pasaba rozándola y casi corría hacia su coche.

Cuando se giró, Jess estaba allí con una gran sonrisa.

—Joder, vaya jugada.

—Hasta yo misma me he sorprendido. —Helen se enjugó los ojos que, de pronto, se habían llenado de lágrimas—. Pero creo que ha funcionado.

—Pues claro que sí, no volverás a verla hasta que no te toque. Me ha encantado esa frase sobre que no pase más de un minuto a tu puerta. Ha sido genial.

En realidad, Helen no estaba escuchándola. Estaba echando un vistazo a su tienda. Sin más paranoias sobre Zander y Alex, sin más preocupaciones por los asaltos, ya se sentía mejor. Miró en dirección a Jess, que estaba abotonándose la chaqueta. Quizá Helen recibiera ayuda por su condición... ¿Qué nombre le había dado la psicóloga en ciernes? Para no sé qué. No se acordaba. Daba igual, encontraría a

alguien con quien hablar que seguro que lo sabría.

—Debes de estar destrozada por haber perdido ese libro —dijo Jess, que se aproximó hasta quedar a su lado. Rodeó a Helen con el brazo—. Deberíamos irnos a casa. Creo que podría comerme esa *pizza* ahora mismo junto a un par de cervezas. Creo que nos las merecemos, ¿no?

—Sí. —Helen rodeó a Jess con el brazo por la cintura y la acercó a su cuerpo—. Gracias por estar conmigo. No solo por la noche, sino también esta tarde. Ha significado mucho para mí.

Jess se separó.

—Llevaba un tiempo sintiéndome culpable por mi trato con Moira, pero antes, cuando contaste tu historia, supe que ese acuerdo no podía seguir en pie. Tu determinación por superar toda la mierda que la vida te había echado encima ya me había sorprendido. No sabes bien lo muchísimo que me fascina.

—Yo también me sorprendo a mí misma en ocasiones —dijo Helen. Hizo un gesto hacia la puerta—. Ve a casa, calienta las *pizzas* en el horno, abre un par de cervezas. Quiero quedarme aquí un rato. Dejaré el coche donde está e iré detrás de ti en unos minutos.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Claro. Ve, solo tardaré unos minutos. —Helen le dio un empujoncito y, cuando cruzó la puerta, la cerró con llave. En el futuro no se tomaría la seguridad a la ligera.

Se colocó tras el mostrador y se sentó en el taburete, bajo el círculo de luz que creaba la lámpara, y sacó el móvil.

—Hola, Sarah —dijo cuando le respondieron—. Quería volver a darte las gracias por venir esta mañana. Me has apoyado mucho. No estoy segura de si conseguiré agradecértelo algún día.

—No tienes que darme las gracias. He estado esperando el momento para decirte que... —Helen escuchó un suspiro profundo y se preparó mentalmente para lo que le esperaba—: estoy muy orgullosa de ti por haber dejado atrás todo lo que te ocurrió y por lograr que tu vida sea un éxito. Eso, lo primero. En segundo lugar... —Otro suspiro profundo—. Es complicado para mí. No se me da bien

hablar de sentimientos. Te ignoré cuando hablaste de nuestra infancia. No debería haberlo hecho, debería haber admitido los celos que sentía de ti en aquel entonces...

—¿Celos? ¿De mí? —Helen se preguntó si el mundo se había desviado de su eje porque no estaba entendiendo nada.

—Eras una niña adorable, con esas mejillas y esos labios tan rosas, como un maldito querubín. Todo el mundo te admiraba. Si salíamos juntas a la calle, la gente se paraba para comentar lo preciosa que eras. Mientras tanto, yo era un desastre, desgarrada, con los dientes tan predominantes y tan flacucha. Y nuestro padre...

Helen apretó el teléfono contra la oreja, pero se hizo el silencio y ella dijo:

—¿Qué ocurre con él?

—Te adoraba. Solo a ti. A mí y a Doug nos ignoraba. Reclamábamos su atención desesperadamente, su cariño, pero él solo tenía ojos para su pequeña y querida Helen.

—No lo sabía.

—Creo que por eso Doug y yo nos aferramos el uno al otro.

En los recuerdos de la infancia de Helen, sus hermanos eran monstruos; su padre, un santo. Qué equivocada había estado. Su consejera penitenciaria había intentado hacer que entrara en razón, había intentado contarle que sus hermanos no tenían la culpa de los problemas de su infancia, que eran niños, más mayores que ella, sí, pero niños al fin y al cabo. Su papel no era criarla y protegerla.

—Ojalá hubiera sabido cómo te sentías. Deberías habérmelo dicho.

—Eres diez años más pequeña, no lo habrías entendido. Podrías tener pinta de querubín, pero, por el amor de Dios, eras una mocosa. Si te llevábamos con nosotros, llorabas porque íbamos muy rápido o porque te aburrías, y te quejabas a mamá. Ella se lo contaba a papá y él nos pegaba por haberte entristecido. Si no te llevábamos, llorabas y terminábamos en las mismas. Doug y yo no podíamos ganar.

Entonces Helen se dio cuenta: ella había sido el monstruo. Lo

que había visto todo este tiempo de atrás era su reflejo.

—Seguro que me odiabais.

Sarah rio.

—No estoy segura de que los niños tengan la capacidad de odiar, pero, sin duda, te guardábamos rencor. Sin embargo, eso es agua pasada, ya no somos unos críos.

«Eso es agua pasada». Sarah había dejado atrás su infancia problemática. Quizá Doug también. Helen la había arrastrado consigo.

—Deberíamos haber hablado hace años —dijo Sarah—. Si lo hubiéramos hecho, habríamos crecido siendo más cercanas, pero nunca se nos ha dado bien hablar, ¿verdad?

Helen no había estado preparada para hablar. Ahora sí. Conocer a Dilly y descubrir las ramificaciones del único acto inconsciente de violencia de Helen lo había cambiado todo. Al confesar la verdad sobre aquella horrible noche, algo se había liberado en su mente y le había permitido ver otras verdades: su parafilia (había comprobado el nombre con Jess) y la crianza retorcida de su padre.

—Lo haremos mejor a partir de ahora —dijo. Ella lo haría. Continuaría construyendo la relación con su hermana y volvería a conectar con su hermano—. ¿Qué te parece si el próximo sábado os llevo a Devon y a ti a comer?

—No, tienes que ahorrar, ven a casa, cocinaré algo especial. Después mandaré a Devon al bar y nos sentaremos a tener una charla de las de antes.

Comida casera con su familia.

—Suenan genial.

—Espero que ahora puedas descansar como te mereces.

—*Pizza* y cerveza con Jess. —Era una verdad a medias que pronto sería cierta del todo—. Ah, y quizá creas que estoy loca, pero voy a pedirle que se quede. —Contuvo el aliento y esperó algún comentario por parte de su hermana.

—Creo que es una idea estupenda. Me gustó, te hará bien.

Helen rio.

—Sí, pero no te conté cómo nos conocimos en realidad. El domingo te contaré lo que ocurrió y te pondré al corriente de todo lo demás. Ha sido el Robin de mi Batman. Creo que, al final, te caerá aún mejor.

Cuando colgó la llamada, alcanzó los libros que había bajo el mostrador y que había dejado allí aquella tarde. Esos que la amable mujer había devuelto para cambiarlos por otros cuatro, una idea que había jugado a favor de Helen. Allí estaba *En nuestro tiempo*, de Ernest Hemingway. El año 1924 estaba impreso en la cubierta. En perfectas condiciones. Y, como Helen los sacó de las cajas que Moira había abierto, el logo de Appleby no estaba estampado en ninguna página, lo que le habría restado valor. Si la agente de la condicional supiera el favor que le había hecho...

Ninguna página tenía las esquinas dobladas. La cubierta estaba intacta. El ejemplar se conservaba casi impecable. Moira dijo que el último se había vendido por trescientas mil libras.

Helen esperaba que estuviera en lo cierto.

Capítulo 44

El lunes por la mañana, Helen estaba esperando tras el mostrador con el ordenador portátil frente a ella. Había enviado un correo electrónico a la casa de subastas Sotheby's, además de varias fotos del libro de Hemingway. Aunque era poco probable que tuviera noticias suyas pronto, continuaba actualizando su bandeja de entrada por si acaso. Entre comprobar eso y esperar a que llegara Jared, no era de extrañar que se sintiera tan nerviosa.

Había llamado casi a diario para preguntar si había revisado todos los libros de su tía abuela y si había encontrado algo interesante. Las dos primeras veces le dijo que estaba muy ocupada. La tercera y la cuarta fue seca y directa: «Aún no, lo siento, tengo que colgar».

El sábado le mandó un mensaje para decirle que había terminado y que tenía un sobre tamaño A4 listo para entregarle cuando se pasara por allí. Después puso su teléfono en silencio. Él la llamó dos veces, pero no contestó. Finalmente, le mandó un mensaje:

J: ¿Te va bien si me paso mañana para recogerlo?

La respuesta de Helen fue contundente:

H: Lo siento, no trabajo los domingos.
Te lo tendré preparado para el lunes.

Y allí estaba, esperando a que apareciera. Habría estado bien que Jess hubiera vuelto a ser el Robin de su Batman porque predecía que Jared iba a estar descontento. Y sabía que la gente infeliz podía ser irracional.

Estaba mirando fijamente su portátil cuando el tintineo de la campana la avisó, ella levantó la vista y lo vio entrar por la puerta. La primera vez que lo vio, consideró que era atractivo, mientras charlaban pensó que era un alma gemela encantadora. Pero ahora lo tenía más que claro: tenía una buena cubierta y un mal contenido. Debió haberlo supuesto cuando su tía abuela le dijo que pretendía tirar sus preciados libros a un contenedor.

—Buenos días —le dijo mientras él caminaba tranquilo hacia ella. Como si no tuviera prisa. Como si no estuviera desesperado por poner sus manazas en el sobre que descansaba en la estantería, a la altura de su rodilla.

—Buenas. —Hizo un gesto con el pulgar, por encima del hombro —. Creía que no abrías hasta las nueve y media.

—No, a las nueve. Todos los días.

Él sonrió sarcásticamente.

—Menos los domingos.

—Menos los domingos —concordó ella. Alcanzó el sobre A4 que tenía bajo el mostrador y se lo entregó—. Lo he mantenido a salvo para ti.

No se lo arrancó de las manos, pero a Helen no se le escapó la incómoda mezcla de expectación y anticipación que cruzó por su rostro mientras lo cogía. Supo que estaba en lo cierto: él esperaba encontrar una copia del testamento de su tía abuela en ese sobre.

—¿Cómo va el negocio? —dijo mientras jugueteaba con él. Sus dedos tiraban de la solapa pegada. Intentaba mantener la calma, pero estaba desesperado por abrirla.

Estaba preocupada por cómo reaccionaría cuando viera el contenido, pero no tenía por qué estarlo. No iba a abrirlo en frente de ella. Quizá tuviera miedo de delatarse.

—El negocio va muy bien, gracias. ¿Cómo está tu tía abuela?

Negó con la cabeza.

—Me trae de cabeza. La semana que viene se mudará al apartamento protegido. Ahora está resignada, pero no ha sido un camino fácil. —Sus dedos seguían jugueteando con la solapa del sobre.

Al percatarse de ello, Helen lo miró fijamente a la cara.

—Tiene suerte de que estés ahí para ayudarla. Por favor, salúdala de mi parte y dile que los libros han encontrado un nuevo hogar. — Se preguntó qué diría si supiera que esperaba vender uno de ellos por varios cientos de miles de libras. Podría reclamar su parte, decir que lo había metido en una de las cajas por error. Sería inteligente por su parte pedir en Sotheby's que fuera un proceso anónimo.

Consiguió abrir la solapa del sobre y ella pudo ver que estaba deseando echar un vistazo dentro. Continuó con la mirada fija en él incluso mientras seguía hablando, divirtiéndose al mantenerlo cautivo. Qué ansioso estaba por marcharse, qué desesperado por abrir ese sobre. Tenía la esperanza de encontrar dentro una copia del testamento de su tía abuela.

Pero no la hallaría.

Sin embargo, tenía razón: estaba plegado en el interior de uno de los libros que la encantadora señora Evans había comprado y que había devuelto en las mismas condiciones, incluyendo el documento que se había colado entre la sobrecubierta y la cubierta de uno de ellos.

Helen lo había sacado, leído y sonreído al ver lo que la increíble señora Clough había hecho. Le dejaba el grueso de su patrimonio, casi cuatro millones de libras, a la National Literacy Trust, una entidad benéfica independiente que promueve la alfabetización.

No se había olvidado de su sobrino nieto, pero Helen estaba segura de que no se contentaría con las cincuenta mil libras que le correspondían.

Helen casi sonrió a la misma velocidad a la que Jared se fue cuando un cliente cruzó la puerta y reclamó su atención. Ni siquiera esperó a quedar fuera de su vista: abrió el sobre mientras pasaba

frente al escaparate, lo suficientemente cerca para que Helen viera cómo su expresión cambiaba de la expectación a la ira. Los tiques que había recogido volaron por los aires y revolotearon tras él mientras se marchaba furioso.

Era mejor que no supiera la verdad.

Quizá estuviera siendo injusta con él. Quizá hubiera continuado siendo amable con su tía abuela sin importar lo mucho o poco que le hubiera dejado, pero Helen no estaba dispuesta a arriesgarse.

De esa manera, continuaría viviendo con la esperanza y tendría que seguir siendo agradable con ella.

Eso era lo que la maravillosa anciana amante de los libros se merecía.

Agradecimientos

Mi vigésimo noveno libro y mi undécimo con la fabulosa Boldwood Books. Un gran agradecimiento para el equipo, especialmente para mi increíble editora, Emily Ruston, para mi revisora, Emily Reader, mi correctora, Shirley Khan, y el encargado de *marketing*, Niamh Wallace.

La comunidad de escritores siempre presta su apoyo, pero un agradecimiento especial para Jenny O'Brien, Anita Waller, Judith Baker, Pam Lecky, Keri Beevis y Diane Saxon, que siempre han estado ahí y a quienes he tenido el placer de mencionar en este libro.

Como de costumbre, un gran agradecimiento para todos los blogueros que han compartido sus reseñas y a todo aquel que elige uno de mis libros.

Gracias a mi increíble familia: a mi marido, Robert, a mis hermanas, hermanos, sobrinas y sobrinos.

Puede que os interese saber que *En nuestro tiempo*, de Ernest Hemingway, se publicó en 1924. En su interior había un grabado en madera del autor. Por desgracia, durante el proceso de impresión, se traspasó a la página siguiente y arruinó más de la mitad del procedimiento. Solo 170 de los 300 ejemplares que se imprimieron fueron aptos para la venta. Los restantes se regalaron a amigos y críticos.

En 2023, un ejemplar bastante usado de *En nuestro tiempo* se

vendió por 277 200 dólares en una subasta pública.



VALERIE KEOGH (Dublín, Irlanda). Es la autora *best-seller* de *The Nurse* y *The Wives*. Ha vendido más de un millón de copias de sus libros y ha sido traducida a varios idiomas. Vive en Wiltshire con su esposo y un enorme gato negro, Fatty Arbuckle. Creció leyendo a Agatha Christie y al principio escribió novelas de crimen; ahora escribe *thrillers* psicológicos.